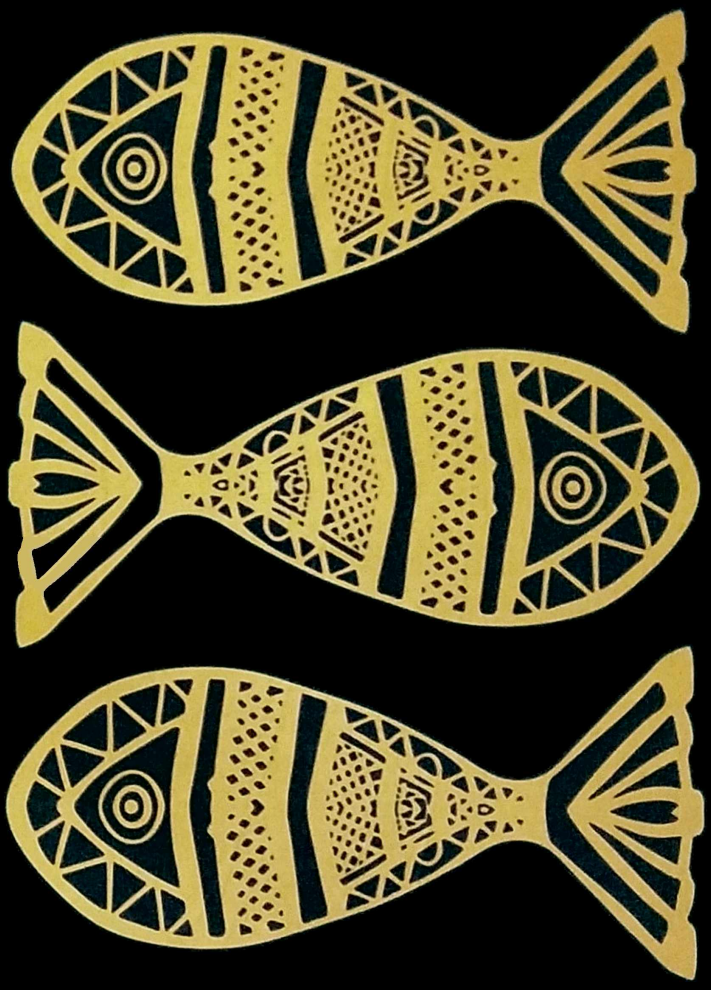
Teófanes el Recluso

QUÉ ES LA VIDA ESPIRITUAL

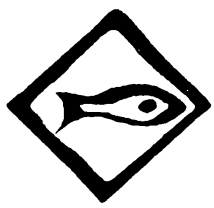
Y CÓMO PERSEVERAR EN ELLA



ICHTHYS

42

Colección dirigida por
Francisco José López Sáez



TEÓFANES EL RECLUSO

QUÉ ES LA VIDA ESPIRITUAL

Y CÓMO PERSEVERAR EN ELLA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2016

Tradujo Mariano José Sedano Sierra
del original ruso, publicado en 1878, Что есть духовная жизнь и как на неё настроиться (*Chto iest' dujovnaia zhizn' i kak na neio nastroitsia*)

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2016
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1942-4
Depósito legal: S. 361-2016
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

PRESENTACIÓN

DE CÓMO UN MONJE DE HACE DOS SIGLOS, SOLITARIO Y RECLUIDO, PUEDE CONVERTIRSE EN MAESTRO PARA TIEMPOS COMO LOS NUESTROS, SIN IR MÁS LEJOS

MARIANO JOSÉ SEDANO SIERRA

No hace falta ser un experto en sociología para percibir la profunda crisis que vive el cristianismo y, en general, la religión como fenómeno institucional. Da la impresión de que la fe religiosa no es relevante en nuestro tiempo ni ayuda a mejorar el nivel económico, el bienestar o la calidad de vida. Asistimos al avance progresivo de una «cultura de la ausencia de Dios»[1] que está reduciendo lo religioso a algo socialmente «invisible». Sin duda hay personas que siguen teniendo la religión como base de su existencia y encontrando en ella el sentido de sus actos. Pero incluso ellas viven una situación de exilio cultural, una suerte de resto de un pasado que, haciendo honor a su nombre, poco tiene que ver con la actualidad.

Ahora bien, casi contradiciendo lo que acabamos de decir, hemos asistido en los últimos decenios a una especie de retorno y añoranza de lo religioso y lo espiritual, con una particularidad significativa. Ahora lo espiritual no está ligado necesariamente a las grandes corrientes institucionalizadas, sino que se despliega al margen de ellas. Se trata de formas nuevas de religiosidad y de búsqueda de lo espiritual un tanto «salvajes» y primitivas, incluso heterodoxas y sincretistas, aunque por ello mismo muy vivas y estimulantes.

Vinculada a este inesperado fenómeno, cobra gran importancia la búsqueda de maestros y testigos de valores espirituales, que son

1. Tomo la expresión del fenomenólogo de la religión Juan Martín Velasco, que la utiliza en obras como *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*, Santander 1998, y *El malestar religioso de nuestra cultura*, Madrid 1998.

creíbles porque los encarnan en sus vidas. La conocida afirmación «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 41) no solo sigue siendo válida, sino que se agiganta en la medida en que las nuevas generaciones son, por lo general, hijas de una cultura del relativismo intelectual y moral que provoca desorientación y, además, se han desarrollado bajo el signo de la ausencia del padre. Quizá por ello los actuales buscadores de espiritualidad desean ardientemente guías y testigos en quienes apoyarse y orientarse.

Hoy, debido en buena medida a la crisis de las grandes cosmovisiones intelectuales y al cansancio de teorías y discursos, el primado lo tiene la experiencia. El conocido «ven y verás» (Jn 1, 39) ha sido siempre el punto de partida del discipulado. Cuando el concepto «Dios» y lo que representa se ha vuelto culturalmente insignificante, solo el recurso a la experiencia del encuentro personal con el misterio del Dios vivo podrá devolverle su sentido. Y únicamente la experiencia vivida con pasión y hecha carne puede pro-vocar y e-vocar, es decir, llamar la atención de otros e introducirlos en las grandes corrientes espirituales antiguas pero siempre nuevas.

Tanto la transmisión de la experiencia espiritual como la transmisión de la fe parten de la admiración, el apasionamiento, la decisión y la mistagogia, o sea, de un proceso de iniciación a un camino vital. Nada de esto es posible sin la presencia del maestro, del experto, de alguien que ya ha recorrido dicho camino y ha vivido personalmente la experiencia que pretende comunicar.

Este es el sentido de la paternidad espiritual en el Oriente cristiano, y en concreto en Rusia. Allí la institución de los *starzi* tiene gran relevancia para la fe de todo el pueblo. Aunque se trata de una institución tradicional presente en los monasterios desde el principio, solo ha adquirido verdadera importancia a partir de su renacimiento a finales del siglo XVIII gracias a Paisi Velichkovski y sus discípulos, uno de los cuales fundó el monasterio de Óptina[2].

2. Bajo la acepción *pustynie* («desierto», «eremitorio») se conoce al monasterio de Óptina, situado en el centro de Rusia, en la provincia de Kaluga, al suroeste de Moscú. Su esplendor comienza con el *staretz* Macario, bajo el que Óptina se convierte en un centro espiritual, cultural y literario de primer orden. Allí pasarán

La popularidad y el influjo de los *starzi* tienen mucho que ver con la historia del cristianismo ruso, que se ha movido siempre entre inclinaciones contrapuestas. El pensamiento ruso se ha rendido a una evidencia histórica: la solución para las contradicciones no hay que buscarla en textos religiosos o reglas monásticas, por muy perfectos que sean, sino en el acercamiento a personas espirituales que encarnan el ideal espiritual o monástico como camino de vida para todo cristiano[3].

Una de las características del *staretz* es ser portador del Espíritu y, por ello, hombre espiritual. «No es posible describir con precisión en qué consiste esta *Pneumatoforía* –señala Sergui Bulgákov–, pero sí es posible sentirla cuando nos relacionamos con quienes la poseen, como una particular fuerza espiritual que sale de ellos, como un perfume espiritual que exhalan estas personas, como una vida distinta, superior, que se descubre en ellos, en los límites de nuestra vida humana. Manifiestan en sí mismos que 'el Reino de Dios está dentro de vosotros', entre nosotros y en nuestra vida. Este sello del Espíritu de Dios, la *Pneumatoforía*, es lo que busca por encima de todo el alma ortodoxa, lo que ansía y lo que reverencia más que nada en el mundo»[4]. El *staretz* no es, por tanto, un mero director espiritual que actúa desde fuera, sino un verdadero padre al que el Espíritu ha conferido dicho don. Por eso siente como suyos los problemas de sus hijos y se implica profundamente en sus vidas, identificándose con ellos. Esto le da un conocimiento interior de la persona, no meramente superficial y basado en los actos externos. En Rusia, lo ideal es que el *staretz* sea a la vez padre espiritual, confesor y superior del monasterio. Cuando surgen conflictos entre la jerarquía institucional y la autoridad carismática de los *starzi*, el pueblo ruso siempre se pone del lado de estos últimos.

temporadas de silencio y diálogo creativo autores como Gogol, Soloviov, Dostoievski o Tolstoi. Al morir Macario, la tradición se perpetúa con el *staretz* Ambrosio, sin duda el más conocido de los padres de Óptina, de quien tenemos un retrato magistral en el *staretz* Zósima, personaje de la novela *Los hermanos Karamazov*, de Fiodor Dostoievski (parte II, libro VI). También en la misma obra se encuentra una descripción interesante de un monasterio al que acuden multitud de personas en busca de consejo y ayuda espiritual, que corresponde, según todos los entendidos, al de Óptina (parte I, libro II, cap. 1).

3. Cf. T. Špidlik, *L'idée russe. Une autre vision de l'homme*, Troyes 1994, 138s.
4. S. Bulgákov, Православие (*Pravoslavie*, *La Ortodoxia*), Moskva 2001, 135.

Un elemento derivado de esta forma tan personal de paternidad espiritual es la *cardiognosis* o conocimiento de la persona desde su corazón, desde su centro íntimo. El *staretz* goza de la clarividencia del Espíritu para percibir no solo los actos externos, sino el corazón de la persona, su pasado y su futuro. De los padres de Óptina, de Serafín de Sarov y de otros reconocidos *starzi* se afirma en diversas fuentes que son «adivinos», que «leen en el corazón». Sus hijos espirituales, antes de abrir la boca, saben o presienten que ellos están ya al corriente de todo[5].

Por desgracia, la mayoría de los *starzi* no ha dejado escritos. Pero hay excepciones que nos ayudan a entender experiencialmente el camino de la vida espiritual. En este sentido, tiene un especial interés Teófanes Govorov, más conocido como Teófanes el Recluso (1815-1894).

Georgi Govorov era hijo de un sacerdote de la provincia de Oriol, en la Rusia central. A los doce años ingresa en el seminario. Sus cualidades intelectuales lo llevan a la Academia Eclesiástica de Kiev, donde termina brillantemente sus estudios. Poco antes, con apenas 26 años, decide hacerse monje. En la profesión recibe el nombre de Teófanes. En 1842, tras concluir sus estudios, es nombrado formador del seminario de Novgorod, donde enseña psicología y lógica. Tres años más tarde se convierte en profesor de teología moral y pastoral en la Academia de San Petersburgo. Apenas dos años después marcha a Jerusalén como miembro de una misión rusa. Durante siete años se dedicará al estudio de los escritos de los Padres de la Iglesia, que dejarán en él una honda huella. De regreso a Rusia, participará en algunas experiencias de carácter ecuménico: visita en Egipto al patriarca copto; la delegación rusa de la que forma parte es recibida por el papa Pío IX en Roma; y entra en contacto con algunas iglesias protestantes en Alemania.

Ya en Rusia, se le confían nuevas responsabilidades, que culminan con el rectorado de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo en 1857. Ese mismo año es ordenado obispo de Tambov, y cuatro años más tarde se convierte en titular de la diócesis de Vladimir.

5. Sobre esta cuestión, cf. T. Špidlik, *L'idée russe*, 145-149; *I grandi mistici russi*, Roma 1977, 157-184.

Sin embargo, su corazón anhelaba desde hacía tiempo la soledad, la oración y el silencio de la vida monástica. Por eso, en 1866 pide al Santo Sínodo ser exonerado de la carga episcopal. Atendida su petición, se retira al monasterio de Vishen, en el que se integra como un monje más. A partir de 1872 vive como recluso en una celda de dos habitaciones, donde no recibe a nadie personalmente, si bien responde cada día a cientos de cartas que le llegan de toda Rusia solicitándole consejo y ayuda espiritual. Esta actividad epistolar, junto a la oración, el trabajo manual y la pintura de iconos, serán sus ocupaciones principales hasta el día de su muerte, acaecida el 6 de enero de 1894. La Iglesia ortodoxa rusa lo canonizó en 1988 con ocasión del milenario del bautismo de Rusia.

Teófanes fue un escritor muy popular y fecundo; baste con señalar que su bibliografía se acerca al medio millar de títulos, alguno de los cuales se reeditó en vida de Teófanes. De sus trabajos cabe destacar la traducción al ruso moderno y la revisión de los textos de la *Filocalia* (en ruso, *Dobrotoliubie*). A esta obra ingente le acompañan publicaciones exegéticas, ascéticas, morales y de espiritualidad.

Con todo, donde más nítidamente se transparenta su fisonomía humana y espiritual, así como su sabiduría experiencial, es en las numerosas cartas que escribió a diversas personas que le consultaban. Muchas de esas misivas fueron recopiladas y publicadas.

Son precisamente textos de este tipo los que integran el libro que presentamos *Qué es la vida espiritual y cómo perseverar en ella*. En concreto, se trata de ochenta cartas dirigidas a una señorita de la burguesía de Moscú que le escribe interesándose por la vida espiritual. El volumen vio la luz en Moscú en 1878 y en pocos años se publicaron seis ediciones. De un modo diáfano y conciso, Teófanes pone ante los ojos de la joven las diversas etapas del camino de la vida espiritual, sus posibilidades y riesgos, además de criterios para actuar adecuadamente. Se trata de una obra coherente y sistemática, a pesar de la apariencia fragmentaria del género epistolar.

Si se las compara con otros tratados acerca de la vida espiritual, las cartas de Teófanes llaman la atención por un sinfín de factores. Teófanes se revela en ellas como un genio de la redacción expositiva, caracterizada por un estilo sencillo, unos conceptos claros y unos ejemplos muy pegados al momento cultural que viven los

interlocutores. Se perciben en la obra ecos de las exploraciones geográficas en África –cuyas vicisitudes eran seguidas en todo el mundo con inmenso interés–, los nuevos descubrimientos científicos y técnicos, o las interminables discusiones sobre si el sentimiento religioso es o no innato en el hombre.

Por otra parte, Teófanes demuestra ser un fino analista de los procesos psicológicos y emotivos, que describe con ingenio y precisión. En su discurso busca siempre, desde el hontanar de su excelente conocimiento teológico y espiritual, la síntesis entre sentimientos, razón y corazón. El recurso a los Padres de la Iglesia, del cual Teófanes es uno de los principales representantes en el siglo XIX, le ayuda a conectar los problemas contemporáneos y las grandes verdades de la revelación cristiana, como sucedió en la época patrística. No se trata de arqueologismo tradicionalista, erudición vacía o respuestas precocinadas, sino de continuar la «encarnación progresiva del Espíritu Santo en las realidades humanas, su 'espiritualización'»[6].

Todo ello nos da a entender que, en su reclusión monacal, Teófanes no había perdido el contacto con la realidad social y cultural, ni la frescura intelectual dialogante que caracteriza el estilo patrístico. La espiritualidad que propone es para este tiempo y para este mundo.

Al presentar al público de habla hispana esta obra de Teófanes el Recluso, creemos estar dando una respuesta al actual deseo de encontrar caminos prácticos de experiencia espiritual, y en concreto a la luz de la rica tradición del Oriente cristiano.

Es verdad que desde la invasión de internet apenas escribimos cartas como Dios manda, y hasta puede que hayamos perdido el gusto por el género epistolar. Sin embargo, la pasión por la comunicación constante no solo no ha desaparecido, sino que incluso se ha incrementado. Los nuevos medios nos obligan a la brevedad y la concisión, a decir lo más posible con pocas palabras, sin perdernos en circunloquios. Mucho de todo esto lo encontramos en el estilo de las cartas de Teófanes. Su aparente simplicidad expositiva, su con-

6. T. Špidlik, *Teofane il Recluso. Lo Spirito e il cuore. Pagine scelte*, Milano 2003, 23.

creción, claridad y apertura para introducir al remitente en la senda de la vida espiritual sintonizan bien con el estilo de comunicación contemporáneo, aunque no por ello pierde ni un ápice de la profundidad y sublimidad de lo que comunica.

Así pues, amigo lector, *tolle et lege!*

OCHENTA CARTAS DE TEÓFANES EL RECLUSO SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL

1

ADVERTENCIA INTRODUCTORIA ACERCA DE LA PROMESA DADA DE MANTENER CORRESPONDENCIA SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL. PROVECHO QUE SE ESPERA DE ELLO

Tras habernos puesto de acuerdo, antes de su marcha a Moscú, en mantener por carta algunos coloquios sobre cuestiones necesarias para usted, esperaba por mi parte, como era natural, que cuando llegara a su destino me enviaría noticias sobre su persona y sobre su nueva situación. Esperaba y sigo esperando, pero pasa el tiempo y nada llega.

¿Le ha ocurrido algo? ¿Acaso está enferma? ¡Que la Madre de Dios la proteja! ¿Ha cambiado, tal vez, de parecer? Puede que así sea. En caso de que el motivo sea este último, quiero adelantarme a decirle que si tiene algún tipo de recelo con respecto a mí, como que no conviene en manera alguna importunarme o cosas similares, quíteselo de la cabeza. Escribirle, y además sobre cuestiones de tanta importancia, no constituye para mí una carga, sino todo lo contrario, pues me proporciona no pocas satisfacciones y hasta me aporta un poco de variedad en medio de mis ocupaciones habituales.

Añadiré algo más: en caso de que no se haga realidad lo que en su momento planeamos, me sentiré como se siente alguien que ha sufrido un agravio o ha perdido algo. No voy a ponerme a explicarle cómo puede ser esto. Simplemente le recuerdo que así será, pues tratándose de semejantes cuestiones tiene que ser así. Por eso mismo no es necesario darle a usted consejo alguno, sino hacerle una petición: ¡escriba!

Ciertamente no puede usted esperar de mí una gran sabiduría, pero aunque solo sea un repaso de todo lo que es bueno y digno, ello le proporcionará a usted no pequeño provecho, haciendo revivir en su memoria el vasto campo de la vida espiritual y concentrar

en él su atención, quizá con renovado ardor y especial energía. Y ¡qué bueno es cuando sucede esto último!

Porque si acontece que en nuestra vida no hay armonía, casi siempre procede no tanto de los malos pensamientos o de los malos sentimientos, sino de la falta de diligencia y de celo por lo que es debido.

Así que ya sabe: ¡escriba!

2

Respuesta acerca de la causa del silencio. Necesaria sinceridad y sencillez en el intercambio epistolar. Vanidad de la vida mundana

Me rompía la cabeza intentando adivinar qué habría pasado. ¿Y qué era? Que la abuela se había puesto enferma. Todo aclarado. «Abuela» es una palabra que siempre lleva las de ganar. Para los nietos no hay sitio más cálido que junto a sus abuelas, y para ellas no hay nada en este mundo más querido que los buenos nietos. Y hay que dar gracias a Dios por ello. Usted, por su parte, consuela con frecuencia a su abuela y escucha lo que le dice. Los ancianos atesoran sabiduría, que han adquirido por medio de las experiencias y los trabajos de su vida. No es raro que, de modo inesperado, con frases sencillas los ancianos nos regalen lecciones de sabiduría tan profundas que resulta imposible encontrar algo semejante en los libros, por mucho que uno investigue.

De todas formas, y a pesar de haber dado usted cumplida explicación, por el hecho de no haber escrito durante tanto tiempo sería necesario imponerle una penitencia, aunque sea pequeña, como correctivo. No obstante, pienso que puede ser que usted misma se disponga mejor a la corrección si le doy las gracias por lo que ha escrito y por el hecho de haber escrito. Y se lo agradezco de veras.

Promete usted ser sincera. Perfecto. La sinceridad es lo primero en un intercambio epistolar; de otra forma no se podría iniciar algo así. Pero escriba siempre lo que le venga inmediatamente a la cabeza, todo lo que tenga en su alma. Y sobre todo no deje de formular ninguna pregunta que le pueda surgir en su mente y que con insistencia reclame respuesta. De ese modo, las repuestas serán bien aceptadas, como la tierra sedienta recibe el agua. Este es el mejor camino tanto para la adquisición como para la consolidación en el alma de las ideas, de lo más esencial de los conocimientos aprendi-

dos y de las cosas que con la clarividencia de los ojos de la mente juzgamos imprescindibles para nosotros. ¿De qué serviría que yo le escribiese a usted de una determinada materia si su alma estuviese ocupada en otra distinta? Sería hablar por hablar, algo parecido a dos personas que están conversando entre sí dándose la espalda y hablando cada una de lo que tiene delante de sus ojos. Nosotros, según parece, hemos decidido que no vamos a dedicarnos a ideas abstractas ni a diseñar planes y teorías, sino que trataremos de las cosas que los acontecimientos diarios de la vida nos presenten. Por eso iremos paso a paso.

Escribe usted que los «ojos le hacen chiribitas». Me cuenta que «hace un par de días tuve que participar en los entretenimientos sociales acostumbrados en este lugar, tales como ir al teatro, pasear o asistir a una velada. ¿Qué gentío era ese? ¿Qué forma de hablar? ¿Qué juicios tan enrevesados sobre todo? ¿Qué modo de dirigirse a los demás? Todo esto me resulta insufrible y no puedo sacar nada provechoso de ello». Esto le ha parecido al principio, pero después será distinto. Las impresiones que ha tenido, después de la vida sencilla, familiar y tranquila de la aldea, son completamente normales. Yo le diría: sobre esto juzgue usted misma dónde está la verdad de la vida y dónde el engaño. Ahora bien, no sé cuánto de todo aquello que aconteció ha penetrado en su alma. Porque puede ser que se dé una desaprobación superficial de esa forma de vida, mientras que más en lo profundo se sintoniza con ella y se desea probarla de nuevo. La vida que usted ha entrevisto tiene propiedades narcotizantes, de forma que aunque se ve que todo eso no es verdadera vida, atrae poderosamente. Como aquel que consume opio con frecuencia sabe que le hace perder la razón y, a pesar de eso, lo sigue tomando; o mejor dicho, precisamente por eso lo toma.

¿Cómo se siente usted? ¿Todavía se siente atraída por todo eso? ¿Le parece deseable vivir de ese modo? Le ruego que me escriba de esto con detalle y con verdad.

3

Vacío y parcialidad de la vida mundana

¡Cómo me ha alegrado usted con su respuesta! «No me atrae; al contrario, me repele. No había pasado ni un solo día desde aquello y yo me sentía como hecha pedazos. Mi alma se consumía y estaba melancólica, no conseguía estar contenta conmigo misma. A trancas y barrancas logré encontrar alivio». ¿Cómo no me escribió estas cosas la vez anterior? Tuve la impresión de que, al callar, hacía como quien oculta a un amante o esconde una herida abierta. ¡Ojalá conserve siempre ese sentimiento de ruptura con la vida mundana y sus entretenimientos! Aunque puede ser también que haya comenzado a encariñarse de tales cosas. Es evidente que usted no puede evitar el contacto con ese género de vida. Y la segunda vez ya no resultará tan destructivo ni desconcertante, y la tercera aún menos, y después será como si nada. Ya sabe lo que dicen del vodka: la primera copa es como un palo en la garganta, la segunda parece ligera como un halcón y las siguientes... ¡basta con servirlas! Quienes visitan una fábrica de tabacos, ¿qué sienten? Comezón en los ojos, picor intenso en la nariz y dificultad para respirar. Pero las personas que trabajan allí no sienten nada. E incluso los visitantes que acaban de entrar basta con que aguanten un poco para que ya no tengan que entornar tanto los ojos ni estornuden y tosan con frecuencia, y al cabo de un rato todas esas molestias desaparecen. Mire que no le haya sucedido a usted algo parecido con esa forma de vida que tanto turba su paz.

Es como si usted hubiera adivinado mi pregunta, y dice: «Pienso que nunca podría adaptarme a este género de vida. Lo observo y encuentro que esto no es vida. No puedo explicarlo, pero mi mente me dice que esto no es vida. Existe mucha actividad, pero no vida. También mi máquina de coser se mueve incansable, pero ¿qué vida hay en ella?». Fruto de su perspicacia es este magnífico pensamien-

to. Ahora puedo considerar su situación mucho más segura. El solo sentimiento no es estable: puede cambiar. Pero cuando viene en su ayuda un pensamiento fundado, entonces el sentimiento se afirma y, a su vez, reafirma el pensamiento. Los dos juntos son semejantes a una fortaleza.

Ahora bien, para que esta fortaleza sea todavía más fuerte, necesita comprender por qué no hay vida en esa vida. Si prolongamos nuestras conversaciones, con el tiempo se irá aclarando esto en detalle. Por ahora tan solo le digo esto: en esa vida no hay vida porque no abarca todos los aspectos de la vida humana, sino que únicamente alimenta una pequeña parte, y además una parte que ocupa el último lugar, o mejor dicho, los márgenes de la vida, sin tocar su centro. La vida del ser humano tiene muchos niveles y muchos aspectos y muchas dimensiones: la corporal, la anímica y la espiritual. Cada una de ellas tiene sus energías y necesidades, amén de sus modos de ejercer unas y de satisfacer las otras. Solo cuando todas nuestras energías participan y todas nuestras necesidades quedan satisfechas, entonces el hombre vive. Pero cuando no entra en juego más que una pequeña parte de nuestras potencias y no se satisface más que una mínima parte de nuestras necesidades, entonces esta vida no es vida. Algo parecido sucede con su máquina de coser: solo cuando todas las piezas se mueven funciona bien. Si bloqueamos la actividad de cualquiera de sus piezas, la máquina se queda parada, no vive. En el caso del hombre, no vive humanamente cuando en él no se pone todo en movimiento. La diferencia estriba en que cuando en la máquina de coser se detiene la vida, o sea, el movimiento, resulta evidente; en el hombre, por el contrario, basta con que se mantenga activa alguna de sus partes y se satisfagan unas pocas necesidades para que no sea visible en él la suspensión de la vida humana plena. Y ello a pesar de ser real, como es real la inmovilidad de la máquina. ¡Así es la ley de la vida humana! Apliquémosla ahora al objeto de nuestra conversación.

¿Qué energías están activas en ella y qué necesidades están satisfechas? Se mueven las manos, las piernas, la lengua, los ojos, los oídos, el olfato, el tacto, la memoria, la imaginación, la fantasía, el ingenio..., en fin, la parte más baja del hombre, la que tiene en común con los animales; de modo que se satisface solo la necesidad

de la vida animal; o mejor, se pone en juego esa forma de vida que actúa en los corderos cuando los sueltan en el campo y se relacionan con las corderas. Aparte de estas fuerzas, existen todavía dos o tres niveles más, amén del centro principal de todos ellos.

Juzgue usted misma: ¿es eso realmente vida? Su sentimiento le estaba diciendo que ahí no hay vida. Yo le he mostrado la causa principal de que sea así. Tal vez la verdad de esta causa no le resulte ahora evidente, pero el sentido general seguro que lo entiende; los detalles se le irán aclarando con el tiempo. Porque mi intención es deducir todo debidamente a partir de la constitución del ser humano. Tenemos que vivir según el modo como Dios nos ha creado, y cuando alguien no vive así, se puede decir sin temor que no vive en absoluto. Por el momento, le pido que se contente con esto.

4

La vida mundana nos priva de la libertad y los que se entretienen en ella quedan sometidos a una pesada esclavitud. La hipocresía y el egoísmo como características permanentes de la vida mundana

La vez pasada no hablé de todo aquello a lo que usted se refería en su carta. Envío un complemento.

Decía usted: «Veo también que todos andan apresurados; persiguen cosas para hacerse con ellas, aunque nadie alcanza su objetivo. ¡Qué agitación y barullo al pasar por ciertas calles o sitios llenos de gente! Pero veo después que en las casas pasa lo mismo, y probablemente también en el interior de esta gente. Y no consigo entenderlo: ¿realmente se puede vivir así?

Y hay más: aquí todos se empujan unos a otros, se ponen la zancadilla, se oprimen, nadie dispone de voluntad ni de libertad. No te atrevas a vestirte como quieres, o a dar un paso en la dirección que deseas, o a decir lo que piensas, o hacer algo como gustas. Para estas personas todo está sometido a alguna ley que ha dictado no se sabe quién. Cierto que les fastidia a todos, pero ninguno se atreve a contravenirla. En cambio, ellos mismos se convierten en tiranos unos de otros. Pobre de ti si te atreves a desatender a alguien. A mí, por ejemplo, me gusta cantar cuando me apetece. Me siento como en el cielo: me resulta agradable a mí y a los que me escuchan. Pues aquí te hacen cantar quieras o no. Te lo piden con mucha amabilidad, pero declinarlo se considera algo contrario a la ley. Y cantas. Es una carga insoportable –poco falta para que el corazón estalle–. Y encima has de respirar hondo y aparentar que cantas de buena gana. Esto lo he notado también en otras personas. ¡Menuda libertad!

Contemplada desde fuera esta situación, se tiene la impresión de estar viendo a un grupo de libertos que se siguen comportando

como esclavos[1]. Por esta razón, empiezo a preguntarme si todo esto lo hacen espontáneamente. ¿Y qué decir? Puede que me equivoque, pero no he visto que se haga nada con sinceridad. Los cumplidos son fingidos, la amabilidad lo mismo, también el respeto mutuo. Todo es fingido. Detrás de la apariencia esmerada y amable se esconde un ánimo completamente distinto que, si se sacara afuera, nadie lo encontraría amable, ni siquiera aceptable. Tengo la impresión de que cuando nos reunimos somos como un grupo de comediantes. ¡Una comedia!

Y lo que aún me causa más admiración es el frío que desprende cada uno. ¡¿Cómo es posible?! Parece que todos son amigos íntimos, dispuestos a dar su vida por el otro... y sin embargo, ¡la sensación de frío te envuelve!».

Así es exactamente. No hay nada que añadir a su descripción. Todo esto hace tiempo que ha sido percibido y puesto de relieve para que tengamos precaución. Mire como ya Macario el Grande[2] constataba esa misma confusión y ansiedad que ha visto usted: «Los hijos de este siglo se parecen a granos de trigo arrojados en la criba de esta tierra, granos cribados por los pensamientos inconstantes de este mundo, por las preocupaciones de los asuntos terrenales, de los deseos y las ideas materialistas más variadas. Desde el momento de la caída, cuando Adán pecó y se sometió al príncipe de la mentira, que lo convirtió en posesión suya, este criba por medio de continuos pensamientos que atraen e inquietan simultáneamente a los hijos de este siglo, abocándolos a un conflicto en el tamiz de esta tierra. Como los granos de trigo en una criba, el que cae en poder del diablo es golpeado, agitado y revolcado sin parar, y el príncipe de la mentira obsesiona a todo el mundo con preocupaciones mundanas, los lleva de un lado a otro, a la confusión y al ansia, los hace ocuparse en pensamientos vanos, en deseos impuros, en relaciones mundanas y terrenales, mantenien-

1. Literalmente el texto dice: «Si lo miras desde fuera, esto es una *volnitsa*», término que alude a un grupo heterogéneo de personas de distintas capas sociales, sobre todo siervos huidos de sus amos en busca de libertad, cuya vida se desarrollaba en la marginalidad [N. del T.].

2. Macario el Viejo o el Grande, o Macario de Egipto, monje discípulo de san Antonio Abad, vivió durante el siglo IV. Se le considera autor de cincuenta *Homilías griegas*, denominadas también *Conversaciones espirituales* [N. del T.].

do así a la pecadora raza de Adán en un cautiverio permanente. El mismo Señor predijo a los apóstoles la futura rebelión del maligno contra ellos: *Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado* a mi Padre, *para que* vuestra *fe no desfallezca* (Lc 22, 31-32)[3]. Porque la palabra y el juicio que el Creador dictó claramente sobre Caín –'Vagabundo y errante serás en la tierra' (Gn 4, 12) y vivirás angustiado– sirve secretamente como modelo y semejanza para todos los pecadores; porque la raza de Adán, al transgredir el mandamiento y convertirse en pecadora, ha asumido en sí secretamente esa semejanza. La gente oscila entre pensamientos inconstantes de miedo y de temor, turbaciones de todo tipo y deseos de los más diversos placeres. El príncipe de este mundo inquieta al alma que no ha nacido de Dios, y de modo similar al trigo que se echa en la criba, perturba los pensamientos humanos, llevándolos a la confusión y cazándolos con atractivos placeres mundanos, carnales, con temores y turbaciones» (*Conversación* 5, § 1, 2).

Vea cómo completo su observación. Usted ha caído en la cuenta de lo que sucede realmente. Y san Macario ha señalado además la causa y el origen. Este modo de ver las cosas no es aceptado en el ambiente del que estamos hablando. Es más, ni siquiera se permite hablar de ello. Pero yo le pido que haga suya esta forma de ver las cosas y que la conserve siempre en su mente. No en vano, expresa la esencia de la cuestión; y si la acepta con pleno convencimiento, le servirá como defensa contra las seducciones de la vida mundana. Y para meditar más sobre esto y habituarse a este tipo de pensamientos, haga el esfuerzo de leer completa la quinta conversación de san Macario de la que he tomado la cita. Le regalé ese libro a su madre, que deseaba adquirirlo.

He de añadir, por mi parte, que esa ansia difusa que no se sacia con nada, tiene que ver con lo que escribí la última vez, a saber: que este género de vida no alimenta la totalidad del ser natural del hombre ni satisface el conjunto de sus necesidades. La parte insa-

3. Las cursivas son del original. Aunque la cita evangélica se refiere a Simón Pedro, Teófanes la aplica a todos los apóstoles cambiando el singular «tu fe» por «vuestra fe»; además, añade la expresión «a mi Padre», que no está en el texto de Lucas. En el original estas palabras añadidas no van en cursiva [N. del T.].

tisfecha, al seguir hambrienta, reclama el alimento que colme su hambre y su sed, y empuja al ser humano tras él. Por eso el hombre se lanza ansioso en su busca. Pero acude a ese mismo tipo de cosas que no satisface a la parte hambrienta, de modo que la solicitud de alimento no cesa y tampoco la ansiedad. Y nunca cesará para los que viven según el espíritu del mundo. El enemigo los mantiene en su ceguera, hasta el punto de que no se dan cuenta de su error, ni son conscientes de que van por el camino equivocado, ni se esfuerzan por aquello que deben. Y esta oscuridad atormenta y ahoga a esas pobres almas. Hasta tal punto el enemigo las ofusca que nadie se atreve ni siquiera a hablarles de su error. Y gruñen como fieras salvajes. ¿No es este, acaso, el rugido del león que *ronda buscando a quién devorar*? (1 Pe 5, 8).

Por lo que se refiere a otras cosas que ha notado sobre la vida mundana, tan solo le diré que no puede ser de otra manera. Porque *esta vida es la vida de la humanidad caída, cuya primera característica es el egoísmo*, el cual se convierte a sí mismo en fin y transforma todo y a todos en medios. Aquí está la razón de que la inmensa mayoría quiera imponer sus deseos a los demás, o atarlos con ellos, lo que usted certeramente ha llamado «tiranía». Por más que alguien disimule sus deseos, tras ellos se encuentra el egoísmo, que busca atraerla a usted hacia sí o hacer de usted un medio suyo. He ahí la causa de la simulación, cuya esencia consiste en intentar ocultar con astucia sus malas artes, sin corregirlas; pues si salieran a la luz, no sería capaz de influir sobre los otros ni, en consecuencia, de usarlos como medios. También aquí se encuentra la razón última de que emane de todos esa sensación de frío, pues quien está cerrado en sí mismo no puede emitir rayos cálidos de vida en derredor suyo.

No niego, por otra parte, que usted se encuentre con personas de ánimo afable, que muestran cariño y tocan directamente el corazón. Esta disposición es un resto de un sentimiento propio del género humano, con el que el hombre ha sido creado en relación con los demás. Sin embargo, en este caso tal disposición se halla al servicio del egoísmo, de modo que lo usan como el mejor medio para disponer sus asuntos. Yo conozco a una persona así. Prefiero a un hombre o una mujer abiertamente egoístas, que a estos simpá-

ticos y simpáticas. Porque con los primeros uno puede, al menos, darse cuenta de sus intenciones, mientras que con los últimos no resulta fácil hacerlo.

También es verdad que continuamente recibe usted favores, pero estos se los hacen para después presionarla diez veces más en beneficio propio. Dice usted: «¿Cómo puede ser esto? Aquí todos presumen de honradez, pero mostrarse sincero es la propia muerte». Esto es cierto, porque esa honradez es la máscara del egoísmo. Todo consiste en no quedar mal ante los demás, para lo cual con frecuencia se consienten los comportamientos más deshonestos, con tal de que se puedan ocultar de la vista de los demás. Usted incluso oirá, o ya habrá oído, expresiones de condena como: «¡Qué egoísta es!». No crea que quien habla así es ajeno al egoísmo. No. Semejante juicio se dirige a aquellos que no se dejan manipular o utilizar como medios por quienes así los juzgan. En consecuencia, eso mismo pone en evidencia el egoísmo de estos últimos. Yo he oído que tales individuos tachan incluso a los monjes de egoístas, porque según ellos solo viven para sí mismos. ¡Pobres monjes! No comen, no beben, no duermen; pasan los días y las noches orando de pie, viven en obediencia, renuncian a su voluntad y a sus deseos... ¡y son reos de egoísmo! Solo por esto puede usted juzgar cuál es el valor de las acusaciones de egoísmo que escucha entre las gentes mundanas. Tales acusaciones pinchan en hueso[4].

Repasando lo que he escrito, veo que he pronunciado un juicio muy severo sobre la vida mundana, pero no me desdigo. Puede ser que por propia iniciativa yo no hubiera escrito lo que he escrito, pero al haber constatado usted manchas bastante oscuras en la luz, me he animado a cantar en el mismo tono. No creo que esto le disguste en absoluto, después de lo que usted misma ha dicho. Sea como fuere, confío en que usted se pregunte: «¿Qué puedo hacer?». Esto lo resolveremos en nuestra correspondencia posterior. Ahora solo le digo lo siguiente: es cierto que usted no puede retraerse de todos, pero evite en lo que pueda participar en el juego de esta vida mundana. Y cuando la atraigan contra su vo-

4. Teófanes usa aquí un refrán ruso que literalmente dice: «La guadaña encontró una piedra» [N. del T.].

luntad, manténgase como si no estuviera allí, de modo que viendo no vea y oyendo no oiga. Que lo que vea pase sin dejar huella en sus ojos, y lo que escuche sea como quien oye llover. Que sus acciones externas sean a la vista como las de todos, pero preserve su corazón de pasiones y aficiones. En esto estriba lo principal: en preservar el corazón; estar ahí solo con el cuerpo, mas no con el alma, cumpliendo fielmente el mandamiento del apóstol: «Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutaran de él» (1 Cor 7, 31). Aquí «mundo» significa lo mismo que para nosotros «mundano» y vida mundana. Usted disfrutará del mundo, es decir, tendrá que tener contacto con la vida mundana; pero si mantiene su corazón alejado de él, entonces será como si esa vida no la solicitara, o sea, participará de ella no por pasión o deseo, sino obligada por su posición actual.

La he cansado con lo mucho que he escrito, pero usted misma me ha forzado a ello. Le ruego que no deje de prestar atención a lo escrito, especialmente a las últimas líneas.

5

Las tres partes de la vida humana. Primera parte: la vida corporal, sus órganos y necesidades. El cuidado normal del cuerpo y el superfluo

¡Cuántas preguntas me plantea a propósito de las dos cartas anteriores! Esto indica que es usted una discípula diligente, perspicaz y receptiva, que puede sacar provecho. Lo cual me hace a mí escribir con mayor gusto. Pero no voy a contestar a todo ahora, sino que dejaré algunas respuestas para futuras cartas. Me centraré en aquello que más le preocupa.

Escribe usted: «Sus palabras sobre las partes, las aptitudes y las necesidades del ser humano me invitan a mirar en mi interior. Miro. Algo veo, pero casi todo permanece como entre nieblas o es completamente invisible para mí. Ansío saber qué son esas partes, espiritual, anímica y corporal, en el ser humano, cuáles son las necesidades de cada una y cómo satisfacerlas. Tengo un gran deseo de estar a la altura de la dignidad humana, de la verdadera, a la que nos ha destinado nuestro Creador».

¡Enhorabuena! Toca usted los fundamentos mismos de nuestra existencia, que cuando se explican ofrecen la base para todos los razonamientos posteriores. Pues ¿de qué forma debe vivir el hombre, sino únicamente según la que es acorde con su constitución natural? Si logramos establecer algunos conceptos razonables sobre el modo de constituirse el ser humano, obtendremos indicaciones fidelísimas sobre cómo debe vivir. Me parece que muchos no viven como deben, porque piensan que las normas de la vida recta se imponen desde fuera y no que son, más bien, exigencias procedentes del mismo ser natural del hombre. Si estuvieran seguros de que esto último es la verdad, dejarían de contravenirlas o de apartarse de ellas. Así pues, le ruego que considere lo que voy a exponer a continuación.

El *cuerpo* está constituido por diversos órganos, cada uno de los cuales realiza su función específica, que es esencial y necesaria para la vida corporal.

Los órganos principales son tres:

1) el *estómago*, junto con los pulmones, el corazón, las arterias y venas, los vasos linfáticos y muchos otros vasos y glándulas, que sirven para separar diversas sustancias de la sangre y de los líquidos corporales; tienen como función específica *alimentar* el cuerpo, o sea, producir tejido corporal;

2) el *sistema de músculos y huesos*, cuya función es el *movimiento* interno y externo;

y 3) el *sistema nervioso*, que tiene su centro en la cabeza, la médula espinal y los ganglios del sistema nervioso periférico, situados en el plexo solar, y que se extienden por todo el cuerpo; su función es la *sensibilidad*.

Cuando todas estas funciones y sus relaciones se encuentran en orden, el cuerpo está sano y la vida no corre peligro; pero si este orden se contraviene, el cuerpo enferma y la vida se ve amenazada.

Cada una de estas funciones tiene sus necesidades, que se hacen sentir vivamente al ser humano, exigiendo satisfacción. *Las necesidades* de la parte *estomacal*, o nutritiva o productora de tejido corporal, son las siguientes: *el alimento*, *la bebida*, *el aire*, *el sueño*.

La necesidad de la parte *de los músculos y huesos* es la de *tensar las fibras musculares*; se trata de una necesidad que siente todo el mundo cuando lleva mucho tiempo sentado, hasta el punto de buscar instintivamente el *movimiento*, que nos hace caminar, pasear, trabajar en algo.

La necesidad del sistema nervioso consiste en *una excitación placentera de los nervios* de todo el cuerpo, que regula el calor y el frío y otras sensaciones semejantes, y sobre todo *la excitación placentera de nuestros cinco sentidos*; por esta razón el sistema nervioso tiene necesidad de salir hacia fuera para comunicarse con el mundo exterior.

Como puede ver, todo esto es corporal y el alma no entra en ello en absoluto. Ahora bien, como ella está íntimamente unida al cuerpo, lo ha incluido en sí y hace suyas todas estas necesidades corpo-

rales. Por esto decimos: «Yo quiero comer, beber, dormir... Quiero caminar, pasear, trabajar... Quiero ver los distintos colores, oír los diferentes sonidos, oler los diversos aromas», etcétera. Al asimilar las necesidades corporales, el alma considera que le corresponde a ella satisfacerlas, de modo que se afana por el alimento, la bebida, el sueño, el vestido, el techo y todo lo demás, y desea conseguir lo necesario como sea para que el cuerpo se quede tranquilo y no la importune con sus molestas exigencias. Esta relación del alma con el cuerpo –que mantiene de manera espontánea, sin necesidad de aprendizaje, por una cierta presión interna– se descubre en ella como una especie de instinto: *un apego a la vida, al cuerpo, un deseo de rodear de cuidados al cuerpo* y conseguir cuanto se requiere para ello.

Todo esto constituye la parte corporal de la vida humana. Aunque no todo ello es aquí por igual corporal, carnal, sensible. Carnal únicamente es, en sentido fuerte, la parte nutritiva, pero también ella se ennoblece adaptando sus satisfacciones a las necesidades y a los fines de lo que pertenece propiamente al alma. Y es que los órganos del movimiento y de los sentidos sirven más a las necesidades del alma que a las del cuerpo. De hecho, existe un órgano que está como fuera del sistema de los demás órganos, a saber: el órgano de la palabra, que es exclusivo del alma y está destinado a servirle solo a ella.

La vida corporal, carnal, sensible, que no se puede aprobar desde el punto de vista moral, es aquella en la que el ser humano, ocupándose por completo de lo relativo al apego a la vida y al cuerpo, se propone como meta y preocupación principal el cuidado del cuerpo, o la satisfacción multiforme de las necesidades corporales, hasta el punto de olvidarse del alma y, con mayor motivo, del espíritu. En este caso, las necesidades corporales, que por su propia naturaleza son simples, se desbordan en una multitud de necesidades adquiridas por la costumbre y la pasión, así como en diversos modos de satisfacerlas. Tome como ejemplo el alimento, la bebida o el vestido. ¿Existe algo más simple que estas cosas? Y sin embargo, ¡cuántas necesidades insaciables! Son como un pozo sin fondo y buscan satisfacción a cualquier precio. Por esto vemos que algunos no tienen ni un minuto libre, corriendo en pos de lo

que necesitan para satisfacerse, y encima decenas de personas giran a su alrededor para procurarles tales satisfacciones. Quienes así viven no logran evitar que el alma y el espíritu sigan hambrientos, si es que no se han ahogado ya del todo, hundidos y encerrados en lo sensitivo.

Reflexione sobre estas cosas. Del alma hablaremos en la próxima carta.

6

LA SEGUNDA PARTE DE LA VIDA HUMANA: EL ALMA Y SUS TRES PRINCIPALES FUNCIONES. PRIMERA FUNCIÓN: LA PARTE PENSANTE Y SUS DISTINTAS FORMAS. EL CONOCIMIENTO Y LA CIENCIA. LA FUNCIÓN NORMAL DEL ENTENDIMIENTO Y LA DIVAGACIÓN VANA DE LOS PENSAMIENTOS

Usted entró en su interior; ahora le invito a entrar de nuevo. ¡Observe qué cantidad y diversidad de acciones y movimientos! Ahora uno, ahora otro; ahora entra, ahora sale; ahora acepta, ahora rechaza; ahora se hace, ahora se rehace. Porque el alma siempre está en movimiento y no es capaz de quedarse quieta. Quien observa el alma en general, no entiende nada; es preciso distinguir sus acciones según géneros y después considerar por separado cada uno de ellos. Hace ya mucho tiempo que se ha logrado distinguir todas las acciones del alma en tres categorías: la de los pensamientos, la de los deseos y la de los sentimientos. Y cada una de estas partes recibe un nombre propio: intelectiva, desiderativa y sensitiva. Adoptemos esta división y veamos cada una.

La parte intelectiva. Si dentro de nosotros se observa turbación, en su mayor parte procede de los pensamientos, pues los deseos y los sentimientos se turban por influencia de los pensamientos. Pero en el ámbito de los pensamientos no todo es movimiento desordenado, pues muchas de sus actividades son serias. De hecho, ellas son las que, propiamente hablando, conforman la vida anímica desde el punto de vista intelectual. Veamos cuáles son esas actividades:

1. En cuanto nota usted algo procedente del exterior por medio de sus sentidos, o escucha a otros contar cómo han percibido algo con sus sentidos, en ese mismo momento la *imaginación* lo concibe y la *memoria* lo recuerda; porque no hay nada que pueda entrar en el alma al margen de la imaginación y la memoria. A continuación, la actividad intelectual que sigue se ha de apoyar nece-

sariamente en la imaginación y la memoria. Lo que la memoria no conserva, no puedes imaginarlo, y sobre eso no puedes empezar a pensar. Es frecuente que los pensamientos nazcan directamente del alma, pero también ellos se revisten de imágenes. Por esta razón, la parte intelectual del alma es *imaginativa*.

2. Ahora bien, la imaginación y la memoria solo aportan y conservan el material para las ideas. El movimiento mismo de las ideas procede del alma y se conduce según sus leyes. Recuerde cuando su hermano pequeño descubría alguna cosa nueva y les asaltaba a usted y a quienes estaban cerca con preguntas en cascada: «¿Qué es eso? ¿Quién lo ha hecho? ¿De qué está hecho?», y no se quedaba tranquilo hasta que no respondían satisfactoriamente a cada una. El alma intelectiva comienza precisamente generando esas preguntas, para después producir las ideas como respuesta a las mismas o aceptar las ideas que ya otros han pensado. La imaginación y la memoria no piensan. Son fuerzas auxiliares sometidas al pensamiento. La facultad del alma de la que surgen esas preguntas y con la cual se indagan y se generan las ideas que sirven de respuesta se llama *entendimiento*. Este tiene como misión razonar, deliberar y encontrar la solución adecuada. Si se observa usted a sí misma, encontrará que nada se hace sin deliberación y reflexión. Es preciso examinar hasta lo más pequeño. Y aun cuando se haga de manera instantánea, la reflexión siempre sigue a preguntas previamente propuestas.

3. Al deliberar, usted solo establece una idea determinada y concreta cuando encuentra la respuesta a alguna pregunta. El entendimiento rebusca por todos lados, indagando qué es esto, de dónde procede, para qué sirve, etcétera. Cuando usted encuentra la respuesta por sí misma, o escucha de otros una convincente, suele decir: «Ahora entiendo, no hace falta seguir buscando, la cosa está clara». Esta solución da tranquilidad a su intelecto en lo referente al objeto que le ocupa. Entonces el entendimiento se dirige a otros objetos, mientras que la idea que se ha formado se conserva en el archivo del alma, que es la memoria, del que se tomará cuando se necesite para formar otras ideas. El conjunto de todos los conceptos formados de este modo compone su mentalidad, que usted expresa cada vez que habla. Tal es el ámbito de su *conocimiento*, que

ha alcanzado por la actividad intelectual. Cuantas más preguntas resueltas, cuantas más ideas o conceptos definidos sobre las cosas, cuantos más conceptos tenga, tanto más amplia será la esfera de su conocimiento. Así que, como ve, por encima de la imaginación y la memoria se encuentra el entendimiento, que con su *actividad intelectual* adquiere para usted *conceptos* definidos sobre las cosas, esto es, *conocimiento*.

No siempre se consigue una respuesta definida para todas y cada una de las preguntas. Una gran parte de ellas queda sin resolver. Por más que se piensa, no se consigue comprender nada determinado. Por eso se dice: «Puede ser así, pero también puede ser asá». Esto son las *opiniones* y las *suposiciones*, de las que, a fin de cuentas, tal vez tengamos más que conocimientos definidos. Cuando alguien considera una cierta clase de objetos y alcanza por sí mismo, o tomando prestados de otros, muchas ideas y muchos conceptos definidos sobre esos objetos, y consigue además que lo que no está resuelto al respecto se supla con opiniones y suposiciones tan verosímiles que puede considerar este conjunto de objetos suficientemente conocido y explicado, entonces ordena todo esto, lo expone de manera sistemática y coherente, y nos ofrece la *ciencia* acerca de esos objetos. La ciencia es la culminación de la actividad intelectual del entendimiento.

Le cuento todo esto para que le resulte claro en qué ha de consistir la actividad natural y adecuada de nuestra fuerza intelectiva. Debe considerar diligentemente lo que todavía es desconocido, para llegar a conocerlo. Solo a muy pocos les es dado ser científicos; no todos pueden alcanzar la ciencia. Ahora bien, considerar las cosas que nos rodean con el fin de obtener conceptos adecuados sobre ellas, es algo que todos pueden y deben hacer. En esto consiste para todos la actividad intelectiva. Pero en qué medida se puede alcanzar, eso es algo que depende de las fuerzas de cada uno. En cualquier caso, esta es una capacidad que debe estar siempre ocupada en un trabajo serio de reflexión y examen de la realidad.

Mientras tanto, ¿qué es lo que vemos en el ámbito de nuestro intelecto? Un movimiento ininterrumpido de imágenes y representaciones sin meta ni orden definidos. Surge una idea tras otra, a veces se siguen unas de otras, a veces se contradicen entre sí, se lanzan

hacia delante o vuelven para atrás o se echan a un lado, sin pararse en nada concreto. Esto no es reflexionar, sino vagar y distraerse con ideas. Se trata, pues, de un estado completamente contrario al que debería ser el habitual de nuestra fuerza intelectiva, una especie de enfermedad que se ha instalado en ella y se ha propagado de tal modo en todos, que no encontrará a nadie capaz de realizar una actividad intelectiva seria y con constancia, sin caer en la distracción y la divagación de pensamientos que lo apartan de su asunto y lo llevan en direcciones distintas.

A menudo nos quedamos pensativos. ¿Qué estado es este? Pues el que ya hemos descrito: que el pensamiento entra en el archivo de la memoria y, con ayuda de la imaginación, repasa todo lo que se almacena allí, pasando de una historia a otra según las conocidas leyes de la relación de representaciones, ligando a lo habitual lo raro, incluso lo imposible, hasta que vuelve en sí y retorna a la realidad circundante. Se dice: «Se ha ensimismado». Se ha ensimismado, cierto, pero en la vaciedad, no en una consideración seria de algo. Esto es lo mismo que una ensoñación, un pensamiento fútil, vacuo. Fíjese en sí misma y verá que gran parte del tiempo se nos pasa justamente en esa vacuidad y divagación del pensamiento. Hay días –acaso la mayoría de ellos– en que no aparece en la mente ni un solo pensamiento serio.

Le pido que preste atención a esto y que trate de responder a la siguiente pregunta: ¿es propio del ser racional actuar de esta manera? Entretanto, yo me ocuparé de las otras categorías del alma.

7

La parte desiderativa de la vida anímica. Sus funciones. El estado correcto y el desordenado de la facultad desiderativa

La parte desiderativa. Aquí la fuerza actuante es la *voluntad*, cuya acción es querer –desea adquirir, utilizar o hacer lo que encuentra útil, o necesario, o agradable para sí– y también no querer –no desea lo contrario a todo eso–. Los movimientos de la voluntad exigen acciones correspondientes, porque la voluntad es una fuerza activa, cuya necesidad esencial es vivir y actuar. Ella gestiona todas las fuerzas del alma y del cuerpo, además de sus formas auxiliares, y a todas las pone en movimiento cuando es preciso. En ella hunde sus raíces el *celo*, o la diligencia, el ansia de hacer, y lo que la estimula es lo *agradable*, lo *útil* y lo *necesario*, de modo que cuando faltan, el celo duerme y las fuerzas activas pierden tensión y decaen. Esto es lo que sostiene el deseo, y el deseo, a su vez, enciende el celo.

Este aspecto del alma se revela de la siguiente forma: en el alma y en el cuerpo hay necesidades adquiridas y necesidades naturales, vitales, familiares y sociales. Por sí mismas, estas necesidades no provocan deseos definidos; simplemente empujan a buscar su satisfacción. Cuando la satisfacción de la necesidad se ha dado ya una vez de un modo u otro, entonces, al mismo tiempo que aparece la necesidad, nace también el deseo de aquello que la satisfizo. El deseo siempre persigue un objeto determinado, que satisface una necesidad. Si una necesidad ha sido satisfecha de diversas maneras, basta con que aparezca para que surjan diversos deseos: sea de esto, sea de lo otro, sea de un tercer objeto susceptible de satisfacer la necesidad. En la vida del ser humano no suelen verse de manera clara las necesidades que subyacen a los deseos. En el alma fluyen tan solo estos últimos exigiendo su satisfacción, como si existieran por sí mismos.

¿Qué ha de hacer el alma con estos deseos? En primer lugar se impone la *elección*, o sea, decidir a qué objeto de entre los deseados debe dar preferencia. Tras la elección tiene lugar la *decisión*, que consiste en hacer, conseguir o utilizar lo elegido. Después de la decisión viene la selección de *medios*, con los que concretar el modo y el orden de realización. Finalmente, llega la elección del tiempo y el lugar. Cualquiera de nuestras acciones, aun la más insignificante, sigue este proceso. Usted misma puede comprobarlo en cualquier cosa que haga. Gracias a la costumbre, todos esos pasos se dan de forma instantánea, y así al deseo le sigue inmediatamente la acción. La elección, la decisión y los medios se toman de acciones precedentes, razón por la cual no requieren de un acto específico.

El hombre de cierta edad casi todo lo hace por hábito. Es raro que emprenda o comience algo que se salga del curso habitual de sus acciones y sus conocimientos. Sucede, pues, que la vida ya muy formada pide acciones correspondientes. Como estas se repiten a menudo, se convierten de modo natural en costumbre, en hábito, en norma de la vida y del carácter. El conjunto de las costumbres, normas y usos de este tipo configura el modo de vida de una persona concreta, al igual que el conjunto de sus conceptos configura su modo de pensar y de ver las cosas. Así, si conocemos el modo de vida de alguien, podemos deducir qué piensa de tal o cual asunto y cómo actuará en determinadas circunstancias.

Como guía de la vida activa ha sido puesta la *prudencia*, que es el entendimiento mismo, solo que ahora puesto al servicio de la voluntad. En el ámbito intelectivo, el entendimiento responde a la cuestión de cómo es algo en el orden del ser, mientras que en el ámbito desiderativo y activo determina qué se debe hacer para alcanzar con seguridad lo que se desea de modo recto. Cuando una persona se acostumbra a determinar esto como se debe, de modo que lleva a buen término todos sus propósitos –o la mayoría–, entonces se alaba con justicia su prudencia, es decir, su capacidad de adecuar rectamente los medios a los fines, y los deseos a las circunstancias, para así realizar algo con éxito.

De lo dicho no le resultará difícil deducir cuál es la actividad natural y propia de la voluntad. Esta, como puede usted suponer, es la señora de todas nuestras fuerzas y de nuestra vida entera. Su

función consiste en definir la forma, el modo y la medida del uso de los deseos que nacen de las necesidades o que las sustituyen, para que la vida fluya como se debe y proporcione paz y alegría. Como ya hemos dicho, nosotros tenemos necesidades y deseos anímicos, corporales, vitales y sociales. No en todo el mundo aparecen de la misma forma, porque no en todos la vida se desarrolla por igual: en unos lo hace de un modo y en otros de otro. Es tarea de cada persona determinar, según su condición, cómo puede y debe satisfacer sus necesidades y deseos, poner los medios adecuados y dirigir su vida en consonancia con todo ello. La tarea de nuestra parte desiderativa y activa consiste en conducir todos los asuntos y empresas de la vida con prudencia, de acuerdo con la norma establecida. Así debería ser. Pero fíjese en qué es lo que de hecho sucede.

En la parte intelectiva solemos padecer turbación, distracción y divagación. De igual modo, en la desiderativa padecemos inconstancia, desorden y obstinación de los deseos, y tras ellos, de las acciones. Cuánto tiempo pasamos desocupados, sin hacer nada: deambulamos de acá para allá sin que ni nosotros mismos sepamos para qué; hacemos y volvemos a hacer, incapaces de dar una justificación razonable de ello; emprendemos una cosa y otra, hacemos esto y lo otro, pero de todo ello tan solo se deriva desorden y vanidad. Surgen en nosotros deseos y deseos sin cuento, sin que hagamos nada con ellos. Si esto fuese algo puntual, podría ser admisible, pero resulta que estamos así continuamente. ¿De dónde viene esto? De que nuestra señora, la voluntad, se ha debilitado. Mire cuántos deseos advenedizos nos instigan: la ira, el odio, la envidia, la codicia, la vanidad, la soberbia y otros similares. Las fuentes de los deseos deben ser nuestras necesidades naturales, formadas a partir de la vida familiar y social. Ahora bien, ¿qué tienen de natural todos esos deseos que acabo de enumerar? Lo único que hacen es perturbar la naturaleza y los diferentes órdenes de la vida. ¿Y de dónde procede esta invasión bárbara?

Esto lo dejo a su consideración, al tiempo que termino.

8

La parte del sentimiento: el corazón. La importancia del corazón en la vida humana. La influencia de las pasiones en el corazón

La parte del sentimiento es el corazón. ¿Hay alguien que desconozca la gran importancia que tiene nuestro corazón en la vida? En el corazón se almacena todo lo que entra en el alma desde fuera y lo que se elabora en las partes intelectiva y activa. Además, a través del corazón pasa todo lo que el alma manifiesta hacia fuera. Precisamente por esto se le considera el centro de la vida.

Lo propio del corazón es sentir todo lo que afecta a nuestra persona. Él siente continuamente y sin cansarse *el estado del alma y del cuerpo*, además de las más variadas *impresiones* de las acciones anímicas y corporales, de los objetos que nos rodean y que nos salen al encuentro, de la situación externa y, en general, de la corriente de la vida, de esa vida que lleva al hombre y le obliga a buscar en todo eso aquello que le resulta agradable y a rechazar aquello que le desagrada. Primero, la salud y la enfermedad del cuerpo, su vigor o atonía, su lasitud o fortaleza, su diligencia o modorra. Después, lo que se ha visto, escuchado, tocado, olido, gustado; lo que se ha recordado o imaginado; lo que se ha pensado o se piensa; lo que se ha hecho, se hace y está por hacerse; lo que se ha conseguido o se va a conseguir, lo que puede ser conseguido y lo que no; lo que nos beneficia y lo que nos perjudica, sean personas o circunstancias. Todo esto se refleja en el corazón y lo excita de manera agradable o desagradable. Acuciado por todas estas cosas, no se puede permitir ni un minuto de tranquilidad, sino que está en una constante preocupación e inquietud, de modo similar al barómetro antes de la tormenta. Aunque una vez que pasan las primeras sensaciones, suceden muchas cosas que no dejan huella en el corazón, según habrá comprobado usted misma en situacio-

nes como cuando llega uno por vez primera a un lugar y todo le llama la atención, pero después de la segunda o tercera vez apenas le impresiona nada.

Todo lo que influye en el corazón produce en él un sentimiento particular, pero nuestro idioma carece de palabras para distinguir tales sentimientos. Los expresamos con términos generales: agradable-desagradable; satisfacción-disgusto; alegría-tristeza; dolor-placer; tranquilidad-intranquilidad; enojo-contento; temor-esperanza; antipatía-simpatía. Busque con atención dentro de sí y encontrará que en su corazón siempre hay un sentimiento u otro.

Con todo, la función del corazón en la economía de nuestra vida no se reduce a contener pasivamente estas impresiones y testificar nuestro estado satisfactorio o insatisfactorio, sino también en suministrar la energía de todas las fuerzas del alma y del cuerpo. ¡Fíjese con qué diligencia hace uno aquello que le gusta, que le es querido! Y, por el contrario, a quien le desagrada eso mismo le cuesta incluso levantar las manos y mover las piernas. Por esta razón, quienes saben controlarse a sí mismos, cuando afrontan algo necesario que, sin embargo, no es del gusto de su corazón, se apresuran a descubrir en ello el lado agradable. De esta manera, reconciliando el corazón con esa tarea, recaban la energía necesaria para ponerse manos a la obra.

Así pues, el celo, la fuerza que mueve la voluntad, procede del corazón. Eso mismo sucede en el trabajo intelectual: el objeto que entra en el corazón se asimila con más rapidez y de modo más completo, los pensamientos fluyen y se generan solos, y el trabajo, por largo y penoso que sea, se realiza sin esfuerzo.

No todo les gusta a todos y no a todos les agrada lo mismo; e incluso una misma cosa les gusta a unos más que a otros, y a otros más que a los de más allá. Podemos expresarlo de este modo: cada cual tiene sus gustos. Esto depende, en parte, de la predisposición natural y, en parte –y tal vez en mayor medida–, de las primeras impresiones, de las impresiones de la educación y de las casualidades de la vida. Pero independientemente del modo en que se formen los gustos, estos le hacen a uno organizar su vida de tal modo que tiende a rodearse de las cosas y las relaciones que el gusto le marca, con las cuales trata de satisfacerse. La satisfacción

de los gustos del corazón otorga la dulce tranquilidad que colma la medida de la propia felicidad. Así, si nada te inquieta, ahí está precisamente la felicidad.

Si el ser humano se atuviera siempre en su parte intelectiva al sentido común y en la activa a la prudencia, se toparía con una mínima porción de contingencias desagradables para su corazón, y en consecuencia gozaría de una mayor porción de felicidad. Pero como ya hemos mostrado, la parte intelectiva raramente se mantiene en el estado que le es propio, y se entrega a sueños y distracciones. Por su lado, la parte activa se aparta de su orientación normal, dejándose arrastrar por deseos suscitados no por las necesidades de la naturaleza, sino por pasiones ajenas a ella. Esta es la causa de que el corazón no tenga paz, y no podrá tenerla mientras esas partes que acabamos de señalar se encuentren fuera de su estado natural. Si no hubiera pasiones, también se encontraría uno con sinsabores, pero estos no atormentarían tanto el corazón como lo atormentan las pasiones. ¡Cómo se consume el corazón con la ira! ¡Cuántas inquietudes y tormentos causa la vanidad insatisfecha y humillada! ¡Cómo desasosiega el dolor cuando la soberbia sufre! De hecho, si observamos con detenimiento, encontraremos que todas las inquietudes y aflicciones de nuestro corazón proceden de las pasiones. Cuando estas pasiones malas son satisfechas, suelen proporcionar alegría, si bien por breve tiempo; pero cuando no quedan satisfechas y, por el contrario, se ven contrariadas, producen una aflicción continuada e insoportable.

Así pues, resulta obvio que nuestro corazón es la raíz y el centro de la vida. Es él quien da a conocer el estado bueno o malo del hombre, y de este modo suscita la actividad de las otras fuerzas, para seguidamente acoger en sí esa actividad y reforzar o debilitar aquel sentimiento mediante el cual se determinó dicho estado del hombre. Parecería que habría que darle al corazón plenos poderes para dirigir la vida –así lo hace muchísima gente, si bien la mayoría no llega a tal extremo–. Parecería que es así, y podría ser que el corazón estuviera llamado naturalmente a cumplir esa función. Pero se han entrometido las pasiones y lo han enturbiado todo. Cuando ellas se hacen presentes, el corazón no indica nuestro estado correctamente, de modo que se alteran las impresiones, se corrompen

los gustos y surgen fuerzas mal orientadas. Por eso ahora la norma es refrenar el corazón para que someta los sentimientos, los gustos y las inclinaciones a una crítica estricta. Y una vez que nos hayamos purificado de las pasiones, podremos entregar nuestra voluntad al corazón. Pero mientras las pasiones sigan activas, entregar la voluntad al corazón significa condenarnos a emprender todo tipo de caminos extraviados. Los que peor actúan son los que ponen la meta de su vida en el deleite del corazón y, como se suele decir, en disfrutar de la vida. Dado que los deleites y goces carnales y sensibles producen sensaciones fuertes, esas personas terminan desarrollando una sensibilidad tosca, y caen por debajo del nivel que diferencia al hombre de los animales.

¡He aquí, ante usted, el alma y la vida anímica en sus diferentes aspectos! Con toda intención he indicado qué debe ser cada una de estas partes y qué no. Y veo en usted, sin necesidad de recordárselo, la disposición a abrazar lo primero y rechazar lo segundo. ¡Bendito sea Dios!

9

La tercera parte de la vida humana: la vida espiritual. Manifestaciones principales de la vida espiritual: el temor de Dios, la conciencia moral y el deseo de Dios. La dignidad humana

Escribe usted: «He tratado de mantener mis pensamientos ocupados en cosas serias, pero no lo he conseguido en absoluto. Pensé que esto se debía a mi falta de costumbre en reflexionar, así que tomé un buen libro con la esperanza de que me ayudaría a centrar la mente en algo sustancioso, pero el resultado fue el mismo. La mente se aparta y se pierde en bagatelas. Al final me distraje fabulando sobre lugares que no conozco e inventando historias de todo tipo. Alguien cercano me hizo volver en mí cuando me preguntó: '¿Qué, estabas filosofando? ¿Sobre qué?'. En realidad, no filosofaba, sino que soñaba. Esto siempre ha sido frecuente en mí, solo que antes no era consciente de ello. Ahora me doy cuenta de que debería abandonar esta costumbre, pero ¿cómo hacerlo? Me resulta imposible dominar los pensamientos».

A esta última pregunta le responderé después. Ahora le pido que añada a su observación una cosa más: trate de estar, siquiera un día, sin enfadarse ni enojarse y luego cuénteme qué tal le ha ido.

A renglón seguido, en su misiva usted alude a la frase con la que terminé mi última carta: «He aquí, ante usted, el alma y la vida anímica». Y hace la siguiente observación: «Pero usted no ha señalado todo lo que sucede en el alma. Sobre las virtudes y la piedad no ha dicho ni una palabra. Pero yo veo que en nuestra familia, entre los parientes y muchos conocidos, las virtudes ocupan el primer lugar, y no solo de palabra, sino de obra. ¿Cómo es que no las ha mencionado?».

Precisamente sobre esto me disponía a escribir. Ya la vez anterior había decidido hacerlo, pero –se lo confieso ahora– recapacité y decidí esperar a ver cómo se toma y estima usted todo lo dicho

hasta ahora. Y esto se echa de ver en su pregunta. Le doy las gracias por la seriedad con que examina todo lo que le he propuesto. Algo digno de su bien amueblada cabeza.

La omisión que ha notado no es, en realidad, omisión, puesto que hablar de lo que usted ha echado en falta no venía al caso aquí. De hecho, no es asunto del alma ocuparse de esos objetos. Para eso está el *espíritu*, en tanto que el alma, más bien, está orientada en exclusiva a la organización de nuestra vida temporal, terrena. En consecuencia, sus conocimientos se forman únicamente sobre la base de lo que ofrece la experiencia, al igual que su actividad está orientada a la satisfacción de las necesidades de la vida temporal y sus sentimientos surgen y se mantienen solo de sus estados y disposiciones visibles. Lo que está por encima de esto no es asunto del alma. Aunque suele haber en ella algo superior a lo mencionado, pero se trata de huéspedes que cruzan por ella camino de otro ámbito, el cual está muy por encima de ella, que es precisamente el ámbito del espíritu.

¿Y qué es el espíritu? *Es aquella fuerza que Dios insufló en la faz del hombre cuando completó su creación.* El espíritu produjo de la tierra, por orden de Dios, todos los seres que pertenecen a las especies terrenales. También de la tierra surgieron las almas de los seres vivos. Y si bien el alma humana es similar a la parte inferior del alma de los animales, su parte superior se encuentra, en cambio, incomparablemente por encima de ella. Esto es así en el ser humano por la unión de su alma con el espíritu. Al unirse el espíritu insuflado por Dios con el alma, la ha elevado por encima de toda alma no humana. Por esa razón percibimos dentro de nosotros no sólo lo que se ve en los animales, sino lo que es propio del alma humana espiritualizada y, por si esto fuera poco, lo que está más arriba y es propio en exclusiva del espíritu.

En cuanto fuerza procedente de Dios, el espíritu conoce a Dios, busca a Dios y encuentra descanso solo en Dios. Por una secreta intuición espiritual que atestigua su procedencia divina, el espíritu siente su plena dependencia de Dios y se sabe obligado a agradarle y a vivir solamente para Él y por Él.

Las manifestaciones más palpables de estos movimientos de la vida del espíritu son las que siguen:

1. *El temor de Dios.* Los seres humanos, independientemente del nivel de desarrollo en que se encuentren, saben que hay un ser superior, Dios, que lo ha creado todo, lo mantiene todo y lo dirige todo. Asimismo, saben que también ellos dependen por completo de Él, que deben agradarle y que Él es Juez que da a cada uno según sus obras. Este «credo» natural de la fe está inscrito en el espíritu. Al confesarlo, el espíritu se inclina reverentemente ante Dios y se llena de temor de Dios.

2. *La conciencia moral*[1]. Incluso sabiendo que está obligado a agradar a Dios, el espíritu no sabría cómo debe satisfacer esa obligación si no le guiara en todo la conciencia moral. Al comunicarle Dios una pequeña parte de su omnisciencia en el mencionado credo natural de la fe, inscribió en el espíritu también las exigencias de su santidad, justicia y bondad, confiándole observarlas y juzgar por sí mismo si es o no concorde con ellas. Toda la parte espiritual es conciencia moral que indica lo que es correcto y lo que es incorrecto, lo que es acorde con Dios y lo que no lo es, lo que se debe hacer y lo que no. Al indicar esto, impele con autoridad a cumplirlo; después, si se ha cumplido, premia con el consuelo, y si no, castiga con el remordimiento. La conciencia moral es legisladora, guardiana de la ley, jueza y ejecutora de premios y castigos. Remite a las tablas naturales de la alianza divina, que han sido entregadas a todos los hombres. Por eso vemos en cada ser humano, junto al temor de Dios, la acción de la conciencia.

3. *La sed de Dios.* Esta se expresa en la inclinación universal al bien perfectísimo, y se ve con mayor claridad aún en la universal insatisfacción respecto a todo lo creado. ¿Qué significa esa insatisfacción? Que nada creado puede colmar nuestro espíritu. Procedente de Dios, a Dios busca, desea saciarse de Él y solo halla su descanso en la relación y la unión viva con Él. Cuando alcanza esto encuentra la paz, y mientras no lo encuentre no puede tener descanso. Por muchas cosas y muchos bienes creados que tenga,

1. En ruso existen varias palabras para referirse a la conciencia. Así, para significar «ser consciente» se usa el término *soznanie*, mientras que para «conciencia moral» se emplea *sóviest*. En nuestra traducción utilizamos la palabra «conciencia» con el segundo significado, añadiendo en ocasiones el adjetivo «moral». Para el primer significado («ser consciente») usamos el término «consciencia» [N. del T.].

todo le parecerá poco. Y, como usted ya ha notado, todos buscan sin descanso. Buscan y encuentran, pero enseguida tiran eso que han encontrado y se ponen a buscar de nuevo, para volver a encontrar y tirar. Y así sin fin. Esto indica que lo que buscan y donde buscan no es ni lo que se debe buscar ni donde se debe buscar. ¿No es esta la prueba tangible de que existe en nosotros una fuerza que tiende a lo celeste y provoca en nosotros pesar por la tierra y lo terrenal?

No voy a explicarle con detalle todas estas manifestaciones del espíritu. Me conformo con dirigir su pensamiento a la presencia del espíritu en nosotros y le pido que medite más sobre ello, para llegar por sí misma al pleno conocimiento de qué es exactamente el espíritu en nosotros. Porque en él se encuentra el rasgo distintivo del ser humano. El alma humana nos hace un poco superiores a los animales, pero el espíritu nos hace un poco inferiores a los ángeles. Usted conoce, a buen seguro, el sentido de esta frase que se dice con frecuencia: «El espíritu del escritor es el espíritu del pueblo». Con ella se alude al conjunto de rasgos distintivos –reales, pero en cierto sentido ideales– que la mente conoce, pero que son inasibles e intangibles. Lo mismo sucede con el espíritu del hombre; solo que el espíritu del escritor se ve idealmente, mientras que el espíritu del hombre está presente en él como una fuerza viva que testimonia su presencia por medio de movimientos vivos y perceptibles.

Sería deseable que, a partir de lo dicho, usted llegara a la siguiente conclusión: aquel que no tiene movimientos y acciones en su espíritu, no ha llegado al nivel de la dignidad humana.

10

La fe universal en la existencia de Dios como manifestación de la vida espiritual

Pregunta usted: «¿En qué se basa para asegurar que todos pueden tener en su espíritu las manifestaciones referidas? ¿Acaso son pocos los pueblos que no conocen a Dios?».

Esos pueblos no conocen al Dios verdadero, pero que Dios existe, eso lo confiesan todos. Confesando que Dios existe, pero deseando saber con mayor exactitud quién es, esos pueblos se extraviaron y llamaron «Dios» a aquello que no lo es: unos al sol, otros a la luna o las estrellas, otros a cualquier tipo de cosa.

Ahora bien, no todos se han extraviado de forma tan grosera. Cuando Dios dispersó a los pueblos sobre la faz de la tierra después de la Torre de Babel, todos llevaron consigo algunas ideas verdaderas sobre Dios, que se transmitieron hasta ese momento por medio de la tradición; por ejemplo, que Dios es un Espíritu invisible, Creador, Providente, Juez y Dispensador de premios y castigos. La idea de que Dios es Creador, Providente y Dispensador de premios y castigos la han conservado todos; sin embargo, que es un Espíritu invisible no la conservaron todos, ya que «cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes que representan a hombre corruptibles, aves, cuadrúpedos y reptiles» (Rom 1, 23). Estos, «habiendo conocido a Dios, no lo han glorificado» (Rom 1, 21). Entre los pueblos orientales que tienen un concepto más elevado de Dios se encuentran los persas y los indios –tanto los asiáticos como los americanos–. Por su parte, los griegos y los romanos «empobrecieron» a Dios, si así puede decirse. Los indios americanos, por ejemplo, llaman a Dios «espíritu universal», «invisible» y «que todo lo abarca». Estas ideas son realmente elevadas, y el espíritu, dejado a sí mismo, no puede ir más allá de ellas. Los indios asiáticos profundizaron más si cabe en la comprensión de Dios; ciertamente conservaron el

concepto de su invisibilidad y omnipotencia, pero cuando trataron de definir con más precisión su acción creadora y providente, se sumieron en multitud de confusiones que no se pueden sostener y escribieron infinidad de fábulas increíbles.

De aquí nace que algunos no conozcan a Dios. Pero no porque existan pueblos que no reconozcan la existencia de Dios. Y aunque ciertos exploradores han asegurado que habían encontrado pueblos y tribus que no conocían en absoluto a Dios ni lo adoraban, lo único cierto es que ellos ni habían escuchado confesión de fe alguna ni habían visto actos de adoración a Dios. Pero que no se diera realmente ni la una ni la otra es harina de otro costal. Para poder afirmar que tales pueblos no creían en Dios ni lo adoraban, habría hecho falta vivir largo tiempo entre ellos. En nuestros días, Baker[1] estuvo viviendo un mes entero con un pueblo que habita junto a los lagos que alimentan el río Nilo, y no vio ninguna forma de adoración a Dios. Pero luego cuenta: «Cuando llegó la luna nueva, observé que el rey se dispuso a ir a algún sitio, y lo mismo hicieron los ancianos, y prepararon un toro. Llegó el día señalado y se encaminaron todos a una colina donde sacrificaron el toro. Si me hubiera ido dos o tres días antes –continúa Baker– habría testificado plenamente convencido que este pueblo no rinde culto a Dios».

Así pues, abandone la idea de que hay pueblos que no reconocen la existencia de Dios. Hay científicos que piensan que pueden ir por la vida sin Dios y sugieren interpretaciones, dan conferencias y escriben libros sobre ello. Pero mientras la lengua y la pluma hilvanan estas vaciedades, su corazón dice otra cosa. Se enorgullecen de no creer en Dios, pero resulta harto dudoso que esto sea así, sobre todo ante su conciencia.

Conociendo a Dios, todos manifiestan que tienen conciencia, y veneran a Dios y le rezan, y esperan en la vida futura, en la que cada uno recibirá según sus obras. La fuerza que contienen en sí mismas estas creencias y convicciones es el espíritu. Hay que partir de que en cada ser humano existe el espíritu, la parte más elevada

1. Samuel White Baker (1821-1893), naturalista y escritor inglés que participó en la exploración del curso alto del río Nilo. Se le considera el descubridor del lago Alberto [N. del T.].

de la vida humana, una fuerza que transporta al hombre desde lo visible a lo invisible, desde lo temporal a lo eterno, desde la criatura al Creador; una fuerza que caracteriza al ser humano y lo distingue de todas las demás criaturas de la tierra. Esta fuerza se puede debilitar en mayor o menor grado, incluso se pueden interpretar torcidamente sus exigencias, pero en modo alguno es posible apagarla o destruirla. Esta fuerza pertenece de manera inalienable a nuestra naturaleza, y todo el mundo la manifiesta de algún modo.

Mire a qué discursos me ha llevado con su pregunta. Pero esto no es malo. La verdad es que no tenía pensado escribir sobre tales cosas, sino sobre lo que pasó y pasa en el alma por influencia del espíritu al unirse con él. De esto, por tanto, me ocuparé en la próxima carta.

11

La acción del espíritu en el alma del hombre y los fenómenos que proceden de ella en el ámbito intelectivo, volitivo (voluntad) y sensitivo (corazón)

Comienzo con lo que quedó pendiente, es decir, lo que sucede en el alma como consecuencia de su unión con aquel espíritu que procede de Dios.

De resultas de esa unión, el alma se transforma y pasa de ser un alma animal, según su propia naturaleza, a un alma humana, dotada de las facultades y actividades anteriormente indicadas. Pero este no es ahora nuestro tema. Aunque sigue siendo la misma, descubre propósitos y aspiraciones mucho más altos, y se eleva a un nivel superior, convirtiéndose en un alma espiritualizada. Esta espiritualización del alma se hace visible en cada uno de los aspectos de su vida: el intelectivo, el volitivo y el sensitivo.

Por la actividad del espíritu, en la parte *intelectiva* aparece en el alma *la aspiración a lo ideal*. Toda la actividad pensante del alma, propiamente dicha, se basa en la experiencia y la observación. De lo que así conoce, de modo fragmentario y sin ligazón, el alma elabora generalizaciones, hace inducciones y extrae a partir de ellas las tesis básicas sobre un determinado ámbito de cosas. Y aquí debería pararse.

Pero resulta que el alma nunca queda satisfecha con eso, sino que se esfuerza por alcanzar un conocimiento superior, buscando definir el significado de *cada* ámbito *de realidad* en el conjunto de la creación. Por ejemplo, a la pregunta «¿Qué es el hombre?» responde que es algo que se conoce por medio de la observación, la generalización y la inducción. Pero, insatisfechos con esto, preguntamos: «¿Y cuál es el significado del hombre en el conjunto de la creación?». Al indagar sobre este asunto, uno llega a la conclusión de que el hombre es la cima y la corona de la creación; otro –que es

sacerdote– asegura que es aquel que pone voz a todas las criaturas que alaban a Dios inconscientemente, o sea, que recoge y eleva un canto de alabanza racional al altísimo Creador. El alma necesita generar pensamientos de este tipo, bien sobre una clase concreta de cosas creadas, bien sobre el conjunto de ellas. Y los genera. Que respondan o no a la realidad, eso es otro cantar, pero no cabe ninguna duda de que existe en el alma la ineludible inclinación a buscar respuestas, y de hecho las busca y las genera. En esto consiste la inclinación a lo ideal, porque el significado de las cosas es la idea de ellas.

Esta inclinación la tienen todos. Y aquellos que no dan ningún valor a otro conocimiento que no sea el experimental, no pueden dejar de idealizar contra su propia voluntad, e incluso sin darse cuenta de ello. Así, con las palabras niegan lo que ellos mismos realizan en la práctica. Pues las conjeturas que hacen, sin las cuales no es posible ningún género de conocimiento, no son sino ideas de una clase inferior.

La forma ideal del pensamiento es la metafísica y la verdadera filosofía, esa que ha existido y nunca desaparecerá del ámbito del conocimiento humano. El espíritu, que siempre está presente como una fuerza esencial y que contempla a Dios como Creador y Providente, también atrae al alma a ese dominio invisible e infinito. Puede ser que el espíritu, dada su semejanza con Dios, estuviera destinado a contemplar todas las cosas en Dios, y de hecho las podría haber contemplado de no haber sido por la caída. Pero cualquier persona que ahora quiera contemplar todo lo que existe debe, desde el punto de vista ideal, partir de Dios o del símbolo que Dios ha inscrito en el espíritu. Los pensadores que no lo hacen así, dejan por eso mismo de ser filósofos. Más aún, al no creer en las ideas formadas por el alma a partir de las inspiraciones del espíritu, actúan incorrectamente, pues no creen en lo que conforma el contenido del espíritu. Dicho contenido es ciertamente una producción humana, pero el espíritu ha sido hecho por Dios.

En la parte *volitiva*, la acción del espíritu se manifiesta en *el deseo y la realización de acciones desprendidas, generosas*, esto es, en las virtudes, o de modo aún más elevado, en el esfuerzo por hacerse virtuoso. De lo que propiamente se ocupa el alma –la vo-

luntad– en este ámbito es de organizar las necesidades cotidianas del hombre para que le vaya bien. Cumpliendo esta función, el alma lo hace todo con la convicción de que cuanto lleva a cabo es agradable, útil o necesario para organizar la vida cotidiana. Al mismo tiempo, el alma no se conforma con lo anterior, sino que desborda dicho marco realizando acciones y funciones no porque sean necesarias, útiles o agradables, sino porque de suyo son buenas, benéficas y rectas, y se aplica a ellas con diligencia, pese a que no aporten nada a la vida cotidiana y ni siquiera le beneficien, y las hace incluso a costa del propio bienestar. En algunas personas, esta inclinación se manifiesta con tal fuerza que llegan a sacrificar su bienestar material para vivir apartadas de todo. Este tipo de manifestaciones de la búsqueda de lo que está más allá de la vida cotidiana se da también fuera del cristianismo. ¿Y de dónde proceden? Del espíritu. En la conciencia moral está inscrita la norma de la vida santa, buena y recta. Al percibirla por su unión con el espíritu, el alma se entusiasma con su belleza invisible y su grandeza, y se decide a incluirla en el círculo de sus intereses y de su vida, transfigurándolos según sus exigencias. Todos experimentan este tipo de inclinaciones, aunque no todos se entreguen por completo a ellas. Ahora bien, no hay ser humano que no haya dedicado, al menos por algún tiempo, sus esfuerzos y sus bienes a obras nacidas de dicho espíritu.

En el ámbito de los *sentimientos*, la acción del espíritu en el alma se manifiesta en *la inclinación y el amor a la belleza*, o como suele decirse, a la elegancia refinada. La tarea peculiar de esta parte del alma es la percepción por medio de los sentidos de las propias condiciones y de las influencias externas como beneficiosas o perjudiciales, según la medida de la satisfacción o la insatisfacción de las necesidades anímicas y corporales. Pero vemos que en este ámbito, junto a tales sentimientos interesados –llamémoslos así–, existen sentimientos desinteresados, que aparecen desligados por completo de la satisfacción o insatisfacción de las necesidades. Me estoy refiriendo a los sentimientos del gusto por la belleza. El ojo no quiere apartar la mirada de la flor y el oído no se despega de la canción, simplemente porque una y otra son bellas. Todo el mundo, a su manera, ordena y decora su casa, porque así le parece

más bella. Elegimos un lugar para pasear únicamente porque es hermoso. Si ascendemos en la escala de la belleza, experimentamos agrado cuando admiramos la pintura, la escultura, la música y el canto. Y aún más arriba encontramos el placer que nos proporciona la poesía.

Con todo, las obras de arte refinadas no agradan por la mera belleza de su forma externa, sino de modo especial por la belleza de su contenido interno, por la belleza que contempla la mente, a saber: por la belleza ideal. ¿De dónde proceden estas manifestaciones en el alma? Son huéspedes que tienen su origen en otro ámbito, el ámbito del espíritu. El espíritu, que conoce a Dios, comprende de modo natural la belleza de Dios y solo en ella busca complacencia. Él no puede mostrar con una definición en qué consiste, pero, al portar en sí secretamente una prefiguración de la misma, puede indicar exactamente lo que ella *no es*, y lo expresa en el hecho de que no se conforma con nada de lo creado. Contemplar, gustar y complacerse en la belleza de Dios es una necesidad del espíritu, es su vida, la vida del paraíso. Al haber recibido noticia de ella por su unión con el espíritu, también el alma se dedica a ir tras ella y, comprendiéndola a su modo, o se lanza con alegría a aquellas cosas que dentro de su propio ámbito la reflejan (el caso de los diletantes), o inventa y realiza ella misma cosas en las que tiene la esperanza de reflejarla (el caso de los artistas). Vemos así de dónde proceden estos huéspedes, llenos de gracia y al margen de todo sentimiento sensible, que elevan el alma hasta el nivel del espíritu y la espiritualizan. Quiero precisar que dentro de la categoría de obras de arte incluyo únicamente aquellas que tienen como contenido la belleza divina de las cosas divinas invisibles, y no aquellas que, aun siendo bellas, representan tan solo la vida cotidiana anímico-corporal o las cosas terrenas que conforman las condiciones habituales de dicha vida cotidiana. El alma, guiada por el espíritu, busca no simplemente la hermosura externa, sino expresiones en formas hermosas de la belleza del mundo invisible, al que el espíritu le atrae con su influjo.

Tal es, en conclusión, lo que el espíritu da al alma cuando se une con ella, y de este modo el alma se espiritualiza. No creo que nada de lo dicho le resulte complicado; le ruego, eso sí, que no

lea de pasada lo escrito, sino que lo juzgue con detenimiento y se esfuerce en contrastarlo con su propia experiencia. ¿Está espiritualizada su alma? ¡De hecho, usted canta y se dedica a la música! Llegará un momento en que deberemos someter a juicio esa faceta suya y contrastarla con las exigencias que hemos indicado sobre lo que deben ser las bellas artes.

12

Conclusiones sobre las tres partes de la vida humana. Posibilidad de trasladarse de un estado a otro y predominio de una u otra parte de la vida. El predominio de lo anímico y lo carnal como situación de pecado. El dominio de la vida espiritual como norma de la verdadera vida humana

Este es un buen momento para resumir y sacar conclusiones de lo expuesto hasta aquí. ¡Vea cuántas dimensiones o, mejor, niveles de vida tenemos! Está la vida espiritual, la vida anímico-espiritual, la vida propiamente anímica, la vida anímico-corporal (me parece que no la caractericé como se debe, de modo que debería apuntar algunas observaciones sobre la imaginación y la memoria, los deseos procedentes de las necesidades del cuerpo y los sentimientos de los estados corporales y las impresiones), la vida corporal.

Hay, pues, cinco niveles, pero la persona humana es una sola, la cual vive tanto a un nivel, como a otro, como a un tercer nivel de vida, y a juzgar por la vida que lleva, adquiere un carácter determinado (que se refleja en sus puntos de vista, sus normas, sus sentimientos), a saber: o es un ser espiritual, con opiniones, normas y sentimientos espirituales; o un ser anímico, con ideas, normas y sentimientos anímicos; o un ser carnal, con pensamientos, actos y sentimientos carnales. (No considero aquí los estados intermedios, anímico-espirituales y anímico-corporales, para no dispersarme demasiado). Lo dicho no significa que cuando el ser humano es espiritual no estén presentes las dimensiones anímica y corporal, sino que la dimensión espiritual es la dominante, de forma que somete y configura las dimensiones anímica y corporal. Igualmente, cuando el hombre es anímico, no significa que no existan los niveles espiritual y corporal, sino que el alma es la dominante, todo lo dirige y a todo le da el tono, y la misma dimensión espiritual se reviste del manto de la dimensión anímica. Y lo mismo sucede

cuando el hombre es carnal: no desaparecen su espíritu y su alma, sino que son revestidos de lo carnal, y el espíritu y el alma se hacen carnales, quedan sometidos a la carne, doblegados por ella, reducidos a esclavitud.

Puesto que en cualquier nivel en que se halle el hombre los otros niveles de su vida siguen estando presentes, resulta que en ninguno de ellos está tan subyugado que no pueda liberarse de esa servidumbre, sino que siempre tiene la posibilidad de pasar de un nivel a otro, debilitando una parte y fortaleciendo otra. Así, el hombre espiritual puede caer al nivel anímico o al carnal si entrega su amor a lo anímico o a lo carnal, y el hombre carnal puede elevarse al nivel espiritual si busca lo espiritual. El hombre siempre es libre. La libertad se le ha otorgado a la vez que la autoconciencia, de modo que ambas conforman el ser del espíritu y la norma de lo humano. Si se extinguen la autoconciencia y la libertad, se extingue el espíritu, y entonces el hombre deja de ser hombre.

Pero al afirmar que el hombre es libre para moverse, elevándose y abajándose, por los niveles de su vida, no estoy diciendo que le sea igualmente fácil y cómodo moverse cuando va de arriba abajo como cuando lo hace de abajo arriba, o que estos movimientos puedan realizarse tan rápidamente y de modo tan sencillo y normal como cuando pasamos de una habitación a otra a lo largo del día. Lo único que quiero decir es que el hombre, consciente de sí y libre, es responsable de su estado interior, y que si habiendo caído en un estado reprobable permanece en él, no solo se hace culpable, sino que ha de responder de ello ante Dios y ante los hombres.

Cada uno de los niveles indicados, o sus manifestaciones en nuestra vida, tiene un carácter natural y, en consecuencia, no puede ser desaprobado. Ahora bien, en absoluto es natural, y por tanto no puede ser aprobado, el estado en el que los pensamientos vagan, revolotean alocados y bullen, los deseos son inconstantes y nacen no de las necesidades naturales, sino de pasiones advenedizas, y los sentimientos del corazón se soliviantan y agitan a causa de esas pasiones. He puesto adrede el énfasis en estos fenómenos contrarios a nuestra naturaleza al hablar de la vida anímica, para que usted fije en ellos su atención. También deliberadamente le recuerdo ahora esto mismo, para hacerla profundizar mejor en este asunto y

enfatizarlo como se merece. El vagar de los pensamientos, la inconstancia de los deseos ardientes y la agitación del corazón nos intranquilizan sin cesar, impidiendo a cada una de esas capacidades realizar su función como es debido y apartándonos casi siempre del camino recto. Se trata de una enfermedad que, aunque universal y permanente, no es natural y la contraemos por propia elección. El enemigo sabe cuántas ganancias saca de ella, de modo que, cuando nos tienta, se esfuerza sobre todo por arrojarnos a ese remolino: primero nos empuja hacia el torrente de pensamientos; después, cuando ya somos arrastrados por él, aviva los deseos de las pasiones, y con ello, por último, agita nuestro corazón.

Cuando uno permite que se llegue hasta aquí, la tentación alcanza en él su punto culminante. Si no recapacita, cae, y el que ha caído se deja arrastrar por el turbión de pensamientos, deseos y sentimientos: unas veces por poco tiempo, otras por mucho y no raramente para siempre. Esa vida que –si recuerda– usted misma ha experimentado en parte, transcurre dentro de ese torbellino y, dependiendo de los ambientes que se frecuenten, suele crecer en agitación. En ocasiones, dicha agitación puede parecer que se serena e incluso pasar desapercibida, pero tarde o temprano termina por manifestarse en toda su desnudez y desvergüenza. Ahora bien, resulta raro que alguien esté libre en su interior de este bullicio. Al principio, lo normal es resistirse a él con negativas: «¡No y no!», pero luego se acaba cediendo. No sé si habrá alguien que esté libre del divagar de pensamientos e imágenes de la fantasía. Por tanto, la animo a reconocer esta enfermedad que padecemos los seres humanos (ya lo hizo en parte, cuando se quejaba de su incapacidad de controlar sus pensamientos) y, una vez detectada, dispóngase a curarla. De todas formas, no se olvide de que en su interior existe siempre algo malo que se esfuerza por descarriarla del deber y llevarla en sentido contrario.

Por lo que se refiere al alma y al cuerpo, hay que decir, como ya indicamos, que por sí mismos son inocentes, puesto que forman parte de nuestra naturaleza. Ahora bien, el hombre que se ha configurado según el principio anímico o, aún peor, según la carne, no es inocente. Ese hombre es culpable por haberse entregado al dominio de esas dimensiones que no están llamadas a dominar, sino que su

destino es ocupar una posición subordinada. Y así resulta que, aunque el alma es natural, ser un hombre anímico es antinatural; también la carne es natural, pero ser un hombre carnal es antinatural. El pecado consiste aquí en permitir el dominio exclusivo de aquello que debería estar sometido.

Pero cuando en alguien domina lo espiritual, al ser este su carácter propio y su estado de ánimo, no peca. Primero, porque el espíritu es la norma de la vida humana, de modo que, siendo espiritual, es un hombre auténtico, mientras que el hombre psíquico y el carnal no lo son; y segundo, porque cuando alguien es espiritual da a las partes anímica y carnal lo que les es debido, y siempre sin darles más de la cuenta, pues las mantiene sometidas al espíritu. Aun cuando su parte psíquica no sea demasiado amplia (en conocimientos científicos, en las artes y en otras áreas) y la parte carnal esté constreñida, todo él es un ser humano auténtico en la plenitud de su sentido. En todo caso, el hombre psíquico (que sabe mucho, que es artista, que es activo en general), y más si cabe el carnal, no es un hombre auténtico, por muy buena que sea su apariencia externa. Es un estúpido sin cabeza. Por eso, el hombre simple que teme a Dios está muy por encima del que es cultísimo o sofisticado pero no tiene entre sus fines agradar a Dios. Juzgue según este criterio las obras literarias y plásticas. Las obras en las que todo es carnal han salido de manos que no son buenas; y aquellas en las que domina lo psíquico tampoco corresponden a su verdadero destino, aunque sean mejores que las carnales. Este juicio se refiere únicamente a aquellas obras que carecen de elementos espirituales y también a las que se relacionan de manera hostil con el espíritu, es decir, que son contrarias a Dios y las cosas divinas. Se trata de insidias directas del enemigo y no deben ser toleradas.

Como ve, de todo esto se sigue que el ser humano debe, por su propia naturaleza, vivir según el espíritu y someterlo todo al espíritu, impregnando con él lo referido al alma y, más aún, lo que se refiere al cuerpo, incluyendo su mundo externo, o sea, la vida familiar y social. ¡Esta es la norma!

No añado argumentos para convencerla de que viva en el espíritu y se lo someta todo, pues pienso que si usted ha entendido bien cuanto he dicho, ya habrá tomado la decisión de vivir de este

modo. Usted ha expresado con firmeza su deseo: mantenerse a la altura de aquello a lo que está destinada la vida humana. Ahora ve usted a qué está destinada y que de manera espontánea lo ha elegido, pues es verdad que su vida se ha desarrollado hasta hoy en el ámbito familiar según el espíritu, si bien ha estudiado ciencias, sabe de economía doméstica y es profesora de música y canto. La tarea que le corresponde no es, por tanto, dotarse de una vida espiritual, sino mantenerla y conservarla, preservándose de las influencias y las seducciones de la vida psíquica y carnal, en cuyo torbellino había empezado a caer. Sobre esto hemos acordado conversar. Y, naturalmente, usted espera una solución lo más rápida posible: ¿qué hacer a este respecto?

13

LA VERDADERA FELICIDAD DEL HOMBRE ESTÁ EN LA VIDA DESDE EL ESPÍRITU. LA SUTILÍSIMA ENVOLTURA DEL ALMA, QUE SIRVE DE MEDIADORA ENTRE EL ALMA MISMA Y EL CUERPO, Y COMO MEDIO DE COMUNICACIÓN ENTRE LAS ALMAS Y CON EL MUNDO DE LOS SANTOS Y LOS ÁNGELES. EL ESTADO LUMINOSO Y OSCURO DE LA ENVOLTURA DEL ALMA

Me disponía a responder a la cuestión planteada al final de la última carta cuando he recordado que hoy es el día de su santo. Quiero transmitirle mis mejores deseos por este motivo.

Ruego ante todo para que tenga salud, porque es la condición para adquirir los bienes que el ser humano considera tales y para su disfrute o beneficio. Pues ¿cómo puede consolarse el enfermo e impedido, cuando tiene todos los sentidos deteriorados? Excepción hecha de los consuelos espirituales, los cuales no están sometidos ni dependen del estado de salud y pueden darse incluso a pesar de los sufrimientos corporales. En el momento del tormento, los mártires se alegraban de verdad; no había engaño o disimulo en sus palabras.

Y tras esto, ¿qué puedo desearle? Sin duda, felicidad. Al igual que hace la mayoría, también yo le deseo felicidad. Pero ¡¿qué se desea en realidad cuando se dice esto?! Lo cierto es que nadie ha definido hasta el presente qué es la felicidad o quién es verdaderamente feliz. Según mi parecer, feliz es el que se siente feliz. ¡Y esto es lo que espero al desearle felicidad! Le deseo que siempre se sienta feliz. ¿De qué y cómo? Al respecto, la gente tiene tantas ideas y gustos que resulta imposible aclararse. He de decirle, como quien subraya cada sílaba, que *mientras no viva usted en el espíritu, no espere felicidad alguna.* La vida psíquica y corporal, cuando discurre sin sobresaltos, nos da algo parecido a la felicidad, pero se trata de un barrunto pasajero de la felicidad y desaparece pronto. Además,

en esos niveles el torbellino generado entre el alma y el cuerpo, y mezclado con los pensamientos, deseos y sentimientos apasionados, es tan intenso que, a causa del veneno de las pasiones, solo produce un estado de ebriedad que nos hace olvidar el sufrimiento, como sucede con el opio, pero no nos libra de las aflicciones ni de los dolores que nos acongojan por dentro. Los dolores que atormentan nuestro corazón forman parte inseparable de esa forma de vida. Mientras que el espíritu se eleva por encima de tales agitaciones y conduce a la altura al que vive en él, y al darle a gustar sus bienes, que nunca pasan, le hace verdadera y completamente feliz.

¿Qué más? ¿Se acaban aquí mis buenos deseos? No, esto es poco. Si nuestra vida llegara a su fin en esta vida, ciertamente bastaría con decirle: «Tenga usted salud y sea feliz». Pero como no se acaba aquí, sino que se prolonga más allá de la muerte y solo allí es vida en sentido pleno, para que mis buenos deseos lo sean del todo no puedo sino desearle que se haga digna de ser allí bienaventurada. Esto es lo que de corazón y por encima de cualquier otra cosa le deseo, y ruego sin cesar al Señor para que la conduzca sin turbación por el camino de la vida auténtica y que, después de ella, la lleve al Reino de su plena bienaventuranza.

Al pensar en estas cosas, imagina usted que las condiciones van a ser muy rigurosas. Ciertamente se trata de condiciones indiscutibles, pero ¿pueden calificarse de rigurosas? A este respecto y generalizando le digo de entrada «sí» y «no», pues depende de cómo hayan sido planteadas en la infancia. Desde este presupuesto, me atrevo a asegurarle que para usted no son rigurosas. De hecho, ya las cumple. Lo único que tiene que hacer es perseverar en ellas y no descuidarlas.

Con ocasión de su onomástica, he pensado enviarle un pensamiento como regalo[1], aunque no sé si alcanzaré a transmitírselo. No obstante, lo intentaré.

Si no lo ha olvidado, en cierta ocasión hablé con usted de un elemento sutilísimo, más si cabe que la luz. Me refiero al éter. Su

1. Teófanes dice, literalmente, «un bombón», presentando así la reflexión que sigue como un regalo para endulzar la lectura de esta carta, ya que su interlocutora se asusta ante el «rigor» de las condiciones [N. del T.].

nombre carece aquí de importancia, lo verdaderamente relevante es que existe. Yo acepto que este sutilísimo elemento existe, que lo penetra todo, que está por todas partes y que constituye el último estadio de la existencia material. Pienso que en este elemento gravitan todos los espíritus bienaventurados, los ángeles y los santos de Dios, los cuales también están recubiertos con un vestido hecho de este mismo elemento. De él está a su vez compuesta la envoltura que reviste nuestra alma (ha de sobreentender en esta palabra también el espíritu, que es el alma de nuestra alma humana). El alma y el espíritu mismos no son materiales, pero su envoltura está hecha de este elemento sutil e inmaterial. Nuestro cuerpo es tosco, mientras que esa envoltura del alma es sutilísima y sirve de mediadora entre el alma y el cuerpo. Por medio de ella, el alma actúa sobre el cuerpo y el cuerpo sobre el alma. Pero hablo de esto de pasada. Retenga en su mente que el alma tiene una envoltura sutilísima y que esta envoltura es igual en nuestra alma y en todos los espíritus. A partir de aquí no le resultará difícil concluir que el elemento sutilísimo universal del que está hecha esa envoltura y en la que gravitan todos los espíritus, es el mediador para la comunicación entre nuestras almas y aquellos espíritus.

Ahora deje a un lado estas ideas y dirija su atención a nuestros asuntos ordinarios. Usted vive en Moscú, entre las paredes de su apartamento, rodeada de edificios, de modo que en cualquier dirección que mire encuentra obstáculos: multitud de objetos limitan su visión, tanto si intenta otear el horizonte como si mira lo próximo. Pero si pudiera elevarse sobre Moscú en un globo, no solo vería sin obstáculos toda la ciudad, sino también sus alrededores. Y si pudiera elevarse mucho más alto y aguzara la mirada, podría ver San Petersburgo, París, Londres, etcétera. Esto es así porque su vista se ha hecho más aguda y no encuentra obstáculos de ningún tipo.

Volvamos ahora a los santos de Dios. Ese elemento al que nos hemos referido lo atraviesa todo y no encuentra obstáculos de ningún género. El rayo de sol atraviesa el cristal, pues ese elemento pasa a través del cristal, de las paredes, de la tierra, de todo. Y al igual que ese elemento pasa a través de todo, también quienes gravitan en él pueden atravesarlo todo cuando es necesario (como el Salvador entró en el cenáculo, donde estaban los apóstoles con

las puertas cerradas). Viven en un lugar determinado, pero cuando se les ordena o se les permite, se trasladan a donde es preciso de modo instantáneo a través de ese elemento, y no solo no encuentran obstáculos, sino que ni siquiera los ven. Cuando es necesario, se trasladan; y cuando no hay necesidad, permanecen en su lugar viendo en todas direcciones lo que pasa y se hace en cualquier lugar. Y cuando sus ojos se dirigen a la tierra, es decir, a nosotros pecadores, nos ven con claridad; pero no nuestro tosco cuerpo, que poco les interesa, sino nuestra alma tal como es, aunque no directamente, sino por medio de la envoltura del alma, que es similar a su propia envoltura y que está hecha de ese mismo elemento en que ellos habitan; porque el estado del alma se refleja con fidelidad en su envoltura.

Imagínese ahora lo siguiente: dos están sentados charlando y el alma de cada uno está dispuesta a su manera. Ninguno de los dos ve lo que hay en el alma del otro a causa de la tosca cortina del cuerpo, tras la que se oculta el alma. Pero los ángeles y los santos, si dirigen hacia sí su mirada, ven sus almas: cómo son y qué hay en ellas; porque lo que es el alma y lo que hay en ella se refleja en la envoltura. Si en ella hay pensamientos y sentimientos santos, la envoltura es luminosa, y con cada sentimiento santo se ilumina de un modo especial. Pero si los pensamientos y los sentimientos no son del todo puros, la envoltura no será luminosa, sino que por cada sentimiento impuro se oscurece a su modo y aparece bajo una niebla o bajo la oscuridad de la noche. Si usted se elevara hasta el cielo y adquiriera la visión de los ángeles, abandonando naturalmente este cuerpo, entonces, al mirar a la tierra, vería en lugar de la variopinta masa de gente ciertas sombras luminosas, semiluminosas, brumosas u oscuras. Pero no sería de extrañar que las que van vestidas brillantemente le parecieran oscuras, si es que su alma fuera mala, mientras que a los que van vestidos por fuera de manera tosca los viera luminosos, si su alma es pura. Pues así nos ven los habitantes del cielo, y según como nos ven se alegran o entristecen.

Permítame preguntarle: la santa cuyo nombre lleva usted ¿cómo la ve?, y especialmente ahora, cuando la está observando con particular atención para que usted se dirija a ella diligentemente. ¿Y cómo la ve su Ángel de la guarda, que siempre está a su lado?

¿Y el mismo Señor, que se sienta a la derecha del Padre, pero que prometió estar con nosotros todos los días? Tal como la ven, así es usted de hecho.

Le advierto que con estas preguntas no quiero turbarla ni ensombrecer su fiesta; al contrario, me encantaría proporcionarle consuelo y alegría espiritual. Porque no puedo imaginarme que desde el cielo la vean a usted entre sombras o brumas. Usted no ha tenido tiempo de oscurecerse, por lo que la verán luminosa.

Al menos mi sincero deseo para usted en el día de su onomástica es este: sea y permanezca continuamente de manera tal que los habitantes del cielo la vean siempre luminosa. Entonces desde esta vida pasará directamente a aquella. Esto es lo que le deseo de todo corazón.

14

La envoltura del alma es luminosa u oscura según su estado interno. Ejemplos. Los demonios ven el alma oscurecida

Quisiera comentar algo más sobre el mismo tema para completar la carta anterior. Le refiero a continuación algunas experiencias que indican que la envoltura del alma adopta exactamente el estado interno de esta. En vida de aquel «loco de Cristo» que fue san Andrés[1], había en Constantinopla un sacerdote de los que viven célibes, que practicaba el ayuno, la vida en soledad y la oración. Todos lo tenían en alta consideración, hasta el punto de venerarlo. Pero al cruzarse un día con él san Andrés, vio que le recubría una niebla oscura y que le rodeaba el cuello una serpiente con la inscripción «serpiente de la avaricia». ¡Este era el estado de su alma! Y aunque nadie veía aquello, no pasó desapercibido a los ojos iluminados y espirituales de san Andrés[2]. Ha de saber, sin embargo, que los habitantes del cielo disponen de ojos todavía más iluminados. Así que, cuando pensamos que nadie ve cómo somos, resulta que nos contempla una inmensa multitud de ojos. ¡Vea cuántas estrellas hay en el cielo! Pues todavía más son los ojos que nos observan.

1. Se trata de Andrés de Constantinopla o Andrés Salos († 936), asceta bizantino considerado santo en las iglesias ortodoxas. Su nombre está asociado a la fiesta de *Pokrov* o protección de la Madre de Dios (1 de octubre en el calendario juliano), muy querida entre los pueblos eslavos. San Andrés se encontraba en la iglesia de las Blanquernas de Constantinopla. Durante la liturgia presidida por el patriarca bizantino, a la que asistían el Basileus, su esposa y la corte, san Andrés vio a la Madre de Dios descender del cielo rodeada de ángeles con un velo blanco en sus manos, que extendió sobre el pueblo en señal de protección. El apelativo «loco por Cristo» apunta al fenómeno de la *yurodotsbo* o «locura por Cristo», el estilo de vida de ciertos monjes itinerantes que, por motivos ascéticos, simulaban la locura, vivían de la caridad, despreciaban su cuerpo para participar de la Pasión de Cristo y denunciaban los valores mundanos y los vicios de su época [N. del T.].

2. San Andrés habló con este sacerdote y lo condujo al arrepentimiento, de modo que se corrigió. Aquí y en adelante las notas se toman de la edición de 1914 [N. del T.].

La verdad es que nosotros mismos podemos discernir nuestro estado, aunque no tengamos el don de verlo. Esto es lo que nos dice la conciencia moral, juez insobornable. Ciertamente se la puede acallar por un tiempo, pero siempre acaba por liberarse del yugo y levantar su voz, incluso en quienes no viven del todo según su conciencia. Ahora bien, en aquellos que tienen la conciencia limpia, su voz resuena siempre con nitidez. Ella es y se denomina la voz de Dios en el espíritu del hombre. Y es que en ella se refleja la opinión que de nosotros tienen los habitantes del cielo, o sea, cómo nos ven. Y así resulta que cuando la conciencia nos dice que estamos en todo limpios delante de Dios y de los hombres, este testimonio de la conciencia se refleja con una luz que rodea nuestra alma, y todos en el cielo nos ven luminosos. Pero si la conciencia nos reprocha que no somos puros, significa que nos ven oscuros. E incluso más de cerca que los habitantes del cielo nos ven siempre los ángeles custodios: a unos oscuros, a otros luminosos, dependiendo de nuestro estado interior, permanente u ocasional.

Además de los ángeles y los santos, nos ven las fuerzas oscuras, para nosotros invisibles. Estas fuerzas no son capaces de mirar al alma cuando se encuentra en estado luminoso, pues temen la luz como los murciélagos y solo dirigen a ella su mirada cuando empieza a oscurecerse. Estos espíritus se mueven rápidamente de un lado a otro en bandadas, y en cuanto notan que un alma se oscurece se lanzan sobre ella todos juntos y empiezan a darle vueltas de acá para allá con pensamientos, deseos ardientes y sentimientos veleidosos. Ese espacio turbulento –del que ya he hablado– que se forma de modo ilegítimo entre el alma y el cuerpo, es el lugar junto al alma donde se emboscan los demonios para agitarla como el aire hace con el polvo. Es verdad que también tratan de acercarse a las almas luminosas, pero son rechazados y vencidos por rayos de luz a modo de flechas. A este respecto me viene a la memoria algo que sucedió en la ciudad de Antioquía. Un joven pidió al mago Cipriano que dispusiera favorablemente hacia él a Justina, una bella campesina, para hacerla su esposa, aunque ella no quería ni verlo. Cipriano envió a la muchacha unos cuantos demonios que estaban a su servicio para que la indujeran a enamorarse de aquel joven. Los demonios, incapaces de entrar en la casa, regresaron diciendo que

una luz en el interior los repelía y quemaba, pues una nube luminosa revestía a Justina y hacía imposible incluso mirarla[3].

Este ejemplo testimonia que el alma, cuando es cristiana, se vuelve luminosa, pura en su conciencia y entregada a Dios. Cuando la conciencia está limpia, el temor de Dios llena el alma y la conserva intacta. Y entonces Dios mismo, que se encuentra en todas partes y todo lo llena, visita al alma y ella se convierte en luz que resplandece como una pequeña estrella.

Si ha conservado su pureza y luminosidad, el alma pasa al otro mundo cuando se separa del cuerpo con esa misma luminosidad. En cierta ocasión, san Antonio estaba conversando con sus discípulos cuando vio un surtidor de luz que se elevaba hasta el cielo. Observándolo, reconoció lo que era y dijo: «Es Ammón, un santo que sube al cielo acompañado por ángeles».

A esto es a lo que hay que aspirar. No confíe en su apariencia externa, porque puede ser que se vea en usted una cosa muy distinta a lo que de hecho hay. Naturalmente, es mejor ser que aparentar. Recuerdo las palabras de Basilio el Grande cuando dice que nuestro cuerpo lo tenemos, pero ¿qué tenemos además de nuestro cuerpo, empezando por los vestidos? Lo que *nos rodea*. Y ¿qué somos? Somos nuestra alma (junto con el espíritu). Así que, dejando a un lado todo lo exterior que tenemos, empezando por nuestro cuerpo, hemos de concentrarnos, entrar dentro de nosotros, examinarlo bien todo y preguntarnos: ¿qué es lo que eres, madrecita, alma mía?

Esto nos hace volver al asunto del que nos habíamos desviado un poco: ¿qué hacer para vivir en el espíritu, para espiritualizar con él el alma y el cuerpo y todo lo que es exterior a nosotros?

Pero sobre esto hablaremos en otra ocasión.

3. Lo que sucedió después no nos hace falta saberlo ahora. El joven y el mago se convirtieron a Cristo. Cf. *Cheti minei* (Teófanes alude aquí a los santorales de la Iglesia ortodoxa; cf. *infra*, 144, nota 3 [N. del T.]).

15

Cómo escuchan los santos nuestras oraciones. Apéndice sobre la oración

Me alegro mucho de que le gustara mi exposición sobre aquel elemento. Acójala, grábesela con fuerza en la memoria y consérvela siempre en su pensamiento. ¡Verá cómo le sirve de ayuda, hasta qué punto explica las cosas y cuánto consuelo procura!

Muy probablemente habrá escuchado la pregunta de cómo escuchan los santos nuestras oraciones, o es posible que usted misma se la haya planteado. En respuesta a ella se han dado multitud de interpretaciones, pero la pregunta sigue ahí abierta. En mi opinión, si presuponemos la existencia de aquel elemento, lo que resulta es: ¿cómo pueden los santos no escuchar nuestras oraciones?

¿Sabe usted cómo funciona el telégrafo eléctrico? En San Petersburgo, por ejemplo, ponen en marcha cierto aparato y, al instante, lo que se hace allí se refleja en Moscú en un aparato similar, con el mismo significado de lo que se ha hecho en origen. ¿Por qué es así? Porque los dos aparatos son del mismo tipo y el alambre que los une está sintonizado con ellos.

Nuestra oración funciona de modo similar al telégrafo. Nosotros y los santos somos como dos aparatos del mismo tipo; el medio en el que se encuentran los santos y que envuelve nuestras almas es como el alambre. Cuando una oración auténtica, hecha con el corazón, se eleva en el alma, actúa en ese elemento, y vuela como un rayo de luz hasta los santos y les comunica qué queremos, qué pedimos en la oración. Entre nuestra oración y la escucha de la misma no hay intervalo, siempre y cuando aquella haya surgido del corazón, que es en nosotros como una señal telegráfica dirigida al cielo. Las oraciones que no surgen del corazón, sino solo de la cabeza y la lengua, no producen el rayo que se eleva hasta el cielo y no son escuchadas allí. Y es que esto no es oración, sino técnicas de oración.

Puede ser que usted, sin darse cuenta, haya tenido en la experiencia una confirmación de lo dicho. Escribe que oró intensamente y que enseguida se tranquilizó y recibió dentro de sí la seguridad de que se vería libre de lo que la atormentaba. Y, en efecto, así sucedió después. De aquí resulta lo acertado de mi comparación de la oración cordial con el telégrafo, que de manera invisible la conduce al cielo por ese elemento. De su corazón nació un impulso o un rayo dirigido al cielo, y por esa misma línea o por el mismo rayo llegó a su corazón la respuesta a su necesidad. Así sucede siempre con todas las oraciones que surgen del corazón. No siempre se sigue inmediatamente el cumplimiento de esa oración, pero siempre es inmediatamente escuchada.

Me llena de alegría que así haya sido en su caso. Dios quiera que eso le suceda con frecuencia. Recuerde cómo rezó entonces y trate de orar así, de modo que la oración surja del corazón y no la pronuncie solo la lengua o sea solo un pensamiento de la mente.

Si lo hace de esa manera, obtendrá una respuesta práctica a la cuestión de cómo vivir en el espíritu. Porque una oración así es la vida del espíritu. En este caso, el espíritu se encuentra en Dios, se une con Él, y aquí reside toda la fuerza de esa vida. Pues ha de saber que solo entonces y por ese motivo vive el espíritu, precisamente cuando ora como usted oró. En cambio, cuando no se da esa forma de oración, entonces es que el espíritu se ha detenido, si no es que se ha apagado del todo.

No puedo esconderle que, aunque usted oró así, difícilmente podrá orar siempre de ese modo. Esta oración es don de Dios, o está inspirada por el Ángel custodio. Es una oración que viene y se va. Sin embargo, de esto no se debe concluir que nos esté permitido abandonar el esfuerzo de la oración. Pues esa oración se presenta a quien se esfuerza por orar, mientras que jamás se le concede a quien no se esfuerza. Y vemos que los Santos Padres se esforzaban mucho en la oración y gracias a sus esfuerzos avivaban en sí mismos el espíritu de oración. En sus escritos nos explican cómo llegaron a alcanzar esto. Todo lo que han dicho sobre este objeto constituye la ciencia de la oración, que es la ciencia de las ciencias. Cuando llegue el momento, la estudiaremos; por ahora he hablado de ella solo de pasada porque venía a cuento. Y añado además que no hay nada

más importante que la oración. Por tanto, hay que esforzarse por ella con más celo que por cualquier otra cosa. Que Dios le conceda celo y aplicación en este trabajo.

Sus pensamientos y sentimientos humildes sobre sí misma son sentimientos angélicos. ¡Qué perfectos y luminosos son los ángeles! Pero todos ellos son humildes, más humildes que todos los hombres. El alma humilde siempre es luminosa. El alma empieza a oscurecerse cuando se pone a pensar mucho en sí misma, porque esto es cosa de las fuerzas de las tinieblas. Que Dios le conceda no perder nunca esos sentimientos, para que permanezca siempre en la luz.

¡Vaya! Otra vez nos hemos apartado de nuestro asunto. Le ruego de nuevo que tenga paciencia.

16

El verdadero fin de la vida. La forma de vida correspondiente a ese fin

¿Qué le ha pasado? ¿Qué clase de preguntas son estas?: «No sé qué hacer con mi vida. Algo tengo que hacer. ¿Debo fijarme un determinado fin?». Leo y me admiro. ¿De dónde han nacido estas reflexiones tan sabias? Pues usted ya había resuelto todo esto, al expresar su deseo de estar a la altura de la dignidad humana, tal como esta debe ser según el plan de Dios. ¡Y mis conversaciones con usted no tratan más que de esto! ¿De dónde vienen, pues, estas cuestiones? Me parece adivinar que entre sus conocidos hay algunos progresistas, o que ha estado en alguna reunión donde alguno de ellos ha dado rienda suelta a sus sofisterías. Esta gente suele desvariar así. Siempre tienen en su boca el bien de la humanidad, el bien del pueblo. Y posiblemente usted, tras oír ideas tan elevadas, ha caído en sus redes y ha vuelto la mirada a su vida actual, y ha visto con pena que lleva una vida sin sustancia en el círculo de su familia, sin utilidad ni provecho. ¡Ay, qué lástima! Pero ¿cómo es posible que hasta ahora nadie le hubiera abierto los ojos?

Si mi sospecha es justa, tengo que felicitarla porque no ha dicho ni una sola palabra al respecto, siendo así que se había comprometido a escribir sobre todo abiertamente. Sean o no así las cosas, no puedo dejar estas cuestiones suyas sin respuesta. A su plena solución dedicaré esta conversación. De momento, solo expresaré brevemente una idea general, para que vea que esa vida que hasta ahora usted ha conducido y conduce es una vida auténtica y que no es preciso cambiar nada en ella.

Hay que conocer con exactitud el fin de la vida. Pero ¿hay algo de extraño en ello? Además, ¿no está ya definido ese fin? La situación general es que, dado que existe una vida del más allá, el fin de la verdadera vida, de toda ella sin reservas, debe estar allí y no

aquí. Esta situación es por todos conocida y nada hay que objetar al respecto; aun así, de lo que menos nos acordamos, en realidad, es de esto. Pero si usted adopta como ley de su vida perseguir con todas sus fuerzas este fin, verá por sí misma qué luz se difunde sobre su vida temporal terrena e incluso sobre todos sus asuntos. Lo primero que se revelará de manera consecuente será la convicción de que todas las cosas son solo medios para llegar a la otra vida. Respecto de los medios existe además una ley: hay que usarlos y servirse de ellos de manera que conduzcan al fin y que no nos separen de él ni lo contradigan. Aquí tiene usted la respuesta a su perplejidad: «No sé qué hacer con mi vida». Mire al cielo y verifique si cada paso de su vida avanza en esa dirección. Me parece que esto es algo muy sencillo y, al mismo tiempo, abarca todos los aspectos de la existencia.

Dice usted: «Algo tengo que hacer». Desde luego que ha de hacer algo. Haga lo que esté en su mano, en su ambiente, en sus circunstancias, y esté segura de que eso es y será su auténtica tarea y que nada más se le pide. Es un gran error pensar que para alcanzar el cielo o –dicho en plan progresista– para contribuir al bien de la humanidad hay que llevar a cabo empresas grandes y renombradas. No es así en absoluto. Simplemente hay que hacerlo todo según los mandamientos de Dios. Y ¿qué en concreto? Nada en especial; tan solo aquello que a cada uno le corresponde según las circunstancias de su vida, lo que exigen las situaciones particulares en que se encuentra cada uno de nosotros. Así de sencillo. El destino de cada uno lo organiza Dios y todo el decurso vital de cada uno es también asunto de su providencia, plenamente bondadosa. Esto afecta, pues, a cada momento y a cada encuentro. Pongamos un ejemplo: si se le acerca un pobre, es que Dios se lo ha enviado. ¿Qué tiene que hacer? Ayudarlo. Dios, que le ha enviado al pobre ciertamente con el deseo de que se comporte con él según su voluntad, mira cómo usted actúa de hecho. Su voluntad es que usted lo ayude. ¿Lo ha ayudado? Ha hecho usted la voluntad de Dios y ha dado un paso hacia su fin último: la herencia celestial. Generalizando este caso particular, resulta que en cada circunstancia y en cada encuentro es preciso hacer lo que Dios quiere que hagamos. Y lo que Él quiere lo sabemos con seguridad por los mandamientos

que nos ha prescrito. ¿Busca alguien ayuda? Ayúdelo. ¿Alguien le ha ofendido? Perdónelo. ¿Ha ofendido usted a alguien? Apresúrese a pedirle perdón y a reconciliarse. ¿Alguien la alaba? No se enorgullezca. ¿La regaña? No se enfade. ¿Es tiempo de oración? Rece. ¿De trabajar? Trabaje, etcétera, etcétera, etcétera. Si adopta usted cuanto hemos expuesto como principio de su actuación en cada caso, de manera que todos sus asuntos sean agradables a Dios por ser realizados de manera indefectible según sus mandamientos, entonces todas las tareas de su vida se resolverán con ello plena y satisfactoriamente. El fin es la vida bienaventurada más allá de la muerte; los medios son las acciones realizadas en conformidad con los mandamientos, cuyo cumplimiento se exige en las diversas circunstancias de la vida. Me parece que aquí está todo claro y no necesita atormentarse con tareas propias de una sabiduría fingida. Quítese de la cabeza todos esos planes relativos a la *utilidad universal, omniabarcante, de dimensiones planetarias y en relación con la humanidad entera*, propias de ensoñaciones progresistas. Así su vida se verá situada en la senda tranquila y sin ruido que conduce al fin principal. Recuerde que el Señor no olvida ni siquiera un vaso de agua fresca que se da al sediento.

Dice usted: «Pero ¿cómo es posible? Al final hay que elegir y definir el propio modo de vida». Y ¿cómo lo hacemos? Si nos ponemos a pensar sobre ello, lo que va a resultar es una gran confusión en la cabeza. Mejor y más seguro es aceptar con humildad, agradecimiento y amor lo que Dios nos muestra cuando habla por medio de las circunstancias de la vida. Voy a concretarlo en su caso particular. Usted ahora vive bajo el techo de sus padres. ¿Qué más y mejor puede desear? Tiene calor, seguridad y comodidad. Viva así, sin volar lejos con los pensamientos y cumpliendo sus obligaciones con diligencia. «Pero –pensará– no puedo quedarme así para siempre, alguna vez tendré que empezar mi propia vida independiente. ¿Qué hacer en relación con esto? ¿Cómo no voy a pensar en ello?». Lo mejor respecto de estos pensamientos es que se ponga en las manos de Dios y ore para que Él determine lo que considere mejor, de modo que las decisiones que usted tome no entorpezcan, sino favorezcan alcanzar la bienaventuranza en la otra vida, sin rutilantes ensoñaciones. Con este estado de ánimo, espere pacientemente a

que Dios le diga. Dios habla por la confluencia de las circunstancias y la voluntad de sus padres. Manteniéndose firme en estos pensamientos y serena en Dios, viva sin hacer planes fatuos y ocúpese de los asuntos que le incumben en relación con sus padres, hermanos y hermanas, familiares y, en general, con todo el mundo. Pero no piense en absoluto que esa es una vida vacía. Todo lo que haga en este sentido, si lo realiza con la conciencia de que así se debe hacer según los mandamientos y la voluntad de Dios, será agradable a Dios. Hasta las tareas más insignificantes.

Parece que ya se lo he explicado todo en detalle. Añado tan solo el deseo de que considere atentamente lo escrito, lo conserve en su corazón y se conduzca según ello. Le predigo que conseguirá una paz plena y que no la turbarán pensamientos de que su vida no vale para nada, y de que no hace nada útil, y otros parecidos. Además, hay que atar en corto el corazón, para que no diga tonterías. Es verdad que no es bueno prescindir del corazón, pues sin él no hay vida, pero en modo alguno hay que entregarle la voluntad, pues es ciego y, sin un guía estricto, enseguida cae en el foso.

¡Que Dios la bendiga!

17

Aportación al tesoro celestial. La vida agradable a Dios. Las ensoñaciones de las progresistas sobre el bienestar general de la humanidad y su falsedad

Me alegro mucho de que haya aceptado de corazón lo que le escribí en la última carta y de que esté de acuerdo en mantenerse en ello. ¡Que Dios la ayude!

Dios nos ha dado esta vida para que tengamos tiempo de prepararnos para la otra. Esta es cortita, mientras que aquella no tiene fin. Pero aunque sea corta, a lo largo de ella se pueden preparar provisiones para la eternidad. Cada buena acción sale para allá como una pequeña contribución; con todas esas aportaciones se atesora un capital cuyos intereses determinan el salario del contribuyente para toda la eternidad. Quien haya enviado más contribuciones, disfrutará allí de un salario más rico; quien menos, recibirá un salario más pobre. Dios da a cada uno según sus obras.

De esto debemos preocuparnos por completo en esta vida: de enviar para allá cuantos más aportes mejor. Y esta preocupación no es difícil ni pesada, como nos lo asegura el mismo Señor cuando dice: *Mi yugo es llevadero y mi carga ligera* (Mt 11, 30). Le he explicado esto aplicándolo a los pensamientos que la atormentan, para disipar la pena que la aflige cuando cree que vive de manera inútil y que toda su vida va a ser así, si es que sigue viviendo como hasta ahora. Todo el régimen de la vida humana es este: creer en Dios, en la Trinidad digna de adoración, que nos salva por medio de nuestro Señor Jesucristo con la gracia del Espíritu Santo, y aceptando la fuerza de la gracia por medio de los sacramentos divinos de la santa Iglesia, vivir según los mandamientos del Evangelio, animados por la confianza de que Dios nos otorgará el cielo a cambio del pequeño esfuerzo, adecuado a nuestra capacidad, realizado por la fe en nuestro Señor y Salvador y por obediencia a Él.

Añado esto con toda intención, para que vea con qué espíritu deben realizar sus acciones los cristianos. Porque unos dicen: «Obra, obra», y otros: «Cree, cree», siendo así que hay que hacer lo uno y lo otro: combinar la fe con las obras y las obras con la fe.

No obstante, toda nuestra atención debe estar concentrada en cumplir los mandamientos. Ya creemos; ¿qué más hemos de hacer? Poner en práctica los mandamientos, porque la fe sin obras está muerta. Y demos gracias a Dios por el hecho de que tiene a bien valorar nuestras obras no por su grandeza y vistosidad, sino por nuestra disposición interior al realizarlas. Y nos ha rodeado, además, de muchísimas ocasiones de cumplir su voluntad, de modo que, si nos fijamos bien, podemos hacer lo que le agrada a cada minuto. Para esto no hay que irse más allá del mar, como hacen los progresistas, sino prestar atención a nuestro alrededor cada día y cada hora; si se nos brinda una ocasión de cumplir los mandamientos, aprovechémosla enseguida con la convicción de que es eso y no otra cosa lo que Dios mismo nos pide en ese momento.

Esfuércese por afianzarse más en este pensamiento. En cuanto lo haga, la paz empezará a derramar en su corazón la seguridad de que a cada minuto está trabajando para el Señor. Este principio lo abraza todo. Incluso cuando le manden ponerle los calcetines a su hermano pequeño, si usted lo hace en respuesta al mandamiento del Señor de obedecer y ayudar, esto le será apuntado en su cuenta de acciones agradables a Dios. Y así cada paso, cada palabra, incluso cada movimiento y mirada puede convertirse en medio para caminar en la voluntad de Dios y, en consecuencia, en cada instante puede usted avanzar hacia el fin último.

Los progresistas tienen a la vista a la humanidad entera o, por lo menos, al conjunto de su pueblo. Pero resulta que la humanidad o el pueblo no existen como individuos en favor de los cuales se pueda hacer algo en este momento. La humanidad está formada por personas particulares, de modo que haciendo algo en favor de una, lo hacemos por el conjunto de la humanidad. Y si cada uno, sin mirar a la humanidad en general, hiciera lo posible en favor de quien tiene ante sus ojos, resultaría que todo el mundo en cada momento estaría poniendo remedio a las carencias de todos los necesitados, y así estaría haciendo el bien a la humanidad entera, compuesta de

pudientes y necesitados, de débiles y fuertes. Mientras que tener el pensamiento en el bien de la humanidad entera, dejando de atender a los que están delante de los ojos, lleva a dejar de hacer lo concreto, ya que no se puede hacer nada en favor de aquella generalidad, y así no se hace nada en favor del fin principal de la vida.

En San Petersburgo me contaron un caso de este tipo. En cierta reunión de jóvenes benefactores del bien común (se vivía entonces el apogeo de la ensoñación progresista), un elegante caballero pronuncia un encendido discurso sobre el amor a la humanidad y al pueblo. Todos lo escuchan admirados. Al concluir, vuelve a casa y le parece que su criado no le abre la puerta enseguida; después, que no le prepara el candil con rapidez; después, que no limpia su pipa como le gusta; después, que ha dejado su habitación algo fría... Al final, nuestro filántropo no puede aguantar más y le echa la bronca a su criado. Como dice el refrán, al que hace una objeción le golpean en el pecho. Este es el caso de nuestro amigo: allí ardía en amor a la humanidad y aquí es incapaz de tratar con respeto a un solo ser humano. E igualmente asistimos al apogeo de la ensoñación progresista entre nuestras bellas damas, que dedicándose en cuerpo y alma a la propaganda, dejan con harta frecuencia a sus madres sin un pedazo de pan, al tiempo que sueñan con que de algún modo van a aumentar y organizar el bienestar de la humanidad. Toda la desgracia está en mirar a horizontes excesivamente amplios. Mejor es bajar los ojos con humildad, pisar tierra y discernir cuál es el siguiente paso que tengo que dar. Este es el camino más seguro.

Por segunda vez vuelvo a explicarle lo mismo, para que esto se asiente con más firmeza en su memoria, y así la prevengo de las nebulosas que introducen en el alma los sueños progresistas.

18

EL SIGNIFICADO DE LAS NECESIDADES ESPIRITUALES JUNTO A OTRAS PARTES DE LA VIDA HUMANA. LO ÚNICO NECESARIO. EL DOMINIO DEL ESPÍRITU COMO ARMONÍA NATURAL DE TODAS LAS NECESIDADES, CAPAZ DE DAR PAZ Y TRANQUILIDAD. LA AUSENCIA DE ESTA PAZ EN LA HUMANIDAD. LA VANIDAD GENERAL Y EL DERRUMBE DEL ESPÍRITU. EL EMBRIÓN DE ESTA TURBACIÓN ES INNATO

Ahora ya nada nos impide retomar la cuestión que habíamos dejado a un lado. Pero para refrescarla, trate de recordar lo que hemos dicho hasta ahora.

Hemos reflexionado largamente y llegado a la conclusión de que en el ser humano hay tres niveles (y con sus intermedios, cinco): el espiritual, el anímico y el corporal; y que cada uno de ellos tiene una serie de necesidades, propias del ser humano y naturales; y que estas necesidades no tienen todas la misma dignidad, sino que unas son más altas y otras más bajas, y que la proporcionada satisfacción de las mismas es lo que le da al hombre la paz. Las necesidades espirituales son las más altas, y cuando están satisfechas el hombre tiene paz, aun cuando las otras no lo estén; mientras que si aquellas no se satisfacen, no tiene paz, aun cuando las otras estén sobradamente satisfechas Por ello, la satisfacción de las necesidades espirituales se llama *lo único necesario.*

Cuando se satisfacen las necesidades espirituales, estas mismas enseñan al hombre a acordar con ellas la satisfacción de las otras, de modo que ni lo que satisface al alma ni lo que satisface al cuerpo contradice la vida espiritual, sino que la favorece, y en el hombre se asienta una armonía plena de todos los movimientos y de todos los logros de su vida: armonía de los pensamientos, sentimientos, deseos, iniciativas, relaciones, complacencias. ¡Esto es el paraíso! Por el contrario, cuando el espíritu no está satisfecho y se olvida de lo único necesario, entonces las otras necesidades se dispersan en

diversas direcciones y cada una de ellas reclama para sí su satisfacción, y como son muchas, sus voces suenan como el griterío en el mercado, ensordeciendo al pobre hombre, que se lanza de acá para allá como un obseso buscando satisfacerlas. Pero no alcanza nunca la paz, porque cuando una necesidad está satisfecha, las otras no se conforman, y al no considerarse inferiores a la ya satisfecha, reclaman con insistencia su propia satisfacción, como le sucede a la madre cuando se pone a dar de comer a un hijo y los otros cinco empiezan a gritar. De ahí proviene el jaleo, el alboroto interior que hay en ese hombre, la dispersión en todas direcciones y el desorden que reina por doquier. Ahí es donde se genera esa turbulencia de la que hablamos de modo especial y que desconcierta todavía más, poniéndolo todo patas arriba en el interior del hombre. Este no se contenta con nada, siempre está en tensión, extenuado, confuso y, con los ojos fuera de las órbitas, se levanta y da vueltas y más vueltas. ¡Esto es vanidad y naufragio del espíritu!

Y es aquí donde surge la pregunta: ¿qué hemos de hacer?; ¿qué hacer para que la parte espiritual sea la predominante en nosotros, dirigiendo las demás, ponga orden en nuestra vida?

Le digo por adelantado que esta pregunta no tendría lugar si la vida que nos es propia se desarrollara como debiera. Pues tanto las necesidades corporales como las psíquicas son para nosotros tan naturales como las espirituales, y su satisfacción, por sí misma, no puede introducir desorden y turbación en la vida, lo mismo que la satisfacción espiritual. Si se desarrollaran todas ellas en orden y según su natural subordinación mutua, entonces la vida humana discurriría de maravilla. Siembre una semilla, riéguela, mantenga la temperatura debida y surgirá un brote, un tallo, las hojas y, por fin, la hermosa flor. Así sucedería con el ser humano. Si se desarrollara según su propia naturaleza, surgiría siempre un hombre maravilloso. Pero ¿por qué no nos vemos, ni a nosotros ni a los demás, maravillosos? ¿Por qué motivo nuestra vida se tuerce?

Recuerde lo que le pasó después de que se adentró un poco en ese torbellino, en aquella vida turbulenta. Que dentro de usted se produjo una turbación. Si se repite esto unas cuantas veces sin que usted tome medidas, acabará tragada por ese torbellino y abocada a una vida de vanidad y al naufragio del espíritu. Ahora bien, no

se puede explicar nuestro desorden por el mero hecho de que nos rodee gente desordenada. De ser así, el problema consistiría en que nosotros nos dejamos arrastrar por ella y hacemos nuestro su desorden. Usted acaba de empezar a exponerse a la influencia de este desorden, pues su educación se llevó a cabo bajo las honestas influencias de su piadosa familia y de sus otros familiares. En cambio, otras personas, cuyas familias viven de modo turbulento y agitado, asimilan desde la infancia esta agitación y crecen sumidas en ella. Esta podría ser la causa por la que nuestra vida se tuerce del curso natural y entra en ella esa turbación antinatural.

Pero no, no se explica así esta situación, porque deja abierta la pregunta: ¿y cómo se introdujo la turbación en esas gentes?; ¿de dónde procede en las familias y en la sociedad? El hombre es el mismo por fuera y por dentro. El desorden ha entrado en la familia y en la sociedad desde el interior del hombre. Si no estuviera dentro de él, tampoco estaría fuera. Ahora la vida exterior le devuelve al interior del hombre lo que de él ha recibido. Y me surge otra pregunta: ¿desde dónde se coló en el interior? Diré aún más: la turbulencia exterior ejerce su influencia en el interior del hombre y se reproduce en él porque el germen y la predisposición a ella ya existen dentro de él. Cuando usted estaba turbada, no encontraba paz. ¿Por qué? Usted callaba y yo no le dije nada porque no era el momento. Pero ahora sí que se lo digo: en aquellos dos días en que se dio a esa vida tumultuosa, se dejó arrastrar por ella, su corazón consintió, si no del todo, sí en buena medida. Y de ese consentimiento nacieron la turbación y el tumulto dentro de usted. Al volver sobre sí, usted descubrió algo nuevo. La conciencia le informó de que esta novedad era asunto de usted misma y además algo indebido, y empezó a atormentarla por ello. Obedeciendo a esa voz de la conciencia, usted consideró bien y valoró adecuadamente esa vida. Después de esto, si ha de volver a ese tumulto y usted, como ya le he dicho varias veces, mantiene su corazón apartado, sin entregarle la voluntad cuando empieza a inclinarse al consentimiento, no volverá a experimentar la turbación que padeció entonces.

Pero esto lo recuerdo de pasada. De lo que quiero hablar ahora es de dónde procede en su caso, que ha vivido hasta ahora en un régimen de vida completamente distinto, ese consentimiento a aquel

desorden. Examine la situación y hallará que tal consentimiento está en usted misma, que de hecho estaba ya antes ahí, aunque escondido, y ahora se ha manifestado. La influencia exterior no aporta nada nuevo, sino que simplemente activa lo que ya está dentro. Le pondré un ejemplo. Yo he visto leprosos. Sus hijos nacen y crecen sanos. Pero llega un momento en que la lepra se manifiesta en ellos también, y empiezan a ser como sus padres y como todos los demás leprosos. ¿De dónde procede la lepra? La recibieron al nacer[1].

De todo lo dicho no le será difícil sacar la conclusión de que si vemos dentro de nosotros confusión y turbación, en los pensamientos, los sentimientos, los deseos, las iniciativas, las acciones, y nos dejamos llevar por ellas, es porque el germen de la confusión ha sido introducido en nuestra naturaleza y se manifiesta junto con el despertar de nuestras fuerzas y necesidades, y les inocula la turbación, volviendo toda nuestra vida ansiosa y turbulenta. Reflexione ahora sobre el origen de este germen. Digo que reflexione sobre esto porque de otro modo no es posible encontrar una respuesta satisfactoria a la cuestión que nos hemos planteado ya varias veces: ¿qué hacer ante esto? Quien quiera curar una enfermedad tiene que buscar sus causas. Sin conocerlas, el tratamiento no seguirá un curso correcto ni tendrá éxito.

Sobre esto, pues, tenemos que hablar ahora.

1. Aquí Teófanes refleja la opinión común en su época de que la lepra era una enfermedad hereditaria. En 1873, todavía en vida de nuestro autor, el investigador noruego Gerhard A. Hansen descubrió que el agente causante de la enfermedad era la bacteria *Mycobasterium leprae* [N. del T.].

19

El pecado original como fuente de la interna turbación y confusión. La posibilidad de curación del estado del hombre herido por el pecado

Aunque le pedí que reflexionara y yo mismo me comprometí a conversar sobre el origen en nosotros del germen de la turbación y la confusión, la verdad es que esto es ya cosa conocida, y de hecho usted misma sabe bien de dónde procede. Es decir, no reflexionamos sobre algo nuevo. Simplemente vamos a recordar lo que ya creemos al respecto.

Creemos que este germen no lo puso el Creador en nuestra naturaleza en el momento de la creación del hombre, sino que fue inoculado después de la creación, a causa de la caída de nuestros primeros padres. En efecto, ellos, al violar el mandamiento divino, dañaron y deterioraron nuestra naturaleza, y en tal estado, o sea, dañada y deteriorada, la transmitieron a sus descendientes y a todo el género humano.

Así, esta naturaleza menoscabada se nos ha transmitido también a nosotros, a usted y a mí, y es la causa de esa turbación y esa confusión que hay dentro de nosotros, de las que proceden todos los desórdenes exteriores, en cada persona particular y en la vida familiar y social. Por eso, aunque esa confusión la recibimos como un germen al tiempo que nacemos, no nos es connatural, no pertenece a la naturaleza humana ni le es tan esencial que sin ella el hombre no sería ya hombre, sino que, por el contrario, es sin ella como el hombre es hombre de manera auténtica. En realidad, se trata de una enfermedad y solo erradicándola podemos aparecer sanos, tal como deberíamos ser según nuestra naturaleza, tal como esta salió de las manos del Creador. Le recuerdo su deseo de estar a la altura de la dignidad humana. Sane en usted misma la enfermedad señalada y conseguirá su propósito.

Recuerde que nuestra turbación interna y nuestra confusión son innatas, aunque no connaturales; no forman parte esencial de nuestra naturaleza, sino que se inocularon entre las partes naturales y perturban tanto la actividad específica de cada parte como sus mutuas relaciones. Si esto fuera natural, su presencia no produciría los sufrimientos y dolores que padecemos por ello. Porque lo natural alegra la vida, mientras que lo contrario a la naturaleza atormenta y hace sufrir. Por otra parte, si todo esto fuera natural, cuando alguien estuviera libre de ello y fuera puro no sería hombre. Pero conocemos a un Hombre que estaba completamente libre de todo eso y, sin embargo, era hombre, un hombre auténtico. Sabemos también que todos los que se revisten de Él reciben el poder de purificarse y ser santos como Él es santo (1 Jn 3, 3) y de hacerse semejantes a Él.

Le vuelvo a recordar que esta confusión nos es innata, pero no connatural. Grábese esto bien en la memoria y manténgase firme en esta convicción. Esta certeza alimentará en usted el celo por la curación de esa enfermedad. Porque, en efecto, si no es natural, significa que existe la posibilidad de curarla. Cuando se tiene esta esperanza, ¿quién no se anima por ello mismo a curarse? Nuestra naturaleza en su estado puro es digna de amor. Los mismos ángeles la miran con amor y admiración cuando es así. ¿Y no vamos nosotros a desear verla tal y como es, y además no desde fuera, en los otros, sino en nosotros mismos? Porque la verdad es que toda nuestra felicidad y bienestar consisten en librarnos de esa enfermedad. Porque cuando dejemos de padecerla, ¿quién nos impedirá alcanzar el estado de bienaventuranza y sentirnos así? Por el contrario, si esta enfermedad fuera natural, no habría modo de curarla. Tendríamos que sufrirla para siempre, por mucho que nos esforzáramos en librarnos de ella. Si uno acepta esta idea, baja los brazos y se dice: «Cierto que no puede ser de otra manera». Y entonces cae en esa perniciosa desesperación por la que, una vez sumidos en ella, los hombres se entregan al vicio y a toda clase de impurezas (Ef 4, 19).

Vuelvo a repetir: manténgase en la convicción de que la confusión no nos es connatural, y no escuche a los que sostienen que no tenemos remedio, pues estamos hechos así y no podemos hacer

nada al respecto. No, la verdad es que no hemos sido creados así, de modo que si nos tomamos en serio como se debe, podemos hacer algo al respecto.

Todo esto se lo digo para que se ponga a trabajar con celo en sí misma y no permita de nuevo aquellos sufrimientos que experimentó, sino que, por el contrario, erradique resueltamente de sí su misma posibilidad. Sobre cómo conseguir esto es sobre lo que tenemos que seguir reflexionando.

20

CONTINUACIÓN. EXPLICACIÓN DEL DESORDEN QUE INTRODUJO EN LA NATURALEZA HUMANA EL PECADO DE NUESTROS PRIMEROS PADRES. LA COMUNICACIÓN CON DIOS SERVÍA DE FUENTE DEL DOMINIO DEL ESPÍRITU SOBRE EL ALMA Y EL CUERPO. AL INFRINGIR EL MANDAMIENTO, EL HOMBRE SE ALEJÓ DE DIOS, Y PERDIÓ EL DOMINIO SOBRE EL ALMA Y EL CUERPO, Y SE SOMETIÓ AL DOMINIO DE LAS PASIONES. IMAGEN DEL HOMBRE TRAS LA CAÍDA, ATORMENTADO POR LAS PASIONES

Continúo. ¿Qué nos ha pasado como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres?

Nuestra naturaleza ha permanecido inalterada, así como las diversas partes y fuerzas de nuestro ser natural, con las mismas leyes y exigencias. *Sin embargo, nuestra conciencia y nuestra libertad no han quedado bien orientadas.* Por ello, se ha perturbado la mutua relación entre esas partes y fuerzas, y al quedar distorsionada su organización primigenia, se ha producido un desorden en todos los campos de la actividad y la vida del hombre, generando una forma especial de fuerzas destructivas: las pasiones, que sin ser naturales del ser humano, han llegado a adquirir tal poder que todas nuestras fuerzas oscilan de un lado a otro al dictado de ellas. Esto es lo que ha ocurrido.

Dios ha creado al hombre para la bienaventuranza, y precisamente unido a Él, en la comunicación viva con Él. Para ello insufló en su nariz un aliento de vida, que es el espíritu, como ya se ha dicho. Las propiedades esenciales del espíritu son la conciencia y la libertad, y sus movimientos esenciales son la confesión de Dios como Creador, Providente y Juez, y el sentimiento de la total dependencia de Él, que se expresa en la visión amorosa de Dios, la constante atención a Él y el temor reverencial ante Él, junto con el deseo de hacer siempre lo que le agrada según las indicaciones de la legisladora, que es la conciencia, y la renuncia a todo para

gustar del único Dios y deleitarse solo en Él. El hombre ha recibido en el espíritu la conciencia y la libertad, pero no para que se ensoberbezca y actúe según su capricho, sino para que reconozca que todo lo recibe de Dios y viva en Dios, orientando todo libre y conscientemente a esa única meta. Cuando ese es su estado de ánimo, está en Dios y permanece en Él. Dios, que habita en el hombre, concede a su espíritu poder para dominar sobre el alma y el cuerpo, y también sobre todo lo que hay fuera de él. Este era el estado original del hombre. Dios se aparecía a nuestros primeros padres y les confirmaba todo esto con su Palabra divina, enseñándoles a conocerlo y servirlo solo a Él y a caminar según su voluntad. Para que no se complicaran en consideraciones sobre cómo cumplir todo esto, les dio un sencillo mandamiento: no comer de los frutos de un árbol, que llamó el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y así comenzaron a vivir nuestros primeros padres, siendo felices en el paraíso.

El espíritu que antes de todo esto había caído por su soberbia, los envidiaba y los apartó del camino, incitándolos a violar aquel pequeño mandato que se les había dado, presentándoles de forma atractiva que el hecho de comer del fruto prohibido significaba comer un bien de tal calibre que no lo podían ni imaginar, pues los iba a hacer como dioses. Ellos lo creyeron y comieron. Tal vez el hecho de comer no fuese en sí muy grave; lo malo fue que creyeron sin saber a quién. Tal vez esto tampoco fuese muy importante; lo malo fueron los horribles pensamientos y sentimientos hacia Dios que, como un veneno, les inoculó el mal espíritu. Los convenció de que Dios les prohibía comer del árbol para que no se hicieran dioses. Y esto fue lo que creyeron.

Pero, al creerlo, inevitablemente acogieron en sí malos pensamientos contra Dios, en el sentido de que Dios les tenía envidia y mantenía una actitud malévola hacia ellos. Al aceptar tales pensamientos, no pudieron evitar a la vez ciertos malos sentimientos hacia Él y algunas decisiones arbitrarias: «Nosotros mismos vamos a tomar lo que Tú nos niegas». En su corazón se instaló un sentimiento parecido a este: «¡Pues vaya cómo es Dios! ¡Y nosotros que pensábamos que era tan bueno! A partir de ahora nosotros mismos vamos a organizarnos sin contar con Él». ¡Estos pensamientos y

sentimientos son los que constituyeron un terrible pecado! Porque significan de hecho un radical alejamiento de Dios y una rebelión hostil contra Él. Sucedió dentro de ellos todo lo que se le atribuye también al mal espíritu: «Pondré mi trono por encima de las nubes y seré semejante al Altísimo»; y esto no como un pensamiento fugaz, sino como una decisión hostil.

De este modo, la conciencia se ensoberbeció y la libertad comenzó a moverse a su arbitrio, arrogándose la organización de su destino. El alejamiento de Dios se consumó con aversión y como una rebelión hostil contra Él. Después de esto, también Dios se alejó de estos pecadores y la alianza viva se rompió. Dios está en todas partes y lo llena todo, pero entra dentro de los seres libres únicamente cuando estos se abren y se entregan a Él. Cuando se cierran en sí, Dios no violenta el poder que se arrogan, sino que, conservándolos y manteniéndolos, no entra en ellos. Y así fue como nuestros primeros padres se quedaron solos. Si se hubieran arrepentido enseguida, seguramente Dios se habría vuelto a ellos. Pero se obstinaron y, cuando se les acusó con claridad, ni Adán ni Eva admitieron que eran culpables. Siguió el juicio y el castigo: la expulsión del paraíso. Solo entonces cayeron en la cuenta, pero ya era demasiado tarde. Debían cargar con el castigo impuesto, a ellos y a toda la humanidad. Demos gracias a nuestro Dios misericordioso, que aunque se alejó de nosotros, no nos abandonó del todo, sino que puso en marcha un plan admirable para volver a unirnos consigo.

Pero estamos yendo un poco lejos. Detengámonos a considerar lo que pasó dentro del hombre. Justamente esto: el espíritu tenía el poder sobre el alma y el cuerpo, porque se encontraba en una comunicación viva con Dios y recibía de Él la fuerza divina. Cuando se interrumpió esta comunicación viva con Dios, se interrumpió también el flujo de esa fuerza divina. El espíritu, abandonado a su suerte, ya no podía dominar el alma y el cuerpo, sino que fue cautivado y dominado por ellos. Sobre el hombre dominó la esfera afectiva y, por medio de la afectividad, la corporalidad, y de este modo se convirtió en psíquico y carnal. Aunque el espíritu permaneció inalterado, se quedó sin fuerza. Manifiesta su existencia a veces por medio del temor de Dios, a veces por las llamadas de atención

de la conciencia, a veces por la insatisfacción de las cosas creadas. Pero tales expresiones actúan solo a título informativo, pues toda la preocupación se orienta a organizar la vida terrena (de la que está encargada el alma) y la vida cotidiana en sus aspectos materiales (porque la vida terrena está mediada por el cuerpo, y así todo lo corporal es más tangible y parece más necesario).

Una vez que se produjo esta distorsión del orden en la mutua relación de las partes de nuestra naturaleza, el hombre ya no fue capaz de ver las cosas en su verdadera forma, de mantener el orden debido en sus necesidades, deseos y sentimientos. Todos ellos quedaron perturbados y la confusión se convirtió en su principal característica. Pero este estado, aun siendo de por sí malo, todavía habría sido tolerable si no se le hubieran añadido las pasiones, que se introdujeron en el ser humano y lo tiranizan. Mire de qué modo golpea la ira al que se enfada, como la fiebre. Cómo corroe la envidia al envidioso, hasta ponerlo azul al pobre. Cómo seca la pena al triste, reduciéndolo a los puros huesos y la piel. Y así actúan todas las pasiones. Y todas han entrado junto con el egoísmo. En cuanto se introdujo dentro de nuestro primer padre, se instaló en él esa autoafirmación, ese egoísmo que es el veneno y la semilla de Satanás. De esa semilla creció después la multitud de las pasiones: la soberbia, la envidia, el odio, la aflicción, el abatimiento, la avaricia, la sensualidad, con sus numerosas y variadas ramificaciones. Al multiplicarse dentro del hombre, todavía perturban más su estado, ya de por sí turbado.

En esto consiste la enfermedad. El espíritu se ha ensoberbecido y actúa caprichosamente. Por esto ha perdido su poder y ha quedado sometido al dominio del alma y del cuerpo y del mundo exterior. De aquí procede la perturbación de las necesidades y de los deseos psíquicos y corporales, y especialmente su desmesura. Esta desmesura se la comunica el espíritu, al que han sometido a servidumbre. Por sí mismas estas necesidades son comedidas, no turbulentas. El hecho de que no tengan medida y bullan en nosotros se debe a que el espíritu se desencadena con furia en ellas, porque en él la energía es ilimitada por naturaleza. De ello se deriva la gula, la borrachera, la acumulación incansable de dinero... y muchos otros excesos más, a lo que el hombre no piensa en poner

coto. Pero la enfermedad principal son las pasiones, que son auténticos tiranos invasores.

Ahora le resultará fácil sacar conclusiones: ¿qué hace falta, entonces, para poner todo en nosotros en su orden primigenio?

Sobre esto le escribiré la próxima vez. Usted, por el momento, no deje de meditar.

21

Necesidad de la unión con Dios para la salvación. El hombre por sí mismo no está en situación de hacerlo. El Espíritu de Dios lo realiza en nosotros gracias a la salvación que ha traído el Hijo de Dios

¿Ha pensado algo como respuesta a qué nos hace falta para restituir nuestro ser a su estado originario? Independientemente de lo que haya pensado usted, yo voy a continuar mi reflexión.

Si hemos descendido de una montaña, desandar el camino requiere que de nuevo subamos a ella. Si hemos contraído una enfermedad, actuando en sentido contrario podemos expulsarla. Si nos hemos separado de Dios, es preciso que volvamos a unirnos a Él. Si nos hemos separado por haber dudado de su Palabra, hemos de restablecer la plena fe en esa Palabra. Al perder la fe y la confianza en Dios, tomamos una decisión nefasta, afirmando: «Así soy yo mismo». Por tanto, hace falta destruir ese «yo mismo». Cuando se formó este pernicioso «yo mismo», el espíritu perdió la fuerza que le era propia para dominar sobre el alma y el cuerpo, y terminó en el estado contrario: sometido bajo el yugo de ellos. Por tanto es preciso restablecer el poder del espíritu. Cuando el poder del espíritu quedó interrumpido, las necesidades del alma y del cuerpo se disgregaron en múltiples direcciones y nuestros deseos se perturbaron. Por eso es necesario unificar estas necesidades y establecer la subordinación adecuada a su rango. Junto con el pernicioso «yo mismo» se introdujo en el seno de nuestra vida una jauría de pasiones, similares a fieras salvajes que nos desgarran, por lo que es preciso expulsarlas.

Vea lo mucho que hace falta. Ya por la multitud e importancia de las cosas que tenemos que hacer puede concluir que por nosotros mismos somos incapaces de ello, aunque sea para nosotros imprescindible. Y sobre todo no podemos tener la esperanza de arreglar

por nosotros mismos esta situación, para nosotros crucial, porque el primer punto que hemos de tratar, sin el cual no hay manera de abordar los demás, es la unión con Dios, cosa que queda absolutamente fuera de nuestro alcance. Podemos desearla y buscarla, pero realizarla no está en nuestras manos. ¿Quién puede entrar en el ámbito divino o abrir el camino que lleva hasta Él? ¿Quién tiene la fuerza para tomar de Dios lo que quiere y, aún más, forzar a Dios a estar en nosotros, para que nosotros estemos también en Él, especialmente después de que esto al principio se nos dio, pero por nuestra desconfianza despreciamos a Dios en su cara y por propia voluntad violamos su poder? Uno puede decir: «Me arrepiento», y arrepentirse de veras. Pero no le incumbe a él poner las condiciones. El arrepentimiento algo puede hacer, pero siempre y cuando Dios así lo decida y tenga a bien aceptarlo. Pero por sí mismo, ¿qué consigue el arrepentimiento? ¡Uno se da golpes de pecho hasta hacerse daño ¿y de qué vale?!

De modo que la unión con Dios no es algo que esté en nuestro poder; ni sus condiciones, ni el modo de realizarla, nada de lo que tiene relación con ella está en nuestras manos. Al mismo tiempo, esa unión es tan importante que, si se logra, todo lo demás viene solo. Inmediatamente el espíritu adquiere fuerza para someter el alma y el cuerpo, para ordenar las necesidades y los deseos, y para expulsar las pasiones. Pero la unión misma ¿cómo se produce? Digo todo esto para darle a entender que no hemos de rompernos la cabeza con el modo de unirnos a Dios. Por más que uno le dé vueltas, nada consigue con ello. Más bien, si Dios ha querido establecer la ley y el proceso de esta unión, apresúrate a aceptarlos con una fe plena y a ponerlos por obra con un ardiente sentimiento de gratitud. ¡Y gracias a Dios, que ama a los hombres, ya está todo realizado, establecido y aclarado para ello! Acéptalo, pues, y ponlo por obra.

No le voy a exponer aquí cómo se ha realizado todo esto. Me limito a decirle lo principal: para el restablecimiento de nuestro espíritu y su unión con Dios es necesario que el Espíritu de Dios descienda a él y lo vivifique. Para abrir el camino del descenso del Espíritu de Dios, su Hijo unigénito se abajó, se encarnó, sufrió y murió en la Cruz, resucitó y ascendió al cielo. El mismo Hijo de

Dios pone su obra en relación con el Espíritu Santo cuando, después de anunciar a sus discípulos su ascensión al Padre, al notar los sentimientos de aflicción que se habían suscitado en ellos les dice para consolarlos: *Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros* (Jn 16, 7). Y, antes de esto, el evangelista Juan el Teólogo[1], al explicar las palabras del Señor *de lo más profundo de todo el que crea en mí brotarán ríos de agua viva* (Jn 7, 38), añadió: *Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él. Y es que aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado* (Jn 7, 39). Era preciso que fuera glorificado el Hijo de Dios, que se había humillado en la encarnación y el sufrimiento, para que viniera el Espíritu Santo y permaneciera con quienes creían en Él. El Espíritu vino y permaneció, y su presencia en los creyentes es tan inmediata que otro apóstol les pregunta con asombro: *¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1 Cor 3, 16).

Aquí tiene usted todo el asunto. El Hijo de Dios se encarnó, sufrió en la carne, murió en la Cruz, ascendió a los Cielos y envió desde el Padre al Espíritu Santo, que cuando es aceptado por los que creen en el Hijo, permanece en ellos y realiza en ellos aquello por lo que el Hijo mismo ora: *Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros* (Jn 17, 21).

Y ¿cómo realiza Él esto? Uniéndose con el espíritu de aquellos que creen en el Hijo de Dios para vivificarlo y, de este modo, unirlo con Dios. Este proceso se denomina nuevo nacimiento de Dios, que hace de los creyentes hijos de Dios por la gracia, como dice san Juan Evangelista: *A cuantos recibieron (a la Palabra)... les dio poder para ser hijos de Dios. Estos son los que no nacen por vía de generación humana, sino que nacen de Dios* (Jn 1, 12-13). Y esto se ha convertido en una ley espiritual en lo que se refiere a Jesucristo: *Nadie puede entrar en el Reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu; porque solo lo que nace del Espíritu es espíritu* (Jn 3, 5-6).

1. En la tradición ortodoxa, el evangelista san Juan es designado habitualmente con el título de «el Teólogo» [N. del T.].

No se atormente usted pensando por qué es preciso todo esto para restablecer en nosotros la vida verdadera. Acéptelo y consérvelo con la sencillez y la sinceridad de la fe infantil. Si se pone a darle vueltas a esto, vendrá el enemigo y, como en aquella ocasión a Eva, le susurrará la tentación y su fe vacilará, y de este modo le privará de los frutos de la fe. Igual que en aquella ocasión no se entendía por qué por comer del fruto se iban a derivar aquellos efectos y, aun así, se derivaron precisamente del hecho de comer, así ahora no se entiende por qué era preciso que el Hijo de Dios se encarnara, sufriera, ascendiera después al Cielo y nos enviara el Espíritu para nuestra rehabilitación, y sin embargo esta depende precisamente de la fe sincera en toda esta economía, y cuantos la han aceptado y la aceptan con fe son regenerados.

Así pues, no cuestione usted la economía divina y yo no le hablaré más sobre ella, aunque ya se la he explicado a grandes trazos. Solo diré algunas palabras acerca de lo que el Espíritu Santo realiza en nosotros, restableciendo nuestro espíritu. Pero tenga paciencia hasta la próxima carta.

22

CONTINÚA EL TEMA DE LA RESTAURACIÓN SALVÍFICA DEL HOMBRE CAÍDO. PARTICIPACIÓN DE TODA LA TRINIDAD EN NUESTRA SALVACIÓN. EL ORDEN EN QUE SE SUSCITAN POR PARTE DEL ESPÍRITU DE DIOS LOS BUENOS SENTIMIENTOS EN EL HOMBRE SALVADO. PARTICIPACIÓN DEL HOMBRE EN TODO ESTO. EL CELO POR LA SALVACIÓN COMO PRIMER REQUISITO PARA CONSEGUIRLA

Continúo. El Hijo unigénito de Dios, que se encarnó por nosotros, satisfizo mediante su muerte en cruz la justicia divina y nos reconcilió con Dios, y tras ascender al cielo y sentarse a la derecha del Padre, intercede siempre por nosotros, con su intercesión reconciliadora. Pero junto a esto, Él es para nosotros fuente de vida verdaderamente humana. Él reveló en su humanidad cómo debía ser el hombre; y todos los creyentes, al recibir el nuevo nacimiento, reciben la semilla de una vida semejante a la de Cristo. Los que se bautizan en Cristo, se revisten de Cristo. Esto es lo que produce en los creyentes la gracia del Espíritu Santo. ¿Qué sucede exactamente en nosotros por acción de la gracia?

Antes de responder, quiero que no olvide nunca que, cuando decimos que una cosa la ha hecho y la hace el Hijo de Dios y otra el Espíritu Santo, no hay que entenderlo en el sentido de que a cada uno de ellos le compete un aspecto de su acción restauradora en nosotros. Más bien se trata de una acción unitaria de Dios, adorado en la Trinidad. Por eso san Pedro, al expresar su benevolente saludo a los destinatarios de su carta, dice: *A vosotros, objeto del designio de Dios, y consagrados por el Espíritu para que obedezcáis a Jesucristo y seáis purificados con su sangre, os deseo abundante gracia y paz* (1 Pe 1, 2); y san Pablo concluye su Carta segunda a los corintios con un deseo semejante: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros* (13, 13). La acción restauradora que reali-

za en nosotros el Dios adorado en la Trinidad consiste en su comunicación con nuestro espíritu. Y esta comunicación no es cosa de una única Persona, sino del Dios indivisible en sus tres Personas. Por eso se dice que el Hijo, el Espíritu y el Padre entran en comunión con nosotros. El Señor y Salvador, aunque esté sentado a la derecha de Dios Padre, está con nosotros todos los días, según su promesa (Mt 28, 20), y no de una manera externa, sino interior, porque dice: *El que me ama, se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre lo amará, y Mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él* (Jn 14, 23).

Vemos, pues, que Dios Padre y Dios Hijo se instalan en nosotros y viven en nosotros mediante la fe y el amor, expresado en el cumplimiento de los mandamientos. Y que el Espíritu Santo vive en los fieles y en quienes cumplen sus mandatos es algo que ya he probado con el testimonio de la Escritura: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?» (1 Cor 3, 16). ¡Qué inmensa e inefable es la misericordia de Dios para con nosotros! ¡El Dios trinitario vive en nosotros si somos fieles a las condiciones bajo las cuales esto sucede!

Ahora bien, la comunión con Dios se realiza por la gracia del Espíritu Santo. Es él quien prepara en nosotros una morada y, junto con Dios Padre y Dios Hijo, viene a habitar en nosotros. Y ¿de qué manera prepara esta morada?

El Espíritu de Dios actúa secretamente en nuestro espíritu y lo pone en movimiento. El espíritu puesto en movimiento restablece en sí mismo la visión natural de Dios: que Dios existe, que lo abarca todo y que da a cada uno según sus obras. La conciencia de todo esto restablece el sentimiento de la absoluta dependencia de Dios y vivifica el temor de Dios. Una y otra cosa inquietan a la conciencia moral, testigo y juez de nuestros actos y sentimientos, entre los cuales es raro encontrar algo que Dios mire con benevolencia. El cargo de conciencia, junto con el temor de Dios y el sentimiento de absoluta dependencia de Él, llevan al hombre a caer en la cuenta de que se halla en una situación sin salida: «¿A dónde iré, a dónde escaparé?». Pero no hay escapatoria: está atrapado en las manos de Dios. *La ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra la impiedad e injusticia* (Rom 1, 18).

Pero aquí viene al encuentro la buena noticia del Evangelio y nos saca de la desgracia. Sin el Evangelio, ese despertar de nuestro espíritu resultaría nefasto, pues nos abocaría sin remedio a la desesperación. Pero la bondad de Dios ha dispuesto que el verdadero despertar del espíritu se realice y vaya acompañado por el Evangelio. A quien ha experimentado en su interior el despertar del espíritu –«¿A dónde iré, a dónde escaparé?»– el Evangelio le anuncia: «¿Para qué y a dónde escapar? ¡Ve y ponte bajo la sombra de la Cruz y te salvarás! El Hijo de Dios, al encarnarse, ha muerto en la Cruz para purificar nuestros pecados. Créelo, recibirás el perdón de los pecados y encontrarás la misericordia divina». De esta forma procedían siempre los apóstoles cuando predicaban el Evangelio. Primero suscitan inquietud y después dicen: «Cree en el Señor crucificado y te salvarás». Así san Pedro, en su primera predicación, en el día de la venida del Espíritu Santo, sembró la inquietud y el temor entre los judíos, hasta el momento en que ellos mismos se pusieron a exclamar: «¿Qué tenemos que hacer ahora?, ¿a quién acudir?». Y entonces él les anunció el Evangelio: *Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para que queden perdonados vuestros pecados* (Hch 2, 38). El santo apóstol Pablo dispuso también así a los romanos en su Carta; primero los asustó diciéndoles: *Se manifiesta la ira de Dios* (Rom 1, 18), y después señaló el refugio para todos: *la fe en nuestro Señor Jesucristo* (cf. Rom 3, 21-31).

Cuando alguien está atrapado en una situación de extrema desgracia y encuentra algo que le indica cómo escapar y ponerse a salvo, hay que ver con qué diligencia se aferra a eso. Así también nuestro espíritu, al reparar en la buena noticia de la salvación en el Señor, se abraza a ella con confianza y dispuesto a hacer todo lo necesario para llegar a ser partícipe de los bienes evangélicos. Esta disposición prepara a nuestro espíritu para la comunión con Dios, y la gracia del Espíritu Santo, que hasta ese momento había actuado estimulando desde fuera, se aloja en nuestro interior, si bien no de manera inmediata, sino por mediación del sacramento. El creyente se arrepiente, se bautiza y recibe el don del Espíritu Santo (Hch 2, 38). Así es como actúa la comunión con Dios viva y efectiva. Así de palpablemente se manifestaron los efectos de la

primera predicación de los santos apóstoles y así se manifestaron después de ellos hasta hoy, cuando por nuestra parte cumplimos nuestro deber por completo.

No todo lo realiza el Espíritu divino solo. Hay algo que se nos exige a nosotros, y ese algo no es de poca importancia. El Espíritu divino nos motiva, el Evangelio nos muestra el camino que emprender. Esto es lo que depende de Dios. Pero una vez que lo ha hecho, Dios se detiene y espera la respuesta de nuestra voluntad. Con sus primeras acciones es como si Dios preguntara: «¿Quieres salir de la desgracia? Pues esto es lo que tienes que hacer». Este momento es el más importante. Si alguien acepta la indicación, abre la puerta a las acciones ulteriores de la gracia, que después lo guía al grupo de los salvados. Si no la acepta, bloquea las acciones ulteriores de la gracia y permanece entre los que se pierden. En el Areópago, el apóstol Pablo predica. Cuando termina, san Dionisio y alguno más lo siguen y se bautizan, mientras que del resto unos dicen: «¿Qué estará diciendo este charlatán?», y otros: «Ya te escucharemos otro día». Dios no impone la salvación a nadie, sino que la propone para que la elijamos, y solo salva a quien elige la salvación. Si no fuera necesaria nuestra voluntad, Dios salvaría a todos en un instante, porque todo el mundo quiere salvarse. Y en tal caso, de hecho, no habría ningún condenado. Pero nuestra voluntad no siempre actúa de manera racional, se obceca y no presta atención ni siquiera al mismo Dios. Y por eso perecemos.

Preste atención, por favor, a este momento –que tiene que estar siempre presente en el espíritu– en que alguien pasa a formar parte del número de los que se han de salvar. Comprende las siguientes acciones: después de que la gracia ha suscitado el sentimiento de encontrarse en una situación extrema y la Buena Nueva ha indicado cómo salir de ella, es preciso añadir al sentimiento de desdicha la conciencia de que uno mismo es culpable de todo ello y que ha de arrepentirse; creer en la efectividad de la forma de salvación propuesta; desear justamente ese modo de salvación y con plena confianza comenzar a ponerlo por obra; mostrar plena disposición a realizar con absoluta diligencia cuanto se indique como requisito de la salvación. Cuando todo esto se da en nuestro espíritu, solo queda acercarse a los sacramentos para que se realice la comunión

con Dios. En conclusión: nos hemos arrepentido, hemos deseado la salvación en el Señor y hemos puesto en Él nuestra esperanza; todas estas son acciones que infunden paz, que se realizan en el interior y cuyas manifestaciones se conforman con este marco. Queda, sin embargo, una última acción: la disposición a hacer todo lo que haga falta. Esta es la auténtica fuerza activa en orden a la salvación, ya que depende de nosotros, y es la fuente de la acción salvífica y de la vida del salvado. Esta disposición, mientras se manifiesta como algo exclusivamente nuestro, suele ser débil, pero en cuanto la gracia divina se instala dentro de nosotros se hace poderosa, no se arredra ante ningún obstáculo y los supera todos. Esta fuerza es un celo insaciable por lo que agrada a Dios y por el cumplimiento diligente de su voluntad, unido a una firme fe en el Señor y a una sólida confianza en la salvación solo en Él. Esta fuerza cumple el designio eterno de Dios de que seamos santos e irreprochables ante Él por el amor (Ef 1, 4), y para ello nos hace el Señor celosos y diligentes para toda obra buena (Tit 2, 14).

Con toda intención deseo que se fije en este celo, para que empiece a tener ardientes deseos de él. Porque cuando, por parte nuestra, se da ese celo, la gracia de Dios, por la suya, no deja de hacer todo en abundancia, de modo que cuando se da este celo en lo que se refiere a la fe y la búsqueda de la salvación, entonces todo coopera a nuestra salvación, que sin duda está en marcha y camina a su fin; mientras que cuando falta este celo no se da nada de eso: quien no es celoso de la salvación no participa de ella.

¡Menudo rodeo he dado para conducirla a este punto! Pero todo esto no son más que reflexiones generales. Ahora tenemos que reflexionar sobre usted misma.

23

SIGNOS DEL VERDADERO CELO ESPIRITUAL, A DIFERENCIA DEL CELO ANÍMICO

Aunque no lo hice hasta el final de ella, en mi carta anterior empecé a sacar una conclusión. Había que hacerlo necesariamente, ya que se trata de algo primordial. La conclusión es esta: como sabemos, el celo del que hablábamos es un celo real, vivo, ardiente, incansable, y este es el signo de que nuestro espíritu ha sido restablecido en su fuerza y en sus derechos mediante la unión con Dios por la gracia y la acción del Espíritu Santo. Existen también llamaradas de celo que proceden de nosotros, pero se inflaman y se apagan. En cambio, el celo siempre ardiente, constante e incansable se da solo por el influjo benéfico en nuestro espíritu del Espíritu Santo. Así que cuando usted tiene este celo, significa que su espíritu ha sido restablecido y, si no lo deja apagar, que toma en sus manos el alma y el cuerpo, todas las necesidades de su naturaleza y todas sus relaciones vitales y sociales, y que lo dirige todo a una única meta: hacer lo que agrada a Dios y merece la salvación. Responda, pues, si lo tiene o no.

Supongo que le resulta muy difícil responder a esto, y no solo por humildad. Vengo en su ayuda. No confunda un celo con otro. El celo espiritual se centra exclusivamente en agradar a Dios y en la salvación del alma; está lleno de temor de Dios y presta atención a Dios sin cesar, procurando de todas las formas posibles no permitir nada, ni en los pensamientos, ni en los sentimientos, ni en las palabras, ni en las acciones, que no sea agradable a Dios, tal como se lo indica la conciencia, la cual, gracias a este tipo de celo, se conserva limpia como un espejo. Este celo preserva el corazón de apegarse a nada que no sea Dios y las cosas divinas, y pone su esperanza en el otro mundo, alejándose de cualquier esperanza mundana. No se aleja, sin embargo, de aquellas cosas requeridas

para la vida temporal, pero considera todo lo que se relaciona con este mundo como algo penúltimo, pues tan solo una cosa es importante: lo que agrada a Dios y merece la salvación. ¿Ve cómo? Tenga a bien reflexionar sobre esto con detenimiento y examinarse a sí misma al respecto.

Tenga también en cuenta que existe un celo anímico, y que es fuerte. Pero está completamente orientado al ordenamiento de la vida temporal. Hay quien siente este celo por la ciencia hasta perder el sueño; o quien lo siente por el arte, y a causa de él recorre el mundo entero; y hay quien siente celo por la producción industrial y el comercio, y les dedica enormes esfuerzos; y los hay que sienten celo por cualquier otro asunto relacionado con la vida o la sociedad. Todo esto, en principio, está muy bien. La desgracia aparece cuando cualquiera de estas formas de celo acapara la atención y las fuerzas del hombre hasta apagar el celo espiritual. El celo anímico en sus mejores manifestaciones, como las indicadas, es frío hacia el ámbito del espíritu y ahoga todo deseo de dedicarse a la satisfacción del celo espiritual.

Hay otros tipos de celo en los que no nos vamos a detener, ya que son contrarios al espíritu. En efecto, existen también un celo vano (por la indumentaria y cosas parecidas) y un celo maligno, vicioso y pecaminoso, que se dedica a la satisfacción de las pasiones. Estas últimas formas de celo no solo enfrían el celo espiritual, sino que además son absolutamente hostiles a él. Y así como lo reprimen en sí mismos cuando de algún modo se activa en su conciencia, así lo persiguen y tratan de erradicarlo en los demás.

¡Fíjese cuántas formas de celo hay! Haga el favor de examinar cuáles de ellas tiene usted.

El celo espiritual no va contra el anímico (el científico, el artístico, el referido a los asuntos de la vida y la sociedad), sino que simplemente lo delimita y ordena, orientándolo según su especie y prohibiéndole ocuparse de cualquier cosa contraria al celo espiritual. En cambio, sí echa afuera al celo vano y al pasional, y no les permite aparecer en el espacio de la vida humana, del que él mismo ha tomado posesión. Tan solo en un caso el celo espiritual no deja espacio al celo anímico: precisamente cuando comprueba que las conductas y las ocupaciones que se realizan para satisfacer este celo

(por la ciencia, el arte, la técnica, la vida familiar, las tareas sociales y los cargos públicos) no le dan cabida a él mismo, sino que lo relegan, enfrían y apagan. Entonces toma posesión de la persona y la mueve a retirarse de esos asuntos de la vida a los que la ha llevado el celo anímico, y la conduce a donde su única ocupación sea satisfacer el celo espiritual. ¿Adivina de qué estoy hablando?

Distingo el auténtico celo espiritual de todo lo que le es extraño, para que usted vea con claridad en qué consiste y sienta deseos de él. Este celo es ese fuego que Dios vino a prender en la tierra y que, una vez que ha caído en la tierra de nuestra naturaleza, consume en ella todo lo malo y refunde y purifica todo lo útil. En él pensaba el apóstol cuando escribía a los tesalonicenses: «No apaguéis el Espíritu» (1 Tes 5, 19). Aunque aquí se refiere al Espíritu de la gracia, su presencia en nosotros testimonia el ardor del celo espiritual. De hecho, este Espíritu se extingue cuando dicho celo se apaga. En él estaba pensando Pablo cuando enseñaba a los romanos: «Servid al Señor con diligencia incansable y fervor de espíritu» (Rom 12, 11). La diligencia incansable es el celo mismo; el fervor de espíritu es el testimonio de su presencia efectiva; el servicio al Señor es la recta orientación de ese celo espiritual. En referencia a ese celo, el mismo apóstol manda a los filipenses: «Todo lo que es verdadero y noble, todo lo que es justo y puro, todo lo que es amable y digno de honra, todo lo que haya de virtuoso y digno de alabanza, todo eso tenedlo en cuenta... y el Dios de la paz estará con vosotros» (Flp 4, 8-9). Esto es lo que inflama al espíritu renacido y unido a Dios, y gracias a ese celo conserva dicha unión; por eso el Dios de la paz permanece en él. Este es el bien sin parangón, pues no existe otro mayor.

Al definir la orientación justa del celo, escribe también el apóstol Pablo a los romanos: «Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios: este es vuestro culto razonable; y no os conforméis a este mundo; antes bien, transformaos mediante la renovación de la mente, de forma que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom 12, 1-2). La renovación de la mente es lo mismo que la renovación de nuestro espíritu por obra de la gracia. El que ha renacido se separa de los

asuntos de este mundo y siente celo solamente por lo que agrada a Dios, ofreciéndose por entero como una víctima viva y santa y, por eso mismo, agradable a Dios.

¡Aquí tiene usted lo que es el celo, su fuerza y sus orientaciones! Dada, pues, la gran importancia de este celo, convendrá conmigo en que vale la pena determinar si usted y yo lo tenemos. Ocúpese de esto.

Se acerca la fiesta de la Natividad de Cristo. ¡La felicito y le envío mi saludo y mis deseos de bien! Y la felicito asimismo por el Año Nuevo. Probablemente no podré volver a escribirle hasta entonces.

24

Deseos de Año Nuevo. Necesidad de renovación y de purificación. Esto enciende en nosotros el celo espiritual

Le había felicitado el Año Nuevo como de pasada, pero después se ocurrió felicitarla de forma especial y desearle algo especial. ¿Qué exactamente? Que usted llegue a ser nueva. ¿Nueva en qué sentido? Pues en el mismo en que decimos que un vestido es nuevo: tiene cada cosa en su sitio, no hay en él ni la más mínima mancha ni arruga, exhala frescura... Pues algo parecido es lo que le deseo a su alma. En lo que se refiere al cuerpo, usted, como un vestido que acaban de confeccionar, es por completo nueva. Nuestra alma, en cambio, viene al mundo revestida de vejez, y si no se despoja de esa vejez permanece vieja, sin gustar la novedad. Lo viejo en el alma es la agitación y las pasiones. Quítese todo eso y se hará nueva.

Le voy a contar una historia tradicional que ilustrará este asunto. Un hombre vivía en un lugar lejano, en el desierto. Cierto día sus entrañas enfermaron: quizá los pulmones, o el corazón, o el hígado, o todo a la vez. Sufría unos dolores de muerte. Como no podía esperar ayuda de nadie, acudió a Dios con una intensísima oración, y el Señor lo escuchó. Una noche, nada más dormirse, el hombre tuvo la siguiente visión: vinieron dos ángeles con sendos cuchillos, lo sajaron, sacaron los órganos enfermos, los limpiaron y lavaron bien, y les untaron un ungüento. Después volvieron a poner todo en su sitio, rociaron el corte con un líquido y al instante cicatrizó sin dejar marca alguna. Al despertarse, el *staretz*[1] se levantó completamente sano, como si nunca hubiera estado enfermo,

1. Se denomina *staretz* (старец) –nombre derivado del adjetivo *stary*, «anciano»– al monje que, avalado por su experiencia y virtud, ejerce la función de guía espiritual [N. del T.].

nuevo, como un joven en la flor de la vida. ¿Ve lo que le deseo? Que en su alma todo se purifique, que lo que esté enfermo y viejo sea extirpado, que lo que haya sido sanado y renovado sea puesto en su sitio y rociado con agua viva. Y así quedará usted nueva, fresca, llena de luz y de vida.

En cierta ocasión le conté esta breve historia a uno que estaba trabajando sobre sí mismo. Al escucharla, exclamó lleno de ardor: «¡Ojalá vinieran los ángeles e hicieran conmigo lo mismo que hicieron con aquel *staretz*!». En esta exclamación se puede escuchar la oración y el deseo de delegar en otros lo que uno debe hacer con su propio esfuerzo. Porque no es ajeno a nuestro corazón el engaño de querer ser buenos, pero rehusar el trabajo y la constancia que ello requiere. No van a venir los ángeles a purificar y curar nuestra alma. Existen para ese fin indicaciones y mandatos, pero nosotros mismos tenemos que ponerlos por obra. Se nos han dado todos los medios, los instrumentos y las medicinas. Tómalos tú mismo y corta por donde sea necesario, sin tenerte lástima. Nadie puede hacer esto por ti. El mismo Dios con su poder no entra en el santuario del alma, sino que pide que se le deje entrar de buen grado.

Ni siquiera le pregunto en qué actitud está usted: en la de asumir personalmente la tarea de purificarse o en la de descargarla en otros. Usted todavía no se ha puesto a esto como es debido. Pero le predigo que, cuando lo haga, le vendrá más de una vez un deseo persistente: «¡Ojalá vinieran los ángeles y me purificaran por completo!». Pero los ángeles nunca harán tal cosa, aunque estén a su lado. La purificación tiene que llevarla a cabo uno mismo, sin lamentarse. Quien lo ejecuta en nosotros es ese celo vivo y eficaz sobre el que le escribí la última vez. Él es el cuchillo, el bisturí que corta del mejor modo cuando está afilado por la gracia y orientado por sus inspiraciones. Cuando está asentado en el corazón, el celo no se anda con remilgos y saja sin hacer caso de los gritos del paciente. Pero lo hace con rapidez y termina pronto esta operación, porque no se trata solo de cortar. En efecto, una vez que ha cortado lo necesario, el celo deja de ser un cuchillo y se convierte en un centinela que dirige toda su fiereza contra los enemigos de la salvación, de cuyo acoso nadie está libre y cuyo descaro a nadie deja tranquilo.

Como usted misma puede ver, me ha parecido oportuno escribir todo esto para avivar su deseo de averiguar con exactitud si tiene usted este celo. Porque sin él su vida espiritual no avanzará. Así es, cuando no existe este celo el espíritu duerme, y cuando duerme es inútil hablar de cosas espirituales.

25

Pensamientos a propósito de la fiesta del Bautismo del Señor. La acción secreta de la gracia que recibimos en el sacramento del bautismo

Quiero compartir con usted los pensamientos que me han venido a la mente con ocasión del Bautismo del Señor. Había pensado plantearle esta pregunta: ¿qué piensa usted de su propio bautismo: lo considera un simple rito o le da a usted algo? Pero después se me ocurrió que sería mejor que yo mismo respondiera a esta cuestión. Así que me dispongo a ello.

El bautismo nos da algo que ninguna otra cosa en el mundo puede darnos: *el bautismo une y amalgama la gracia divina con nuestra naturaleza*, de modo que de la pila bautismal la persona sale igual que sale del taller cualquier producto, por ejemplo, una campanilla en la que el bronce se ha fundido con la plata. La campanilla de bronce sin plata tiene el mismo aspecto que la que tiene plata, pero su composición es distinta, como también son distintos su sonido, su calidad y su precio. Así se diferencia la persona bautizada de la no bautizada. Esta diferencia consiste en que con el bautismo se añade la gracia del Espíritu Santo, ya que quien es bautizado con agua, es bautizado al mismo tiempo en el Espíritu Santo. Externamente su aspecto es igual al de un no bautizado, pero de hecho –en su composición– son diferentes, y mucho.

Así, en el santo bautismo se infunde en la composición natural un nuevo elemento, sobrenatural, que permanece escondido en nosotros y que actúa secretamente. Recibimos el bautismo en la infancia y, aunque no somos conscientes de lo que sucede dentro de nosotros, la gracia se une a nosotros y comienza a actuar en nosotros al margen de nuestra consciencia, por la sola bondad divina y por la fe de nuestros padrinos y nuestros padres. Al ir creciendo en edad, no podemos distinguir bien lo que en nosotros pertenece a

la naturaleza y lo que depende de la gracia, que desde el bautismo se encuentra en nosotros y no ha permanecido ociosa, sino que ha estado actuando del modo que le es propio. En los primeros tiempos de la Iglesia, sin embargo, en los que quienes abrazaban la fe y se bautizaban eran personas adultas, la acción de la gracia se manifestaba en ellas inmediatamente, de manera que la sentían en su interior y resultaba visible al exterior. Especialmente sorprendentes resultaban los cambios en las costumbres y en la vida, cuando, por ejemplo, el irascible se volvía manso; el orgulloso, humilde; el avaro, generoso; el disoluto, casto, etcétera. Sin duda, algo parecido se produjo en nosotros en la pila bautismal. Al ir creciendo en edad y al ver las cosas buenas que hay en nosotros mismos, con frecuencia nos vanagloriamos por ellas o los demás nos alaban atribuyéndonoslas a nosotros, cuando lo cierto es que todo lo bueno que hay en nosotros se lo debemos a la gracia divina, que transforma nuestra naturaleza y nos da mucho de sí misma directamente.

La gracia actúa en nosotros secretamente desde la infancia. Se renueva en nosotros por la comunión en el santo sacramento del Cuerpo y la Sangre; el ambiente en el que crecemos, si valora la fe y su práctica, da libre curso a su actuación en nosotros por medio de la educación cristiana. Y salimos de la infancia y la adolescencia de un modo completamente distinto a como lo hacen los no bautizados. Supongo que le resultan agradables el pensamiento y la certeza de haber sido favorecida por la gracia. Y no lo niegue, más bien agradézcalo. La gracia actúa en secreto, pero a menudo irrumpe abiertamente en los impulsos y las acciones santas. Si usted trabaja sobre sí misma[1] con mayor frecuencia para vivir cristianamente, experimentará también con mayor frecuencia la acción de la gracia. El fuego está en la madera, pero escondido; comience usted a frotar madera con madera: pronto surgirá humo y después aparecerá el fuego. En el ámbar y en el lacre hay electricidad, pero no se ve a simple vista; frótelos usted y enseguida se manifestará en forma de atracción de ciertas partículas e incluso en forma de

1. El original ruso dice literalmente «si usted *se frota*», en coherencia con el símil que va a usar a continuación de las maderas que se frotan para producir fuego, imagen de la gracia que nos habita y se manifiesta si trabajamos sobre nosotros mismos [N. del T.].

chispas. También el telégrafo está callado, pero en cuanto alguien empieza a pulsarlo la electricidad se despierta y se pone a actuar impetuosamente.

¡Así que vea, agraciada hija de Dios, en qué consiste todo esto! Tiene que esforzarse y trabajar para progresar en el camino cristiano, y la gracia de Dios manifestará en usted de manera incesante su acción vivificadora. Existen también lámparas eléctricas. ¿Cómo es eso? Por medio de ciertos aparatos se libera mucha electricidad, que se mantiene después en ellos. Me gustaría que fuera usted como una lámpara que irradia luz bajo la acción de la gracia, que se le ha concedido y está presente en usted. Vea que hemos vuelto al mismo punto: que no hay que sentir lástima de uno mismo, sino unas veces cortar esto y otras esforzarnos en aquello. De lo contrario, no sacaremos nada de provecho para nuestro espíritu, por muy guapos de aspecto que aparezcamos.

26

CONTINUACIÓN SOBRE LA ACCIÓN SECRETA DE LA GRACIA DEL BAUTISMO EN EL HOMBRE. SIMILITUD ILUSTRATIVA DE LA GRACIA CON LA LEVADURA EN LA MASA Y CON EL FUEGO EN EL HIERRO. AL CRECER, LA PERSONA DEBE REFORZAR LA PRESENCIA EN ELLA DE LA GRACIA POR MEDIO DE SU LIBRE DECISIÓN. EL PELIGRO DE QUEDARSE A MEDIO CAMINO. LA DECISIÓN PLENA Y ARDIENTE DE SERVIR A DIOS

Supongo que ha retenido en la memoria que el cristiano no es un ser simple, sino compuesto de naturaleza y gracia. Ahora quiero explicarle que los redimidos, los que entran en el Reino eterno de Dios, son solo aquellos en los que la gracia no permanece escondida, sino que se despliega, penetra todo su ser y resulta visible incluso desde fuera, como si engullera en sí nuestra naturaleza.

¡Recuerde la palabra del Salvador! Dice que el Reino de Dios se parece a una mujer que toma la levadura y la pone en la masa. La masa que recibe la levadura no fermenta enseguida: para ello hace falta cierto tiempo. La levadura va penetrando poco a poco toda la masa y esta fermenta: el pan sale después tierno, aromático, sabroso. Así exactamente actúa la gracia infundida en nuestra naturaleza: no la penetra enseguida, sino poco a poco. Después, cuando la ha penetrado entera, toda la naturaleza resulta agraciada. Y, en adelante, cualquier cosa que hace ese hombre es de un género especial. Aunque aparentemente sus acciones son iguales que las de los demás, tienen un aroma especial, un sabor especial. Dios tan solo acepta estas acciones, pues le resultan especialmente gratas.

Voy a poner otra comparación para explicar cómo la gracia se manifiesta hacia fuera y resulta visible para quienes son capaces de ver, cuando se le da espacio para actuar y una vez que ha penetrado toda nuestra naturaleza. De modo parecido al fuego, que, penetrando en el hierro, no solo se mantiene dentro de él, sino que también sale hacia fuera y su fuerza ígnea resulta perceptible para

todos, así también la gracia, una vez que ha penetrado nuestra naturaleza entera, resulta evidente para todos. Cuantos se cruzan con una persona así agraciada, sienten la presencia en ella de una fuerza extraordinaria que se manifiesta de múltiples modos. Cuando se pone a hablar de algo espiritual, todo en ella fluye con claridad, como la luz de mediodía, y sus palabras se dirigen directamente al alma, en la que depositan con autoridad los sentimientos y disposiciones correspondientes. Y aun cuando no hable, irradia una calidez que enfervoriza a todos y una fuerza que suscita energía moral y disposición para todo tipo de acciones espirituales e incluso heroicas.

Recibimos la gracia de Dios por medio del santo bautismo en la infancia. En ese preciso momento la gracia comienza a actuar en nosotros y a realizar su obra, en la esperanza de que, cuando lleguemos a la edad adulta, nosotros mismos por medio de nuestra libre decisión comenzaremos a hacer con celo todo lo que en el asunto de la salvación depende de nuestro esfuerzo. Cuando la familia es creyente y educa a sus hijos en la fe cristiana, la gracia los pacifica en su interior, de modo que crecen mansos, humildes, obedientes, misericordiosos, llenos de fe y de temor de Dios. Por todas partes pueden verse ejemplos de esto. De hecho, yo la pondría a usted de ejemplo si no temiera que se pusiese a presumir de sí misma, siendo así que no tiene mucho de qué presumir, pues hasta el momento no ha hecho ningún esfuerzo personal. Todo lo que ve en usted de bueno es ajeno, ha sido dado y realizado por otros. Ahora le corresponde amar cuanto hay de bueno en usted y empeñarse de corazón en conservarlo, mejorarlo y acrecentarlo. Es verdad que cuenta con una estupenda base y que está orientada por el buen camino, pero en nada de esto ha participado hasta hoy su voluntad y su libre decisión. Y si a partir de ahora usted no las agrega, todo lo que ha sido sembrado en usted por medio de la educación que ha recibido quedará sin consistencia y, en condiciones poco propicias, se disolverá dejando tras de sí solo un recuerdo agradable o, tal vez, ingrato.

¿Recuerda lo que le sucedió cuando se zambulló en el torbellino de la vida mundana? ¿Quién la mortificó y afligió su corazón? Todo el bien que había en usted había sido forjado por la gracia de

Dios a través de su piadosa educación familiar. ¿Por qué motivo sufrió aquella mortificación? Porque se permitió consentir hasta cierto punto aquellas costumbres desordenadas. Aunque usted no me lo dijo, era algo que se deducía directamente de aquella profunda aflicción que la atormentó después. Si usted no hubiera dado aquel consentimiento, no habría padecido aquella aflicción. Yo le escribí entonces que si por necesidad tuviera que sumergirse de nuevo en aquel torbellino, no pusiera su corazón en nada de lo que allí viese o escuchase. Y si hace eso mismo ahora, tampoco experimentará ninguna aflicción.

No sé si frecuenta esas reuniones ni si, de frecuentarlas, hace lo que le aconsejé. Véalo usted misma, pues es usted dueña de sí y está ya en edad de actuar con autonomía. Lo único que le digo es que usted puede convertirse o bien en una persona tan vacía, vana y sometida a las pasiones como aquellas, o bien en una que no sea ni carne ni pescado. El primer tipo de personalidad se hará realidad en usted si se entrega con toda su alma a esa vida. Entonces olvidará todo lo bueno, santo y espiritual del pasado y se convertirá en enemiga de esas cosas. Pero, por lo que la conozco, estoy seguro de que esto no le sucederá. Sin embargo, no puedo negar la posibilidad del segundo caso: que se convierta usted en una persona sin perfil definido, ni espiritual ni mundana, ni cristiana ni pagana. Caerá en esto si conserva las costumbres cristianas en las que ha sido educada, pero no preserva su corazón del consentimiento a las costumbres de la vida mundana. Recuerde: digo «consentimiento», no el mero hecho de participar en ellas, que a veces es inevitable, como usted misma dice. Dicho consentimiento no la apartará de lo que recibió en el pasado, pero enfriará su relación con ello y hará que lo arrastre por costumbre, no por elección del corazón. En esencia, no estará ni en la esfera mundana ni en la verdaderamente espiritual: no será ni carne ni pescado.

¿Qué sucederá con usted entonces? Lo mismo que sentenció el Señor en el Apocalipsis a uno de los ángeles de las Iglesias: «Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío o caliente, voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3, 15-16). Hay que ser caliente para con Dios y para con todo lo divino, y frío en relación con lo

mundano. Si no resulta fría en relación con lo mundano ni caliente en relación con Dios, sino que se mantiene medio fría y medio caliente tanto con lo uno como con lo otro, entonces será rechazada por Dios. ¿Qué hay que hacer? Es preciso elegir desde ya de corazón lo santo, lo que agrada a Dios, lo espiritual, la vida cristiana, precisamente ahora, cuando está usted accediendo a la edad de la vida independiente. Todo lo que le voy a decir tratará de esto. Elija, libérese de la desgracia de no ser ni carne ni pescado.

¡Que el Señor la bendiga y la ilumine!

27

Continúa el tema del celo y la resolución de vivir en gracia. El recogimiento interior. La clarificación de la envoltura del alma. Distintos niveles de esta clarificación

Mucho me ha alegrado su deseo de nacer de nuevo. Ese deseo le da alas. Que el Señor la bendiga para que tal deseo se convierta en resolución y, después, en decisión de llevarlo a la práctica. Decirlo es fácil y breve, pero si atendemos a la sustancia de lo que significan estas palabras, estamos hablando del trabajo de una vida entera. Después trataremos sobre cómo llegar a la resolución. Ahora voy a hablar nuevamente del final que nos espera. Tener una clara conciencia del fin de cualquier iniciativa nos ayuda a mantener nuestras energías y fuerzas en la tensión adecuada para alcanzarlo.

La vez anterior le escribí que tenemos que dejar espacio a la gracia de Dios recibida en el bautismo, para que, como la levadura, penetre todas y cada una de las zonas de nuestro ser, hasta las más pequeñas. Después añadí que, en el mismo momento del bautismo, la gracia empieza a actuar y, si no encuentra obstáculos, produce en el alma todo lo posible, en la esperanza de que, al llegar a la edad adulta, el alma con su voluntad elegirá cultivar esas semillas de vida cristiana que Dios desea y que la gracia sembró en ella. Cuando, una vez llegado a la edad adulta, alguien elige libre y conscientemente ponerse de parte de la gracia, entonces la gracia misma le enseña cómo vivir de acuerdo con ella y cómo reformar todo en sí mismo, y no se aparta de él hasta que no lleve su obra a término, siempre que esa persona no empiece a oponerse a ella por su propia voluntad. Usted se encuentra ahora en ese momento de la vida en el que ante su voluntad y libre elección está el ponerse o bien de parte de la gracia, o bien de parte de lo que se le opone. Supongamos que ha elegido lo primero y que, tras años

de esfuerzo, llega al final bienaventurado de una vida en gracia de Dios. ¿Cómo imagina que será el aspecto de su alma? Pues como una estrella resplandeciente, que irradia sus rayos luminosos en todas direcciones. ¡Así será!

¿Recuerda que me confesó usted que no logra dominar los pensamientos, y más tarde escribió que se sentía como si yo la hubiera echado a perder con mis explicaciones, que antes todo estaba en usted mejor, pero que en cuanto empezó a examinarse a sí misma según mis indicaciones no veía más que desorden: los pensamientos, los sentimientos, los deseos, todo a la desbandada, y que no tenía fuerzas para poner algo de orden en ellos? Aquí tiene la respuesta de por qué esto es así: *porque falta el centro.*

Y falta porque usted aún no ha decidido, de forma consciente y libre, de qué parte ponerse. La gracia de Dios ha puesto en usted, desde su niñez hasta hoy, un cierto orden. Pero en adelante la gracia ya no va a actuar sola, sino que esperará su decisión. Y si usted, con su elección y decisión, no se pone de su parte, entonces ella se apartará de usted y la dejará en manos de su voluntad. Usted será repelida a la parte contraria y puede ser incluso que la elija en su corazón, pero no espere que orientándose de esta manera disminuirá el desorden dentro de usted. No, ahí se instalará todavía más la turbación y el desconcierto.

Todo empezará a concertarse dentro de usted solo en el momento en que se ponga del lado de la gracia y haga del sistema de vida en el espíritu la ley irrenunciable de su existencia. Desde el momento en que esta decisión tome cuerpo en usted, se formará en su interior un centro, un centro fuerte que comenzará a articular en torno a sí toda su realidad natural. En ese centro estará la gracia, que tomará posesión de su conciencia y su libertad, o dicho de otra forma, estarán su conciencia y su libertad unidas con la gracia. Esto es lo mismo que llamamos antes resurrección o restauración del espíritu. La gracia de Dios empieza después a conectar con este centro las demás fuerzas de su naturaleza, tanto anímicas como corporales, y a dirigir toda su actividad, conservando cuanto ellas tienen de bueno y eliminando cuanto tienen de malo.

En esta concentración de todo en un mismo centro y esta orientación de todo en una misma dirección consiste el renacimiento

interior, que usted deseaba con tanto ardor. Cuando se lleve a cabo este renacimiento, entonces todo, sea pequeño o grande, brotará de un mismo centro y se asentará en su interior la más perfecta armonía, y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, iluminará el templo interior de su propio ser. ¡Y el Dios de la paz estará con usted! ¡Qué estado admirable y bienaventurado! Usted aspira a algo muy digno de su deseo.

Ahora esfuércese por recordar aquello que en su momento dijimos de un cierto elemento sutilísimo y omnipresente, que todo lo penetra y que es del mismo género que la envoltura de nuestra alma. Cuando el alma se encuentra fuera del ámbito de la gracia, esa envoltura del alma es *o bien oscura*, como la noche más tenebrosa, cuando alguien cede a las pasiones y se entrega a su servicio, *o bien gris*, como una niebla difusa, cuando alguien no se ha entregado por entero a las pasiones pero vive sumido en la vanidad. En cambio, por acción de la gracia, al mismo tiempo que el alma es penetrada por ella, poco a poco se va iluminando su envoltura, de modo similar a como en tiempo borrascoso se despejan las nubes. Cuando toda el alma está penetrada por la gracia, entonces también su envoltura entera se vuelve de una luminosidad intensa. Como en este caso todo su interior está unido al único centro, del que surgen los diversos movimientos y acciones que viven en él, resulta que la luminosidad intensa de la envoltura aparece como surgiendo de ese mismo centro a zaga de las acciones espirituales. Esto es precisamente la irradiación. Quien está interiormente agraciado brilla como una estrella, y no solo espiritualmente, sino también con una luz material.

En tales personas esta luminosidad interior se proyecta con frecuencia hacia fuera y resulta incluso visible para otros. Estando en San Petersburgo en los años cuarenta, oí hablar de esto a algunos y deseé vivamente verlo con mis propios ojos. Una vez tuve como huésped a un monje, en el que ya empezaba a manifestarse visiblemente la acción de la gracia. Comenzamos una conversación sobre cuestiones espirituales. A medida que este monje entraba dentro de sí y su pensamiento se hacía más y más profundo, su rostro resplandecía con creciente intensidad, hasta que se volvió todo blanco como la nieve y sus ojos centelleaban.

Y del padre Serafín de Sarov[1] se dice que resplandecía con frecuencia, especialmente en los momentos de oración en la iglesia, y que era cosa visible para todos. Sobre fenómenos similares hay muchas narraciones en las antologías de los Santos Padres. Por ejemplo, de una persona se escribe que, apenas se ponía en oración, elevaba sus manos al cielo y los dedos de ambas manos irradiaban haces de luz a una distancia notable. Se dice, en otro caso, que un discípulo suyo fue a su celda a buscar algo, llamó a la puerta y no obtuvo respuesta. Se asomó por una rendija y vio que el *staretz* estaba completamente encendido en fuego, como una columna de luz. Y, siendo yo todavía niño, oí cosas parecidas acerca de san Tijón. La transfiguración del Señor, cuando apareció revestido de luz, tiene este mismo origen.

En el paso a la otra vida esta irradiación se manifiesta de modo absolutamente natural, pues es cuando nos separamos de este burdo cuerpo que impide que esa luz sea visible para otros. Ya he contado que san Antonio Abad, estando en cierta ocasión sentado y conversando con sus discípulos, levantó los ojos al cielo y, mirando con satisfacción, dijo: «He visto una columna de luz subiendo de la tierra al cielo. Es el alma de Amón, que se ha elevado al Señor». Mucho hay escrito sobre visiones de este tipo. Y no cabe duda de que al Reino de los cielos únicamente van quienes han aceptado la gracia de Dios y esta ha iniciado en ellos su obra en alguna medida, aunque no haya alcanzado a penetrar todo su ser. Recuerde la parábola de las diez vírgenes. Cinco eran necias y no entraron en el banquete porque no tenían las lámparas encendidas. Esto significa que, al recibir la gracia como todos, no se preocuparon de encenderla dentro de sí, ni trabajaron sobre sí mismas para permitirle que actuara dentro de ellas sin obstáculo alguno. Apagaron la gracia y se encontraron sin luz, porque esta luz no procede más que de la gracia.

1. Serafín de Sarov, o Serafim Sarovski (1759-1833), monje ortodoxo ruso, *staretz*, es uno de los santos más venerados en la Iglesia ortodoxa. Frecuentemente se le compara con Francisco de Asís por una serie de rasgos comunes a ambos: pobreza, sencillez, alegría desbordante, austeridad... Ediciones Sígueme ha publicado sobre Serafín un libro titulado *Conversaciones sobre el Espíritu Santo* (Salamanca 2016), donde se encuentra su famosa «Conversación con Motovílov» y distintas instrucciones espirituales. Cierra esta publicación la primera biografía escrita sobre el popular *staretz* [N. del T.].

Imagínese lo abatidas que se quedarían cuando se vieron a las mismas puertas y fueron rechazadas, y escucharon la voz del novio no para invitarlas, sino para expulsarlas. ¡Señor, ten piedad! ¡Amargo destino! Vuelva su mente con frecuencia a este momento y procure con diligencia, sin ahorrar ningún esfuerzo, que no se repita en su caso algo parecido.

¡Que Dios la bendiga!

28

Explicación, por medio de parábolas y ejemplos, de la resolución de vivir de acuerdo con la gracia

Me apresuro a añadir ahora algunas líneas más a lo dicho anteriormente.

A aquellos que, tras haber recibido la gracia, no le han dejado actuar en sí, sino que la han ahogado, en el juicio de Dios al principio les quitarán el don de la gracia y después los arrojarán a la oscuridad del infierno. Esto lo reveló el Salvador en la parábola de las minas (Lc 19, 11-28). Cada uno de los siervos recibió una mina: la gracia se da a todos por igual. Sin embargo, uno de ellos adquirió con esa mina otras diez; el segundo adquirió cinco; el tercero, en cambio, ninguna: la envolvió en un pañuelo y la escondió. Esto significa que el primero trabajó más que ninguno para dejarse penetrar por la gracia; el segundo, la mitad que este; mientras que el tercero despreció el don y no puso interés ninguno en dejarse encender por la gracia. Después el premio se les dio en proporción al trabajo según el nivel de gracia e iluminación interior alcanzados por acción de la misma gracia. El último no hizo nada de la parte que le correspondía, y por eso le quitaron incluso aquello que tan generosamente le habían confiado al principio.

¿Ve de qué forma se desarrolla el asunto y cómo termina? Nosotros, pecadores, hemos recibido todos una mina: la gracia del Espíritu Santo. Esta gracia, como ya he indicado, actúa por sí sola en nosotros al principio, cuando aún no hemos llegado a la edad adulta. Pero una vez que alcanzamos esa edad, la gracia, aunque siempre está dispuesta a actuar en nosotros, no lo hace, sino que espera a que nosotros nos sometamos a ella de forma libre y voluntaria, deseando e incluso exigiendo que actúe plenamente. En cuanto hacemos esto, la gracia enseguida comienza su acción en nosotros, estimulándonos, guiándonos y fortaleciéndonos. La gra-

cia penetra en nosotros en la medida en que la reafirmamos y nos esforzamos en esa ratificación. Y si no la confirmamos ni ponemos manos a la obra precisamente con ese fin y en esa dirección, ella no actuará en nosotros contra nuestra voluntad, a la fuerza. Dios le ha dado al hombre la libertad y no quiere contravenirla, no quiere entrar ni actuar en él contra su voluntad. Si el hombre se entrega a la acción de Dios de manera voluntaria, entonces Dios comienza a actuar con su gracia en él. Si todo dependiera de Dios, en un instante todos nos convertiríamos en santos. Con un simple gesto, Dios nos cambiaría a todos de golpe. Pero, en lugar de eso, rige la siguiente ley: que el hombre mismo debe querer y reafirmarse en ello, y entonces la gracia nunca lo abandonará, con tal de que él permanezca fiel a ella.

Recuerde la parábola que cuenta el Salvador sobre el tesoro escondido en un campo y la del hombre que busca perlas preciosas (Mt 13, 44-46). Alguien descubrió un tesoro enterrado en una parcela[1] en el campo; entonces fue, vendió todo lo que tenía y la compró. Naturalmente, después desenterraría el tesoro y se haría rico, aunque de esto no se habla. Ese campo o terreno es nuestra alma. El tesoro escondido en ella es la gracia que el bautismo le ha infundido. El momento en que el hombre de la parábola descubre el tesoro es el momento en que el cristiano toma conciencia de que en él hay escondida una joya de tal calibre que no se puede comparar con nada: la gracia del Espíritu Santo. Venderlo todo significa que sacrificó cuanto tenía, todo lo que le era querido, con el fin de conseguir ese tesoro, lo cual equivale a despertar esta gracia oculta en él para que actúe visiblemente.

Había otro que comerciaba con piedras preciosas. Se enteró de que en algún lugar había un diamante que no tenía igual, aunque allí donde tal gema estaba no se conocía su valor (esto lo pongo yo de mi cosecha). Deseando adquirirlo, también este vendió todo lo que tenía y lo compró. Y, naturalmente, se enriqueció. También esta piedra preciosa es imagen de la gracia de Dios, que permanece escondida en nosotros e invisible mientras no caigamos en la cuen-

1. El original dice *desiatina*, que era una antigua medida de longitud rusa equivalente, más o menos, a una hectárea [N. del T.].

ta de su existencia. Quien cae en la cuenta, se convence además de que no hay nada más valioso que ella. Por eso, con una perfecta negación de sí, lo abandona todo y se esfuerza por encender e inflamar en sí mismo la gracia.

A la luz de estas parábolas ve usted qué es lo que se espera específicamente de nosotros. Se espera que 1) *nos hagamos conscientes de la presencia* en nosotros del don de la gracia; 2) *comprendamos su valor* para nosotros, un valor inmenso, mayor incluso que el de la vida, de modo que la vida sin ella no es vida; 3) deseemos vehementemente *hacer nuestra* esta gracia y que ella nos haga *suyos*, o lo que es lo mismo, que ella penetre por completo nuestro ser, lo ilumine y lo santifique; 4) *nos decidamos* activamente a alcanzar todo esto; y, en fin, 5) que *pongamos por obra* esa resolución, dejándolo todo, separando nuestro corazón de todo y entregando todo a la multiforme acción de la gracia de Dios.

Cuando estas cinco acciones se realizan en nosotros, entonces comienza nuestro renacimiento interior. Después, si nuestro espíritu persevera en ellas sin desfallecer, el renacimiento y la iluminación crecerán, con rapidez o lentamente, dependiendo de nuestro esfuerzo y, sobre todo, de nuestra capacidad de olvidarnos de nosotros mismos y de negarnos a nosotros mismos.

¿Recuerda que en cierta ocasión le hablé de aquella gobernanta que cambió radicalmente de vida?[2] Pues ella dio todos estos pasos. Una vez que empezó, no miró atrás, sino que continuó siempre hacia delante y siempre hacia arriba. Hasta que el fuego de la gracia la inflamó por completo. Dios no se fija en quién era alguien antes de desear su gracia, sino que solo espera que surja ese deseo. E inmediatamente comienza su obra, como en el caso de la mártir Catalina de Alejandría[3] o en el de María Egipciaca[4], que antes de anhelar la gracia había sido una depravada. ¡Cuántos han ido por este cami-

2. Se refiere Teófanes a la madre Magdalena del monasterio femenino de Eletski, que ya había fallecido cuando se escribieron estas cartas [N. del T.].

3. Santa Catalina de Alejandría (287-305), la «magna mártir» (Μεγαλομάρτυς), cuya memoria se celebra en la Iglesia ortodoxa el 24 de noviembre (según el calendario juliano) y en la católica el 25 de ese mismo mes (según el calendario gregoriano) [N. del T.].

4. Santa María Egipciaca (344-421), asceta que se retiró al desierto después de una vida dedicada a la prostitución.

no aquí en Rusia, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, viudas y solteras! ¡Almas bienaventuradas y más que bienaventuradas! San Agustín vivió mucho tiempo retenido por los lazos de una vida desordenada, aunque tenía noticia de la vida espiritual y la deseaba. ¿Y qué fue lo que le ayudó a romper esas ataduras? Escuchar la narración de cómo la gracia resplandecía en san Antonio Abad, que era un hombre de escasa cultura y de procedencia humilde. Al escucharla exclamó: «¡Estas gentes sencillas nos preceden y nos dejan atrás con toda nuestra ciencia y toda nuestra fama ante el mundo!». Y en ese preciso minuto dio un giro radical y emprendió con fervor el mismo camino que había recorrido san Antonio.

¿Y qué hacemos nosotros, usted y yo? ¿Nos negaremos, o iremos dando largas un día tras otro?

¡Que el Señor la bendiga con su luminosa bendición!

29

LA RESOLUCIÓN DE VIVIR SEGÚN LA GRACIA NO DEBE LIMITARSE A LOS DESEOS, SINO QUE HA DE IR ACOMPAÑADA AL MISMO TIEMPO DE LA DISPOSICIÓN AL ESFUERZO Y A LA LUCHA, AL IMPRESCINDIBLE EMPEÑO POR LOGRAR LO DESEADO. UNA VEZ TOMADA LA RESOLUCIÓN, DEBE EMPEZARSE LA OBRA DE INMEDIATO Y CONTINUARLA CON PACIENCIA Y CONSTANCIA

Y aún no lo hemos dicho todo. Como complemento, me dispongo a escribir algunas cosas más. Lo requiere la importancia del objeto de que venimos tratando.

La irradiación del alma a la que la gracia de Dios penetra por completo, como el fuego al hierro, es un estado atrayente. Cuando se oye hablar de él, a cualquiera le entran ganas de lanzarse a conseguirlo. Supongo que también usted siente un impulso semejante. Pero aunque dicho impulso indica que el alma es capaz de elegir lo mejor, no agota todo lo que se requiere para ello. De hecho, puede suceder que uno se lance y que, sin embargo, después no logre nada. Porque el mero impulso no es suficiente, sino que hace falta tener al mismo tiempo una serena consideración y cultivar una resolución firme y constante que, consciente de las dificultades, los obstáculos y los sinsabores que esperan en el camino, con una valiente elevación de espíritu los arrostre hasta poder entregar la propia vida.

Lo que se requiere para que la gracia de Dios penetre todo nuestro ser, es lo mismo que se requiere para la elección del Reino de Dios, o es lo mismo que el celo por la salvación del alma, o es lo mismo que el amor y la entrega a lo único en verdad necesario. Hay diversas formas de denominarlo y expresarlo, pero el propósito es el mismo. Yo he adoptado la perspectiva más visible y que puede entenderse. Pero se denomine como se denomine, siempre se trata de lo que, por sí mismo, constituye lo más deseable de

todo, porque es imposible no desearlo. A quienquiera que usted le pregunte: «¿Quieres ir al paraíso, al Reino de los cielos?», le responderá con espíritu decidido: «¡Por supuesto que quiero!». Sin embargo, cuando añada a renglón seguido: «Entonces haz esto y lo otro», podrá comprobar usted que a ese se le cae el alma a los pies. Todo el mundo desea sin duda el paraíso, pero no siempre tiene las suficientes ganas como para esforzarse por alcanzarlo. Quiero subrayar que no basta únicamente con desear, sino que se requiere una firme resolución de alcanzar con seguridad lo deseado y de empezar ya, desde este preciso momento, a esforzarse por alcanzarlo. Para que le resulte más claro, le voy a explicar cómo suelen elevarse los deseos hasta la resolución.

Hay muchos objetos sobre los que pensamos, muchas acciones que concebimos en nuestra mente. Sin embargo, pensamos, pensamos y pensamos, pero después nos olvidamos de ellos. Esto quiere decir que el alma no se ha adherido a ellos y que su recuerdo se ha esfumado. Porque no se olvida aquello a lo que el alma se adhiere. Cuando nuestra alma se adhiere, hay que suponer que el objeto en cuestión nos ha gustado. Aun así, puede suceder que dicho objeto nos guste, nos agrade pensar en él y mantenerlo en la mente, pero no llegue a activar el deseo de poseerlo o de hacerlo realidad. Decimos en ocasiones que una cosa es buena o un asunto es bueno, pero los vemos como algo ajeno. Nos causan admiración o curiosidad, pero no sentimos el impulso de ir tras ellos. Para llegar a desearlos, es preciso que los consideremos útiles o necesarios, o bien que nos gusten tanto que sin ellos la vida nos resulte aburrida o triste. Cuando en algún asunto o alguna cosa vemos estos aspectos, entonces no podemos dejar de desearlos: nos surge el deseo de forma inevitable.

Supongamos que ya deseamos. ¿Con eso ya está todo hecho? En absoluto. No pocos deseos se quedan sin realizar por falta de energía o de fuerza para llevarlos a cabo. Para que el deseo se cumpla hace falta elevarlo al grado de propósito permanente o de resolución, hace falta que el alma se diga a sí misma: «Voy a conseguir esa cosa o a realizar esa acción cueste lo que cueste». Cuando el alma pronuncia estas palabras, comienzan en consecuencia las consideraciones orientadas a realizar lo que se ha decidido: la

deliberación acerca de los medios, el discernimiento de las condiciones favorables de tiempo y lugar, la previsión de las dificultades, la provisión de los recursos para superarlas y, en lo posible, la visión panorámica del proceso desde el principio hasta el final. Cuando el alma determina todo esto, ya está completamente preparada para actuar.

Todo está preparado y listo para actuar, pero la obra aún no está hecha; hay que empezarla y proseguirla con la perseverancia, la paciencia y la diligencia adecuadas para llevarla a término. Cuanto hemos descrito hasta ahora se parece a la máquina aserradora preparada para serrar: el vapor se encuentra a punto, la madera está a la mano, todo se halla dispuesto como es debido. Tan solo falta ponerlo en marcha y comenzar el trabajo. Esto, el ponerlo en marcha, es la corona de todas las preparaciones previas y es como si no se añadiera nada a la obra, pero todo lo que se ha hecho depende de esto último. Exactamente así es el paso de los deseos a la resolución y al hecho: cuando la resolución y todo lo que se ha pensado hacer han madurado, aún queda el acto más necesario, en el que reside la fuerza decisiva: empezar a actuar. Piensas: «¿Qué dificultad hay en ello, si está todo preparado?». Pero en realidad este paso es el más difícil. Hasta la resolución, todo ha sucedido dentro de uno; ahora nuestro acto interior, mental, debe entrar en la esfera de los acontecimientos y desarrollarse junto a otros. Demos simplemente el primer paso y ya el mero hecho de haber empezado a actuar creará una situación que nos va a empujar a hacer y a seguir haciendo en el espíritu y el orden comenzados. ¡Aquí tiene usted el proceso completo de nuestro asunto!

Me entretengo en señalarle todas y cada una de estas cosas para mostrarle lo que todavía le queda por hacer en sí misma, a fin de que el deseo, por el que ya se ha encaminado con energía a la obra de Dios, pase a la acción.

Y para evitar que su deseo no termine siendo una flor sin fruto, es preciso elevarlo en primer lugar hasta el nivel de la resolución. Pero no una resolución tomada a la ligera, sino con ponderación, bien pensada, firme, racional y, lo que es más importante, sin vuelta atrás. Y sin perder ni un solo minuto, es necesario ponerse manos a la obra. Al principio todo debe realizarse interiormen-

te, por medio de la reflexión y consultando a Dios en la oración, pidiéndole inteligencia y luz para la mente acerca de este objeto tan necesario. Esto segundo no le resultará difícil, a juzgar por las costumbres que se siguen en su casa.

¡Que el Señor la bendiga y bendiga su proceso interior según lo que hemos descrito!

30

Compendio sobre el estado interior de iluminación por la gracia según Macario el Grande. Formas de suscitar y fortalecer la resolución por la vida buena

Ardo de impaciencia. Tomo la pluma y comienzo a escribirle acerca de la misma cuestión, o sea, el fascinante estado que produce la gracia, para que emprenda usted el camino hacia su consecución, su asimilación y su instalación en él. Con todo, esta vez no se lo voy a exponer con mis palabras, sino con las de la sabiduría divina de Macario el Grande[1], y en concreto con las de su decimoctavo coloquio:

Si alguien es rico porque ha hallado un tesoro escondido, entonces gracias a ese tesoro y a esa riqueza puede adquirir todo lo que quiera. Así sucede con los que han adquirido y poseen ya un tesoro celestial (la gracia): con este tesoro adquieren para sí todo género de virtudes, y con ellas agregan una riqueza celestial aún mayor. El Apóstol dice: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4, 7), es decir, aunque estamos todavía en la carne, nos han hecho dignos de adquirir otro tesoro: la fuerza santificadora del Espíritu.

Quien ha adquirido y posee este tesoro celestial del Espíritu, realiza por Él de manera irreprochable y pura toda justicia según los mandamientos, así como todo tipo de acciones virtuosas sin coacción ni dificultad. Supliquemos, exijamos y pidamos a Dios que nos dé el tesoro de su Espíritu, de modo que podamos mantenernos de forma irreprochable y pura en todos los mandamientos, y realizar de forma pura y perfecta toda justicia.

Es preciso que nos obliguemos a pedir al Señor que nos haga dignos de alcanzar y aceptar el tesoro celestial del Espíritu y que nos lleve al estado de realizar sin dificultad y con ligereza, sin tacha y con pureza, todos los mandamientos del Señor, que antes no podíamos cumplir ni aun poniendo el máximo empeño. Ese tesoro se adquiere mediante una búsqueda

1. Cf. *supra*, 25, nota 2.

diligente, mediante la fe y la paciencia en los trabajos de esa búsqueda. Con gran ardor de corazón y con fe es preciso pedir a Dios que nos conceda adquirir en nuestros corazones la riqueza que viene de Él, con la fuerza y la eficacia del Espíritu.

En cuanto a lo que sucede con aquellos en los que la gracia de Dios ha comenzado a manifestar sensiblemente sus efectos, san Macario expone:

A veces se encuentran en un estado de ligereza, como en un banquete real, y se alegran con una alegría y un contento inefables. En otros momentos están como la novia, apaciguada con una paz divina en comunión con su novio. Otras veces, como ángeles desprovistos de carne, aunque se encuentran todavía en el cuerpo, sienten en sí la misma ligereza que dan las alas de los ángeles. En ocasiones están alegres y serenos, como con esa tranquilidad que produce la bebida. A veces el espíritu enciende en ellos un amor tal que, si pudieran, acogerían en su corazón a todo ser humano, sin distinguir al malo del bueno. Otras veces, en la humilde sabiduría del Espíritu, se humillan a sí mismos ante cualquier hombre, hasta considerarse los últimos y los más pequeños de todos. En otras ocasiones su alma se sume en un gran mutismo, en el silencio y la paz. A veces, por la gracia adquieren la sabiduría de comprender alguna cosa, de captar lo inefable, de ver lo que no es posible expresar con palabras. Y en ocasiones, por fin, pasan por uno de tantos.

¡Qué estado tan deseable! Quiero añadir otro breve pensamiento de san Macario acerca del estado interior del hombre iluminado por la gracia:

Cuando el alma, purificándose por completo de las pasiones, entra en la perfección del Espíritu, y en la inefable comunicación y unión y fusión con el Espíritu consolador, y se ha disuelto en el Espíritu, esa alma se hace digna de convertirse ella misma en espíritu. Y entonces se hace toda ella luz, toda ventana, toda alegría, toda amor, toda misericordia, toda gracia y bondad.

¡Esto es lo que trataron de conseguir y alcanzaron los santos ascetas! Estará usted de acuerdo en que valía y vale la pena esforzarse. Ahora bien, resulta que el acceso a este territorio está abierto para todos. No es un coto cerrado o un jardín privado. A todos se nos han prometido estos bienes, y en el bautismo y la confirmación

se nos ha dado en anticipo, para que tendamos a ellos, la gracia del Espíritu Santo. A nosotros corresponde buscar en nosotros este tesoro y encontrarlo. Está escondido en nuestro jardín; tan solo hemos de tomar la pala y empezar a buscar. Ya con los primeros golpes de pala empezarán a tintinear la plata y el oro. Y enseguida daremos con él, ahí está todo. Entonces nuestra alegría no tendrá medida.

¡Y bien! ¿Por qué, pues, nuestra tarea no progresa? En la carta anterior le indiqué el camino por el que se llega a la resolución, pero no le advertí acerca de las ideas a partir de las cuales surge esta resolución y por las que llega a ponerse en acción. Brevemente le hablaré ahora sobre este importantísimo punto.

El encanto del objeto despierta nuestra energía, pero siempre podemos caer en la actitud de dejar el asunto para mañana. Sin embargo, cuando se ha tomado clara conciencia, por una parte, de su extrema necesidad y de su carácter imprescindible, y, por otra, de los medios que están a nuestro alcance, la decisión se pone en práctica de manera irresistible. Le pongo un ejemplo: si uno está apoltronado en su habitación y no hay manera de hacerle salir, basta con que vea que de repente se ha desatado un incendio para que salga de allí pitando. Exactamente esto hemos de hacer con nosotros mismos en caso de que nos falte resolución: encender el sentimiento de desgracia acerca de nosotros mismos, es decir, convencernos de que o hacemos esto y lo otro o, si no, pereceremos para siempre. En cuanto este pensamiento se forma en la mente, al instante se pone en pie con toda su fuerza nuestra energía moral y nos empuja irresistiblemente a poner manos a la obra. ¿Cómo hacer esto en relación con el objeto del que hablamos? Esfuércese usted misma por averiguarlo. Yo, por mi parte, siempre tengo presente que la muerte vendrá a visitarme, si no hoy, mañana, y tras la muerte ¿qué? Pues lo que sucedió con el siervo malo: «¡Quitadle la mina –el don de la gracia– y echadlo afuera, a las tinieblas!»[2], o lo que sucedió con las vírgenes necias: la puerta se cierra y escuchas: «¡No te conozco!». Algo así nos espera, sin duda alguna, si

2. Teófanes mezcla aquí dos textos evangélicos: la parábola de las minas (Lc 19, 24) y la parábola del banquete de bodas (Mt 22, 13) [N. del T.].

no avivamos en nosotros la gracia y no nos dejamos iluminar por ella. Imagínese con la mayor claridad en esta situación y seguro que su falta de resolución, si es que la tiene, se esfumará. Esta idea es muy eficaz. A este respecto, el antiguo sabio dijo: «En todo lo que hagas ten presente tu fin, y así nunca pecarás» (Eclo 7, 36). Esfuércese por hacerse una idea más clara de esto y, una vez que lo haya comprendido con claridad, no deje que se debilite ni se oscurezca esta conciencia. Como ayuda, tome el librito *Levántate, tú que duermes*[3] y léalo. Se lo di tiempo atrás.

La elección de los medios constituye el segundo momento. En situaciones de extrema necesidad nos crecen el valor y la confianza para librarnos de la desgracia, y por esto mismo nos animamos a ponernos manos a la obra. Pero si nos faltan, la sensación de penuria nos lleva inevitablemente a caer en la desesperación. En el ejemplo anterior, si no hubiera una puerta o una ventana abierta, al que está atrapado por el incendio no le queda otra salida más que tirarse de los pelos. Análogamente, si en la indiscutible penuria en la que realmente nos encontramos (pues carecemos de la gracia indispensable para entrar en el Reino de los cielos) no hubiera medios que nos ayudaran, al tomar conciencia de tal penuria solo nos quedaría caer en la desesperación. Pero hemos de agradecer al Señor que haya dispuesto en nuestro favor todo aquello que nos permite prevenir la miseria inevitable después de la muerte. Sí, todo está dispuesto y lo tenemos a nuestro alcance; más aún, lo tenemos en nosotros mismos. Lo único que nos falta es poner manos a la obra y actuar. ¿Acaso a la hora de ponerlo en práctica vamos a hacernos los remolones y a dejarlo de un día para otro?

En lo que a usted respecta, le digo además que no tiene necesidad de comenzar a hacer nada especial. Siga viviendo en el mismo espíritu en el que ha sido educada, conserve las piadosas costum-

3. Sin duda se refiere al libro *Vostani spyai* («Despierta, tú que duermes»), publicado en el año 1871 en San Petersburgo. Su título completo es *Despierta, tú que duermes, y resucita de entre los muertos y Cristo te iluminará (Ef 5, 14). Colección de escritos de los Santos Padres para que el hombre despierte del sueño del pecado y así esté despierto en Cristo*. Se trata de un florilegio patrístico compilado por Teófanes. El autor más citado en él es san Tijón de Zadonsk (1724-1783), monje y obispo de Vorónezh. También se recogen textos de Efrén el Sirio, Juan Crisóstomo, Basilio el Grande y otros [N. del T.].

bres que ve en su casa y en sus familiares. Todo lo que le estoy diciendo no tiene más fin que moverla a elegir con toda el alma precisamente ese género de vida y a que libremente tome la decisión de vivir así hasta el fin de sus días. Su vida hasta este momento es como si no hubiera sido suya, pues hasta ahora la han dirigido otros. Esto es cosa buena, pero precaria, si usted misma no elige ese género de vida y no lo convierte en ley inmutable para usted. Si no lo hace ahora, la arrastrará el mal espíritu de la vida mundana, o usted no será ni una cosa ni la otra, como ya le he explicado.

En el nombre del Señor, piense en todo esto y apresúrese a poner por obra estas resoluciones.

¡Que el Señor la bendiga!

31

CÓMO MANTENER LA ORIENTACIÓN YA INICIADA A LA VIDA BUENA. LA LECTURA ESPIRITUAL Y LA MEDITACIÓN. LA ANOTACIÓN DE LOS PENSAMIENTOS BUENOS. CÓMO EVITAR LA DISTRACCIÓN DE LOS PENSAMIENTOS EN LA LECTURA Y LA ORACIÓN. EL RECUERDO CONSTANTE DE DIOS Y DE LA MUERTE. RECONOCER LAS PROPIAS CULPAS

¡Alabado sea Dios! Escribe usted que siente un fuerte deseo de acercarse a Dios. ¡Que Dios la bendiga! ¿Qué he procurado todo este tiempo, sino avivar en usted este deseo? Y caldee también en sí misma el temor de Dios. Sepa usted que cuando existe el temor de Dios, significa que su espíritu está vivo y que la gracia de Dios está operando en usted. Lo más importante para nuestro espíritu es la visión de Dios y el temor de Dios, y el don principal de la gracia de Dios es el espíritu del temor de Dios. Este es el principio, el progreso y la meta del camino del redimido. Quien posee el temor vivo y actuante de Dios posee una fuerza inagotable, que mueve a hacer todo aquello que es agradable a Dios, y además un centinela despierto que lo avisa de los ataques del enemigo y de sus desviaciones hacia la depravación. ¡Que el Señor la ayude a caldear y, después, a mantener siempre vigoroso el espíritu del temor de Dios!

Su costumbre de dedicar por las mañanas un tiempo a la lectura de libros espirituales me parece excelente. ¿Cómo es que en su casa miran eso de modo tan poco benévolo? Es obvio que si se dedicara exclusivamente a leer y orar sin parar, sería algo fuera de lugar, pero ¿qué hay de malo en leer y meditar un rato? Por lo que sé, eso lo hacen todas las personas creyentes y temerosas de Dios. Y creo que hasta sus padres se atienen a esta misma norma. Esta lectura, junto con la oración que la precede, afianza el alma y le da fuerzas para todo el día. Los médicos aconsejan no salir de casa en ayunas; en relación con el alma, esto se cumple mediante la ora-

ción y la lectura matutinas. Con ellas se alimenta el alma y así no sale a cumplir sus tareas diarias en ayunas.

Mire incluso lo que se me ocurre proponerle: lleve consigo un cuaderno y apunte en él los pensamientos que le vengan al leer el Evangelio y otros libros. Hágalo de esta forma: «El Señor dice en el Evangelio esto y lo otro. De ello se desprende con claridad que nosotros tenemos que comportarnos de tal y cual manera. Para mí esto significa cumplirlo en estos y aquellos casos. Así lo haré. ¡Señor, ayúdame!». Le supondrá un pequeño esfuerzo, pero le resultará de gran utilidad. Hágalo, pues, según le acabo de indicar. El pensamiento se irá aguzando y elevando. El Espíritu que se mueve por la Escritura se trasladará a su corazón y lo vivificará. ¡Y esto es como aceite derramado en las heridas!

Puede ser que los pensamientos se dispersen durante el tiempo de la lectura y la oración. ¿Qué hacer? De esto nadie está libre. Pero no hay pecado alguno en ello, aunque sí molestia. El pecado se da cuando alguien voluntariamente fomenta dentro de sí pensamientos ajenos; pero cuando se dispersan contra nuestra voluntad, ¿qué culpa hay? Hay culpa cuando alguien, notando que los pensamientos empiezan a vagar, se deja llevar por esa divagación. Lo que hay que hacer es esto: en cuanto uno se dé cuenta de que su mente empieza a divagar, volver a ponerla en su sitio de inmediato.

A fin de que durante el tiempo de oración los pensamientos divaguen menos, es preciso esforzarse en orar con un sentimiento cálido, y para ello conviene caldear el alma antes de la oración con la meditación y con postraciones. Acostúmbrese a orar con sus propias palabras. Por ejemplo, la esencia de la oración vespertina es dar gracias a Dios por el día y por todo lo que hemos vivido durante el mismo, sea agradable o desagradable; arrepentirnos de lo malo que hayamos hecho y pedir perdón, prometiendo corregirnos para el día siguiente, y rogar a Dios que nos guarde durante el sueño. La esencia de la oración matutina es dar gracias a Dios por el sueño que nos ha reconfortado y pedirle que nos ayude durante el día a hacer todo para su gloria. Y esto dígaselo con sus propios pensamientos y de todo corazón. Además, por la mañana y por la tarde manifiéstele al Señor sus necesidades materiales, y aún más las espirituales, y haga esto hablándole de manera senci-

lla, como los niños: «Ves, Señor, mi enfermedad y mi debilidad. ¡Ayúdame y cúrame!». Estas cosas y otras parecidas puede decírselas al Señor con sus propias palabras, sin necesidad de recurrir al Devocional. Y tal vez así sea mejor. Haga la prueba. Si le va bien, puede dejar de lado el Devocional; en caso contrario, rece con él, porque de otro modo se quedará totalmente sin oración.

Para que las oraciones del Devocional recojan el pensamiento y caldeen el corazón, en el tiempo libre, fuera del tiempo de oración, siéntese y reflexione con detenimiento sobre el contenido de las oraciones que vienen en él y trate de sentirlas. Así, cuando luego se ponga a leerlas en el tiempo de oración matutina y vespertina, esos pensamientos y sentimientos que alcanzó por medio de la meditación resurgirán, le ayudarán a centrar la atención y caldearán su corazón. No lea nunca las oraciones aprisa. Y algo más: esfuércese por aprender las oraciones de memoria. Esto ayuda mucho a la oración atenta. Y es que la oración hay que aprenderla como cualquier otra cosa.

Acostúmbrese a pensar en Dios no solo cuando esté haciendo oración, sino también cada hora y cada minuto, porque Él está en todas partes. De este modo, se verterá en su alma paz, fuerza para hacer las cosas y orden en ellas. Su deseo actual de acercarse más a Dios se realizará por completo de este modo. Así como uno que toma el sol, así el que se acuerda de Dios siente siempre su calor.

Al recuerdo de Dios adjunte el recuerdo de la muerte y el de la eternidad bienaventurada o amarga. Estos dos recuerdos la apartarán de todo mal, incluso en los pensamientos, y la orientarán hacia todo lo bueno, pero no para ser vista, sino con sinceridad. Es absurdo pensar que el recuerdo de la muerte envenena la vida. Lejos de envenenar, enseña más bien a ser cuidadoso y a abstenerse de todo lo que de verdad envenena la vida. Si nos acordáramos de la muerte más a menudo, habría menos desórdenes tanto en la vida privada como en la pública.

Se acusa de tener amor propio. Bien, bien. Vigile sus manifestaciones y atájelas enseguida. El amor propio quiere hacerlo todo para sí, mientras que usted lo hace todo para la gloria de Dios y el bien de los demás, sin mirarse a sí misma, sin compadecerse a sí misma. Porque, externamente, los que se aman a sí mismos reali-

zan las mismas cosas que los no están poseídos por el amor propio, solo que les dan una orientación distinta y las hacen con otras intenciones. Lo que nos corresponde es rectificar la intención del amor propio y orientarla hacia el sacrificio de sí, y después orientar lo que hacemos según eso mismo. Y esto hay que aprenderlo. Aprenda, aprenda. ¡Y que el Señor la bendiga!

Me pide usted que la dirija sin tenerle lástima. Desde luego, por mí no va a quedar, pero de momento la veo pura y clara. Así que lo único que me queda es desear que el Señor la conserve siempre así, tal como me parece verla. Y si usted no es así realmente, quiera Dios hacerla así.

32

Quien se ha decidido a seguir el camino de la vida buena debe ayunar antes de recibir la comunión. Instrucción sobre el ayuno debido. La conducta en la iglesia de quien se prepara para la comunión

¡Gloria a ti, Señor! Ha llegado el tiempo de Cuaresma[1]. Me alegré mucho cuando usted me comunicó su decisión de empezar a prepararse para la comunión cuanto antes[2]. No cambie este propósito. Se suele ayunar durante la Semana Santa, pero usted no lo deje solo para entonces. Durante la Semana Santa ayunan aquellos que, aunque ya han ayunado durante las semanas anteriores, desean comulgar por segunda vez; o aquellos a los que les obliga alguna necesidad; o, en fin, aquellos que quieren acabar cuanto antes el esfuerzo del ayuno, porque así solo tienen que hacerlo tres días. A usted le propongo únicamente el primer caso.

Que Dios la bendiga para que pueda prepararse a la comunión como se debe. Lo que le voy a indicar es lo que debe hacer todo el que se dispone a recibir los sacramentos. Porque el verdadero ayuno religioso incluye abstenerse de comer, ir a la iglesia, llevar una vida más retirada, leer, trabajar sobre uno mismo: todo esto es necesario. Pero todas estas acciones hay que dirigirlas a un fin: la digna participación en los santos sacramentos de Cristo. Para comulgar dignamente es preciso purificar el alma con la penitencia. Y para realizar la penitencia como es debido, con un arrepentimiento sincero y una

1. «El ayuno» en el original. En ruso, la Cuaresma se denomina *Veliki Post*, es decir, «el gran ayuno» [N. del T.].

2. Teófanes utiliza aquí la palabra *govenie* (говение), que en el ámbito de la Ortodoxia se refiere al tiempo de preparación para la confesión y la comunión. En él se realizan diversas prácticas y oraciones, se ayuna y se frecuenta la iglesia. Este tiempo dura, como mínimo, una semana. Hasta el día de hoy, en la Iglesia ortodoxa rusa no se puede acceder a la comunión sin haberse confesado previamente y sin haber practicado un ayuno estricto (al menos desde la noche anterior) [N. del T.].

firme decisión de no volver a ofender al Señor, se prescriben los demás actos propios de la preparación a los sacramentos: ir a la iglesia, orar en casa, abstenerse de alimentos, etcétera.

Para comenzar la penitencia, lo primero que hay que hacer es entrar dentro de sí. Los asuntos de la vida cotidiana, las preocupaciones y los pensamientos que sin parar van de acá para allá por el mundo, no nos permiten ni entrar ni ocuparnos de nosotros mismos. Por eso, quien se prepara para recibir los sacramentos, ha de dejar de lado durante este tiempo, en la medida de sus posibilidades, sus quehaceres ordinarios y, en vez de dedicarse a ellos, procurar recluirse en casa. Esta suspensión de los quehaceres es extremadamente importante para prepararse bien. Quien la pasa por alto, se prepara de manera negligente. He ahí por qué debe usted hacerla. Por muy pequeños que sean sus quehaceres, los tiene y la distraen. Comience, pues, este tiempo dejando a un lado todo lo demás.

Supongamos que lo ha dejado todo y está sentada en su habitación. ¿Qué hacer ahí? En la soledad puede uno vacar inútilmente. Es preciso hacer cosas que nos ayuden a prepararnos bien a la comunión ¿Cuáles? La oración, la lectura, la meditación.

Se trata aquí de la oración que uno hace además de la que se realiza en la iglesia. Esta se sobreentiende. Usted ya sabe, por supuesto, cómo hay que orar en la iglesia. De todos modos, tenga en cuenta una cosa. Hay que ir a la iglesia de buena gana, como quien va a la casa de Dios mismo, sin refunfuñar y sin fastidio. Hay que ir a la iglesia no simplemente para estar presente en la liturgia, sino para orar con toda el alma, con un corazón ardiente, con la efusión ante el Señor de los sentimientos de aflicción, humildad y piadoso temor, y con la elevación de peticiones asiduas por las necesidades espirituales de los propios familiares.

Para hacer esto bien, antes hay que disponerse y pensar en ello, y una vez que se ha llegado a la iglesia, esforzarse en hacerlo. No hay que considerar inútil el hecho de estar presentes en la liturgia, porque gracias a ello el corazón se caldea e invoca cordialmente a Dios. Esto es lo principal. Es necesario participar en la liturgia y, guiados por ella, orientar la variedad de nuestros pensamientos y sentimientos. Encaminar dicha variedad en una dirección, sin dis-

tracciones, mantendrá nuestra atención de forma agradable en una tensión constructiva y rica en contenidos. Fíjese en lo que se canta y se lee, sobre todo en las *ectenías*[3], porque son una especie de exposición breve de nuestras necesidades y con ellas pedimos sin tener que avergonzarnos al dirigirnos a Dios.

Pero habitualmente nuestros pensamientos vagan de allá para acá. Esto nos pasa porque oramos sin sentimientos. Actúe con ellos del siguiente modo: en cuanto se dé cuenta de que sus pensamientos han salido de la iglesia, recójalos de nuevo y no se permita jamás de modo consciente abstraerse en sus pensamientos y ensoñaciones, sea durante el tiempo de preparación a los sacramentos, sea en cualquier otro momento. Cuando los pensamientos se evaden sin que uno se aperciba, no se puede decir que esto sea pecado. Pero si, estando en la iglesia, uno se pone adrede a vagar con el pensamiento de un lado para otro, esto sí es pecado. El Señor está presente entre los que se encuentran en la iglesia. Y quien en tal lugar se dedica no a pensar en Él, sino a soñar, es como el que se acerca al rey para pedirle un favor y se pone a gesticular y dar vueltas en su presencia sin prestarle atención. Tal vez, a pesar de esforzarse por ello, uno no consiga evitar por completo que sus pensamientos se dispersen, pero sí puede y debe evitar soñar intencionadamente.

Así pues, por lo que respecta a las distracciones mentales hemos de aplicar estas dos reglas: 1) en cuanto nos demos cuenta de la distracción, hemos de recoger nuestra mente de nuevo; y 2) no tenemos que permitir de manera consciente que los pensamientos revoloteen.

El remedio contra las distracciones mentales es cultivar la atención de la mente, la atención al hecho de que el Señor está ante nosotros y nosotros ante Él. En este pensamiento hay que poner toda la mente y no consentir que se aparte de él. La atención se une al Señor por medio del temor de Dios y la piedad. De ellos procede la calidez del corazón, que centra la atención en el único Señor. Trate de remover su corazón y usted misma verá cómo él mismo pondrá

3. La *ectenía* (del griego ἐκτένεια, «celo», «constancia», «perseverancia») es una plegaria de petición de tipo litánico que forma parte de la liturgia ortodoxa y de la católica de rito oriental, normalmente cantada por un diácono.

cadenas a los pensamientos errantes. Hay que forzarse. Sin trabajo ni tensión de la mente no se logra nada en el ámbito del espíritu. A caldear el corazón ayudan mucho tanto las inclinaciones de cintura como las postraciones por tierra[4]. Hágalas con más frecuencia.

Que el Señor le conceda sentir la dulzura de estar en la iglesia, para que desee ir a ella como quien va del frío a una habitación cálida. Respecto de la preparación a la comunión, lo más productivo para esta obra es la presencia en la iglesia de manera digna. Hay otras acciones que sirven de ayuda y apoyo a esta presencia, pero de ellas hablaremos en otra ocasión.

4. Las inclinaciones o postraciones (en ruso, *poklóni*) son acciones simbólicas corporales que acompañan la oración, tanto personal como litúrgica, y expresan la reverencia debida a Dios, la piedad para con Él y el deseo de conversión. De hecho, una de las dos formas de postración, la pequeña (en ruso, *malyi*) o «de cintura», como la denomina Teófanes, se llama también *metania* (término derivado del griego *metánoia*, «conversión»). Esta es la más habitual y consiste en inclinar el tronco hasta tocar la tierra con los dedos, terminando con la señal de la cruz. La otra es la gran postración (*bolshoi*), que consiste en echarse boca abajo por tierra (normalmente tres veces) después de persignarse. Esta forma es propia, sobre todo, de las celebraciones del tiempo de Cuaresma, particularmente al rezar la oración de san Efrén el Sirio, «Señor y Soberano de mi vida», que se lee dos veces al final de cada liturgia cuaresmal de lunes a viernes. Después de la primera petición («Líbrame del espíritu de indolencia, desaliento, vanagloria y palabra inútil») se hace la primera postración. Después de la segunda («Y concédeme, a mí, tu siervo pecador, el espíritu de castidad, humildad, paciencia y amor») se realiza la segunda postración. Y tras la tercera («Sí, Rey y Dios mío, concédeme conocer mis faltas y no juzgar a mis hermanos. Porque eres bendito por siempre. Amén»), la tercera postración [N. del T.].

33

Más sobre la preparación a la comunión. La conducta en casa durante este tiempo

Continúo en esta carta con el tema de cómo prepararse para la comunión.

El que está en ello, no conoce más que la iglesia y su casa. ¿Qué hacer al llegar a casa? En la medida en que lo permitan las fuerzas, hay que seguir orientado hacia el Señor con la mente y el corazón. Así, cuando vuelva usted de la iglesia, apresúrese a ir directamente a su cuarto y haga allí varias inclinaciones profundas, pidiendo al Señor piadosamente que pueda pasar ese tiempo de soledad en casa de forma provechosa para su alma. Después, siéntese y descanse un rato. Pero no deje por ello que los pensamientos vaguen libremente, sino diga por dentro, sin pensar en nada: «¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad!».

Una vez que haya descansado, conviene que se ocupe en algo: sea rezar, sea un trabajo manual. Qué y cuándo hacer una cosa u otra, decídalo usted misma. No debe dedicarse únicamente a actividades espirituales; busque alguna ocupación manual que no la distraiga demasiado. Y dedíquese a ella solo cuando su alma esté cansada y ya no sea capaz de leer, ni de pensar, ni de orar a Dios. Pero si las ocupaciones espirituales van bien, entonces puede dejar a un lado los trabajos manuales. Hay que emplearlos para llenar el tiempo que, sin ellos, se pasaría de manera ociosa, lo cual siempre es pernicioso, y más en Cuaresma.

¿Cómo rezar en casa? Bien señaló usted que conviene añadir algo a la práctica ordinaria del Devocional. En efecto, hay que hacerlo. Pero es mejor que, en vez de añadir más oraciones leídas, se dedique usted a orar sin Devocional, con sus propias palabras, dando rienda suelta a sus necesidades espirituales más profundas. No lea por la mañana y por la tarde más de lo que lee los días

normales, pero tanto antes como después de recitar las oraciones del Devocional, ore con sus propias palabras; también, entre las oraciones leídas, puede intercalar las suyas propias, haciendo inclinaciones de cintura y hasta el suelo, y poniéndose de rodillas. Importune al Señor, a la Madre de Dios y a su Ángel de la guarda, pidiéndoles con sus palabras lo que considere más necesario; ore para que le sea dado conocerse a sí misma, y que junto con ese conocimiento se le conceda el deseo y la fuerza de corregir sus defectos; más aún, que se llene su corazón de espíritu de compunción y humildad, que constituyen el sacrificio que más complace a Dios. Pero no se imponga a sí misma una práctica de oración excesivamente larga. Es mejor ponerse a orar más a menudo, y hacer unas pocas inclinaciones a lo largo de la jornada, pero frecuentes, de tal modo que el día entero se entreteja de inclinaciones. En todo caso, ya esté orando, ya haciendo otra cosa, no aparte nunca su mente por completo del Señor.

Después de la oración, están la lectura y la reflexión. No hay que leer para llenar la memoria de mucha información y muchos conceptos, sino para edificar el espíritu y comprender cómo cumplir mejor lo que nos hace falta en estos días de preparación. Por consiguiente, hay que leer solo un poco, pero de manera atenta y prolongada, para que lo leído cale en nuestro sentimiento.

¿Qué hay que leer? Únicamente libros espirituales, por supuesto. De estos, no le puedo recomendar nada mejor que los escritos del obispo san Tijón[1]. Hay un librito, titulado *Levántate, tú que duermes*, que incluye una selección de textos de san Tijón muy útiles para disponerse a la penitencia. De este mismo autor es otro pequeño volumen que recoge homilías sobre el tiempo de Cuaresma y las semanas que lo preparan[2]. Tengo entendido que es un libro

1. Tijón de Zadonsk (1724-1783), monje y obispo venerado como santo por la Iglesia ortodoxa rusa [N. del T.].

2. En la Ortodoxia, el tiempo de Cuaresma (en ruso llamado también del «Gran ayuno») viene precedido de cuatro semanas preparatorias: la semana de Zaqueo, la semana del fariseo y el publicano, la semana del hijo pródigo y la semana del Juicio final, llamadas así por el evangelio que se proclama el domingo correspondiente. Con el último domingo, comienza la semana de preparación próxima a la Cuaresma, llamada *Maslednitsa*, parecida a nuestro Carnaval, donde se toman sobre todo *blinis* –una especie de crepes– hechos a base de huevos, leche y mantequilla

muy adecuado para este tiempo, porque profundiza en la penitencia y la comunión. No se me ocurre mejor lectura para usted. Estos libritos se los he dado, así que tómelos y lea.

La lectura reposada y reflexiva de libros adecuados es lo que más mueve el alma. Apóyese mucho en ella. Por la mañana, después de la oración (las laudes se escuchan por la tarde), dedíquese a leer, hasta el rezo de las horas. La lectura prepara para la oración litúrgica de la iglesia. Y después del rezo de las horas puede continuar con la lectura, si es que le quedan ganas y atención para ello. Si durante la lectura se siente movida a la oración, levántese y ore.

¿Qué es mejor: leer en compañía de otra persona o en soledad? Es mejor en soledad. Porque de esta forma resulta más fácil trabajar sobre uno mismo, aplicándose lo que se ha leído.

A la lectura hay que unir la reflexión; de otro modo, la sola lectura se dispersa en fantasías y apenas se saca provecho de ella.

Así pues, leer, reflexionar y prosternarse: estas son las tareas que le corresponde hacer en casa al que se prepara para la comunión. Pero no siempre se consigue mantener la atención en este esfuerzo. Cuando se canse, puede sentarse y dedicar un tiempo a algún trabajo manual, como ya le he indicado.

Tiene usted razón cuando dice que es necesario ayunar. Ciertamente es necesario, pero sin exagerar. Usted ya, de suyo, come muy poco. Y hace falta tener fuerzas para estar de pie en la iglesia y para hacer inclinaciones en casa. Pero haga usted como mejor le convenga y le resulte más cómodo. Solo hay que darle a conocer al cuerpo que también él tiene parte en la culpa por la que hay que arrepentirse y por la que hay que soportar el esfuerzo del ayuno. Asimismo, hay que robarle algo al sueño, sea de duración, sea de tranquilidad. Tal vez llevar esto a cabo le cueste a usted algún sacrificio. No sea remisa en hacerlo, como usted sabe. Porque en estos días de ayuno toda clase de renuncia es adecuada.

(*Maslo*, en ruso, de donde viene el nombre de la semana), que después se suprimen de la dieta hasta la Pascua. La semana se cierra con el domingo del Perdón, donde todos, empezando por los clérigos, piden públicamente perdón y reciben el beso del perdón antes de iniciar el tiempo del Gran Ayuno, que comienza al día siguiente. La Ortodoxia no conoce nada parecido al Miércoles de Ceniza de la liturgia de Occidente [N. del T.].

¿Y en lo que se refiere al hablar? Se puede hablar, pero no de cosas vanas, sino siempre de las que venimos tratando hasta aquí. En lugar de conversar, acuerden mejor una hora de lectura común y lean juntos. La tarde sería el tiempo más adecuado para ello. Y sería perfecto si alguno de ustedes contara historias edificantes, que muestren la fuerza de la penitencia y la comunión. Para la lectura común pueden elegir los relatos de las *Lecturas mensuales*[3].

Por ahora es suficiente. Lo que falta lo añadiré más tarde.

3. Estas *Lecturas mensuales*, en ruso *Cheti minei* (*Cheti*, «lecturas»; *minei*, del griego μηνιαίος, «mes»), es una colección de textos religiosos concebida para la lectura personal, no para ser usada en la liturgia. Se trata de vidas de santos de la Iglesia ortodoxa ordenadas por meses. Existen cinco versiones; las más conocidas se deben al metropolita Macario (siglo XVI) y a san Demetrio de Rostov (siglo XVIII) [N. del T.].

34

Continúa sobre el mismo asunto. Preparación a la confesión. Examen de la propia vida

Proseguimos nuestra conversación sobre el ayuno.

Cuanto hemos dicho hasta aquí constituye el marco en el que se inserta la preparación, o el rito exterior y el orden al que se suelen atener los que la realizan bien. Esfuércese usted también en atenerse a él, si realmente quiere prepararse de manera adecuada a los sacramentos. Pero no adopte un aspecto fúnebre, no ensombrezca su rostro. Hágalo todo de buena gana, con una disposición de espíritu bondadosa y alegre. Así pasará el tiempo como lo pasan quienes esperan el banquete del zar. Estos solo piensan y hablan acerca de cómo será el banquete, cómo se encontrarán con el zar, qué conviene decir entonces, cómo saludarlo, cómo ataviarse mejor y presentar un aspecto limpio, etcétera. Pero lo que a usted le espera es algo mucho mejor e incomparablemente más alto: le espera un banquete no junto al zar terrenal, sino junto al Rey celestial. Si se esfuerza por ataviarse y prepararse de modo que le guste al Rey, será agasajada por Él y recibirá lo que no tiene precio, una alegría inefable.

Usted asegura que se dispone a prepararse en serio. ¡Hágalo así! ¡Que Dios la bendiga! Pero piense, por favor, en cómo engalanarse. ¡Fuera todos los vestidos viejos! ¡Hacen falta otros nuevos! Si alguno de los viejos parece adecuado, entonces hay que lavarlo, plancharlo y presentarlo de tal forma que parezca completamente nuevo. Con esto quiero decir que tiene que examinarse a sí misma: maldecir lo malo y apartarlo, y mantener lo bueno, corregirlo y perfeccionarlo.

Entremos, pues, en nosotros mismos y empecemos a examinar lo que hay en nosotros.

En este asunto resulta un despropósito que se entrometa ninguna otra persona, y además es imposible. Entrar dentro de sí y

examinar los asuntos de su conciencia no puede hacerlo nadie más que usted misma. Así que, por favor, hágalo usted sola. Yo me limitaré a darle unas cuantas indicaciones a este respecto. También en aquellos libritos que le señalé para la lectura encontrará muchas orientaciones. Pero yo le añadiré alguna cosa más.

Para examinarse bien hay que prestar atención a tres aspectos de nuestra vida activa: a *las acciones puntuales*, realizadas en determinado tiempo y lugar y en determinadas circunstancias; a *las disposiciones del corazón*, a las inclinaciones del carácter, que se esconden bajo las acciones; y *al espíritu general de la vida*.

Toda nuestra vida consiste en una incesante sucesión de acciones: pensamientos, palabras, actos, que se van sustituyendo y desplazando unos a otros. No es posible en absoluto examinar cada uno por separado y determinar su valor moral. Incluso si se le ocurriera considerar y juzgar las acciones realizadas en un solo día, tampoco podría hacerlo. El ser humano es un ser en permanente actividad. ¡Cuánto piensa una y otra vez, y hace y vuelve a hacer, desde la mañana hasta la tarde! ¡Cuántos pecados llega a cometer entre una confesión y otra! ¿Qué se puede hacer, entonces? No hay ninguna necesidad de repasar y juzgar cada acción por separado. Tenemos un vigilante que no duerme nunca: la conciencia moral. Si hacemos algo malo, nunca lo pasa por alto; y si usted interpreta, por ejemplo, que lo que ha hecho no es nada, como sucede a veces, la conciencia no dejará por ello de insistir en que lo que es malo, es malo. Así que aquí está *la primera obra* que hay que hacer: escuche a su conciencia, y reconozca sin excusas todas las acciones que ella denuncia como pecaminosas y dispóngase a confesarlas.

Se podría decir que esto es lo primero y lo último: reconocer humildemente que se es culpable de aquello de lo que la conciencia acusa y proponerse evitarlo en adelante. Esto sería suficiente si pudiésemos certificar que nuestra conciencia es una conciencia recta en todo. Pero suele suceder que, a causa de alguna perturbación, no se da cuenta de algo, u olvida algo que cometimos hace tiempo, o no considera pecado algún acto por ignorancia o por falta de conocimiento pleno de nuestras obligaciones. Por esta razón, y para ayudar a nuestra conciencia, hemos de acudir a los mandamientos divinos contenidos en la Palabra de Dios y, teniéndolos ante los

ojos, examinarnos en detalle, para ver si hemos hecho algo contra uno u otro precepto. Haciendo esto, podemos recordar muchas cosas que habíamos olvidado, y también muchas de las cosas que recordamos podemos verlas de manera distinta a como las considerábamos antes. La Palabra de Dios se parece a un espejo. Lo mismo que al mirarse en el espejo todo el mundo ve la mancha o la mota de polvo que tiene en el rostro o el vestido, así el alma, al leer la Palabra de Dios y considerar los mandamientos que enumera, inevitablemente verá si cumple dichos mandamientos o no: la conciencia, iluminada por la Palabra del Dios vivo, enseguida le notificará esto sin doblez.

Y aquí viene *la segunda obra*: repase los mandamientos y compruebe si los cumple o no. Por ejemplo: un mandamiento ordena dar limosna cada vez que alguien la pide. Compruebe si usted hace esto siempre o no: si alguna vez se ha negado a ello por alguna causa justa, o simplemente por desprecio al pobre. Si ha sido por esto último, entonces se dará cuenta de que usted ha cometido *pecado*. Un mandamiento ordena perdonar todo a todos, incluso lo desagradable y ofensivo. Mire si ha estado siempre pronta a ceder, si no ha dado pie a discusiones, conversaciones acaloradas o incluso peleas. Si se acuerda de que ha sucedido esto, anote que se trata de un pecado más. Sí, *pecado*, incluso si su conciencia habitualmente no le reprocha estas cosas. Otro ejemplo: se nos manda poner toda nuestra confianza en Dios. ¿Lo ha hecho siempre así? En el curso habitual de los acontecimientos no se nota, pero cuando surge la necesidad, enseguida se pone de manifiesto, inmediatamente se ve en qué se apoya el alma: en Dios o en otra cosa, olvidándose de Dios. No cabe duda de que hemos de usar también todos los medios a nuestra disposición para liberarnos de las situaciones difíciles, porque esos medios también proceden de Dios, pero el éxito final debemos esperarlo solo de Dios. Por eso, tenemos que dirigirnos a Él en la oración para pedirle ayuda y, cuando se resuelve el asunto, darle gracias como al único Salvador, sin atribuirlo a nuestros propios medios. Examine, pues, si ha actuado así; en caso de que no, vuelva a anotar: *pecado*. Haga esto con cada mandamiento y tome nota de qué acciones ha realizado contra él. De este modo examinará en detalle todas sus acciones.

Pero ¿cómo hacer esto más cómodamente? ¿Ha aprendido el Catecismo? En él se explica cada mandamiento, y también se señala qué buenas acciones nos impone un determinado mandamiento y qué pecados nos prohíbe. Tómelo y, con su ayuda, examine todas sus acciones. Recuerdo que en su casa tienen un librito sobre cómo confesar y cómo confesarse, del arzobispo Platón de Kostromá[1]. Ofrece una lista muy completa de las preguntas que hay que plantear al que se prepara para la confesión. Con ese libro tal vez le resulte aún más cómodo examinarse.

Supongo que, por vez primera, usted quiere ocuparse de sí misma como corresponde, y definir quién es usted y qué hay dentro de usted. Esfuércese, pues, en examinarse como es debido según estas indicaciones. Después, en las siguientes ocasiones, ya no le será tan difícil. Y ahora póngase a ello.

Sobre lo que aún le queda por hacer después de esto, le escribiré la próxima vez.

1. Se trata del arzobispo Platón Malinovski († 1754). El nombre con el que alude a él Teófanes se debe a que durante un tiempo (1730-1732) dicho arzobispo fue superior del monasterio Ipátiev (o de San Ipatio), próximo a la ciudad de Kostromá, en la diócesis ortodoxa homónima, al noroeste de Moscú [N. del T.].

35

CONTINUACIÓN. EXAMEN DE LAS DISPOSICIONES DEL CORAZÓN. DEFINICIÓN DEL CARÁCTER PRINCIPAL O ESPÍRITU DE LA PROPIA VIDA

Continúo. *El segundo aspecto de la vida es la disposición, o el estado de ánimo y la inclinación del corazón.* Las obras no nos dan todavía un conocimiento cabal de nosotros mismos. Es preciso ir más a lo profundo de nosotros y examinar el estado del corazón, y hay que prestar más atención a esto que a las acciones. Puede suceder, por ejemplo, que alguien no se muestre generoso, no ayude a los demás, de manera casual, pese a que tiene un corazón compasivo. Y, en el mismo caso, otro no da nada, pero no por casualidad, sino porque sufre de avaricia. Externamente las dos acciones son iguales, pero según la disposición interna de quienes actúan hay una gran diferencia entre ambas. Las acciones son idénticas en cuanto al tiempo y el lugar de su realización; sin embargo, las disposiciones indican estados de ánimo permanentes del corazón por las que se define el carácter del ser humano y del que surgen sus deseos principales y las orientaciones de sus acciones. Las que son buenas se llaman virtudes; las que son malas se llaman vicios, inclinaciones viciosas y pasiones.

Cuáles son las disposiciones que debe tener en su corazón un cristiano nos lo indica Cristo nuestro Salvador en las bienaventuranzas, a saber: humildad, arrepentimiento, mansedumbre, amor a la justicia y a la verdad, misericordia, pureza de corazón, amor a la paz y paciencia. El apóstol san Pablo hace referencia a las siguientes buenas predisposiciones cristianas del corazón, como frutos del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, magnanimidad, afabilidad, bondad, misericordia, fe, mansedumbre y templanza (Gal 5, 22-23). Y en otro lugar dice: «Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revestíos de sentimientos de profunda compasión. Practicad la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Soportaos

los unos a los otros y perdonaos mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Sobre todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones: esa paz a la que habéis sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivid en acción de gracias» (Col 3, 12-15).

Las disposiciones contrarias a estas son los vicios o las pasiones, fuentes de todas las malas acciones que nos llevan a la muerte. Las principales son: la soberbia, la vanidad, el egoísmo, la intemperancia, la ira, el odio, la envidia, la pereza, el afán de placeres sensuales, la tristeza, la desesperación. Sobre ellas el apóstol manda no solo que se eviten, sino incluso que «ni siquiera se mencionen entre vosotros» (Ef 5, 3). ¡Fíjese lo severo que es! Así que, por favor, examine con detalle si alberga en sí esas inclinaciones y pasiones malas. Todos tenemos un poco de todas ellas, pero son superficiales y volubles. Sin embargo, cada uno tenemos una pasión principal, en torno a la cual giran las demás. De modo que especialmente esta es la que hemos de intentar descubrir. Aunque, dado que usted es joven, no se manifieste aún con absoluta claridad, sus huellas de diferentes formas le resultarán evidentes, si se fija. Una vez que la haya descubierto, podrá determinar después si las otras pasiones están cerca o lejos de ella. Y entenderá cómo funciona su corazón. ¡Una adquisición preciosa! Porque, gracias a esto, cuando se disponga a purificarse de sus pasiones y malas inclinaciones verá mejor a dónde debe dirigir sus esfuerzos y golpes: precisamente a su pasión principal. Y una vez que la haya vencido, las demás se dispersarán por sí mismas, como sucede en la guerra: cuando las tropas principales del enemigo son derrotadas, resulta más fácil cazar y rematar a las demás. Corregir las acciones es fácil: no hagas eso, y ya está. Pero quebrar y corregir el corazón no se consigue simplemente así. Requiere lucha. Pero si en la lucha uno no sabe a dónde dirigir los golpes, puede agotar sus fuerzas, forcejear sin sentido y no lograr ningún éxito. ¡Esfuércese, pues!

El tercer aspecto es el espíritu de la vida. Es lo más importante y, al mismo tiempo, lo más complicado. El mal espíritu suele ser tan perverso y tan hábil para ocultarse tras la máscara de la bondad y la oportunidad, que hay que poseer una visión espiritual muy aguda

para reparar en ello. En cambio, el buen espíritu es claro, porque es uno y único, es decir, vive para Dios, apartándose de todo. El espíritu contrario a este vive, en cambio, para sí mismo (egoísmo). Con mucha frecuencia, por no decir siempre, dicho espíritu toma un camino paralelo: vivir para el mundo.

Así pues, para quién se vive es lo que indica cuál es el espíritu de la vida. Con este criterio no le será difícil discernir el espíritu de su vida: determine para quién vive usted, o bien, dado que apenas está empezando a vivir, para quién desea vivir más que nada, hacia qué orienta su corazón, a quién se dispone a consagrar su vida. Aquello a lo que más se incline definirá, según sus características propias, el espíritu de su vida, aunque por el momento se trate solo de un embrión o sea como un débil polluelo. Quien vive para Dios tiene el espíritu del temor de Dios y trata de agradar al único Dios. Quien vive exclusivamente para sí tiene el espíritu de la autocomplacencia, egoísta, interesado solo por sí mismo, carnal. Quien vive para el mundo tiene el espíritu mundano, de la vanidad. A la luz de estos rasgos considere cuál es el espíritu que alienta en usted.

A juzgar por su vehemente deseo de acercarse a Dios, hay que concluir que su espíritu principal es el espíritu bueno, el auténtico, el que debe ser. Considerando una vez más el desagrado que usted sintió al encontrarse con las costumbres de la vida mundana, en las que está sumido el espíritu del mundo, hay que suponer que este espíritu no tiene lugar ni fuerza en usted, aunque puede apoderarse de usted si no anda con cuidado. Queda la duda de si alberga usted o no el espíritu egoísta. Me parece que sí está presente, aunque ignoro con qué fuerza. En todo caso, cuento con que está. Ahora bien, dado que usted arde en deseos de acercarse a Dios y su alma no siente inclinación por el mundo, el espíritu egoísta en usted desaparecerá pronto, si no pone obstáculos a que su corazón arda más y más en el deseo de Dios. Preste atención a todo esto, por favor.

Así que ya ve la tarea que tiene por delante: realícela. A primera vista parece una tarea enorme, pero en esencia es sencilla y fácil. Comience orando a Dios y después póngase a ello; puede hacerlo todo en una tarde. No tiene que irse al fin del mundo, sino examinar lo que hay dentro de usted misma. No lo deje para la tarde anterior a la confesión; no, póngase a ello ahora mismo, cuando está

empezando a prepararse para los sacramentos. Poco a poco lo irá viendo todo con mayor solidez y claridad. Puede que, al principio, le resulte difícil. Pero si después empieza a vivir de acuerdo con su buen espíritu, la vida misma la irá llevando al pleno conocimiento de sí. Porque ¿a qué se debe que, en gran medida, no nos conozcamos? A que vivimos de forma negligente.

Supongamos que se ha examinado a fondo y que ha encontrado por todas partes muchas cosas defectuosas. ¿Qué viene después? ¿Qué uso hay que hacer de este conocimiento?

Sobre esto le escribiré la próxima vez.

36

La perfecta preparación a los sacramentos de la penitencia y la comunión. Los sentimientos que ha de tener el penitente. Un recuerdo útil de santa Teodora y de los sufrimientos por los que pasó

¿Qué uso ha de hacer del conocimiento de sí que ha adquirido? Antes de nada, debe usted reprenderse por todos sus defectos, sin excusas ni justificaciones de ningún género. Cuando en la liturgia de los dones preconsagrados[1], después de las palabras «que mi oración suba hasta ti», se canta: «No dejes que mi corazón se incline a la maldad, o a cometer delitos con hombres perversos», se exhorta a los creyentes para que pidan en la oración que Dios no les permita buscar con astucia perversa excusas de sus pecados. De quien busca ese tipo de excusas no puede esperarse arrepentimiento, y quien no se arrepiente no tiene intención de corregirse. Por tanto, es fundamental censurarse sin piedad, llegar al punto en que el corazón reconozca sinceramente: «Soy culpable», sin paliativos.

Una vez que el corazón dice: «Soy culpable», hay que añadir a esto el temor a la condena divina. Si a usted su conciencia la condena, entonces también Dios la ve culpable, sin excusas. Y si la ve así, también la reprueba. Si la reprueba, dicta sentencia decidiendo o estableciendo el castigo adecuado. Tarde o temprano se ejecutará ese castigo que pesa sobre usted, pues ha sido reprobada por Dios.

1. La «Liturgia de los dones preconsagrados» o Liturgia de Gregorio Dvoeslova –que es como se llama en la Ortodoxia al papa san Gregorio Magno– es una celebración litúrgica de las Iglesias orientales (ortodoxas y grecocatólicas), propia de los miércoles y viernes de Cuaresma (e incluso del lunes, martes y jueves si en la semana hay una fiesta obligatoria) y del lunes, martes y miércoles de la Semana Santa, en los que no se celebra la eucaristía, pero se da la comunión con los sagrados dones consagrados en una celebración precedente [N. del T.].

Entonces, ¿qué hacer? No habría modo de saberlo, si no fuera por la misericordia de Dios. En efecto, el Dios misericordioso nos da la esperanza del perdón de la culpa, siempre y cuando nos arrepintamos con corazón contrito, y hagamos el firme propósito de abandonar los pecados que hemos cometido en el pasado y de no volver a irritar a Dios con ellos. En esto consiste la esencia del arrepentimiento.

En consecuencia, no reconozca sus defectos fríamente, sino duélase de ellos y lamente con sinceridad el haberlos consentido. La compunción engendra la humilde resolución de evitar los defectos; por el contrario, el conocimiento que no va acompañado de la intención de enmendarse conduce a la soberbia. ¡Y Dios nos libre de ella!

Quien se ha propuesto corregir sus defectos tiene entonces que pensar y concretar cómo hacerlo, para empezar inmediatamente a ponerlo por obra. Si, por ejemplo, se ha irritado por algún motivo, propóngase no enfadarse más y determine cómo disponerse del mejor modo para no irritarse. E igualmente en relación con todo lo demás, es preciso determinar por anticipado cómo y en qué casos actuar, para no caer de nuevo en esos defectos. Para hacerlo del modo más conveniente, escriba sus defectos y, en cuanto los reconozca, escriba cómo piensa corregirse. Esta será su primera confesión general, totalmente correcta. Esfuércese, por el amor de Dios, en hacerlo así. Y verá qué poder sentirá sobre sí misma y con qué fuerza empezará a dominarse, con la conciencia de que este es el modo de actuar adecuado, y no cualquier otro.

A la compunción por los propios pecados y al propósito de no pecar hay que añadir la diligente oración al Señor, pidiendo que nos ayude a oponernos al pecado y creyendo que Él no dejará de darnos su ayuda. Los cristianos deben albergar en su corazón la convicción profunda de que así como los pecados –de los que se duelen y que confiesan con la promesa de evitarlos– se les perdonan por la misericordia del Señor en virtud de su muerte en la cruz, al mismo tiempo, también en virtud de la muerte en cruz, Dios les da la gracia para evitarlos en adelante. Esta gracia se manifiesta en la fuerte resolución de no pecar y en la fe luminosa e inconmovible en Cristo salvador.

Cuando haya cumplido todo esto, entonces estará preparada para la confesión, y cuando haya recibido en la confesión la absolución de sus pecados, entonces estará preparada para la santa comunión. Tras su sincero arrepentimiento y su firme resolución de corregirse, el Señor vendrá a su encuentro en sus santos sacramentos, y entrará en usted, y estará en usted, y usted estará en Él. ¡Qué grande e inefable es la benevolencia de Dios, cuya generosidad no tiene límites!

Se me ha ocurrido hacerle la siguiente recomendación: tome las *Lecturas mensuales* del mes de marzo, y lea ahí la narración sobre santa Teodora y sobre los sufrimientos que padeció. Esta narración se encuentra en la biografía de Basilio el Nuevo[2], correspondiente al 26 de marzo. Ya la biografía del *staretz* es admirable, pero empiece directamente con la narración de Teodora; sabrá dónde comienza si se fija en las indicaciones al margen.

La vida del *staretz* es, en resumen, la siguiente. Al principio, Basilio el Nuevo vivía en el desierto, cerca de Constantinopla. Acusado de espionaje, fue arrestado y sufrió atroces torturas, hasta que, por fin, lo arrojaron al mar. Dios lo libró milagrosamente de morir ahogado y regresó en secreto a la ciudad, donde una buena persona le dio cobijo. El *staretz* comenzó de nuevo a actuar abiertamente, como hacía en el desierto, y Teodora empezó a servirlo con gran celo. La *starza*[3] murió antes que el *staretz*. Basilio tenía además un discípulo, Gregorio, un laico muy temeroso de Dios. Este quería saber qué había recibido Teodora por su celoso servicio al santo Basilio. Le rogó a Basilio a este respecto. Este oró y Gregorio vio en sueños a Teodora en el paraíso, en el mismo sitio preparado para Basilio, un lugar extremadamente luminoso. Además, Gregorio preguntó a Teodora cómo se había separado del cuerpo y cómo había alcanzado ese lugar bienaventurado. A esto santa Teodora res-

2. El venerable Basilio el Nuevo fue un monje eremita de Bizancio, muerto el año 944, cuya memoria se celebra en la Iglesia ortodoxa el 26 de marzo. La venerable Teodora, después de quedarse viuda, abrazó la vida monástica bajo la dirección de Basilio. Murió el año 940. La Iglesia ortodoxa rusa celebra su memoria el 30 de diciembre [N. del T.].

3. *Starza* es la forma femenina del sustantivo *staretz* (cf. *supra*, 105, nota 1). Homólogamente, se trata de una monja, por lo general anciana, que se distingue por su autoridad espiritual [N. del T.].

pondió con la narración sobre cómo había muerto y los tormentos que había sufrido[4]. Este es justamente el relato que le aconsejo que lea con atención. Es muy instructivo. Conduce a un mejor conocimiento de sí y persuade mejor a convencerse de la fuerza del arrepentimiento con lágrimas y de la confesión.

Y mientras encuentra el libro, le cuento algo más. Santa Teodora pasó por veinte tormentos. El *primero* se inflige por los pecados relacionados con las palabras humanas ociosas, violentas, detestables, indecentes: insultos, mofas, canciones desvergonzadas, exclamaciones indecentes, burlas y risotadas.

El *segundo* tormento se inflige por la mentira, por los embustes y, sobre todo, por los pecados relacionados con el juramento, la invocación del nombre de Dios en vano, el falso testimonio, los votos incumplidos hechos a Dios, la confesión de los pecados que no se atiene a la verdad y otras formas similares de mentira.

El *tercer* tormento se inflige por los juicios de condena sobre los demás, las difamaciones, los atentados contra el buen nombre del prójimo, las burlas de sus defectos o sus pecados.

El *cuarto* tormento se inflige por la gula, la sensualidad, la glotonería, la afición a banquetear y a andar de parranda, la borrachera, la ruptura del ayuno.

El *quinto* tormento se inflige por la pereza, por los días y las horas pasados de manera ociosa, por haber vivido como parásitos, por no haber trabajado de manera acorde al salario recibido, por haber participado sin fervor en las celebraciones de la iglesia los domingos y las fiestas, por haberse aburrido en la oración matutina y en la liturgia, por haber sido negligentes en lo referido a la salvación del alma.

El *sexto* tormento se inflige por toda clase de robo.

El *séptimo* se inflige por la codicia y la avaricia.

4. Teófanes alude aquí a la doctrina ortodoxa sobre el estado del alma inmediatamente después de la muerte: tras la separación del cuerpo, el alma es llevada por los ángeles a Dios. Durante este viaje a través de un espacio aéreo, habitado por malos espíritus (Ef 6, 12), el alma se encuentra con estos demonios que la someten al tormento, acusándola de diversos pecados, escalonados en veinte niveles, y tratando de llevársela al infierno. Los ángeles, en cambio, hacen de abogados, exponiendo en cada uno de dichos niveles las buenas acciones realizadas por el alma [N. del T.].

El *octavo* se inflige por la usura y todo género de beneficio indebido.

El *noveno* se inflige por la injusticia. En este nivel son atormentados los jueces injustos que han aceptado soborno y que han absuelto a culpables y condenado a inocentes, a quienes han retenido el salario de sus trabajadores y a quienes han usado medidas y pesas falsas en las compras y las ventas.

El *décimo* es el tormento a causa de la envidia, del odio, del aborrecimiento del hermano y la hostilidad contra el prójimo.

El *undécimo* castiga la soberbia, la vanidad, el enaltecimiento de sí, el desprecio de los otros, la falta de respeto a los padres, la desobediencia a la autoridad.

El *duodécimo* es el tormento por la ira y la cólera.

El *decimotercer* tormento se inflige por casua del resentimiento, el rencor contra el prójimo, el afán de venganza y el devolver mal por mal.

El *decimocuarto* tormento se inflige por el asesinato. En este nivel son atormentados no solo los homicidios, sino también las heridas intencionadas, los golpes dados adrede en la cabeza o por la espalda, las bofetadas, los empujones coléricos.

El *decimoquinto* es el tormento que se inflige por la brujería, los encantamientos, los emponzoñamientos y la invocación de los demonios.

Los tormentos *decimosexto*, *decimoséptimo* y *decimoctavo* castigan los pecados de la carne.

El *decimonoveno* castiga herejía, la sofistería indebida sobre la fe, la apostasía de la Ortodoxia, la blasfemia contra Dios y contra todo lo santo.

El *vigésimo* castiga la falta de misericordia, la dureza de corazón y la falta de piedad para con las necesidades de los desgraciados.

Lo que experimentó santa Teodora es lo mismo que se encuentra cada alma. El apóstol llamó a los demonios «soberanos que habitan en el espacio» (Ef 6, 12). Estos espíritus malvados e inoportunos, si dejan pasar al alma que tiene que elevarse hasta el trono de Dios y no pueden hacerse con ella, tratan al menos de atormentarla y asustarla con amenazas. ¿Cómo reaccionar a esto? Es para noso-

tros un gran consuelo que las lágrimas del arrepentimiento y las obras realizadas como penitencia, especialmente las ligadas a la limosna, laven todos los pecados. Cuántas veces vio santa Teodora a los demonios trayendo rollos en los que estaban escritos sus pecados, pero cuando los desenrollaban para acusarla no encontraban en ellos nada. Y cuando ella preguntó a los ángeles que la acompañaban la causa de eso, ellos le explicaron que a quien se arrepiente sinceramente de sus pecados, ayuna, ora y da limosna, se le borran los pecados.

No se complique de forma vana y acepte de corazón cuanto le he dicho, y trabaje sobre cada uno de sus defectos según estas indicaciones.

37

SE DEBE DEFINIR CON CLARIDAD LA RESOLUCIÓN DE CORREGIRSE COMO PROPÓSITO DE ACTUAR EN TODO DE ACUERDO CON LA VOLUNTAD DE DIOS. LA PAZ Y LA ALEGRÍA DE LOS SIERVOS DE DIOS. ADVERTENCIA SOBRE LA FALTA DE UNA RESOLUCIÓN PERFECTA DE VIVIR DE ACUERDO CON DIOS. EL QUE NO SEA NI FRÍO NI CALIENTE SERÁ RECHAZADO POR DIOS

No le he entendido si está preparándose o si ya ha comenzado el proceso. En cualquier caso, cuando empiece le será útil todo lo que le he escrito sobre ello. Y pienso añadir todavía otras cosas para aclarar algunos puntos. Este es un asunto que no se puede explicar en pocas líneas.

Así, supongamos que usted, una vez que se ha puesto a ello, esto es, a practicar una disciplina externa de preparación, comienza además a examinarse con rigor, según las indicaciones dadas, para revisar sus defectos y disponerse en todo a ser correcta.

Esta expresión, *ser correcta*, hay que definirla bien. En ello está la médula del asunto, pues si no se entiende bien se puede caer en un gran error, creyendo, sin embargo, que se ha hecho todo del modo debido.

¿Qué supone *ser correcta*? ¿En qué somos malos ahora? ¿Qué hay de malo en nuestra conducta? Seguro que usted ha experimentado lo que también nos ha pasado a muchos: acercarnos a la confesión y no saber qué decir, no ver en qué hemos pecado. ¿Ha pensado de dónde viene esto? De la falta de claridad sobre lo que debe ser nuestra vida y sobre el fin al qué deben orientarse nuestras acciones y pensamientos. Como esto no está claro, resulta que al considerar nuestra vida y ver que, en general, es como la de todos y no descubrir nada malo que salte a la vista, nos quedamos tan tranquilos y decimos, o al menos sentimos en nuestro interior, que qué más se nos puede pedir.

Para que esto no le suceda, para que aborrezca esta actitud, le he escrito todo lo que le he escrito hasta ahora. Y si usted actúa según las prescripciones que le he ido indicando, jamás volverá a decirse: «¿Qué más se me puede pedir?». Le ruego que me preste atención todavía un poco más sobre esto.

Como ya hemos recordado, el quid de la cuestión está en lo siguiente: toda su vida, tanto en sus diversos aspectos como en conjunto, debe estar consagrada a Dios. La ley general es esta: todo lo que haga, hágalo de acuerdo con la voluntad de Dios y para agradarle, para gloria de su santo Nombre. Por eso hemos de considerar si cada una de las cosas que nos disponemos a hacer es acorde con la voluntad de Dios, y solo debemos realizarla cuando nos hayamos asegurado de que concuerda con ella, y hemos de hacerla del modo en que le agrada a Dios. No podemos por menos que reconocer que la vida de quien actúa siempre con esta precaución y con esta clara conciencia de agradar a Dios discurre con fidelidad, y que, aunque sus acciones no sean brillantes y perfectas, en ellas no se ha permitido nada que resulte ofensivo a Dios, que le desagrade. Esta conciencia llena el corazón de silenciosa paz, de tranquilidad de conciencia y de esa alegría espiritual que nace del sentimiento de que no se es extraño a Dios y de que, aunque uno no sea grande, noble y famoso, es un siervo de Dios que se esfuerza en agradarle y que orienta todas sus energías a ello, y cree que el mismo Dios lo ve de este modo.

La vida moral de todos debería ser así. Sin embargo, ¿cómo es, de hecho, en la mayoría de nosotros? Vivimos a la ligera. En nuestros pensamientos y propósitos falta esa determinación consciente de orientar todas nuestras acciones, pequeñas y grandes, a complacer a Dios. Nuestras acciones discurren de cualquier manera y, en gran medida, las hacemos llevados por la costumbre, porque todo el mundo actúa así, sin asegurarnos de que sean adecuadas al fin principal de la vida.

No hace mucho le hablé del espíritu de la vida, y le dije que puede ser o temeroso de Dios, o egoísta, o amante del mundo. Olvidé añadir –aunque en alguna carta lo hice de pasada– una cuarta posibilidad, a saber: ni una cosa ni las otras. ¿No es este espíritu el que respira la mayor parte de la gente? En efecto, estas per-

sonas, por un lado, no parecen tener nada contra Dios, pero, por otro, tampoco tienen intención de agradarle. Por ejemplo, si hay que ir a la iglesia, se va, pero si no se va, no pasa nada. Y en casa, cuando rezan, hacen un par de postraciones y ahí se acaba todo. Y tan contentos. Y así actúan en todo lo que se refiere a Dios. Y no es que sean abiertamente egoístas, pero para defender sus intereses, para librarse de hacer algún sacrificio, siempre encuentran una buena razón. Tampoco son abiertamente amantes del mundo, pero tienden a entretenerse con los asuntos mundanos. Es muy habitual encontrar este género de personas. Les resulta indiferente agradar a Dios o el asunto de su salvación. No son ni calientes ni fríos. A Dios le resultan aborrecibles y los rechaza.

¿Ha pertenecido usted hasta ahora a este género de personas? A mi juicio, no del todo. Sin embargo, gran parte de lo que usted hacía lo hacía porque así actuaban los demás en su ambiente. Pero no pensemos más en quién era usted. Le aseguro que si cumple en conciencia cuanto le prescribo, dejará enseguida de parecerse hasta en lo más mínimo a ese tipo de personas, y empezará a hacer todo eligiendo lo bueno y lo mejor. No es que sus acciones vayan a ser absolutamente peculiares, sino que se teñirán de una coloración especial, se irán volviendo diferentes, adquirirán otra hermosura y pertenecerán a otro ámbito. ¡Que Dios la bendiga! Esto le deseo con toda el alma. Una vez que se haya propuesto hacerlo todo según la voluntad de Dios y que haya empezado a conducirse así, con plena seguridad le invadirá la paz interior, disfrutará de la tranquilidad del corazón, clara, cálida, agradable, en la que el alma encuentra el paraíso.

Pero para que se dé todo esto, hay elegir con resolución ese género de vida; y, para que surja la resolución, antes hay que sentir la maldad de la vida que descuida lo principal («ni una cosa ni las otras»), así como la admirable dignidad de la vida que está atenta a ello. Pero también esto es insuficiente. Hay que dolerse de que, aunque uno tenga pocos años, ya durante parte de ellos haya vivido en vano. El dolor del corazón por la propia imperfección ante Dios constituye el fundamento de la resolución de estar ante Él, en lo que resta de vida, como es debido. Preocúpese ahora de todo esto. ¡Que Dios la ayude!

¡Que el Señor, que dispone la salvación de todos los salvados por los caminos que Él solo conoce, le enseñe cómo disponerse para que su vida no pase en vano («ni una cosa ni las otras»), sino que sea agradable a Dios, y le traiga la salvación, y le sirva de camino para recibir el Reino de los cielos!

38

LA NECESARIA RESOLUCIÓN DEL QUE SE PREPARA PARA LOS SACRAMENTOS, DE CONSAGRAR SU VIDA A DIOS, SE CONSIDERA COMO UNA RENOVACIÓN CONSCIENTE DE LOS VOTOS QUE HICIERON POR NOSOTROS EN EL BAUTISMO

Añado algo más. Al leer todo lo que tiene que hacer, no piense: «¡Ay, qué horror! ¡Cuánto hay que hacer!». Y aunque lo piense, no sirve de nada lamentarse, pues cuanto le he escrito es de la mayor importancia. Además, aquí no hay nada difícil o desproporcionado. Todo es muy sencillo. Vaya poco a poco y llegará a hacerlo todo como es debido. Pero si no consigue realizar todo como quisiera, hágalo como pueda. El Señor no se fija en minucias. Valora el celo y la intención. Acoge los esfuerzos que usted hace por examinarse por y enmendarse como si fueran obras acabadas. Usted simplemente no abandone nunca dichos esfuerzos, sino persevere en ellos sin desmayo hasta que llegue al final. Lo principal, o sea, la firme intención de entregarse por completo al Señor, debe usted estimularla, fortalecerla y asumirla de una vez para siempre. Esta es la condición imprescindible para recibir la gracia que se concede en los sacramentos de la penitencia y la santa comunión.

Le recuerdo la obra de nuestra salvación y verá usted misma en qué consiste eso principal que es ahora su tarea. Pecamos en nuestros primeros padres. Se apiadó de nosotros la bondad de Dios y dispuso nuestra redención en el Señor Jesucristo, Hijo de Dios, encarnado por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación. Él realizó esta salvación por su muerte en cruz, su resurrección y el envío del Espíritu Santo. Aquellos que creen en Él y se acercan a Él con arrepentimiento, obtienen por su muerte la remisión de los pecados; y por la resolución de seguirlo a Él y de modelar la propia vida según sus enseñanzas, reciben mediante los sacramentos la gracia del Espíritu Santo. Todo eso se realiza en el bautismo y

la confirmación. El que ha recibido la gracia comienza una nueva vida, pues ha nacido del Espíritu Santo. Nosotros recibimos este nuevo nacimiento en la infancia. Entonces nuestros padres y padrinos confesaron por nosotros la fe. Ellos fueron los garantes de que íbamos a vivir según los mandamientos del Señor. Gracias a esto, se nos dio todo en los sacramentos de iniciación como si nosotros mismos hubiéramos confesado la fe, pero evidentemente a condición de que, una vez que creciéramos y alcanzáramos el pleno uso de razón, nosotros mismos, de manera voluntaria, aceptáramos las obligaciones a las que en el bautismo otros se comprometieron por nosotros. Ahora es el momento de hacer esto. En adelante, la gracia de Dios, que hasta aquí ha actuado por sí sola y en secreto, va a actuar junto con nuestra libertad, y a menudo se hará sentir de forma palpable y ayudará abiertamente a quien muestre el firme propósito de recorrer el camino de su salvación. En gran medida, esto se realiza en el tiempo de la preparación a los sacramentos.

Esto es, pues, lo que usted tiene que querer hacer. Usted se ha preparado ya antes y ha llevado a cabo todo lo que se hace habitualmente en este tiempo. Pero ahora se dispone a realizarlo de manera más seria y con plena conciencia. Apoyándonos en esto, le muestro lo que tiene por delante: se trata de que *usted misma pronuncie aquellas promesas que otros pronunciaron por usted.* Entonces otros renunciaron a Satanás, a todas sus obras y a cualquier forma de sometimiento a él (a la vida mundana); ahora será usted misma quien renuncie a todo ello. Entonces otros prometieron que se uniría a Cristo y que lo serviría y adoraría; ahora usted misma lo hará con toda su alma y todo su corazón.

Acérquese a esto con pleno convencimiento y tome la resolución correspondiente. ¡El Señor vendrá en su socorro, y también la Madre de Dios y su Ángel de la guarda!

Que descienda sobre usted la gracia del Espíritu Santo en los sacramentos de la penitencia y de la santa comunión, a los que accede tan bien dispuesta y con tanta decisión.

39

LA CORRECCIÓN DE LA VIDA NO CONSISTE EN CAMBIAR LAS COSTUMBRES EXTERNAS, SINO EL ESPÍRITU, CON LA DISPOSICIÓN DE LUCHAR CONTRA LOS OBSTÁCULOS. FORMAS EN LAS QUE EL ENEMIGO TRATA DE DESVIAR A LOS QUE SE ENCAMINAN A LA VIDA VERDADERA

Su última carta me ha hecho sentir como en una fiesta. ¡Cómo se va aclarando su mente, y cómo las decisiones de su corazón van adquiriendo una orientación fidedigna y salvífica!

Así que usted ha decidido hacerlo todo como se debe. ¡Que el Señor la bendiga! Sus propósitos acerca de las nuevas costumbres que quiere ir adoptando en el futuro son buenos. Pero para que con el ardor no se desvíen, ni siquiera hacia la derecha[1], me apresuro a darle algunas pautas de conducta.

Al reformar su vida entera, procure prestar más atención a lo interior que a lo exterior. Lo exterior se puede dejar de momento como está, excepto en aquello que, por su propia naturaleza, sea dañino para el corazón: lo que lo haga vano, disperse los pensamientos, ocupe en cosas innecesarias, etcétera. La reforma, desde luego, deberá afectar también a las costumbres externas, pero no tanto en su forma cuanto en el espíritu que las inspira. Si se hace así, puede parecer que lo exterior permanece igual, con pequeñas excepciones, pero su espíritu será completamente distinto. La ventaja de que no se produzca una fractura demasiado brusca en las costumbres externas está en que su transformación no saltará tanto a la vista.

Lo segundo que hay que tener en cuenta es algo que usted ya ha asumido: precisamente no pensar que lo que se ha propuesto se va a realizar fácilmente. ¡Cuántos obstáculos externos e internos! Y hace usted bien en prepararse para entrar no en un camino de rosas, sino

1. Se puede uno desviar a la derecha y a la izquierda. La primera desviación es el celo irracional, la segunda es la pereza.

en un combate. ¡Así es! Dispóngase a luchar y pida al Señor que le dé fuerzas para afrontar las muchas cosas desagradables y molestas que va a encontrar. No confíe en usted misma; más bien ponga su confianza en el Señor y Él estará siempre con usted ayudándola.

Pero al prepararse para la lucha, no piense que va a vencer usted siempre. A menudo no podrá hacer otra cosa más que aguantar con paciencia, soportando la pena. Con frecuencia verá que, junto a sus deseos de corregirse, se esconden y se abren paso errores. Sepa que todo eso forma parte de este proceso. No se espante, pues, cuando se tope con ello. Se lo anticipo ahora, antes de que le suceda, para que no espere que su vida vaya a discurrir de otra manera más que entre oposiciones de todo tipo, zozobras y fracasos.

Tan solo necesita hacer acopio de una cosa: de un valor inamovible, para mantenerse en la obra que ha empezado cueste lo que cueste. Esto es lo único que hay que fijar y sellar para el resto de sus días mediante un voto y una firme decisión. Y cómo discurrirá la vida, cuáles serán los éxitos y los fracasos, y cómo los afrontará, todo esto déjeselo a la voluntad de Dios.

A la luz de las experiencias recogidas en las biografías de los santos se ve que el Señor conduce por caminos distintos hasta la perfección a quienes se unen a Él con un amor ardiente y le consagran su vida. Permite incluso que el enemigo nos hostigue, aunque sin retirar por eso su diestra auxiliadora. Todo depende de Dios. Pero sus caminos son admirables y, lo que es más importante, secretos. Incluso el que es dirigido directamente por Él los descubre solo después, echando la vista atrás. Por eso es tan adecuado repetir sin cesar esta oración: ¡Sálvame, *Señor, por los caminos que tú solo sabes!* Y con la oración debe ir también la entrega confiada a las manos del Señor, una entrega completa y para siempre.

Pero el enemigo no va a dormir. Los santos de Dios se dieron cuenta de que este actúa con los principiantes de dos maneras. A unos no los molesta en absoluto ni les opone dificultad alguna. Estos, al no encontrar obstáculos, ni exteriores ni interiores, y al parecerles que todo va sobre ruedas por caminos llanos, se hacen la ilusión de que ya han expulsado a los enemigos y de que estos ya no se atreven ni a asomarse. Pero en cuanto tales pensamientos se instalan en su interior, el enemigo se hace presente y empieza a inspirar

sueños de vanidad, de los que a estas personas les nace la seguridad en sí mismas, hasta el punto de que se olvidan por completo de la ayuda divina, dejan de buscar a Dios y, en consecuencia, se pierden. Cuando la situación llega a este extremo, el enemigo empieza a actuar de manera tiránica: suscita por dentro malos sentimientos y por fuera fuertes oposiciones, y el pobre que había puesto la confianza en sí mismo acaba cayendo. Estos casos no son infrecuentes. Así pues, por favor, téngalo en cuenta ahora, cuando está pensando en cómo disponer su vida, para que, cuando empiece su nueva vida, si todo le resulta fácil no se haga ilusiones acerca de sí misma, sino que vea en esto la más peligrosa emboscada del enemigo, e intensifique la vigilancia y el cuidado al respecto. La perfección solo llega, y en pequeña medida, después de muchos años de duros trabajos, y no en los inicios ni en los primeros días.

A otros, por el contrario, el enemigo los ataca desde el primer día con enorme fuerza e ímpetu, a fin de que el principiante pierda el ánimo. Allá donde este mira, todo se le pone en contra: en los pensamientos, en los sentimientos; y por fuera encuentra solo oposición a sus buenos propósitos y nada que le sea favorable. El enemigo procede así para asustar al principiante en los inicios y hacerle desistir de sus buenos propósitos y dar marcha atrás, volviendo a la vida despreocupada y distraída. Pero cuando el enemigo se da cuenta de que el principiante se mantiene firme en su propósito, enseguida cede. Porque plantar cara valientemente al enemigo merece la corona que se da a los buenos trabajadores, y lo último que quiere el enemigo es contribuir a que la consigan. Así pues, si se ve en esta situación, no se asuste por la fuerte presión de las contrariedades, sino tenga en cuenta que esto es una estrategia del enemigo y que él abandona enseguida cuando topa con una firme resolución.

Hace usted muy bien al no ver flores por delante. Esa es la mirada adecuada sobre este asunto. Y prepárese a permanecer firme. Y piense en su salvación. Todavía tengo que decirle algo más, pero será en otra carta.

40

El peligro de enfriarse en el futuro. Causas del enfriamiento en la vida espiritual. Cómo comportarse cuando aparecen los enfriamientos

Teme usted no llegar hasta el final, aunque haya empezado con diligencia. Ciertamente, esto es algo que hay que temer, porque a menudo somos inconstantes para con nosotros y contra nosotros. Y es que no hay motivos para confiar en sí mismo. Toda la esperanza ha de ponerse en el Señor. No pierda, pues, su temor, sino consérvelo pensando en el peligro de ofender a nuestro amado Señor, o considerando que, si el fervor se debilita, acaso ya nunca volverá a recuperarlo, lo cual, tarde o temprano, aboca a la muerte.

Más tarde ese temor será sustituido por una segura confianza en la salvación. Pero de momento no lo abandone, pues avivará el celo y expulsará las ganas de ser indulgente consigo misma, que son muy perniciosas. En consecuencia, su corazón exclamará sin cesar: ¡Señor, sálvame! ¡Señor, date prisa en socorrerme! Y también: ¡Sálvame, aunque sea indigna, *por los caminos que solo tú sabes*! A esto lo llamo apegarse al Señor con un corazón dolorido. Los enemigos son fuertes, y no sabe uno cómo se levantan tormentas por dentro y por fuera que desorientan. Si caes, estás perdido. De ahí la exclamación: ¡Sálvame, Señor! En esto consiste el corazón quebrantado y humillado del que habla el profeta David en su arrepentimiento, con la confianza de que el Señor no lo humillará ni lo despreciará, sino que se volverá a él. Grábese esto en la mente. Como usted ya ha visto este peligro, le costará poco sentirlo siempre y pedir ayuda. Este sentimiento de postrarse con dolor ante el Señor a causa de la conciencia de los peligros que nos rodean, que pueden interrumpir el curso de la vida espiritual y ahogarla, debe ser constante. Tenga esto en cuenta: quien lo posee, camina sin cesar por un camino recto. ¡Este es el signo más inequívoco a este respecto!

Escribe usted: «Que Dios me conceda que la disposición actual para el camino que he emprendido no se debilite más adelante». No solo «más adelante», sino jamás. Recuerde que esta disposición o, dicho de otro modo, la prontitud en trabajar para el Señor, o el celo por lo que le agrada, o la resolución de consagrarse al servicio del Señor por medio del exacto cumplimiento de sus mandamientos (que en realidad es todo lo mismo: cambian las palabras, pero no la realidad), es lo que constituye la vida espiritual. Cuando esta disposición existe, existe también la vida espiritual, y cuando no se da aquella, tampoco se da esta. Cuando esta disposición desaparece, es lo que mismo que si se interrumpiera la respiración del espíritu y el corazón espiritual dejara de latir: el espíritu muere, o se paraliza. Por este motivo, la primera preocupación del que entra en el camino de Dios debe ser mantener a toda costa y caldear esa disposición, ese celo y esa diligencia. Todas las normas al respecto se pueden condensar en una sola, a saber: conserva este celo y esta disposición, y ellos te enseñarán en el futuro qué y cómo hacer, cómo y cuándo actuar. ¡Tome nota de esto!

Esto, junto con aquel «apegarse dolorosamente al Señor», es la raíz de la vida espiritual, su defensa y salvaguarda. Usted ha definido bien al enemigo de esta disposición originaria, que por ello mismo es el enemigo principal: el enfriamiento. Es cosa amarga, la más amarga de todas.

No obstante, ha de saber que no toda disminución del ardor de nuestro celo es ya un enfriamiento pernicioso. De hecho, es habitual que se dé una disminución a consecuencia de una tensión excesiva de las fuerzas espirituales, o de un debilitamiento de las fuerzas corporales, o de la falta de salud. Ninguna de estas cosas es grave, pues todas ellas pasan.

El enfriamiento grave proviene de desviar de Dios la voluntad de forma intencionada, consciente y contraria a lo que la conciencia moral manda y prohíbe, acompañada de una pasión por algo distinto de Dios. Esto mata el espíritu e interrumpe de golpe la vida espiritual. Y a esto es a lo que debe temer más que a ninguna otra cosa; témalo más que al fuego o a la muerte. Es algo que suele suceder como consecuencia de una dejación de la vigilancia sobre sí y del temor de Dios. Esté atenta a ambas cosas para evitar tan terrible mal.

Respecto a los enfriamientos involuntarios como consecuencia de una extenuación de las fuerzas y de la falta de salud, existe esta ley: aguantar con paciencia, sin contravenir ninguna de las costumbres de piedad adoptadas, aunque se tengan que realizar sin gusto alguno. Quien soporta esto con paciencia, sale pronto de ese enfriamiento y vuelve al celo original, ardiente y cordial.

Haga el favor de prestar atención a esto y, en adelante, no permita de manera voluntaria que se enfríe su celo. En segundo lugar, en el caso de enfriamientos casuales, esfuércese en mantener los propósitos adoptados, con la seguridad de que el cumplimiento árido de los mismos pronto le devolverá la vitalidad y el tesón ardiente.

Lo escrito en las dos últimas cartas le vendrá muy bien después, cuando haya comenzado de hecho su nueva vida. Pero también ahora cuando, al menos mentalmente, está ya reformando su modo de vida, debe prestar atención a las vicisitudes que podrán surgirle; por eso no ha sido ocioso exponerlo todo con detalle, y más teniendo en cuenta que sus propias palabras han dado pie a ello.

Así que me he alegrado mucho de que usted, quizá sin darse cuenta, haya tocado los aspectos esenciales de la vida espiritual. Esto significa que su mente funciona correctamente: el Señor, que ve su disposición a servirlo con toda el alma, la ayuda, y usted misma no sabe cómo le vienen a la mente estas ideas y temores. Es su Ángel de la guarda quien, por orden del Señor, se lo explica. ¡Que el Señor bendiga su empeño! Le deseo éxito con toda mi alma.

Cuando empiece a trabajar sobre sí misma, verá que todas las directrices e indicaciones no son más que subsidios. Qué necesita exactamente el alma, o cómo actuar mejor en este o ese caso, es algo que cada alma debe decidir ella misma ayudada por la gracia de Dios, que la guía de forma invisible. Quien desea sinceramente agradar a Dios y se entrega a Él, no siempre acierta con lo que debe hacer en cada momento, pero lo acepta con humildad.

Concluyo con el deseo de que la ayude el Señor a prepararse de verdad y del modo más exitoso a los sacramentos.

41

Últimos consejos antes de la confesión y la comunión

Ha llegado ya el momento de confesarse, y después el dulcísimo momento de la comunión en los santos misterios de Cristo. Que el Señor la bendiga para que usted realice una cosa y otra con la debida dignidad. Para esto sirven los trabajos de la preparación, y todo lo que ha decidido realizar se sella aquí con el sello de Dios.

Pero ¿por qué me escribe que siente temor de ir a la confesión? Ciertamente son muchos los que lo sienten, pero en su caso ¿cuál es el motivo? Trataré de aclararle este asunto. El confesor es tan solo un testigo, quien realmente acoge los pecados es el Señor. Es Él el que manda al sacerdote dar la absolución de los pecados al penitente. El Señor, pues, es todo misericordia. Solo espera que alguien confiese sus pecados para, inmediatamente, darle el perdón. ¿Acaso hay que temer a un Señor así?

Este temor procede, en parte, de no tener claro qué hay que decir exactamente en la confesión. Pero si hace todo como está prescrito, se aclarará. Y sus miedos se disiparán.

También nace este temor del hecho de que raramente nos confesamos. Si lo hiciéramos con más frecuencia, estoy convencido de que no nos asustaría tanto. Es de esperar que Dios le conceda a partir de ahora acercarse a menudo al banquete del Señor y, en consecuencia, también confesarse.

En cualquier caso, haga esto: escriba todo lo que considere necesario decir en la confesión y, cuando luego se acerque al confesor, háblele con ayuda de las notas que ha tomado. Porque la verdadera confesión es personal, o sea, el penitente debe decir él mismo en qué ha pecado, y no esperar a que le pregunte el sacerdote. Esta costumbre se ha introducido entre nosotros, con el resultado de que ahora raramente la confesión se realiza como se debe.

El confesor se ve obligado a preguntar muchas cosas que están de más, que no ayudan al penitente, y no pregunta por lo importante. Así la confesión resulta poco eficaz. Mejor es que uno mismo diga lo que le dicte su conciencia. Si se acuerda de todo, no hace falta que lleve nada escrito. Pero eso sí: necesariamente debe confesar todos sus pecados.

Que el Señor la bendiga para que se confiese con espíritu de contrición y con el firme propósito de vivir después como se debe, pero sin ningún género de temor, que es completamente inútil y dificulta la confesión.

Me han interrumpido un momento mientras escribía esta carta, y he perdido el hilo de los pensamientos que tenía intención de comunicarle.

Así pues, si se presenta el temor ante la confesión, rechácelo. El piadoso temor de Dios es algo muy valioso, pero este otro terror infantil que siente procede del enemigo. De suyo, no hay nada en este sacramento que inspire temor, de modo que es el enemigo quien lo fomenta. Acérquese al Señor con tranquilidad, pero con dolor de corazón, como el hijo pródigo de la parábola se acercó a su padre. El padre no condenó ni llenó de improperios al hijo que regresaba, sino que lo abrazó y lo besó. Eso mismo es lo que está preparado para usted. Los brazos del Señor ya están abiertos para abrazarla. Solo falta que usted se eche en ellos. Y hágalo con un amor lleno de piedad.

Lo principal en el arrepentimiento es el dolor del corazón por la propia imperfección ante el Señor y el firme propósito de actuar en todo como se debe en el futuro. Usted ya ha declarado su decisión de agradar al Señor y Él, que todo lo ve, naturalmente ya la ha aceptado. Pero ¿siente el dolor del corazón por las imperfecciones? Trate de suscitarlo. Por pocos pecados que tenga y por leves que le parezcan, son pecados, y se encuentran bajo el juicio negativo de Dios. ¡Cuánto nos avergonzamos a veces ante los hombres a causa de una palabra vana dicha sin pensar, o por una acción inadecuada! Pues aquí se trata del Señor y no de un asunto banal, sino del pecado. Esfuércese en afligirse y dolerse de todo ante Dios. Después, de esta aflicción surgirá la fortaleza para no ceder a la imperfección.

Se ha propuesto revisarlo y afinarlo todo de nuevo con detalle. Puede ser que no le haya dado tiempo a hacerlo todo, o a hacerlo completamente, tal como usted se había propuesto. No se turbe por ello. Al Señor le agrada su intención principal y la decisión de ser buena en su presencia. El perdón de los pecados y la purificación por la gracia se conceden por esa intención. Así que acérquese al Señor con ese firme propósito de ser buena, que sustituye todos los defectos, los ya reconocidos y los que todavía tienen que ser reconocidos. Preséntele al Señor su firme propósito de cumplir de manera constante todo lo que su conciencia considera obligatorio para usted ahora y lo que considerará así en el futuro. Pero, ante todo, no se turbe.

Lo mejor es confesarse la tarde anterior a la comunión, para que la noche y la mañana se puedan consagrar plenamente y en exclusiva a prepararse para recibir al Señor. Lea en ese tiempo las predicaciones para antes de la comunión del librito que le di. Por lo demás, siéntese y piense en el Señor, orándole con el corazón: «Señor, que se haga conmigo y en mí según tu voluntad, pero no me prives de la comunión contigo». Repita sin cesar esta breve oración, acompañándola de postraciones. Si deja la confesión para esa misma mañana, la tarde anterior la mente puede dispersarse y producirle turbación.

Al acercarse a la comunión, hágalo con un corazón sencillo, lleno de fe en que acoge al Señor en sí misma y con la piedad que corresponde a ello. Los efectos que produzca en el alma después, déjeselos al Señor. Muchos ansían de antemano recibir de la santa comunión tal gracia o tal otra, y cuando luego ven que su deseo no se cumple se turban, e incluso se tambalea su fe en la fuerza del sacramento. Pero la culpa no es del sacramento, sino de esas superfluas suposiciones. Así pues, no trate de prever nada, sino déjeselo todo al Señor, pidiéndole solo su misericordia: eso la fortalecerá para realizar obras buenas agradables a Dios.

Con mucha frecuencia el fruto de la comunión se siente en el corazón en forma de una dulce paz; a veces trae consigo iluminación en el pensamiento y fervor en la fidelidad al Señor; otras veces uno no siente nada, pero después percibe una gran fortaleza en los hechos y perseverancia en el propósito de ser bueno.

Hago notar aquí también que no solemos percibir los indudables frutos de la santa comunión porque comulgamos con escasa frecuencia. Haga el propósito de comulgar lo más a menudo que pueda y verá los consoladores frutos de este sacramento.

Oro continuamente y seguiré haciéndolo para que el Señor la ayude a acercarse a estos dos sacramentos con su espíritu plenamente renovado. ¡Y el Señor la ayudará en todo lo que su alma desee de bueno!

42

Felicitación y buenos deseos al que se confiesa y comulga en los santos sacramentos de Cristo. Quien se inicia en el camino de la verdadera vida debe recordar sin cesar a Dios

A buen seguro ya se habrá confesado y comulgado. ¡Enhorabuena! Quiera Dios que gracias a ello su espíritu se eleve, su corazón se una con el Señor, experimente alivio y consuelo en el camino de la vida y su voluntad se fortalezca para agradar a Dios con sus obras.

Pero más que nada le deseo que sienta la alegría de la salvación en el Señor. Porque el Señor está en usted, y allí donde está el Señor hay salvación.

Un rey pagano, en una ocasión en que le alcanzó una tormenta en el mar y los marinos, llenos de espanto, no sabían qué hacer, en su arrogancia les dijo: «¿Qué teméis? ¡Estáis llevando al rey!». Era una afirmación frívola. También en una ocasión una tormenta de fuerte viento puso en peligro la barca en la que navegaba el Señor con sus discípulos por el lago de Genesaret, y estos, no sabiendo qué hacer, le gritaron: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!». Pero en esta ocasión el Señor conminó al viento y a las olas, y cuando se apaciguaron y sobrevino la calma dijo a sus discípulos: «¿Dónde está vuestra fe?» (Lc 8, 23-25). Así que solo mirando al Señor puede decirse con verdad: «¿Qué teméis?». El Señor está con usted. Y esto es lo que le digo: no tema ni a las olas interiores ni a las exteriores, porque el Señor está con usted. No pierda la fe viva en esta verdad y su corazón confesará: «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo» (Sal 22, 4). Quienes comulgan deben cantar: «El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob» (Sal 45, 8).

Ahora, una vez que ha sido renovada, fortalecida por la gracia divina e inspirada por la presencia del Señor, ponga manos a

la obra de Dios, que con tanta diligencia ha aceptado, para realizarla hasta el atardecer de su vida. Como ayuda le recuerdo un secreto para llevar una vida digna del Señor: *el recuerdo constante de Dios*. Es preciso fortalecer por todos los medios este recuerdo, hasta que sea inseparable de la atención. Dios está en todas partes y siempre con nosotros, junto a nosotros y en nosotros. Pero nosotros no siempre estamos con Él, porque no nos acordamos de Él; y porque no nos acordamos de Él, nos permitimos muchas cosas que no nos permitiríamos si lo recordáramos. Esfuércese en habituarse a este recuerdo. Aquí no se exige nada especial, solo asumir este propósito y esforzarse por recordar que el Señor está en usted, que está cerca, que la mira y la ve con tanta atención como quien le mira a los ojos. Haga lo que haga, recuerde siempre que el Señor está cerca y la mira. Trate de acostumbrarse a esto y se acostumbrará. Y cuando se haya acostumbrado, o incluso a medida que se vaya acostumbrado poco a poco, verá qué efecto salvífico tiene en su alma. Lo único que ha de tener siempre presente es que de Dios no debe acordarse como se acuerda de cualquier otra cosa, sino que debe unir su recuerdo al temor de Dios y al sentimiento de piedad. Las personas piadosas lo son precisamente por esto.

Para habituarse más fácilmente al recuerdo de Dios, los cristianos celosos disponen de un método especial: repetir sin cesar una oración breve de dos o tres palabras. La más habitual es esta: ¡Señor, ten piedad! ¡Señor Jesucristo, *ten piedad de mí, que soy pecador*! No sé si conocía ya esta forma de orar; en todo caso, apréndala ahora y, si no la practicaba, empiece a hacerlo en este mismo momento. Ya esté de camino o sentada, ya esté trabajando, o comiendo, o preparándose para dormir, diga sin cesar: ¡Señor, ten piedad! ¡Señor Jesucristo, *ten piedad de mí, pecadora*! Si se ejercita largamente en esto, estas palabras se ligarán a su lengua y acabarán repitiéndose por sí mismas. Y esto ayuda mucho a aquietar el revoloteo y el vagar de los pensamientos. Pero, insisto, no olvide unir a estas palabras el sentimiento de piedad.

Ahora convendría que le dijera algunas cosas útiles, pero ya se las escribí cuando usted expresó su decisión de ponerse a la obra como se debe. Reléalas, por favor. De otros puntos que es necesario recordarle hablaremos en el futuro.

Esté en paz y alégrese de haber comenzado el camino del servicio sincero al Señor, el camino seguro que la conducirá a la herencia del Reino de los cielos.

¡Que el Señor y la santísima Virgen la ayuden!

43

QUIEN, TRAS CONFESARSE Y COMULGAR, HA INICIADO EL CAMINO DE LA VIDA VERDADERA, DEBE PONER PAZ DENTRO DE SÍ. REGLA PARA EXPULSAR LA TURBACIÓN INTERNA: EL RECUERDO CONSTANTE DE DIOS, LA RESOLUCIÓN DE ACTUAR EN TODO, GRANDE O PEQUEÑO, EN CONCIENCIA Y LA ESPERA PACIENTE DE BUENOS RESULTADOS

Quiero ofrecerle aún unas cuantas indicaciones útiles para el nuevo camino que usted acaba de comenzar.

Que nuestro espíritu es propenso a caer es algo que resulta patente a cualquiera que se dedique a observar lo que sucede dentro de nosotros, aunque sea solo a lo largo de un día. Sobre esto ya le hablé hace tiempo. Recuerde: es precisamente dentro de nosotros donde se da la turbación, y esta es algo que aparece indebidamente, y por eso hay que cortarla en seco. Usted misma me escribió en alguna carta que no podía controlar la incesante agitación dentro de sí. Voy a recordar de nuevo en pocas palabras cómo se forma esta situación.

Los pensamientos de nuestra mente están todos orientados a las cosas de la tierra, y no hay modo de hacerlos elevarse a las del cielo. El objeto de los mismos es vano, sensible, pecaminoso. ¿Ha visto usted la niebla que baja sobre el valle? Esta es una imagen exacta de nuestros pensamientos. Todos ellos se arrastran por la tierra y se pegan a ella. Pero es que, aparte de este movimiento descendente, se agitan sin cesar, no paran quietos, sino que van de acá para allá, como las nubes de mosquitos en verano. Además, no están en absoluto inactivos.

No, debajo de ellos está *el corazón*, al que golpean sin tregua, produciendo el efecto correspondiente a lo que esos pensamientos representan. Según sea el pensamiento, así será el movimiento del corazón. De aquí surgen en nuestro interior, sucediéndose unos a otros, unas veces alegría, otras enojo, otras temor, o esperanza, o

seguridad en nosotros mismos, o desesperación. No hay aquí ni pausa ni orden alguno, igual que en los pensamientos mismos. Tales *sentimientos* agitan sin cesar el corazón como el viento las hojas de un álamo temblón.

Pero la cosa no se queda aquí. El pensamiento junto con el sentimiento siempre produce *el deseo*, más o menos fuerte. Bajo los pensamientos y los sentimientos, que producen ansiedad, surgen desordenadamente e inquietos los deseos: adquirir esto y tirar lo otro; favorecer a uno o vengarse de otro; huir de todos o afanarse por ser el centro de atención; obedecer o hacer lo que viene en gana; y así sucesivamente. Tampoco es que esto les pase así a todos: unos solo sienten leves movimientos, otros parece que tienen en el alma un enjambre (obsérvese a sí misma cuando, por ejemplo, está trabajando y verá que todo esto pasa en usted como en un escenario).

Así que esta es la turbación y el desorden que hay dentro de nosotros. Y de él emana el desorden que se da en la vida y la oscuridad que nos envuelve. Así que no espere una vida ordenada mientras no elimine este desorden interno. Por sí mismo ya produce muchos males, pero resulta especialmente maligno porque de él se aprovechan demonios que enturbian nuestro interior todavía más, orientándolo todo para nuestro mal y nuestro perjuicio.

Cuando durante el tiempo de preparación a los sacramentos usted se examinaba y pensaba en eliminar una cosa y adquirir otra, naturalmente no podía prestar atención al mismo tiempo a su turbación interior ni armarse contra ella con el debido empeño. En adelante, por favor, considere su máxima prioridad derrotar a este enemigo interior.

Usted ha hecho el firme propósito de trabajar para el Señor y pertenecerle desde ahora solo a Él. El sacramento de la penitencia le ha dado el perdón completo y la ha presentado pura ante Dios. La santa comunión la ha introducido en una comunicación más íntima con el Señor Jesucristo, ha renovado esa comunicación y la ha llenado con la fuerza de la gracia. Y de esta manera está preparada para la obra.

Si para reformar su vida interior bastara con quererlo, de manera que con ello se realizara del mejor modo, o bastara con ex-

presar ese compromiso y tras ello enseguida se realizara lo prometido, entonces ya no habría más en que afanarse. Todo le sucedería de un modo que no es posible desear nada mejor. Pero en la vida moral y libre, y más tratándose de la criatura caída, rige la siguiente ley: no basta con un propósito firme y con la ayuda segura de la gracia, sino que hay que esforzarse y luchar, sobre todo contra uno mismo.

Sucede que nuestro interior nunca está plenamente dispuesto como debería, sino que, una vez hecho el buen propósito y recibido la ayuda de la gracia por medio de los sacramentos, es preciso emprender siempre de nuevo la tarea de trabajar esforzadamente sobre sí mismo, sobre el propio interior. Y dichos trabajos y esfuerzos se dirigen a eliminar el desorden que reina dentro de nosotros, para sustituirlo por el orden y el régimen al que siguen la paz interior y el estado de alegría continua del corazón.

Esta es, pues, la tarea que se le presenta ahora por delante. Pero para llevarla a cabo no piense que tiene que hacer muchas cosas o cumplir un montón de normas. Nada de eso. Todo se reduce a observar dos o tres pequeñas reglas, dos o tres precauciones.

Usted conoce por experiencia qué es el desorden interior. Y lo que usted quiere es ponerle fin, y a ello está decidida. Vaya directamente a eliminar la causa de ese desorden. Y la causa del desorden está en que el espíritu ha perdido el punto de apoyo que le es natural. Este apoyo es Dios. Ahora bien, el espíritu vuelve a él *con el recuerdo de Dios*. Así que lo primero que ha de procurar es *acostumbrarse al recuerdo constante de Dios con temor y veneración*. La última vez le escribí sobre esto y usted estuvo de acuerdo. Ya sabe qué método hay que usar para ello y ha empezado a ponerlo en práctica. ¡Que el Señor la bendiga! Haga el favor de continuar con este trabajo sin desfallecer. Esté toda con el Señor. Independientemente de lo que esté haciendo, dirija con su mente todas las cosas a Él, tratando de comportarse como se comporta uno ante el zar. Se acostumbrará pronto, pero no deje de hacerlo, no haga interrupciones. Si observa con buena voluntad esta pequeña regla, la turbación interior irá mermando por dentro y, aunque se manifestará de nuevo, sea en forma de pensamientos vacuos e indebidos, sea en forma de sentimientos y deseos fuera de lugar, usted detectará

enseguida este desorden y ahuyentará a tan inoportunos huéspedes, restableciendo de inmediato cada vez la unidad y armonía con el único Señor.

¡Ánimo, pues! Póngase a ello con la mayor diligencia y sin interrupción, y pronto alcanzará lo que busca. Se instalará en usted una atención piadosa al único Dios y con ella recibirá la paz interior. Y le advierto que, aunque he dicho «pronto», no significa que vaya a suceder en uno o dos días. Puede que hagan falta meses ¡e incluso años! Pida al Señor y Él mismo la ayudará.

Como complemento de esto, ponga en práctica también lo siguiente: *no haga nada que le prohíba su conciencia y no deje de hacer nada que su conciencia le mande, sea grande o pequeño.* La conciencia es siempre nuestra palanca moral. Las cosas que hay dentro de nosotros –pensamientos, sentimientos y deseos–, son como nuestros hijos pequeños y se entregan a travesuras indebidas, cuya causa es, precisamente, que la conciencia ha perdido su fuerza. Devuélvale la fuerza sometiéndose por completo a ella. Usted ahora la ha iluminado al poner en claro lo que debe hacer y lo que no debe. Sígala, pues, sin apartarse de ella y con tanta decisión que prefiera morir antes que permitirse hacer nada contra ella. Cuanto más decididamente actúe de esta manera, tanto más fuerte se volverá su conciencia, y tanto más clara y enérgicamente le inspirará lo que es debido y la apartará de lo indebido, tanto en la conducta como en las palabras y los pensamientos, y su interior se pondrá en orden con mayor rapidez. La conciencia habituada al recuerdo reverente de Dios es la llave que abre la puerta de la verdadera vida espiritual. Acuérdese de lo que dijimos acerca del espíritu al comienzo de nuestras conversaciones.

Aparte de estas dos reglas, no hace falta nada más. Añádales tan solo *la paciencia*. Puede ser que el éxito no llegue rápidamente, que haga falta esperar, esforzándose, sin embargo, incansablemente. Es necesario trabajar y, lo que es más importante, no ceder en nada a la propia conveniencia o a lo que conviene al mundo. El nuevo estilo de vida topará con constantes dificultades. Hay que superarlas, y para ello es preciso redoblar los esfuerzos y tener paciencia. Empuñe esta arma todopoderosa y nunca decaerá su espíritu cuando no vea resultados. Con el tiempo, todo llega. Anime

su paciencia con *esta esperanza*. Que las cosas son así es algo que está respaldado por la experiencia de cuantos han buscado y alcanzado la salvación.

¡Y esto es todo! Recordar con reverencia a Dios, seguir la propia conciencia y armarse de paciencia y esperanza. Este poco es la semilla de todo. Que el Señor la bendiga y le conceda disponerse así y permanecer en esta disposición.

44

PRECAUCIONES PARA EL QUE SE HA HECHO AL VERDADERO CAMINO. EL ALBOROZO DE LA VIDA EN PRIMAVERA. POR QUÉ MUCHOS DE LOS QUE AYUNAN NO SE CORRIGEN COMPLETAMENTE

En mi última carta le indiqué dos o tres pequeñas reglas. En esta voy a indicarle dos o tres pequeñas precauciones.

La primera: no pensar nunca que ya ha conseguido algo completamente. Tal es nuestra debilidad que, en cuanto aparece dentro de nosotros el más pequeño atisbo de bien, enseguida gritamos: «¡Ya lo he conseguido!». Rechace este pensamiento, pues el bien nunca aparece de repente, sino que así nos lo hace creer el enemigo. Y en cuanto damos crédito a tales insinuaciones, nuestra energía se debilita y comienza de nuevo el desorden. Para no ceder a este mal pensamiento, al levantarse cada día dispóngase como si empezara completamente de nuevo este camino.

Segunda: no se permita por nada del mundo hacer excepciones. Se esfuerza usted durante uno o dos días en el examen de sí y el autocontrol, y entonces viene el enemigo y empieza a susurrarle al oído: «Bueno, lo vas a lograr, te estás esforzando mucho. Ahora tómate un pequeño respiro». Se trata de una insinuación engañosa, hecha de tal modo que uno al principio no piensa que deba resistirla. Pero ciertamente es tan malvada que, por poco que uno se entregue a ella, todo su interior se altera. Relajarse a este respecto es lo mismo que si en la presa de un río aparece una pequeña grieta; en cuanto se abre esa pequeña grieta, ya no hay modo de sostener la presa: el agua se la lleva por delante sin remedio. Exactamente el mismo efecto tiene dentro de nosotros la relajación: nos dispersa por completo, de modo que, para restablecernos, necesitamos comenzar de nuevo desde cero.

Así pues, tema esto como al peor de los males, por mucho que el enemigo se lo presente con palabras dulces.

Existen dos épocas especiales en las que usted debe estar más atenta a este peligro: el tiempo de Pascua y la primavera. Ciertamente, con el ayuno todos nos volvemos más o menos prudentes. Entonces, ¿por qué después no pocos caen? Porque algunos se permiten hacer excepciones en Pascua; otros, después de la Pascua, en primavera. En Pascua piensan: «Estamos en un tiempo festivo, puedo darme un pequeño capricho». Quien se deja llevar por este pensamiento arruina sus buenas disposiciones. Porque el que se entrega a los caprichos de su voluntad luego ya no retorna al rigor para consigo, sino que vuelve a someterse, como en su vida pasada, a los deseos de la carne y de las pasiones.

La primavera es, sin duda, un tiempo agradable, pero ¡cuánto daño hace en lo que a la moralidad se refiere! ¿Ha visto usted como saltan, balan y retozan los corderos cuando los sueltan en el prado? ¿A qué se debe esto? La vida estalla. Igualmente todos los seres humanos sienten un alborozo parecido por la vida, y no solo los jóvenes, sino también los viejos. En esto no hay nada de pecaminoso. Se trata de un sentimiento en sí inocente, pero la orientación que se le da a este sentimiento con frecuencia no lo es. ¡Experimentamos la alegría de la vida! Al sentirla, debemos dar gracias al Señor de que en la tierra, tan llena de penas a causa de nuestros pecados, haya dejado lugar para las alegrías, de modo que no caigamos en la desesperación. Pero ¿qué suele suceder? Que muchos no solo no dan gracias a Dios, sino que se empeñan en prolongar esta alegría, se disipan y vuelven a las viejas costumbres. Esta alegría o esta explosión de la vida es muy agradable, pero es algo completamente sensible, corporal, y los impulsos que surgen de ella son asimismo sensibles y corporales. Así, se desea mirar lo que es agradable a los ojos, escuchar lo que es agradable al oído, oler lo que es agradable al olfato, respirar el aire libre, dejarse mecer por una brisa placentera y, en general, multiplicar las impresiones sensibles deleitosas. Quien se mueva guiado por estos impulsos no vivirá orientado hacia su interior, sino que inevitablemente se volcará hacia fuera; pronto dejará de prestarse atención a sí mismo; sus pensamientos, sentimientos y deseos empezarán a agitarse de nuevo y retornarán al anterior estado de desorden; el pensamiento sobre Dios se esfumará y la paz interior se perderá. El alma, atormentada por la

conciencia moral, dirá: «Mañana no permitiré que sea así», pero mañana será otra vez lo mismo, e igualmente pasado mañana, pues se ha bajado la guardia. De nuevo la vida discurre dejándose llevar, viviendo «como viven todos». El fruto de los esfuerzos cuaresmales para poner orden en la vida se pierde. Y todo esto se debe únicamente a no haber sido un poco cuidadosos y no haber negado a los propios sentimientos algunas sensaciones agradables; y una vez que se han permitido algunas, no se ha preocupado de conservar el debido temor interior, y al distraerse con las cosas exteriores se ha dejado de atender al mundo interior.

¡Que el Señor la guarde de esto! Usted ya ha tenido este pensamiento de cautela: «¿Y si no te mantienes firme?». Si de hecho no se mantiene firme, solo Dios sabe si tornará a tan firmes propósitos. Pero sepa que si usted va para atrás, terminará siendo mucho peor de lo que era cuando empezó esta nueva vida. Nuestro Salvador compara estas caídas en el desorden anterior con el retorno de un viejo demonio a la casa que había abandonado, y dice que ya no viene él solo, sino que trae consigo a otros siete. «Y el estado de aquel hombre –concluye el Señor su parábola– viene a ser peor que al principio». ¡Que el Señor la libre de tal cosa!

Al leer esto no vaya a decir: «¡Ah!, ¿para qué habré empezado?». No, no. No se atormente. Usted ha tomado la decisión debida y justa: se ha decidido por el único género de vida que la mantendrá a la altura de la dignidad humana, como deseaba desde el principio. Así que no revoque su decisión y no ofenda al Señor pensando que la va a dejar sola. Él está en usted con su gracia. Y si el Señor está en usted, ¿quién estará contra usted? (Rom 8, 31). «Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo» (1 Jn 4, 4). Además, la vida del que vigila sobre sí mismo no es de tal condición que prive a la persona de algunos consuelos sin darle nada a cambio. Al contrario, esta vida basada en el recuerdo de Dios y en seguir la propia conciencia es, de suyo, una fuente inagotable de gozos espirituales que, comparados con las alegrías mundanas, son como la miel comparada con el ajenjo. Es verdad que usted deberá privarse un poco de las cosas exteriores. Lo importante sucede *en el interior*. Se puede participar en todo y ser ajeno a todo. Se hacen las cosas exteriores, pero por dentro sucede otra cosa.

Y esto es todo (quiero decir, en lo que se refiere a las advertencias y normas sobre las que he escrito en estas dos cartas). ¿Le parece mucho? Nada es mucho. Además, es fácil de cumplir. Y ¡qué frutos produce!

Así pues, levante el corazón y hágase el propósito de mantenerse en lo prescrito. Amén.

45

La ocupación principal de quien ha iniciado el camino verdadero es la oración. Instrucción sobre la oración incesante

Qué acertada es su conclusión: «Así pues, resulta que toda la tarea está en la oración». Efectivamente, en la oración. La oración es un barómetro espiritual que nos permite conocernos a nosotros mismos. Así como el barómetro determina si el aire es pesado o ligero, la oración muestra hasta qué punto nuestro espíritu está elevado o abatido en su conversión a Dios.

Rece usted como al principio. Póngase con más frecuencia delante de sus iconos en el curso del día y haga cada vez unas cuantas postraciones, simples o completas. Mejor aún si se pone de rodillas y se postra. Nadie la ve, más que el Señor. Haga sus oraciones de la mañana y de la tarde, como se debe. En esas horas hay que rezar más, como ya le he indicado; en las restantes, caiga de rodillas ante Dios frecuentemente, aunque sea por poco tiempo. Pero no lo haga como solemos hacer cuando nos encontramos con personas conocidas, que basta con una leve inclinación de cabeza. Inflame por todos los medios posibles su celo espiritual, pues este es el que nos instruye en todo.

En cualquier caso, no olvide nunca que *la esencia de la oración consiste en elevar la mente y el corazón a Dios*, que está en todas partes. También el santo profeta enseñaba a su alma: «En todo lugar de su imperio, ¡bendice, alma mía, al Señor!» (Sal 102, 22). Lo que más ayuda a disponerse en este sentido es, como ya le he escrito, hacer memoria de Dios, y usted, expresándolo todavía mejor, ha añadido: el amor a Dios. Que Dios la bendiga por ello: por el amor exclusivo al Señor. Pero el camino que conduce a este amor superior al Señor es el recuerdo de Él, penetrando con nuestro pensamiento en las profundidades de sus propiedades y acciones divinas.

Es preciso habituarse a esta memoria del Señor, y el medio para ello, como le he escrito, es rezar mentalmente sin cesar la jaculatoria «¡Señor, ten piedad! ¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador!». Usted ya ha comenzado a utilizarla; continúe, pues. Sea que esté sentada o caminando, haciendo sus tareas o charlando, en toda circunstancia y en todo momento, tenga presente en su pensamiento que el Señor está cerca y diríjase a Él con el corazón: «¡Señor, ten piedad!».

Dice usted que los pensamientos la distraen. Pero es que estas cosas no se consiguen en un momento. Es preciso esforzarse hasta que se forme el hábito de permanecer ininterrumpidamente en el interior del corazón ante el Señor. Me parece que ya le dije que, en cuanto note que sus pensamientos se dispersan, debe recogerlos de nuevo, que jamás hay que permitirles de manera voluntaria y consciente que se pongan a divagar. Y esto no hay que cumplirlo solo durante la oración, sino siempre. Aténgase a esta ley: *estar mentalmente siempre con el Señor en el corazón y no permitir que los pensamientos divaguen, sino que, en cuanto se dispersen, recogerlos de nuevo y obligarlos a estar sentaditos en casa, en la celda del corazón, y conversar con el más dulce de los señores*. Una vez que haya acatado esta ley ha de esforzarse en cumplirla fielmente; hágase reproches si la infringe, castíguese de algún modo por ello y pida al Señor que la ayude en este asunto tan absolutamente necesario. Si se esfuerza con diligencia, enseguida experimentará avances. Las condiciones del éxito son las siguientes:

1. *Dedicarse a ello de manera ininterrumpida*, con constancia. Que no sea que empieza y lo deja, y de nuevo empieza y lo vuelve a dejar, y así siempre. No, si ha empezado, persevere hasta conseguir resultados. Pues en esta, como en cualquier otra actividad, el éxito depende de la constancia en el esfuerzo.

2. Para tener éxito, es preciso *armarse de paciencia y de exigencia* para consigo mismo. Si aparecen la pereza, las ganas de relajarse e incluso la duda sobre si es preciso hacer tanto, ahuyéntelas y persevere en el esfuerzo, tal como se ha propuesto.

3. Y para que sea así, anímese con la esperanza y la confianza en que el Señor, al ver sus esfuerzos en la oración y la diligencia con la que procura habituarse a ella, le dará finalmente el don de

la oración. Y *esta, una vez arraigada en el corazón, fluirá por sí misma con cada latido como de una fuente.*

¡Tal es el más bienaventurado fruto del esfuerzo por la oración! El anhelo de alcanzarlo es lo que ha inspirado a todos los orantes, y conseguirlo fue para ellos la fuente de una constante bienaventuranza espiritual, de alegría y paz del corazón en Dios. ¡Que Dios le conceda este don! Pero no se lo dará sin esfuerzo por parte de usted, un esfuerzo constante, exigente, paciente, confiado. ¡Tenga valor!

Sobre esto le envío un pequeño libro, *Cartas sobre la vida espiritual*[1], que está orientado a favorecer que la mente se afirme en el corazón y centre su atención en el Señor, así como a disponer para la oración. Sin duda también conviene leer buenos libros o artículos que tratan de la oración y de las disposiciones anímicas para ella.

Cuanto más se afirme en el recuerdo de Dios, esto es, en la presencia mental ante Dios en el corazón, más se asentarán los pensamientos y menos se dispersarán. El poner orden en nuestro interior y el éxito en la oración van de la mano.

Recuerde que desde el mismo principio de nuestra correspondencia hemos hablado de su espíritu. Pues bien, en esto consiste restablecer los derechos del espíritu. Cuando estos se hayan restablecido es cuando empieza la transformación activa y vital del alma y del cuerpo y de las relaciones exteriores, su purificación. Y entonces se convertirá usted en una auténtica persona.

1. Se podría añadir el pequeño manual *La sobriedad y la oración según los Santos Padres.*

46

Normas generales para quien se encuentra en el camino de la vida verdadera

Ha iniciado usted con gran decisión el camino del servicio divino. ¡Que Dios la bendiga! ¡Y es que trabaja usted para el Señor! Por eso, sobre todo:

1. Huya de la presunción. Este es el principal enemigo. Nuestra buena disposición para con Dios, incluso cuando se trata de un mero propósito, nos provoca el pensamiento de que somos especiales respecto de los demás, e incluso respecto de nosotros mismos tal como éramos en el pasado, y este pensamiento se acrecienta si hemos alcanzado algunos resultados en este camino. Si conseguimos perseverar un poco en esa buena disposición, nos admiramos de ello, y empezamos a soñar que somos personas perfectas y que realizamos hazañas dignas de aplauso. A esto nos incita el enemigo, para que nos demos importancia. Quien cede a esto y se cree esta inflada buena opinión sobre sí mismo pierde al instante la gracia, que lo deja solo. Y entonces el enemigo se apodera de él como de un botín inerme.

2. Que no nos abandonen nunca el temor y la precaución. Caminamos entre trampas. El enemigo nunca nos tienta directamente con cosas que son malas de manera evidente, sino que nos engaña más con cosas que, en apariencia, son buenas. El inexperto va tras el señuelo y cae en las manos del enemigo, igual que cae en la trampa encubierta el animal que camina despreocupado por el bosque. Pero adoptar una actitud precavida no debe implicar perder la valentía, porque el Señor está cerca.

3. Que el temor a la muerte y al juicio tras la muerte, con el premio o castigo correspondientes, no la abandone nunca. Desde la mañana, además de hacer memoria del Señor en su corazón, procure acordarse de *estas verdades últimas*. Esta reflexión la acompa-

ñará todo el día, igual que el Señor, y cuando se disponga a dormir dígase: «He aquí que el féretro está ante mí, la muerte me espera»[1]. Verá qué buenos centinelas encuentra en estas oraciones.

4. No debe alejarse por completo de la sociedad. Pero de usted depende el frecuentar más la forma de trato social que de pie a menos distracciones. Y aun así, cuando esté en ese ambiente procure en lo posible no apartar la atención del Señor –que se encuentra cerca, en su interior– ni del recuerdo de la muerte, siempre dispuesta a arrebatar su vida. No se entregue de corazón a las impresiones agradables que se le presentan a la vista, el oído y los otros sentidos. Lo malo de la vida en el mundo es que llena el alma de demasiadas cosas, personas y asuntos, cuyo recuerdo posterior puede apesadumbrar el alma. Y así no es posible orar como se debe. Solo hay un remedio contra esto: proteger al máximo el corazón de estas impresiones. Deje que todo pase de largo junto a usted, sin que entre en su corazón.

5. Aun así, no evite a los demás ni sea taciturna. En su posición esto no es conveniente, aparte de que tampoco tendría ninguna utilidad. Procure, no obstante, pasar la mayor parte del tiempo con sus familiares. Entre ustedes, ciertamente, todo es ordenado y decente. No se aparte de ellos, para no salirse de la regla ni exponerse a las habladurías de la gente.

6. Las actividades espirituales (la oración, la lectura y la meditación) deben realizarse cada día sin falta. Qué hacer en cada momento es algo que debe determinar usted misma. Levántese por la mañana un poco antes y, en la medida de lo posible, antes de entrar en contacto con sus familiares haga esas actividades. En todo caso, dedique más tiempo a la oración. Exprese su necesidad más importante con el lenguaje y la confianza de los niños pequeños, y las oraciones del devocionario hágalas intercalando inclinaciones y breves súplicas a Dios. Después de la oración lea y medite, aplicándose a sí misma lo leído o intentando determinar cómo realizarlo en su vida concreta. Ya se lo he escrito y ahora lo repito: obtendrá mucho fruto si pone por escrito cada mañana los

1. Palabras de una plegaria de san Juan Damasceno usada en la Ortodoxia como oración vespertina [N. del T.].

pensamientos que le surgen durante la lectura y la reflexión de los Evangelios y los escritos del Nuevo Testamento[2]. Esfuércese en hacerlo y escriba con sencillez, sin rebuscamientos.

7. En caso de que, tras haberse esforzado con diligencia, no consiga los resultados deseados, entréguele a Dios su tristeza. La confianza en Dios es la raíz de la vida espiritual. Puede que a veces no se consiga nada, pero todo llega a su debido tiempo. Todo lo que se busca con fe acaba viniendo. ¿Cuándo? Cuando Dios quiera concederlo. Tenga paciencia, manteniéndose con entereza en los propósitos que ha hecho. Anímese con la esperanza de que llegará el día en que amanecerá en el corazón la luz de la alegría, que desatará todos sus lazos y le devolverá la libertad, de modo que adquirirá la capacidad de moverse ágilmente y de levantarse y caminar en pos de las cualidades buenas del espíritu. Entonces se elevará hasta el reino espiritual como un pajarillo que se ha escapado de la jaula y vuela libremente.

¡Que Dios la bendiga! ¡Que la Madre de Dios la cubra con su manto! ¡Que su Ángel de la guarda la proteja de todas la tentaciones del enemigo!

2. En ruso, *Apostola*: así se denominan los escritos del Nuevo Testamento, exceptuados los evangelios [N. del T.].

47

REGLA DE ORACIÓN PARA QUIEN SE ENCUENTRA EN EL CAMINO DE UNA VIDA AGRADABLE A DIOS. APRENDIZAJE DE LOS SALMOS. SUSTITUCIÓN DE LARGAS ORACIONES VOCALES POR OTRAS BREVES. LAS CUENTAS PARA LA ORACIÓN

Pregunta usted por la regla de la oración. Ciertamente, a causa de nuestra debilidad necesitamos una regla de oración para, por un lado, no dar lugar a la pereza y, por otro, mantener el celo en su justa medida. Los más grandes orantes tenían una regla de oración y se mantenían constantes en ella. Comenzaban siempre recitando las oraciones establecidas y solo después, si al continuar les surgía la oración espontánea, dejaban aquellas a un lado y oraban de esta otra forma. Si ellos lo hacían así, nosotros debemos hacerlo igual. Sin oraciones establecidas de antemano no sabemos cómo orar en absoluto; si no existieran, nos quedaríamos completamente sin oración.

Ahora bien, no hace falta elegir muchas oraciones. Es mejor rezar unas pocas como se debe que recitar muchas deprisa, cosa que inevitablemente uno tiende a hacer cuando, llevado de un ardiente fervor, ha elegido demasiadas.

Considero que para usted es más que suficiente rezar por la mañana y por la tarde las oraciones propuestas en los devocionarios para esos momentos del día. Esfuércese, eso sí, en hacerlas siempre con la máxima atención y con los sentimientos correspondientes. Para realizar esto del modo más fructífero, trate de leer, reflexionar y sentir cada una de estas oraciones por separado en el tiempo libre, para que al leerlas en el tiempo señalado por la regla ya le resulten familiares los santos pensamientos y sentimientos contenidos en ellas. La oración no consiste simplemente en leer oraciones, sino en hacer nuestro su contenido y rezarlas como si procedieran de nuestra mente y de nuestro corazón.

Además, al considerar y sentir las oraciones, esfuércese en aprenderlas de memoria. Así, cuando llegue el momento de la oración, no se dispersará buscando el devocionario o luz para leer, ni se distraerá prestando atención al libro o a la disposición del texto, y podrá mantenerse más fácilmente con la mente vuelta a Dios. Usted misma comprobará lo mucho que ayuda esto. En cualquier caso, el hecho de que siempre y en todo lugar lleve consigo el devocionario es muy significativo.

Con esta preparación, una vez que empiece a orar preocúpese de guardar la mente de la dispersión y el sentimiento de la frialdad e indiferencia, esforzándose por todos los medios en mantener la atención y caldear el sentimiento. Después de leer cada oración, haga las postraciones que considere oportunas acompañadas de jaculatorias que expresen su necesidad o las que tenga por costumbre. De este modo la oración se prolonga un poco, pero también se incrementa su intensidad. Especialmente, al terminar las diversas oraciones prescritas, ore usted de manera espontánea, pidiendo perdón por las pequeñas distracciones de la mente y entregándose en las manos de Dios para el resto del día.

También durante el día es preciso mantener una atención orante a Dios. Para ello, como ya hemos dicho varias veces, hay que hacer memoria de Dios por medio de breves jaculatorias. Es bueno, incluso muy bueno, aprender de memoria varios salmos y recitarlos a veces en lugar de las jaculatorias, sea antes de hacer algo, sea mientras se hace, reflexionando sobre ellos. Esta es una antigua costumbre de los cristianos, en la que repararon san Pacomio y san Antonio y la introdujeron en sus reglas.

Una vez que ha pasado el día de este modo, ore con más fervor y recogimiento por la noche, renueve con más intensidad sus postraciones y su atención a Dios, y póngase de nuevo en sus manos. Después váyase a la cama con una breve oración en los labios, y duérmase con ella o recitando algún salmo.

¿Qué salmos tiene que aprender? Los que más resuenan en su corazón cuando los lee. Porque unos salmos causan más efecto en una persona, mientras que a otra le llegan más otros distintos. Empiece con el salmo «Misericordia, Dios mío» (Sal 50). Después, «Bendice, alma mía, al Señor» (Sal 102) y «Alaba, alma mía, al

Señor» (Sal 145), que son salmos antifonarios de la liturgia. Además, están los salmos iniciales de las oraciones establecidas para antes de la santa comunión: «El Señor es mi pastor» (Sal 22), «Del Señor es la tierra y cuanto la llena» (Sal 23), «Tenía fe, aun cuando dije» (Sal 115). El primer salmo de completas: «Dios mío, ven en mi auxilio» (Sal 69). Los salmos de las horas y otros parecidos. Lea el salterio y elija usted misma.

Una vez que los haya aprendido, estará usted siempre perfectamente pertrechada para la oración[1]. Y cuando le venga algún pensamiento que la disturbe, bastará con elevar una breve oración al Señor o leer un salmo –especialmente el Salmo 69, que dice: «Dios mío, ven en mi auxilio»– para que toda nube de turbación se disipe enseguida.

Concluimos así lo que se refiere a la regla de oración. Pero le repito una vez más: recuerde que todo esto no son más que ayudas, y que lo decisivo es *estar ante Dios con la mente en el corazón, con profunda devoción y una ardiente entrega a Él.*

Me ha venido a la mente decirle todavía algo más. Se puede limitar toda la regla de oración a algunas postraciones con jaculatorias y con expresiones de oración personales. Póngase en pie e inclínese diciendo: «¡Señor, ten piedad!» (u otras palabras que expresan su súplica o su alabanza) y dando gracias a Dios. Y para que no se cuele aquí la pereza, es preciso determinar o el *número* de las jaculatorias, o el *tiempo* que debe durar la oración, o ambas cosas juntas.

Esto es necesario, porque en nosotros hay algo extraño e incomprensible. Cuando, por ejemplo, nos dedicamos a algo meramente exterior, las horas pasan como si fueran minutos. Pero cuando nos ponemos a orar, no ha pasado ni un minuto y ya nos parece que llevamos un montón de tiempo. Esta sensación no es nociva cuando la oración se realiza según la regla establecida, pero cuando se ora haciendo solo postraciones y jaculatorias, esto conlleva una tentación grande, que puede llevar a interrumpir la oración

1. La expresión usada por Teófanes, *vo vseoruzhii* (literalmente, «en armadura»), evoca el conocido pasaje de la Carta de san Pablo a los efesios donde habla de la armadura espiritual para el combate contra el mal (Ef 6, 11-17) [N. del T.].

que apenas se ha comenzado, con la engañosa seguridad de que se ha realizado del modo debido. Por eso, los buenos maestros de oración, para prevenir contra este autoengaño, idearon las cuentas de oración[2], cuyo uso se recomienda a quienes se proponen rezar no con el devocionario, sino por sí mismos. Las usan del siguiente modo: mientras dicen: «Señor Jesucristo, ten piedad de mí, pecador (o pecadora)», pasan con los dedos una cuenta del cordón; lo vuelven a decir y pasan otra, y así sucesivamente. Y con cada jaculatoria hacen una postración, inclinándose o arrodillándose, según les parece, o hacen la inclinación en las cuentas pequeñas y la postración hasta el suelo en las grandes. Toda la regla consiste en establecer el número de jaculatorias con postraciones, al que se añaden otras oraciones dichas con las propias palabras. Para no engañarse recitando las jaculatorias y haciendo las postraciones a toda prisa, además del número de unas y otras se fija el tiempo que debe durar la oración, para evitar las prisas. Si aun así se cuelan, se completa ese tiempo añadiendo nuevas postraciones.

En cuanto al número de postraciones que hay que hacer en cada oración, está establecido en la *Lectura continua del Salterio*[3], al final y con dos medidas: para quienes se dedican de lleno a la oración, y para los perezosos o los muy ocupados. Los *staretz* que todavía hoy viven entre nosotros en los *skits*[4] o en celdas separadas,

2. En ruso, *chiotki*. Se trata de una especie de rosario hecho de nudos de cuerda o de abalorios. Se diferencia del rosario católico por el número de cuentas, porque estas están dispuestas sin solución de continuidad y por la forma de usarlo en la oración. El número de cuentas puede variar: lo más frecuente es que tenga cien; los hay de treinta y tres (por los años de la vida de Cristo) y hasta de mil, pero también son habituales los de diez y los de doce. Respecto al uso, se emplea sobre todo para rezar la oración de Jesús (Η Προσευχή του Ιησού), u oración del nombre de Jesús, u oración del corazón, que es una conocida práctica nacida en el seno del hesicasmo y perfeccionada por los *staretz*. Se puede repetir muchas veces como práctica ascética personal. La extensión de la oración varía desde el simple «Señor, ten misericordia», hasta el «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, ten misericordia de mí, pecador» [N. del T.].

3. Se trata del libro (del que existen numerosas variaciones) que, junto con otras muchas oraciones, antífonas y tropismos, organiza el uso de los salmos en las oraciones litúrgicas matutinas y vespertinas. Para facilitar su lectura, los ciento cincuenta salmos están organizados en veinte *kathismas* (en ruso, кафизма, del griego antiguo κάθισμα, literalmente, «asiento»), cada uno de los cuales se divide en tres antífonas [N. del T.].

4. Eremitorio ortodoxo [N. del T.].

por ejemplo en Valaam o en las islas Solovki[5], celebran toda la liturgia de esta manera. Si quiere, o si alguna vez lo desea, también usted puede realizar de esta forma su propia regla de oración. Pero antes esfuércese en acostumbrarse a ponerla en práctica como se le ha prescrito. A lo mejor no le hará falta reelaborar esa regla. En cualquier caso, le envío unas cuentas de oración. Proceda usted del siguiente modo: anote cuánto tiempo pasa en oración tanto matutina como vespertina; después siéntese y ore con jaculatorias ayudándose de las cuentas, y fíjese en cuántas veces repasa las cuentas durante el tiempo que dedica habitualmente a la oración. Establezca ese número como medida de su regla de oración. Esto no lo haga durante el tiempo de la oración, sino al margen de ella, aunque con la misma atención. Esta misma regla de oración póngala en práctica después de este modo, de pie y haciendo postraciones.

Al leer esto no vaya a pensar que la estoy empujando al monasterio. Sobre la oración hecha con las cuentas de oración oí hablar por vez primera siendo aún laico, no monje. Y muchos laicos, hombres y mujeres, rezan de este modo. Y a usted también le irá bien así. Si normalmente usa para la oración plegarias aprendidas y ajenas y estas no consiguen mover su corazón, puede usted orar con cuentas un día, y otro de nuevo con las primeras. Y así, vaya alternando.

Y de nuevo le repito: la esencia de la oración está en elevar la mente y el corazón a Dios; estas reglas son simplemente ayudas. Aun así, no podemos prescindir de ellas, pues somos débiles. ¡Que la bendiga el Señor!

5. Se refiere al monasterio masculino ortodoxo de la Transfiguración, situado en el archipiélago de Valaam, al norte del lago Ladoga, en la región rusa de Carelia; y al monasterio igualmente ortodoxo y masculino fundado en el siglo XV en las islas Solovki, en el golfo de Onega, en el mar Blanco. Estas islas alcanzaron gran notoriedad porque, tras la Revolución de Octubre, se construyó en ellas el primer campo de prisioneros soviético [N. del T.].

48

Cómo concentrarse como es debido en la oración. Disponerse a la oración como es debido

Escribe usted que no consigue de ningún modo dominar los pensamientos, que no paran de moverse; y que la oración no resulta en absoluto como desearía; y que durante el día, en medio de las ocupaciones y los encuentros con otras personas, casi no se acuerda de Dios.

Es que no se consigue de repente y a la primera. Es preciso esforzarse por orden, para que los pensamientos se ordenen, siquiera un poco. Lo cierto es que eso que usted esperaba, o sea, ponerse a ello y conseguirlo al instante, no sucede jamás. Ya es un éxito que se haya dado cuenta de esto y que lo considere incorrecto. Porque antes le pasaba lo mismo, pero no se dolía de ello. Ahora, por el contrario, no solo es consciente del desorden de sus pensamientos, sino que se preocupa por ello y desea encontrar el modo de remediarlo. Mantenga viva esta preocupación y esfuércese en corregir estos defectos.

Ya le he escrito que la constancia y la continuidad en el trabajo sobre uno mismo es una condición imprescindible para el éxito en la vida espiritual. La plena pacificación de los pensamientos es un don de Dios, pero se trata de un don que no se concede sin el esfuerzo propio. Con sus solos esfuerzos no alcanzará nada, pero tampoco Dios le dará nada si no trabaja con todas sus fuerzas. Esta es una ley inevitable. Tiene usted el libro de *Las conversaciones* de san Macario de Egipto. Lea la número XIX, que trata de que los cristianos deben obligarse a hacer toda clase de bien. Ahí escribe que hay que obligarse también a la oración, si es que no se tiene una vida espiritual de oración, y que Dios, al ver que la persona se esfuerza de verdad y que trata de dominarse (es decir, de dominar sus pensamientos) contrariando sus propias inclinaciones,

le concede la auténtica oración, es decir, la oración recogida, sin distracciones, en la que la mente se encuentra en quietud ante Dios. Y cuando la mente se aquieta ante Dios durante el tiempo de oración, entonces ya no quiere alejarse de Él, porque encuentra en Dios esa dulzura que, cuando se prueba, hace perder el interés por cualquier otra.

Y ya he señalado en varias ocasiones qué clase de esfuerzo conviene aplicar aquí: la fuerza de la voluntad que impide que los pensamientos divaguen y que, cuando de manera involuntaria se dispersan, los obliga a volver, reprochándose, lamentando y doliéndose de este desorden. San Juan Clímaco[1] dice sobre esto que hemos de encerrar nuestra mente a la fuerza en las palabras de la oración.

Cuando haya aprendido de memoria las oraciones, como le escribí la última vez, tal vez le irá mejor. Y mejor aún sería que fuera a la iglesia, pues en ella se revela el espíritu de oración enseguida, ya que allí todo está orientado a esto. Pero para usted esto no resulta cómodo. Esfuércese, pues, en casa y según sus posibilidades en habituarse a la oración recogida y a estar en la presencia de Dios el resto del tiempo. Una vez que haya aprendido las oraciones, no se olvide de meditar cada palabra y sentirla, y entonces esas mismas palabras centrarán su atención y avivarán su amor a Dios.

Tiene usted que hacer lo siguiente. No se ponga en oración inmediatamente después de haber estado ocupada en las tareas de la casa, las conversaciones y las idas y venidas. Antes tiene que prepararse un poco, tratando de recoger sus pensamientos y dirigirlos a la presencia de Dios como es debido. Despierte en sí misma el sentimiento de la necesidad de orar, y de orar precisamente en ese momento, porque puede ser que no haya otro. No se olvide de recuperar la conciencia de sus necesidades espirituales, y sobre todo de la necesidad que en este momento es más actual: la de ordenar los pensamientos en la oración con el deseo de encontrar su satisfacción en Dios. Una vez que tenga en el corazón la conciencia y el

1. San Juan Clímaco (575-649?), abad del monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí (monasterio de la Transfiguración). Su sobrenombre, «Clímaco» (del griego *klimax*, «escalera»), se debe a su célebre escrito ascético y místico titulado *La escala del divino ascenso*, o *La escala del Paraíso* (Sígueme, Salamanca 1988). Es venerado como santo por la Iglesia católica y por la Iglesia ortodoxa [N. del T.].

sentimiento de tales necesidades, entonces el mismo corazón no le permitirá divagar con sus pensamientos en otras cosas, sino que la moverá a suplicar al Señor por esas mismas necesidades. Y por encima de todo, trate de sentir con especial intensidad su absoluta impotencia: que si no fuera por Dios, se perdería completamente. Si a alguien le amenaza una desgracia y tiene delante de sí a quien puede librarlo con un mero gesto, ¿se pondrá acaso a mirar de un lado a otro en presencia de aquel? No, sino que caerá ante él y le suplicará. Así será en su caso en la oración, cuando se ponga a hacerla con el sentimiento de absoluta impotencia y con la conciencia de que nadie la puede librar más que el único Dios.

Todos padecemos un mal no pequeño, a saber: mientras que respecto de cualquier otro asunto no nos ponemos a ello sin una cierta preparación, por pequeña que sea, a la oración nos acercamos de cualquier manera y tendemos a hacerla lo más deprisa posible, como si fuera un asunto banal, algo añadido a nuestras ocupaciones, y no la más importante de todas. De este modo, ¿cómo vamos a estar en la oración con la mente y los sentimientos recogidos? Así resulta ella, con bastante desorden. No actúe usted de esta forma; trate de rechazar este pecadillo y no se permita de ningún modo comportarse a la ligera con respecto a la oración. Convénzase de que relacionarse así con la oración es un delito, un delito gravísimo, merecedor de un proceso penal. Vea la oración como lo primero en su vida, y téngala en esta consideración en su corazón. En consecuencia, dedíquese a la oración como la tarea principal que es, y no como algo secundario.

Esfuércese. Dios vendrá en su ayuda, pero usted ha de procurar cumplir lo que se le prescribe. Si lo hace así, pronto, muy pronto, empezará a ver frutos. Sentirá la dulzura de la verdadera oración. Y entonces esa misma dulzura la atraerá a la oración y la animará a esforzarse para orar con atención.

¡Que el Señor la bendiga!

49

LOS ASUNTOS DE LA VIDA COTIDIANA. CÓMO TRATAR DICHOS ASUNTOS, DE MODO QUE NO NOS DISTRAIGAN, SINO QUE SE ACOMODEN AL SERVICIO A DIOS

En esta carta, continúo hablando a propósito de su queja por el desorden de los pensamientos que las ocupaciones de la vida cotidiana suelen fomentar.

¿Cómo vivir sin hacer nada? Sería un ocio pecaminoso. Hay que trabajar en algo, y también realizar los quehaceres domésticos. Este es su deber. Y tampoco se debe prescindir de las relaciones con otras personas. Hay que mantenerlas de acuerdo con la propia condición. Este es un deber de la vida humana en sociedad. Pero todos los quehaceres y ocupaciones de este tipo podemos y debemos realizarlos de manera que no alejen nuestros pensamientos de Dios. ¿Cómo?

Está muy extendida la creencia de que, en cuanto nos ponemos a hacer algo en casa o fuera de ella, nos salimos del ámbito de los asuntos divinos y agradables a Dios. De aquí que cuando surge el deseo de vivir de modo agradable a Dios y se habla de ello, normalmente se une a esto el pensamiento de que, para realizarlo, uno tiene que abandonar su casa y la sociedad e irse al desierto o al bosque. Pero resulta que no es cierto ni lo primero ni lo segundo. Los asuntos de la vida cotidiana y de la vida social, de los que depende el mantenimiento de las familias y de la sociedad, son cosas dispuestas por Dios, y su cumplimiento no significa alejarse del ámbito de lo que a Dios agrada, sino que es parte de nuestro camino en los asuntos divinos.

Al tener una creencia tan equivocada, todos actúan de tal manera que en estos asuntos domésticos y sociales no se preocupan ni lo más mínimo de pensar en Dios. Veo que esta creencia también la domina a usted. Deséchela y convénzase de que lo que usted hace

en su casa y fuera de ella, en la esfera social, como hija, como hermana, ahora como moscovita, tiene que ver con Dios y que a Dios le agrada. Porque para cada uno de los distintos aspectos que tienen que ver con esto existe su correspondiente mandamiento. Y ¿cómo no va a agradarle a Dios que cumplamos sus mandamientos? Más bien, con esa errónea creencia seguro que hace usted que estas cosas no le sean agradables, porque no las realiza con la disposición con que Dios quiere que se cumplan. Así, estas ocupaciones no producen ningún fruto y, además, alejan la mente de Dios.

Corrija, pues, dicha idea y empiece ya a realizar todos sus quehaceres con la conciencia de que Dios mismo nos manda hacerlos, y ocúpese de ellos como cumpliendo un mandamiento divino. Cuando se disponga de esta forma, ni una sola tarea de la vida cotidiana la separará de Dios, sino que, por el contrario, la acercará a Él. Todos somos siervos de Dios; a cada uno le ha señalado un lugar y una misión, y observa cómo la realiza. Él está en todas partes. También la mira a usted. Conserve esto en su mente y cada cosa que haga, cualquiera que sea, hágala como si se la hubiera encargado Dios directamente.

Realice así sus quehaceres domésticos. Y cuando vaya alguien a su casa o usted misma salga afuera, tenga presente, en el primer caso, que Dios le ha enviado a esa persona y que está mirando si usted la acoge y la trata según Él quiere; y en el segundo caso, piense que Dios le ha encargado hacer algo fuera de casa y está mirando si usted lo realiza como Él quiere.

Si cultiva esta disposición, ni los asuntos domésticos ni los de fuera de casa distraerán su mente de Dios; al contrario, la mantendrán cerca de Él, en virtud del pensamiento de que a Dios le agrada que usted cumpla esas tareas. Todo lo hará con temor de Dios, y este temor mantendrá la atención constantemente en Dios.

En cuanto a qué asuntos domésticos y extradomésticos son agradables a Dios, esto trate de aclararlo en detalle tomando como guía los libros donde se exponen los deberes al respecto. Tener esto bien claro es del todo necesario para saber distinguir, tanto en los asuntos de la vida cotidiana como en los relativos a la vida social, lo que es adecuado a la propia condición, de lo que han introducido aquí la vanidad, las pasiones y la mentalidad meramente humana o

mundana. Y, naturalmente, dado que usted ha decidido vivir como a Dios le agrada, tiene que alejarse de todo eso sin necesidad de que yo se lo diga.

Además de con la errónea creencia ya mencionada, nuestros quehaceres suelen ir acompañados con una especie de debilidad o *enfermedad*, por así decir. Se trata del afán. Realizar con diligencia las tareas que tenemos que hacer es un deber, respaldado por una terrible amonestación: *Maldito todo el que hace la obra de Dios con negligencia*. Pero el afán o la preocupación excesiva, que carcome el corazón y le quita la paz, es una enfermedad del pecador que pretende organizar su propio destino y trajina en todas las direcciones. El afán desmedido dispersa los pensamientos e incluso impide concentrarse en el asunto que uno se trae entre manos. Así que mire dentro de sí y, si descubre que a veces la domina esta forma de *afán*, esfuércese en expulsarla y no darle lugar. Debe usted tener diligencia a la hora de realizar sus tareas, y al hacerlas con todo cuidado espere de Dios el éxito, consagrándole su labor, por pequeña que sea; pero el afán reprímalo.

Actúe usted así y sus ocupaciones y asuntos cotidianos no la apartarán de Dios.

¡Que Él la ayude!

50

Continuación. Cómo suscitar en uno mismo el recuerdo constante y amoroso de Dios

Voy a decirle algo más para completar lo anterior.

Es preciso acordarse de Dios. Hay que llegar al punto en que tal recuerdo se haga connatural y se identifique con nuestra mente, nuestro corazón y nuestra conciencia. Para que este recuerdo y este pensamiento arraiguen, hay que cultivarlos en uno mismo con mucha diligencia. Si trabaja en esto, Dios se lo concederá y usted lo alcanzará; pero si no se esfuerza, no lo conseguirá. Y si no consigue esto, no alcanzará nada, no tendrá ningún éxito en la vida espiritual; es más, no tendrá ninguna vida espiritual, porque la vida espiritual es precisamente esto. ¡He aquí por qué es tan esencial e importante!

Al esforzarse en mantener el pensamiento sobre Dios, no lo mantenga sin más, desnudo, sino que procure unir a él todas las ideas sobre Dios que usted conoce, las propiedades divinas y sus acciones, profundizando con su mente en unas o en otras. En especial, reflexione sobre la creación divina y sobre sus obras; sobre la encarnación del Verbo de Dios y sobre su obra de salvación; sobre su muerte, resurrección y ascensión al cielo; sobre el envío del Espíritu Santo, la formación de la santa Iglesia, depositaria de la verdad y de la gracia, y sobre las moradas celestes preparadas para todos los creyentes en el Reino de los cielos, incluida usted misma. Aplique su reflexión también a las cualidades de Dios: la bondad inefable, la sabiduría, la omnipotencia, la verdad y la justicia, su omnipresencia, su providencia que lo sostiene todo y lo ve todo, su absoluta bienaventuranza y grandeza.

Trate de considerar cada una de estas cosas durante la oración y especialmente durante la lectura. Cuando las considere y contemple con claridad, entonces, al pensar sobre Dios, no tendrá solo una

idea desnuda de Dios, sino una idea acompañada y unida a múltiples pensamientos salvíficos que operan en el corazón y suscitan la energía del espíritu. Puede usted componer su propia plegaria de alabanza, en la que exprese todo esto. Por ejemplo: ¡Gloria a ti, Dios, adorado en la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo! ¡Gloria a ti, creador de todo! ¡Gloria a ti, que nos has honrado adornándonos con tu misma imagen! ¡Gloria a ti, que no nos has abandonado en nuestra caída! ¡Gloria a ti, Señor Jesucristo, que has venido a nosotros, te has encarnado, has sufrido y has muerto por nosotros. has resucitado, ascendido al cielo y nos has enviado el Espíritu Santo, has constituido tu Iglesia para nuestra salvación, y nos has prometido y preparado el Reino de los cielos! ¡Gloria a ti, Señor, que de modo admirable has dispuesto la salvación de cada ser humano y de pueblos enteros! ¡Gloria a ti, Señor, que también a mí me has llamado a la salvación!

En especial, procure tomar conciencia de este último punto, de modo que las grandes misericordias del Señor la alcancen precisamente a usted y se sienta movida a dar gracias a Dios por ellas sin cesar. Dele gracias porque le ha concedido ver la luz en este mundo, nacer en medio de un pueblo cristiano, de padres piadosos, y haber recibido una educación tan buena. Dele gracias también por el hecho de que Dios suscita en usted tan santas decisiones como las que ha tomado hace poco y por disponer de un apoyo firme para las mismas. Considere además su vida entera desde su nacimiento, tal como la recuerde, y caiga en la cuenta de todas las ocasiones en que se ha librado inesperadamente de alguna desgracia y en las que ha recibido alegrías insospechadas. No somos conscientes de muchas desgracias porque suceden a nuestro lado sin que nos afecten. Pero cuando volvemos la vista atrás, no podemos dejar de ver que en tal y cual situación sucedió una desgracia que no nos tocó, y tampoco podemos explicar por qué nos libramos de ella. Así pues, considere estos casos en su propia vida y confiese que no sufrió daño alguno por la misericordia de Dios para con usted, que la ha amado. Sepa que los secretos favores de Dios para con nosotros, para con cada uno de nosotros, son innumerables, porque todo viene de Dios. Reconozca estos favores y dé gracias a Dios de corazón. Así pues, si examina bien el curso de su vida, encontrará no pocos

casos de favores divinos para con usted: tuvo lugar tal desgracia, pero le pasó de largo, sin que usted sepa cómo. Dios fue quien la libró. Confiéselo y dé gracias a Dios porque la ama.

Si conocer las misericordias del Señor para con todos enciende el corazón, más lo caldeará el contemplar sus favores concretamente con usted. El amor enciende el amor. Al sentir en su espíritu que el Señor la ama, no puede permanecer fría para con Él: el corazón mismo se eleva a Él con amor y en acción de gracias. Mantenga su corazón bajo la influencia de esta convicción del amor que el Señor le tiene, y el fervor del corazón se inflamará enseguida de amor por el Señor. Cuando esto tenga lugar, no necesitará ya hacer esfuerzos de memoria para conservar el recuerdo de Dios, ni tampoco necesitará norma alguna para conseguirlo. El amor no le consentirá ni por un minuto olvidarse de su amado Señor. Pero esto es el caso extremo. Trate de retener todo esto en su mente y de hacerlo con convicción. Y después oriente a este preciso fin el esfuerzo ya comenzado para afirmar en la mente y en el corazón el pensamiento sobre Dios.

Tal vez le resulte difícil reflexionar por sí sola sobre las propiedades y las acciones de Dios. Pues bien, si no recuerdo mal, tiene usted los escritos del santo obispo Tijón; en sus *Cartas desde la celda* encontrará una ayuda de gran utilidad[1]. En ellas el santo expone de forma muy clara cada una de las propiedades de Dios, y las describe con palabras tan cálidas y convincentes que, si lee atentamente, calarán en su corazón.

Y todavía me queda por aclararle un puntito más, pero será en otra ocasión.

1. Esta obra de san Tijón de Zadonsk, *Cartas desde la celda*, recoge 123 cartas sobre diversos aspectos de la vida cristiana [N. del T.].

51

Cómo sacar provecho espiritual de los asuntos y las cosas de la vida cotidiana

Evocar al santo obispo Tijón me ha movido a explicarle un punto que será muy útil para usted: precisamente cómo convertir cada cosa en una manifestación de las verdades de Dios y en un recordatorio de Él.

Escribe usted que las tareas domésticas la distraen de pensar en Dios. Ya le indiqué cómo hacer para evitar eso. Pero usted no ha mencionado otra cosa que puede distraer y de hecho distrae nuestra mente y la separa de Dios. Cada realidad exterior que los sentidos perciben atrae nuestra atención y nos lleva a apartarla de Dios. Pero también hay aquí una forma para que las cosas visibles no solo no nos distraigan de Dios, sino que incluso nos atraigan a Él. ¿Cómo es esto posible?

Es preciso reinterpretar en sentido espiritual todas las cosas que pasan delante de nuestros ojos, y que esta interpretación llene de tal modo nuestra mente que, cuando mire cualquier cosa, el ojo vea la cosa sensible mientras que la mente contemple su verdad espiritual. Por ejemplo, ve usted una mancha en un vestido blanco y siente que eso es algo desagradable y una lástima. Reinterprete esto pensado qué lástima y desagrado deben sentir el Señor, los ángeles y los santos al ver la mancha del pecado en nuestras almas, blanqueadas en su creación a imagen de Dios, renacidas en el baño del bautismo o lavadas en las lágrimas del arrepentimiento. Y si escucha a unos niños pequeños, a los que han dejado correr a su aire, haciendo ruido y alborotando, reinterprete eso pensando qué ruido y alboroto invaden nuestras almas cuando de ellas se alejan la atención a Dios y el temor de Dios. Y si huele el aroma de una rosa u otro olor que le resulte agradable, y de repente siente un hedor que la hace apartarse y taparse la nariz, piense que toda alma

emana su olor: si es buena, un olor agradable; si está entregada a las pasiones, uno repugnante. Los ángeles de Dios, los santos y, con frecuencia, los justos en la tierra huelen esos olores, y se alegran de los agradables y se entristecen de los repugnantes.

Le he puesto solo algunos ejemplos, pero cada cosa puede suscitar distintos pensamientos espirituales, a unas personas unos y a otras otros. Cuando encuentre algo que le resulte hermoso y claro, interprete así todo lo que le rodea y lo que le vaya saliendo al encuentro. Empiece por su casa; relea según ese pensamiento cada elemento de ella: el edificio, las paredes, el tejado, los cimientos, las ventanas, la chimenea, las mesas, los espejos, las sillas y las demás cosas. Después pase a los que viven en ella y lea a esa luz a sus padres, los niños, sus hermanos y hermanas, sus otros familiares, los sirvientes, los visitantes, etcétera. Y haga lo mismo con el curso habitual de la vida: el levantarse por la mañana, los buenos días, la comida, los trabajos, las salidas, los regresos, la merienda, los aperitivos, las canciones, el día, la noche, el sueño y así con todo.

Como ayuda, tome de nuevo a san Tijón. Ha escrito cuatro libros, bajo el título genérico de *Tesoro espiritual, tomado del mundo*, llenos de interpretaciones de este tipo. Tómelos y léalos. Le enseñarán cómo se hace esto y así se acostumbrará usted a hacer lo mismo. Y además asimilará directamente su modo de interpretar. Si acaso le parece que son demasiados libros, lea simplemente la interpretación más breve de todas, titulada «El suceso y la reflexión espiritual sobre el mismo», en el segundo volumen. Ahí reinterpreta brevemente 176 casos. No le costará gran trabajo considerarlos con atención, entre otras cosas porque abarcan todo lo que usted tiene que interpretar. Por lo demás, como usted sabe, haga esto tal como se lo propongo.

Cuando lo haga, resultará que cada cosa será para usted como un libro santo, o como un capítulo de un libro santo. Entonces también cada objeto, al igual que cada tarea y ocupación, la conducirán a pensar en Dios. Y así caminará usted por este mundo sensible como por el reino espiritual. Todo le hablará de Dios y mantendrá su atención en Él. Y si constantemente une este recuerdo con el temor de Dios y el sentimiento de piedad ante su grandeza, ¡¿qué necesidad tendrá ya de maestros y guías?!

Pero, naturalmente, son necesarios el esfuerzo y el trabajo, tanto de la mente como del corazón. Y no se compadezca a sí misma. Si lo hace, se perderá; y si no se compadece a sí misma, se salvará. Aleje de sí esa equivocada actitud de la que prácticamente todos nos hemos contagiado: no nos quejamos del esfuerzo que nos exigen otros asuntos, pero cuando se trata de nuestra salvación, nos quejamos. Pensamos que en este asunto basta con pensar y desear, sin más. Pero ciertamente no es así. El asunto de la salvación es el más importante. Por consiguiente, es también el que más esfuerzo requiere, porque el esfuerzo siempre es proporcional a la importancia del asunto. ¡Esfuércese, pues, en lo que se refiere al Señor y verá qué frutos cosecha! En cambio, si no se esfuerza, su vida resultará estéril y carente de valor.

¡Que Dios la libre de tal cosa!

52

El recuerdo de Dios debe conducir al sentimiento de fervor o al amor ardiente a Dios

Se sorprende usted de que le escriba tanto sobre lo mismo cuando, como señala, es evidente que me faltan muchas otras cuestiones que tratar.

Pues demos este tema por concluido. A usted le queda ya solo ponerlo por obra. Y si he escrito tanto sobre la práctica de tener presente a Dios, es porque esto es lo que sostiene todo. Cuando se afiance en usted el recuerdo de Dios, no como mera costumbre, sino con piedad y otros sentimientos respecto del Señor, entonces este recuerdo le hará estar bien en todo, incluso gozará un aspecto benigno y admirable, pues existe también un bienestar burdo, sin armonía. Este recuerdo será en su caso algo así como un dueño, administrador y constructor de su existencia, y en particular de su vida interior. Y entonces se cumplirá en usted lo que, en su oración, deseaba el Apóstol a los efesios y, en ellos, a todos los cristianos: «Que el Padre os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3, 16-17). Sobre esto es sobre lo que hablo. El Apóstol consideraba esto tan importante que, al pedirlo, lo hacía con un ardor especial: «Doblo las rodillas –dice– ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 3, 14). ¿Cómo no voy a hablarle de esto? Cuando usted afiance en su interior el recuerdo de Dios, entonces Cristo el Señor habitará en usted. Pues una cosa y la otra van de la mano.

Y un signo por el que se convencerá de que este hecho admirable ha comenzado a realizarse en usted es, justamente, ese cálido sentimiento para con el Señor. Si cumple cuanto le he prescrito, ese sentimiento empezará a manifestarse pronto, luego cada vez con más frecuencia y, finalmente, será constante. Este sentimiento es dulce y

dichoso, y desde su primera aparición suscita el deseo y el esfuerzo para que no se aleje del corazón, porque en él está el paraíso.

¿Quiere entrar en este paraíso cuanto antes? Esto es lo que tiene que hacer: jamás concluya su oración sin haber encendido en el corazón algún sentimiento para con Dios: sea la piedad, la entrega de sí, la acción de gracias, la alabanza, la humildad y el dolor de corazón, o la fidelidad y la confianza. Asimismo, cuando después de la oración se ponga a leer, no deje la lectura sin que la verdad que ha leído haya calado en su sentimiento. Estos dos sentimientos (acogidos), caldeándose mutuamente, pueden mantenerla bajo su efecto durante todo el día si les dedica su atención. Trate de seguir con exactitud estos dos consejos y verá lo que sucede.

Cuando algo pasa largo tiempo bajo los rayos del sol, se calienta mucho. Así le sucederá a usted. Manteniéndose bajo los rayos del recuerdo de Dios y de los sentimientos hacia Él, se caldeará cada vez más con una calidez que no es de este mundo, y después arderá en este fervor. Y no solo será fervorosa, sino que estará envuelta en llamas. Y se cumplirá en usted esta palabra: «He venido a traer fuego sobre la tierra de los corazones humanos, y ¡cuánto deseo que se encienda en todos lo antes posible!» (Lc 12, 49).

Ilustremos todo esto con una comparación: cuando una chispa cae sobre una sustancia combustible, esta empieza a arder débilmente, luego se inflama y, por fin, se envuelve en llamas por completo, y lo que por naturaleza es oscuro se convierte en luminoso y en luz a causa del fuego que lo envuelve. Lo mismo le sucederá a usted: empezará caldeándose un poco, luego se encenderá, se inflamará con el suave fuego espiritual, que irá penetrando en cada parte de usted hasta incendiarlo todo y hacerlo luminoso, a pesar de que usted, por sí misma, sea oscuridad. Recuerde lo que dijimos al principio acerca de aquella envoltura del alma y, después, de la irradiación del alma agraciada. Esto es, pues, lo que le sucederá. De verdad. Pero para ello se requieren esfuerzo y sudor, y solo Dios sabe por cuánto tiempo, pues todo depende de Él. Usted procure no ofender a Dios, para que Él no olvide el esfuerzo que hace por amarlo.

53

Las pasiones impiden que el espíritu se caldee en el amor de Dios. Necesidad de expulsarlas

Justo cuando su corazón comience a arder con el calor divino, empezará propiamente su transformación interior. Esa llamita quemará y fundirá todo, o por decirlo de otra forma, empezará a espiritualizarlo todo, hasta que lo espiritualice por completo. Mientras no prenda esa llamita no habrá espiritualización, por mucho que usted se esfuerce por las cosas espirituales. Así pues, por el momento lo único que hay que hacer es obtener esa llamita. Procure orientar a este fin todo su trabajo.

Pero entienda que esta llamita no prenderá mientras las pasiones estén activas, aun cuando no seamos indulgentes con ellas. Las pasiones son como la humedad en la leña, que no permite que esta arda. Hace falta traer de otra parte astillas secas y encenderlas. Estas, al arder, empiezan a evaporar la humedad, y a medida que la leña se seca va ardiendo más. Así, el fuego, a la vez que elimina poco a poco la humedad, se va extendiendo hasta envolver por completo con sus llamas la leña.

Nuestra leña son las fuerzas de nuestra alma y las funciones del cuerpo. Todas ellas, mientras la persona no se concentre en sí misma, están impregnadas de humedad, o sea, de las pasiones, y mientras no las expulse estas se opondrán obstinadamente al fuego espiritual. Recuerde que le escribí que tenemos un cierto espacio interior caótico y bullanguero, en el que se agitan sin orden pensamientos, deseos y sentimientos, y que se llena de pasiones como el espacio se llena de polvo. Yo sitúo ese espacio entre el cuerpo y el alma, indicando así que las pasiones no pertenecen a la naturaleza, sino que son advenedizas. Pero no se quedan en ese espacio intermedio, sino que pasan al alma, y también al cuerpo, y se apoderan del espíritu, de la conciencia y de la libertad, y de este modo

dominan al hombre entero. Como las pasiones están aliadas con los demonios, por medio de ellas los demonios dominan sobre el hombre, el cual, sin embargo, se imagina que es dueño de sí.

Es sobre todo el espíritu el que se deshace de estos lazos. La gracia de Dios los desata. El espíritu, lleno de la operante gracia del temor de Dios, rompe todo vínculo con las pasiones y, arrepintiéndose del pasado, hace el firme propósito de agradar en el futuro al único Dios y de vivir tan solo para Él, caminado según sus mandamientos. Al perseverar en esta resolución, el espíritu, con ayuda de la gracia de Dios, expulsa después las pasiones del alma y del cuerpo, y se espiritualiza por completo. Que de esta misma manera su espíritu arranque de sí los lazos que lo retienen. Con su conocimiento y su libre voluntad, póngase del lado de Dios. Usted quiere pertenecer a Dios y agradarle solo a Él. Este es el punto de apoyo de su actividad espiritual. Pero mientras se restablecen los derechos de su espíritu, el alma y el cuerpo permanecen bajo el dominio de las pasiones y padecen su violencia. A usted le corresponde ahora armarse contra las pasiones y combatirlas, expulsarlas del alma y del cuerpo. La lucha contra las pasiones es ineludible, pues ellas no ceden por sí mismas sus posesiones, aun cuando sean ilegítimas.

En relación con esto ya le he hablado de todo lo que se refiere a hacer memoria de Dios, a permanecer con Dios y caminar en su presencia. Y tal vez usted habrá preguntado admirada: «¿No volvemos siempre a lo mismo?». El hacer memoria de Dios es la vida del espíritu. Esa memoria enciende el celo por agradar a Dios y hace firme su resolución de pertenecerle. Ella es, repito, el punto de apoyo de la vida en el espíritu y, añado, la base de las operaciones estratégicas que usted debe dirigir contra las pasiones.

Usted se preguntará: «¿Y cómo es todo esto? Cuando me convertí a Dios con atención y deseo, ¿qué lugar ocupaban ahí las pasiones?». Pero ¿a qué viene esta pregunta? ¿No ve que ellas están todavía en usted? No hace mucho usted me escribió que se había enfadado terriblemente; ¿acaso no es eso una pasión? Pero esa pasión, como todas las demás, no está nunca sola: la acompaña la soberbia, y la pretensión de imponer la propia voluntad, y el menosprecio. También me contó que se había negado a dar algo que le ha-

bían pedido; ¿qué es esto?, ¿no es tacañería? Y algo más: reconoció que no soporta a cierta persona; ¿no es esto también una pasión? Y que le gusta dormir; ¿no asoma ahí la pasión de la comodidad? Y todo esto lo hemos descubierto sin profundizar mucho; hurgue en sí misma un poco más y seguro que algo encontrará.

Así que no hay nada que preguntar. Tal vez sepa que las pasiones anidan en usted y que hay que expulsarlas, porque son indebidas y dañinas, pues dificultan el progreso en la vida espiritual. Ármese contra ellas. No tema. El asunto es muy sencillo: basta con tomar dos o tres medidas, nada más. Pero sobre esto trataremos en otra ocasión.

54

SOBRE LA LUCHA CONTRA LAS PASIONES

Continúo. Las *pasiones* están en nosotros, pero no tienen autonomía en nosotros. La razón, por ejemplo, es una parte esencial del alma, de modo que no hay manera de eliminarla sin destruir el alma. Con las pasiones no sucede lo mismo. Se han introducido en nuestra naturaleza y pueden ser expulsadas de ella sin que por eso el ser humano deje de serlo; al revés, una vez que las pasiones han sido echadas afuera, el hombre se convierte en hombre auténtico, mientras que con su presencia lo estropean y hacen de él un ser peor que los animales en muchos sentidos. Si dominan a un hombre y este las ama, entonces se unen tan íntimamente a su naturaleza humana que ese individuo, cuando actúa secundándolas, da la impresión de que actúa según su propia naturaleza. Y parece así porque el hombre que se somete a ellas actúa obedeciéndolas voluntariamente, y hasta se convence de que no es posible comportarse de otra manera: es su naturaleza.

Todas las pasiones proceden de la autocomplacencia del propio yo, del amor propio, y de él se sustentan. Tan pronto como el hombre decide con fervor renunciar a sí mismo y agradar solo a Dios, en virtud de ese acto espiritual todas las pasiones pierden su punto de apoyo y son expulsadas de la conciencia y la voluntad que antes poseían. Perdido ese punto de apoyo, se ven privadas también de la fuerza para dominar que tenían antes, por la que el hombre las seguía como el asno sigue de la rienda a su dueño. Antes, en cuanto aparecía la excitación pasional, el hombre se lanzaba con todas sus fuerzas a satisfacerla. Ahora ya no. Las pasiones se siguen manifestando, pero en vez de esforzarse por satisfacerlas cuanto antes, ahora el hombre se opone a ellas y las expulsa de su terreno.

Y esto es lo que le pasa a usted, que con tanto ardor se ha propuesto trabajar para el Señor, sin compadecerse de sí misma. Es

verdad que, hasta ahora, las pasiones no habían tenido tiempo de crecer y hacerse fuertes en usted, pero estaban todas ellas y usted actuaba secundándolas, sin darse cuenta de que lo hacía en contra de sí misma, e incluso considerando a veces, por ejemplo, que su indignación era algo noble, y también su soberbia, cuando en realidad esa indignación y esa soberbia son, bajo apariencia de nobleza, tan innobles como en cualquier otro. Estaban ahí antes y, casi sin que usted se diera cuenta, a veces la dominaban; y seguirán manifestándose todavía, pero ya no deberán dominarla. Yo lo diría así: no se harán presentes porque ahora, por esa resolución suya, todo su poder ha quedado en suspenso, y quedó en suspenso en el momento en que usted decidió no compadecerse de sí misma por Dios. Pero no sé cómo va todo esto en su caso, porque no basta con hacerse el propósito sin más, sino que hay que cumplirlo, y cumplirlo de verdad, sin concesiones. La autocompasión es tan halagadora y las pasiones adoptan a veces un aspecto tan agradable, que no sería de extrañar que usted volviera a actuar de acuerdo a ellas, incluso sin darse cuenta cabalmente de ello.

Por todo esto ve usted que, pese a que ya ha tomado la resolución de agradar al único Dios y tiene bastante claro lo que exige de usted la santa y perfecta voluntad de Dios, le corresponde perseverar rigurosamente en las siguientes reglas: «Poned atención en comportaros no como necios, sino como sabios, aprovechando el momento presente, porque corren malos tiempos» (Ef 5, 15-16). Nuestros días son malos tiempos, es una mala condición y una mala posición a causa de las malas pasiones que anidan en nosotros. «Vivid con sobriedad y estad alerta» (1 Pe 5, 8). «¡Cuidado! Estad alerta» (Mc 13, 33).

¿Sobre qué es preciso estar vigilantes y qué hay que observar? Mire atentamente que no se introduzca de manera furtiva alguna pasión, y cuide de que no la engañe ni le induzca a hacer algo, sea grande o pequeño, de lo que ella saque algún provecho. Aunque siga a la pasión en algo trivial y haga algo de acuerdo con ella, será algo malo, pues agrada al enemigo y no a Dios. Es preciso disponerse de tal modo que el enemigo no se aproveche de usted ni siquiera en lo más insignificante. Y para esto hay que estar en vela, despiertos, sobrios y en guardia.

Todas estas acciones se condensan en una: mirar que el enemigo no se introduzca furtivamente. Estar en vela y despiertos significa no dormir, no darse a la indolencia, sino mantener el alma y el cuerpo en tensión. Estar sobrio significa no entregar el propio corazón a nadie más que a Dios. Porque esa entrega del corazón hace que el alma esté como borracha y empiece a hacer no se sabe qué. Estar en guardia significa mirar rigurosamente que el corazón no se complazca en algo malo. Cuando, manteniendo sus fuerzas en tensión y no entregando su corazón a nada, observe con atención todo lo que sucede en su interior, entonces cumplirá de verdad las prescripciones antes indicadas, del Señor y de los apóstoles, y estará realmente en guardia.

Esto es lo principal en la lucha contra las pasiones. En cuanto dejamos de prestar atención al enemigo y le permitimos pasar, nos esperan heridas y derrotas completas. En cambio, el enemigo no es temible si es observado. Basta con que lo amenaces para que huya. Los subterfugios de nuestros enemigos son tales que, en el mismo momento en que ven que los hemos descubierto, desaparecen, aunque esto no sucede siempre, claro. Los hay tan bribones que, sin importarles nada, no paran de entrometerse.

Pero de todo esto hablaremos también. Mientras tanto, ¡preocúpese de su salvación!

55

Continuación sobre la lucha contra las pasiones

Doy por supuesto que usted vigila su corazón. Pero ¿lo hace realmente con cuidado?

En primer lugar, le digo que tiene la posibilidad de hacerlo. Cuando está oscuro ni siquiera es posible ver una cosa grande; por el contrario, cuando está claro, hasta la cosa más pequeña salta a la vista. En el alma reina la oscuridad mientras no se convierte a Dios, y vive para sí misma; pero cuando se ha convertido a Dios, entra en ella la luz y el pensamiento sobre Dios, como un rayo de sol lo ilumina todo en ella.

A quien vive para sí, es inútil decirle: «Mira que no se te introduzca subrepticiamente alguna pasión», pues la autocomplacencia es la guarida de todas las pasiones; ella es quien las acepta, las protege, las encubre, las justifica, y actúa de acuerdo con ellas sin preocupación. Mientras que quien se ha convertido a Dios y, negándose a sí mismo, se ha dispuesto a agradar a Dios, este ve enseguida por sí mismo lo que desagrada a Dios. Y a Dios le desagrada todo lo que procede de las pasiones, porque ellas se oponen por completo a los mandamientos de Dios, los únicos que a Él le agradan, pues expresan su voluntad.

Y así, usted se ha propuesto agradar a Dios, sin compadecerse de sí misma, y con ello ha expulsado la oscuridad del alma y ha acogido la luz en el espíritu. Si cumple cuanto le he escrito sobre la memoria de Dios, brillará en usted el sol espiritual. Ahora tiene la posibilidad de examinar bien si la asalta algo pasional.

Le digo, en segundo lugar, que usted se ha preparado para ello. Cuando antes de la confesión se examinaba y determinaba el modo en que debía actuar en el futuro, ahí mismo ya entendía lo que también debía evitar. Y lo que debe evitar es precisamente

todo lo que se refiere a las pasiones, pues ellas siempre se oponen a lo que debemos hacer. Por ejemplo, hemos de ser humildes, pero la pasión enseña la soberbia y la vanidad; hemos de ser mansos, mas la pasión nos lleva a enfadarnos e irritarnos; debemos alegrarnos del éxito de los demás, pero la pasión excita la envidia; tenemos que perdonar, pero la pasión enciende la venganza. Y así, a cada cosa que debemos hacer se oponen un sentimiento y un movimiento procedente de la pasión. Usted tiene todo esto claro y afirmado por la resolución y el voto de hacer lo debido y de rechazar lo indebido, es decir, lo procedente de las pasiones. Y le digo, además, que acerca de esto usted está dispuesta no solo a mantenerse vigilante, sino también a guardarse de cualquier pasión que se acerque furtivamente.

Precisamente por esta razón la mera vigilancia sobre sí misma fracasa: porque la pasión no siempre se acerca de manera grosera, sino que con frecuencia se presenta bajo una forma tan positiva que uno no es capaz de reconocerla y piensa que se trata de algo bueno. La ira, por ejemplo, cuando se enciende, todo el mundo ve que es una pasión. Pero ella no siempre aparece en su forma burda, sino que a menudo adopta el aspecto de una noble indignación. Y del mismo modo, cada una de las pasiones acostumbra a revestirse de decoro y a maquillarse como algo noble. Dado que usted es noble, con mucha facilidad puede morder este anzuelo. ¡Esté atenta! Hay que rechazar todo lo relativo a las pasiones, aun en sus más mínimas manifestaciones, en sus rasgos más sutiles. ¡¿Rechazar?! En consecuencia, también detectarlas y no permitir que entren en nosotros.

¿Y qué se puede hacer? ¡Pues se cuelan aparentando ser decentes! En primer lugar, si usted se ha convertido a Dios con toda el alma y se ha entregado a Él por completo, Él nunca la dejará sin su consejo. El Ángel del Señor, su Ángel de la guarda, pondrá en usted siempre el pensamiento protector. Preste atención a sí misma y escuche la voz que desenmascara lo que no se debe hacer. En segundo lugar, cuando empiece a luchar contra las pasiones (y usted ya ha comenzado), empezará (y ya ha empezado) a desarrollarse una capacidad espiritual: la de distinguir enseguida lo correcto de lo incorrecto. Solo hay que proponerse no consentir consciente-

mente nada que tenga que ver con las pasiones, por muy pequeño que sea y muy inofensivo que parezca. Si actúa de esta manera, sin contemplaciones, esta capacidad crecerá rápidamente en usted. San Pablo menciona en un lugar las facultades para aprender *a discernir el bien del mal* (Heb 5, 14). Esto es justamente lo que se formará en usted. Así como el gusto distingue los manjares, así el corazón que ha sido enseñado por su propio sentimiento dirá qué es bueno y qué malo.

Dirá: «Mientras uno aprende, la pasión se infiltrará más y más». Es verdad que eso suele suceder, y de hecho también a usted le pasará. Pero usted, naturalmente, ya no está consintiendo ninguna pasión en su forma más burda. Manténgase en esto con firmeza. Y si la pasión se le cuela furtivamente como un ladrón, Dios no le va a pedir cuentas de esto. Él sólo pide cuentas de las pasiones que se admiten conscientemente, mientras que no las pide de las que se deslizan furtiva e inadvertidamente. Si alguna se le cuela inadvertidamente y después la descubre conscientemente, purifíquela por medio del arrepentimiento ante Dios, y al mismo tiempo averigüe cómo se ha introducido y tome medidas para el futuro. Y por este medio aprenderá cómo conducirse con las pasiones y con todo lo relacionado con ellas.

Pero hay un medio casi infalible –siempre que se aplique con atención– de evitar que las pasiones se introduzcan inadvertidamente. Consiste en examinar a qué nos inclinan nuestros pensamientos y sentimientos: si a lo que agrada a Dios, o a la autocomplacencia. Determinar esto es muy fácil: basta con fijarse en uno mismo. Sepa que si actúa usted contra la autocomplacencia, es imposible que se equivoque. Un *staretz* le dijo a su discípulo: «Ten cuidado de no dar cobijo en ti mismo a un traidor». «¿Quién es ese traidor?», preguntó el discípulo. «La autocomplacencia», respondió el *staretz*. Exacto. Ella es la culpable de todas nuestras desgracias. Y si lo comprende, verá que todo lo malo que ha dejado pasar a su interior procede de ella.

Por consiguiente, si actúa en contra de la autocomplacencia con decidida resolución, tal vez conseguirá no admitir nada indebido. Y yo de todo corazón le deseo que no dé cobijo en usted a este malvado traidor.

De todo lo dicho concluyo que usted se guardará a sí misma con facilidad si no se deja llevar por la pereza, ni disminuye la atención, ni debilita el celo que ha hecho surgir en sí misma por «estar a la altura de la dignidad humana» (¿recuerda su frase?)[1].

¡Que Dios la bendiga!

1. Cf. *supra*, 84 [N. del T.].

56

Es preciso expulsar el más mínimo movimiento de las pasiones... La ira permitida

Quiero alabarla, o mejor, quiero mostrarle las ventajas de su situación con respecto a las pasiones.

Usted es joven y no ha tenido tiempo de que las pasiones le afecten en profundidad. Si bien se hallan presentes en usted, son todavía como niños pequeños, débiles y, en todo caso, solo algo molestas. En esto tiene una gran ventaja, porque para usted, en muchísimos casos, basta con darse cuenta de la presencia de la pasión para apartarse de ella y expulsarla. No es como en el caso de los que han vivido mucho tiempo y han satisfecho mucho sus pasiones. En esos casos las pasiones rugen como leones, y se abalanzan con crueldad contra cualquiera que se levante contra ellas. Ahora bien, en esto hay también una desventaja no pequeña: que por la ligereza de los pensamientos, sentimientos y movimientos procedentes de las pasiones puede usted mirarlas con indiferencia, llegando incluso a pensar que la cosa no es grave, que ya pasará, que no hay que agitarse por nimiedades. Esta forma de pensar, que en su caso es tan natural, resulta peligrosa. Actuar así significa dejar que los sentimientos y movimientos procedentes de las pasiones crezcan y se fortalezcan a su arbitrio, de modo que de pequeñas se convertirán en grandes. Y entonces ya no retrocederán ante una sola mirada de desagrado que les dirija.

De aquí debe usted extraer la conclusión de que por muy pequeña y débil que se manifieste la pasión, hay que considerarla como si fuera la más grande y fuerte. Cuando bebe agua, nota la más pequeña mosca que ha caído en ella; cuando se le clava una espina en el dedo, por muy pequeña y apenas visible que ella sea, se apresura a liberarse de la molestia que la causa; cuando entra en el ojo la mínima mota y lo irrita, no para hasta expulsarla. Del

mismo modo debe imponerse la norma de actuar en relación con las pasiones: por muy pequeño que sea el aspecto en que aparecen, dese prisa en ahuyentarlas, y con tanta resolución que no quede de ellas huella alguna.

¿Cómo ahuyentarlas? Con un movimiento de ira hostil hacia ellas, esto es, de irritación en su contra. En cuanto note la presencia de la pasión, dese prisa en suscitar cuanto antes el disgusto hacia ella. Este disgusto es un rechazo decidido de la pasión. Las pasiones no pueden mantenerse más que mediante la compasión hacia ellas; pero con el disgusto se destruye por completo toda compasión, y la pasión se aleja o cae nada más aparecer. Este es, pues, el único caso en el que la ira está permitida y es necesaria. Encuentro en todos los Santos Padres que la ira se nos ha dado precisamente para esto, para armarnos con ella contra los movimientos pasionales y pecaminosos del corazón y, por su medio, expulsarlos. A esto se refieren las palabras del profeta David: «Irritaos y no pequéis» (Sal 4, 5)[1], que más tarde repite el santo apóstol Pablo (Ef 4, 26)[2]. Irritaos contra la pasión y no pecaréis, porque cuando con la ira se ahuyenta la pasión, se cesa toda ocasión de pecado.

Ármese así contra las pasiones. La ira contra las pasiones debe enraizarse en usted en el mismo minuto en que se ha propuesto de corazón trabajar para el Señor y poner por obra lo que es agradable en su presencia. Aquí establece usted una alianza con Dios por los siglos de los siglos. Y la esencia de esta alianza es la siguiente: tus amigos son mis amigos; tus enemigos, mis enemigos. Y las pasiones, ¿qué son para Dios? Enemigos. En toda la palabra de Dios se afirma la total malevolencia de Dios hacia ellas. Dios resiste a los soberbios[3]; la codicia es una idolatría[4]; Dios esparce los huesos del que te asedia[5], etcétera, etcétera. Por ello el apóstol les prescribió

1. La frase se encuentra en realidad en el versículo 4. Aquí reproducimos la traducción literal según aparece en el texto ruso. La traducción más exacta sería «temblad y no pequéis», más en referencia al sentimiento de temor del Señor que de ira [N. del T.].

2. «Si os dejáis llevar por la ira, que no sea hasta el punto de pecar».

3. Sant 4, 6; 1 Pe 5, 5 [N. del T.].

4. Col 3, 5 [N. del T.].

5. Sal 53, 6. En el original ruso, Teófanes cita: «Dios esparce los huesos de los que complacen a los hombres» [N. del T.].

a los cristianos sobre las pasiones que «ni se nombren entre vosotros» (Ef 5, 3). Así que, por norma, es necesario que se encienda usted en ira contra las pasiones en cuanto estas se hagan presentes. Pero a causa de nuestra condición herida no siempre sucede así. Porque la ira contra las pasiones exige una acción, un esfuerzo y una tensión especialmente libres, expresamente dirigidos con animadversión contra ellas.

Para conseguir esto es necesario que, inmediatamente después de que notemos en nosotros mismos la pasión, nos apresuremos a tomar conciencia y reconocer en ella un enemigo de nosotros mismos y de Dios. ¿Por qué hay que apresurarse? Porque desde su primera aparición, la pasión siempre suscita una especie de compasión hacia ella. Porque la autocomplacencia sigue viviendo aun durante mucho tiempo escondida en nosotros, incluso después de que hayamos renunciado con claridad a nosotros mismos y nos hayamos entregado a Dios; y no queramos infringir esta decisión ni en lo más mínimo. Todo lo relativo a las pasiones siempre está inclinado a encontrarse con esta secreta autocomplacencia o autoafirmación, y esta inclinación se expresa en una mayor o menor compasión hacia ellas. Por este motivo, es necesario eliminar esta compasión y suscitar la ira. Una cosa y otra se posibilitan y se favorecen a través de la conciencia y el reconocimiento del enemigo en el pensamiento o en el movimiento que se manifiestan en la pasión, por más aduladores que sean. En cuanto se toma conciencia de la hostilidad de la pasión, encolerizarse contra ella no resulta difícil. La ira surge por sí misma.

Para tomar conciencia de que en la pasión está el enemigo, no se exige un trabajo intrincado. Basta con restablecer la convicción de que Dios no se complace en todo lo relacionado con las pasiones y, por eso, no se complace en todos los que las aceptan y las cultivan en sí mismos. Por tanto, las pasiones nos hacen rebelarnos contra Dios y nos alejan de Él. Y aquí reside nuestra perdición definitiva. Estos pensamientos y convicciones se asientan en un instante en la conciencia del que está atento, e inmediatamente surge en el corazón el desagrado hacia la pasión, y la ira y el disgusto hacia ella. Pero no hay que ponerse a discutir contra las pasiones, pensando distintos puntos de acusación contra ellas. El éxito de esta forma

de actuar es muy dudoso. Además, mientras que usted examina todos los puntos de acusación, el acusado (la pasión) se asienta allí mismo, aunque sea en el banquillo de los acusados, y encima se apoya en su abogado, la compasión. Y esto significa consentir en mantener en uno mismo una impureza, lo cual es peligroso. Ni hablar, pues. Actúe sin reflexiones de ningún tipo, de modo que nada más notar la presencia en sí de cualquier pasión, inmediatamente reconozca en ella al enemigo y dirija su ira contra él.

57

Diferentes niveles de desarrollo de las pasiones: las pasiones del pensamiento, del sentimiento, del deseo y de la acción. La lucha contra ellas

El hecho de que las pasiones se manifiesten en nosotros no es, en principio, una desgracia inevitable. Significa que no somos puros, pero no nos hace culpables. Nuestra culpa empieza cuando adoptamos una actitud favorable a la pasión que sentimos, o sea, cuando no nos apresuramos a descubrir en ella al enemigo y no arremetemos contra ella con ira, sino que la aceptamos, empezamos a complacernos en ella y nos gozamos en el movimiento en el que ha aparecido. Esto muestra que estamos dispuestos a ser amigos de la pasión y, en consecuencia, enemigos de Dios. Pues toda consideración carnal (pasional) es enemistad con Dios (Rom 8, 7).

Allí donde empieza la voluntad, allí empieza también la culpa, que crece en la medida en que más profundamente se adentra en la pasión. Le describo, a continuación, la manera que tiene de suceder esto. Nuestro estado habitual es el siguiente: los pensamientos deambulan de acá para allá, los sentimientos y los deseos se balancean sin una dirección determinada. Esto es lo corriente. A veces hay días enteros que se pasan así. Estos pensamientos suelen ser vanos en su mayor parte, se adhieren a los asuntos ordinarios y a las ocupaciones circunstanciales. Entre ellos suelen introducirse pensamientos vacíos o ensoñaciones sin contenido determinado. Los pensamientos vanos y vacuos se agolpan en su mayor parte en la zona superficial del alma. Ya más de una vez hemos hablado de cómo reducir y ordenar este torbellino de pensamientos que dificultan hacer memoria de Dios y de las cosas divinas.

Pero repare en que un objeto se ha metido entre los otros y de un modo especial atrae nuestra atención. Note ese instante: ha aparecido y atrae la atención. Y no lo pierda nunca de vista. Ahora

hágase esta pregunta: ¿Quién es, de dónde viene y qué quiere? Encontrará respuesta a estas cuestiones enseguida con solo echar una mirada a lo que se ha presentado. Por ejemplo, se trata del rostro de una persona que una vez la ofendió. Es evidente que, al atraer su atención hacia ese rostro y a lo que representa, alguien desea hacerla sentir incomodidad, enfado e, incluso, deseo de vengarse. Y así será si no toma las medidas adecuadas. ¿Qué medidas hay que tomar para alejar esta idea? El estado al que la quiere llevar es malo. Por tanto, es su enemigo. Así que debe adoptar una actitud hostil hacia él, es decir, despáchelo no con honor, sino con esa actitud de la que ya hablamos la vez anterior, justamente con un rechazo lleno de ira.

Si lo hace así, deshará sin problemas la trampa y la red del enemigo. Pero si detiene su atención en el rostro que se ha presentado inicialmente desnudo y solitario, después se rodeará de muchos otros pensamientos e imágenes que dibujarán en su imaginación un cuadro muy llamativo de cómo este rostro la ofendió, con todas las circunstancias que concurrieron en ese caso. Al mismo tiempo volverá a experimentar en su corazón el antiguo sentimiento de ofensa, desagrado y enfado. El objeto de la pasión o el pensamiento sobre él habrá generado un sentimiento pasional. La pasión ya ha penetrado más profundamente. Si recapacita y se da cuenta de que está haciendo mal, entonces, por supuesto, ve en esto al enemigo y adopta una actitud hostil contra ello, expulsando del corazón el mal sentimiento del corazón y de la mente el objeto que lo ha provocado. La turbación pasa y la paz del alma se restablece.

Pero si no hace esto, entonces se unen al sentimiento pasional que ya se ha suscitado otros que lo avivan. Empiezan a explicarle: «Pero ¿cómo se atrevió? Pero ¿quién se habrá creído que es? Yo no soy peor que ella. Esto no se puede quedar así. No sé cómo lo consentí entonces. No es posible vivir rebajándose de ese modo. Tengo que demostrarle a toda costa que no puede quedarse sin castigo». Y este deseo de venganza, sea ella grande o pequeña, eso da igual, ya está listo en usted. La pasión ha penetrado aún más profundamente. Este es ya el tercer estadio. Si recapacita en este momento, puede expulsar también el deseo. Porque el deseo no significa todavía una toma de decisión. Ha venido en un minuto y en otro puede

marcharse. Actúe así. Si lo hace así, hará usted bien; si no lo hace, la amenaza seguirá creciendo.

Fíjese: el pensamiento ha engendrado el sentimiento, y el pensamiento con el sentimiento han engendrado el deseo. El alma está llena de pasión. Pero todo esto es aún una impureza y un pecado de tipo mental. Todavía se encuentra lejos de la acción. Entre el deseo y la acción se encuentra siempre la resolución de hacerla, junto con la reflexión de cómo llevarla a cabo. No siempre se ve cómo se forma la resolución. Se encuentra ya en forma débil en el deseo, después crece junto con la reflexión sobre la acción, esto es, con la elección de los medios y la determinación de las formas y las circunstancias. Cuando todo está bien pensado, se toma la decisión. Y entonces la acción ya se ha realizado en el interior. Ante Dios y la conciencia moral, el pecado ya se ha cometido: se han despreciado los mandamientos y se ha perdido la conciencia. En ocasiones, entre los deseos y la resolución con la reflexión sobre la acción, pasa no poco tiempo. Entra en juego el temor de Dios, se recuerdan los mandamientos, y la conciencia moral no se calla. Pero todas sus inspiraciones son rechazadas con arrogancia. Por eso ya en la resolución se da el crimen y el pecado. El pensamiento, el sentimiento y el deseo, aunque ya habían ocupado el alma entera, sin embargo es como si todo ello hubiera sucedido en la superficie de la misma. Todavía no se ha inclinado al pecado, sino que solo hay una llamada al mismo. La inclinación empieza en el momento en que el alma empieza a reflexionar si puede satisfacer la pasión y cómo. Ahí es donde el alma se ha lanzado ya al camino del pecado.

Cuando la resolución se ha ido formando, la libertad está atada, el alma se siente como si fuera absolutamente necesario realizar lo que se ha pensado. Pero no hay necesidad alguna de hacer tal cosa. Aquí tiene lugar un cierto autoengaño interior. La decisión puede quedar sin cumplir a causa de obstáculos que surgen de manera imprevista. También se puede omitir la acción porque la persona cambia de opinión por ciertos pensamientos o a causa de la conciencia moral y el temor de Dios, si es que estas consiguen alzarse con todas sus fuerzas.

Por fin se han dado todos los pasos y la acción se ha realizado. Usted se ha vengado, tal y como había pensado. La pasión ha

quedado satisfecha, y el pecado se ha cometido del todo. ¿Qué es lo que se añade aquí a la resolución previamente tomada? Parece que nada, pues aquí sólo se cumple el plan que se ha pensado. Así parece, pero de hecho la mala acción crece hasta su nivel más alto. En primer lugar, hasta ahora se había producido un alejamiento del temor de Dios y de la conciencia, una falta de respeto hacia ellos, pero ahora estos se han perdido. Hasta ahora la cosa sucedía como cuando la madre trata de convencer a su hijo para que no haga algo malo, y él la rechaza con un gesto de su mano o bien huye de ella, mientras que ahora la situación es parecida al hijo que ante el intento de la madre de convencerlo la golpea en el pecho o en la cara. En segundo lugar, ahora la acción interior se ha introducido en la corriente de los acontecimientos externos y va acompañada de sus consecuencias también externas, de la vida real. Ya no es posible borrarlo de un plumazo, o mediante una palabra de negación de los acontecimientos reales. La acción se ha realizado y ahí se queda para siempre, y siempre quedará adscrita a la persona que la realizó, haciéndola además degustar sus consecuencias. En tercer lugar, la gracia de Dios se aleja y esa persona pasa del ámbito divino al ámbito de los enemigos de Dios y de sí misma. Se ha abajado, se siente abrumada y agobiada por un peso. Se cumple en ella la parábola del demonio que vuelve con otros siete más. La oscuridad, la inquietud, la pena son la recompensa por la pasión satisfecha, cualquiera que sea. Y no es extraño. Mientras que no se ha satisfecho la pasión con la acción, aquella se hace la ilusión de que con la satisfacción vendrá el paraíso: «Seréis como dioses». Pero en cuanto se satisface, el encanto cae de los ojos y el fantasma se desvanece y queda sólo el vacío, la tristeza, el desconcierto y el peso de ver que se está desnudo. Parece que de la venganza del enemigo se alegra uno, pero lo que resulta es completamente diferente.

¿Se da cuenta por qué caminos dejamos que la pasión, cualquiera que ella sea, se apodere de nosotros y cómo se cae en el pecado como consecuencia de esto? Volvamos ahora a usted. De todo lo dicho, ¿qué puede pasarle a usted? Si su resolución de trabajar para el Señor es sincera, si al tomar tal resolución sigue usted los consejos que se le han propuesto de hacer siempre memoria de Dios con temor y piedad, si tiene cuidado de sí misma con rigor, entonces no

será posible en usted esa inclinación a la satisfacción de los deseos basados en las pasiones y todo lo que se sigue de ahí. Pero sí que son posibles los pensamientos, los sentimientos y los deseos derivados de la pasión. Y estos son el objeto de su lucha interior.

El pensamiento, el sentimiento y el deseo dependientes de la pasión se introducen en el alma a veces en un instante, sin que uno se dé cuenta. En tal caso, no nos hacen culpables si nada más darnos cuenta de que aparecen en nosotros los deseos, los rechazamos con un desagrado lleno de ira hacia ellos. Nuestra culpabilidad en el pensamiento, el sentimiento y el deseo depende de que nos demoremos una vez que los hemos notado y no los rechacemos y nos detengamos en ellos. Si rechazas el pensamiento, no habrá ni el sentimiento y la compasión hacia él. Si rechazas el sentimiento junto con el pensamiento, no habrá deseo. Si rechazas el deseo, no existirá el peligro de comenzar la inclinación hacia la pasión. Si nada más notar el pensamiento derivado de la pasión usted se detiene en él libremente, prestándole atención, entonces se hace culpable, porque se ha dedicado a lo que ya sabe que es enemigo de Dios y de usted misma. Pero si la atención se encadena involuntariamente al pensamiento, no es usted culpable siempre que de inmediato usted aparte la atención de él y lo rechace. Si como consecuencia de su atención voluntaria al pensamiento procedente de la pasión se forma en usted el sentimiento correspondiente, su culpa aumenta un poco. Pero si al notar el sentimiento pasional se estremece y lo rechaza junto con el pensamiento, será culpable tan solo de que se fijó voluntariamente en el pensamiento, pero no del sentimiento, porque los sentimientos se forman involuntariamente por influencia de los pensamientos. Si por la acción del pensamiento y el sentimiento pasionales, libremente consentidos, se forma en usted el deseo de actuar pasionalmente (por ejemplo, de vengarse), con ello su culpabilidad aumenta un poco más, porque a partir del pensamiento y el sentimiento nace involuntariamente el deseo. Su culpa es la misma que antes, por haberse detenido en el objeto de la pasión, y, cuando por este motivo, surgió el sentimiento correspondiente a esa pasión, por haber permitido que permaneciera en usted el sentimiento y el pensamiento del que nació aquel; es decir, que la culpa es doble. Pero si al notar el deseo pasional le permite

que se demore en usted y no se arma inmediatamente contra él, entonces su culpa crece y alcanza un nuevo nivel, y será ya una culpa triple.

No voy a ir más allá de esto, porque supongo que en su caso el grado de amenaza posible llega solo hasta aquí.

Usted misma ve que si rechaza enseguida el pensamiento que deriva de la pasión, pone fin a toda la lucha. Ya no se darán ni el sentimiento ni, con mayor motivo, el deseo. Hágase el propósito de actuar así. ¿Por qué motivo se iba usted a cargar con un esfuerzo y una lucha superfluos, y a veces también con peligros, cuando ya se ha propuesto no dar lugar a la pasión por ser contraria a Dios? Si de manera involuntaria se pone en movimiento el sentimiento junto con el pensamiento, rechácelos inmediatamente, a uno y al otro. Si, sin querer, se aferra a ellos también el deseo, rechace enseguida el deseo junto con ellos. Allí donde sorprenda en sí misma el movimiento de la pasión, expúlselo. Haga para sí ley el no tener ninguna indulgencia consciente ni con el pensamiento, ni con el sentimiento, ni con el deseo derivados de la pasión, sino expulsarlos con plena animadversión en cuanto los note. Y así será siempre inocente delante de Dios y ante su propia conciencia. Tendrá la impureza de las pasiones, pero también la inocencia. Y cumplirá la obra (de limpieza) del batanero, trabajando con diligencia en el blanqueado de su propia alma.

¡Que la bendiga el Señor!

58

Importancia de la oración en la lucha contra los pensamientos derivados de la pasión. Ejemplos

En mi anterior carta describí el proceso completo por el que desde el simple pensamiento se llega al deseo pasional, y por este a la acción. De hecho, no siempre el orden de sucesión se da tal como se representa sobre el papel. No raramente, y hasta diría que en la mayor parte de los casos, estos estadios se suceden con gran rapidez, de manera que apenas el pensamiento se manifiesta, ya le ha sucedido el hecho y, sobre todo, la palabra. No hay ninguna necesidad de separar o distinguir cada uno de los momentos. Esto no sirve de ayuda en la lucha contra las pasiones. Aténgase a una sola regla: en cuanto note la pasión, inmediatamente ármese contra ella con la ira y la irritación hostil. Esta irritación en la lucha mental es lo mismo que golpear con fuerza en el pecho al malvado que la ataca. Pero al igual que sucede en una agresión, o sea, que el golpe en el pecho no siempre pone en fuga al malvado, así en la lucha mental la irritación contra el pensamiento, el sentimiento y el deseo que derivan de la pasión no siempre los expulsa y pone fin a la batalla. Según el orden natural, debería ser así, y así suele suceder, pero no siempre, porque en la excitación de los pensamientos participan con frecuencia demonios, y estos son unos desvergonzados. Y por mucho que te enfades contra ellos, insisten en su idea. Es evidente, pues, que, después de la irritación, es necesario acudir a otro medio. ¿A cuál?

¿Qué hace el que es atacado por un malvado? Una vez que le ha golpeado en el pecho, grita: «¡Socorro!», y a ese grito acude el guardia y lo libera del apuro. Lo mismo hay que hacer en la lucha mental con las pasiones: una vez que se ha manifestado la irritación contra la pasión, hay que pedir ayuda: ¡Señor, ayúdame! ¡Señor Jesucristo, hijo de Dios, sálvame! ¡Dios mío, *ven en mi auxilio. Señor;*

date prisa en socorrerme! Al dirigirse así al Señor, no se separe ya de Él con la atención a lo que le sucede, sino que permanezca ante el Señor, suplicándole su ayuda. Y ante esto el enemigo, como quemado por el fuego, huirá inmediatamente. Un santo dijo: «Golpea a los enemigos con el nombre del Señor». Contra el Señor nadie puede resistir, y Él está cerca: *Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente. El Señor cumple los deseos de sus fieles, escucha su clamor y los libera* (Sal 145, 18-19). Él mismo prometió a los que lo invocan con confianza en la hora del aprieto: *Lo libraré, porque se acogió a mí; lo protegeré, pues conoce mi nombre; me llamará y yo responderé, estaré a su lado en la desgracia, lo libraré y lo colmaré de gloria* (Sal 91, 14-15). No se olvide de hacerlo así, y siempre tendrá éxito en derrotar y expulsar toda pasión que se le presente.

Otros santos hacían, y puede ser que lo sigan haciendo hoy en día, lo siguiente: una vez que han descubierto la pasión y se han irritado contra ella, empiezan a desenmascarar su carácter indecente. Por ejemplo, se les viene a la cabeza el pensamiento del orgullo, y empiezan a decir: «Tú, orgullo, que te opones a Dios, que eres polvo y ceniza, ¿cómo no te avergüenzas de levantar la cabeza? Recuerda tus pecados», y cosas parecidas. Todos ellos recogen pensamientos contra el orgullo, suponiendo que con ello expulsan el orgullo del pensamiento. Suele suceder que, de hecho, lo expulsan, pero en general esta actitud no es segura. Al desenmascarar la pasión del orgullo, de todas formas lo conservamos en nuestra mente, y mientras tanto él aprovecha para escabullirse hacia el sentimiento y suscitar el deseo, que continúa manchando el alma. Y es que ya su mera presencia en el pensamiento es una inmundicia. En cambio, cuando sin entrar en esta disputa verbal nos dirigimos directamente al Señor con temor, piadosa reverencia, confianza y entrega a su omnipotencia, por este mismo hecho la pasión ya se ha alejado de los ojos de la mente que mira al Señor. Y como esta atención lo separa del alma, la pasión se aleja por sí misma, si es que se ha suscitado de manera natural; y si es el enemigo el que se ha metido por medio, lo derrota el haz de luz mental procedente de la contemplación del Señor. Y sucede que el alma enseguida se tranquiliza ante las pasiones, derrotadas en cuanto se ha dirigido a Dios y lo ha invocado.

Para que se haga una idea más clara de todo esto, le cuento una tradición. Un *staretz* vivía en un eremitorio en silencio. Al parecer le atacaron unos demonios y trataron de sacarlo a la fuerza de la celda, para expulsarlo del eremitorio. El *staretz* se puso a defenderse de ellos con todas sus energías, pero ellos le superaban en fuerza y ya lo habían arrastrado hasta la misma puerta. Un poco más y le hubieran echado fuera del todo. Al ver lo extremo de su triste situación, el *staretz* clamó: «¡Señor Jesucristo! ¡Por qué me has abandonado! ¡Ayúdame, Señor!». En cuanto hizo esta invocación, se le apareció el Señor y puso a los demonios en fuga, y le dijo al *staretz*: «No te he abandonado, pero mientras no me llamaste, sino que pensaste en arreglarte con los enemigos, no te llegó la ayuda. Tú mismo eres culpable de poner tu esperanza solo en ti. Llámame y siempre encontrarás a punto la ayuda». Después de decir esto, el Señor desapareció de su vista. Este caso, que es para nosotros una lección, hizo entender al *staretz* que no debemos forcejear con los pensamientos pasionales disputando con ellos con los propios pensamientos, sino que para luchar contra ellos debemos volvernos enseguida al Señor en la oración.

Esta es la manera razonable de actuar de todos los que conducen mentalmente una lucha contra las pasiones. San Juan Kolobos[1] decía de sí mismo: «Yo actúo como un hombre sentado bajo un árbol que observa con atención sus alrededores. Este hombre, en cuanto ve un animal salvaje que se le acerca para devorarlo, se encarama al árbol, y las fieras dan vueltas alrededor del árbol y luego se alejan. Por mi parte, en cuanto noto en mi mente que se me acercan fieras con pensamientos pasionales, inmediatamente me elevo con la mente al Señor, y esas fieras mentales no tienen tiempo de alcanzarme, y tienen que alejarse sin su presa».

Recuerde que ya le había escrito que es necesario fijar la atención de la mente en el corazón y desde ahí mirar e invocar constantemente al Señor. De esto es justamente de lo que se habla ahora, de que es preciso volverse al Señor con la oración cuando surgen

1. También conocido como san Juan el Enano o san Juan de Egipto, padre del desierto. Su nombre aparece a menudo en las diversas colecciones de apotegmas de los padres del desierto. Vivió aproximadamente entre los años 339-405 [N. del T.].

pensamientos, sentimientos y deseos procedentes de la pasión. Y para dirigirse al Señor hay que orientar la atención de la mente al corazón e invocarle desde ahí. Si cumpliéramos siempre esta simple norma: afirmar la mente en el corazón y permanecer ante el Señor con temor, piedad y entrega, entonces nunca surgirían en nosotros no solo los deseos y sentimientos procedentes de la pasión, sino incluso los meros pensamientos. Pero nuestra desgracia es que nos alejamos con la mente del corazón y con ello nos alejamos del Señor, vagando con el pensamiento por un país lejano (cf. Lc 15, 13). En ese momento irrumpen los pensamientos pasionales, y poco a poco, sin apenas darte cuenta, cuando reparas en ello ya están ahí los sentimientos derivados de la pasión, y también los deseos que se han inmiscuido. Ahora ponte a luchar. ¿Quién es aquí culpable? Si no se hubiera vagado con los pensamientos, no habría necesidad de lucha. Pero si nos descuidamos, alejándonos con el corazón del Señor, y así nos atraemos la desgracia, al menos ahora, cuando tomamos conciencia de ella, apresurémonos a refugiarnos allí, en el corazón, ante el Señor, para invocar su ayuda.

A este respecto, el mismo san Juan Kolobos contaba la siguiente parábola: «Había en cierto lugar una hermosa mujer que tenía pésimas costumbres. El gobernador del país tuvo lástima de ella, pues consideraba que una belleza así no podía echarse a perder. Aprovechando una ocasión propicia, le dijo: 'Si abandonas ese comportamiento caprichoso, te acogeré en mi casa, y serás mi esposa y señora de mis tesoros. Pero ten en cuenta solo una cosa: sé fiel, pues de otro modo te sucederá una desgracia que ni imaginarte puedes'. Ella aceptó, y fue acogida en casa del gobernador. Sus antiguos amigos, al ver que había desaparecido, se pusieron a buscarla hasta que supieron que estaba en casa del mandatario. Y a pesar del miedo que les inspiraba el gobernador, no desesperaron de tentar a la bella para que volviera con ellos, sabiendo lo débil que era. Pensaban: 'Lo único que tenemos que hacer es acudir por la parte trasera de la casa y silbar, ella entenderá de qué se trata y acudirá a nosotros enseguida'. Así lo hicieron. Se acercaron a la casa por detrás y silbaron. La bella, al oír el silbido, se estremeció. Algo de los tiempos pasados se agitó en su interior. Pero ella, reflexionando, en vez de huir del palacio, se esforzó en buscar refugio lo más dentro

posible allí donde estaba el gobernador, y se tranquilizó enseguida. Los nuevos silbidos no alcanzaban a escucharse allí. Aquellos amigos silbaron y silbaron, y se acabaron yendo sin conseguir nada». El sentido de la parábola es claro. La bella representa el alma caída que se ha convertido al Señor con el arrepentimiento y se ha unido a Él, pues quiere pertenecerle solo a Él y solo a Él servirle. Los antiguos amigos son las pasiones. El silbido es la agitación de los pensamientos, sentimientos y deseos pasionales. La huida al refugio interior quiere decir esconderse en la profundidad del corazón, para permanecer allí junto al Señor. Cuando esto se realiza dentro del alma, las pasiones que la intranquilizan, cualesquiera que sean, se van por sí mismas, y el alma encuentra la paz.

Propóngase repetir lo que se la ha dicho y actuar siempre en ese sentido. Comprobará qué pronto se restablece su paz interior, turbada por la aparición de las pasiones.

¡Que la misericordia de Dios esté con usted! ¡Medite en su salvación!

59

Citas del venerable Hesiquio sobre la lucha contra las pasiones

Sobre la lucha mental en general ya le he dicho todo. Hay muchas pasiones, pero por muchas que sean, a todas les cuadra bien lo que se ha indicado, y todas son expulsadas y superadas tal como se ha dicho. Desde luego que cada pasión tiene sus peculiaridades, con las cuales además se suscita; y se dan muchísimas circunstancias en el modo en que aparecen. Pero esto no cambia el modo general de luchar contra ellas. Haga como se le ha dicho y ahuyentará con éxito todo tipo de pasión, por mucha fuerza con que se alce en usted.

Para que pueda recordar mejor todo esto y convencerse de que hay que actuar precisamente así y no de otra forma, reúno aquí para usted algunos textos del venerable Hesiquio, presbítero de Jerusalén, de un librito[1] que, si no recuerdo mal, ya le envié.

Dice así el primero: «Quien se dedica a la vida interior ha de poseer siempre y en todo momento estas cuatro cosas: humildad, atención extrema, oposición (a los pensamientos) y oración. *Humildad*: al ser los adversarios que luchan contra ella demonios orgullosos, con la humildad podrá mantener la ayuda de Cristo en el corazón, pues el Señor odia a los orgullosos. *Atención*, para no permitir al corazón tener ningún pensamiento, incluso aunque parezca bueno. *Oposición*, para que viendo venir un pensamiento, enseguida se rechace con ira al maligno. *Oración*, para invocar inmediatamente a

1. Hesiquio de Jerusalén, monje, presbítero y predicador de la Iglesia de esa ciudad, vivió en el siglo V. La Iglesia ortodoxa lo venera como santo y celebra su fiesta el 28 de marzo. El libro al que se hace referencia es *Discurso sobre la sobriedad*, cuyo autor no es Hesiquio de Jerusalén, como afirma Teófanes, sino otro Hesiquio que habría sido higumen de un monasterio en la península del Sinaí y que habría vivido entre los siglos VIII y IX. La obra consta de 203 capítulos, que nuestro autor denomina «puntos» [N. del T.].

Cristo con gemidos inenarrables después de esa oposición. Y entonces el devoto verá al enemigo atado y expulsado por el adorado nombre de Jesús, y desvanecido como polvo que se lleva el viento o humo que se desvanece con sus visiones» (punto 20).

Y a continuación un pasaje parecido: «En la lucha mental hay que actuar como se actúa normalmente en la guerra (real). En primer lugar, se precisa atención; en segundo lugar, nada más notar que el enemigo ha suscitado un pensamiento, hay que vencerlo maldiciéndolo, con ira en el corazón; en tercer lugar, es necesario orar contra él, invocando en el corazón a Jesucristo, para que el espectro demoníaco desaparezca enseguida y la mente no se dé a ensoñaciones, como un niño cautivado por un artista (por un prestidigitador o un bufón)» (punto 105).

«Si a través de la humildad conviertes tu corazón haciendo memoria de la muerte, juzgándote a ti mismo, oponiéndote a los pensamientos e invocando el nombre de Jesucristo, y con estas armas continúas cada día con sobriedad por el camino emprendido, que aunque estrecho es la causa de tu alegría, entonces entrarás en la santa contemplación de los santos y serás iluminado por los profundos misterios de Cristo. En Él no solo están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, sino que habita la plenitud de la divinidad (Col 2, 3.9). Porque en Cristo experimentas que a tu alma ha descendido el Espíritu Santo, que ilumina la mente, para que pueda mirar cara a cara. Nadie, asegura el apóstol, puede llamar a Jesús *Señor* si no está movido por el Espíritu Santo (1 Cor 12, 3). Y es de esta manera como Él confirma secretamente al que busca» (punto 29).

En estos y en otros pasajes similares, el venerable Hesiquio reflexiona sobre el proceso de la lucha mental. Si bien de lo que más habla en su libro es de cada uno de los métodos indicados de lucha, y especialmente de la atención al corazón, de la forma de permanecer en él y, a partir de él, de la invocación al Señor mediante la oración. En todo caso, examine usted misma el libro. Yo sólo le trascribo aquí algunos puntos.

«El gran legislador Moisés, o mejor el Espíritu Santo por sus labios, dice: 'Vigila para que no venga a tu corazón una palabra secreta pecaminosa' (Dt 15, 9). Llama palabra secreta a un pensa-

miento de algo malo (pasional), aborrecido por Dios, que los padres denominan también sugestión provocada por el diablo, la cual, nada más aparecer en la mente, atrae nuestros pensamientos y los contagia con la pasión» (punto 2).

«La atención es un silencio permanente del corazón respecto de todo pensamiento; es en ella donde el alma respira siempre y sin interrupción en el único Jesucristo, Hijo de Dios y Dios mismo, y lo invoca; con Él valientemente se mueve en armas contra los enemigos; a Él, que tiene el poder de perdonar pecados, se confiesa; ella suele, mediante una secreta invocación, abrazar a Cristo, el único que conoce los corazones» (punto 5).

«El estado de vigilia significa estar mentalmente y con firmeza en pie a las puertas del corazón, de modo que la mente ve las intenciones que se acercan cautelosamente y comprende las imágenes que los demonios tratan de formar e imprimir en ella para introducirse con ellas a través de la imaginación» (punto 6).

«El pensamiento que está vigilante (en el corazón) y que invoca a Cristo y recurre a Él se parece a un animal salvaje que, rodeado por una jauría, se defiende en una posición fortificada. Considera de lejos las emboscadas que planean sus enemigos invisibles y, orando sin cesar, permanece indemne ante ellos» (punto 8).

«Quien no ora y carece de propósitos está desarmado en la batalla. Cuando me refiero a la oración estoy pensando en la que tiene lugar sin cesar en el interior del alma, para que el enemigo, que ocultamente nos combate, sea derribado y abrasado por la invocación de Cristo. Porque tú debes mirar con agudeza y concentración con el ojo de la mente para reconocer a los que se acercan, y una vez reconocidos, rechazarlos inmediatamente y aplastar la cabeza de la serpiente, y al tiempo, invocar gimiendo a Cristo, y entonces conocerás por experiencia la ayuda invisible de Dios y verás con claridad el verdadero estado de tu corazón» (puntos 21 y 22).

«Así pues, que el alma tienda sin temor a Cristo, que lo llame sin asustarse en absoluto: ella no lucha sola, sino junto al Rey formidable, Jesucristo, Creador de todo lo que existe, corporal e incorpóreo, visible e invisible» (punto 40).

Me limitaré a estos extractos, porque si citara todo lo que tiene relación con el tema tratado habría que copiar medio libro. Además,

he transcrito estos extractos para renovar su recuerdo acerca de lo que ya hace tanto tiempo le expongo sobre la memoria de Dios y la lucha interior contra las pasiones. Sepa que en esto reside la esencia de nuestro trabajo de cooperación en orden a la salvación.

Al leer lo anterior no le entren dudas y piense: ¿acaso soy yo una eremita para observar tales normas? Pues no solo usted, sino muchísimos son los que hablan así, aunque no aquellos que se han propuesto esforzarse como es debido por cooperar en orden a su salvación. Los que han asumido esta tarea no pueden hablar así. Y también usted, si quiere vivir en el espíritu, que es de lo que depende la consecución de la propia salvación, debe necesariamente vivir del modo prescrito. Ahora bien, si quiere vivir de cualquier manera, entonces, desde luego, nada de esto le incumbe. Yo he comenzado a escribir sobre todo ello en la confianza de que su decisión de pertenecer al Señor era sincera. Porque aquel que ha tomado sinceramente esta decisión no puede dejar a un lado el camino indicado. Puede trabajar mucho y dar distintos rodeos, pero mientras no se meta por este sendero nada de aquello le será de provecho. Yo se lo indico directamente, para que no se ande por las ramas. Esfuércese con sinceridad y enseguida verá los frutos. Es menester, sin embargo, todo el esfuerzo, ya que sin esfuerzo no se logra nada.

No permita estos vanos pensamientos. Viva uno en el eremitorio, en el monasterio o en el mundo, para cooperar en orden a la propia salvación nadie puede ignorar la ley necesaria de purificar su corazón de las pasiones; y no se puede limpiar de otra forma que en el modo descrito. No se niegue y no se oponga a ello.

¡Que el Señor la bendiga!

60

Cómo proceder si en la lucha contra las pasiones se cuelen en nosotros pensamientos y deseos pasionales. La purificación del corazón

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Supongo que ya se ha puesto manos a la obra como es debido y que se esfuerza diligentemente en hacer siempre memoria del Señor, fijando en Él su corazón y persiguiendo todo movimiento indebido con un rechazo hostil; y todo ello sin dejar de invocar la ayuda del Señor mediante la oración.

Supongo, en fin, que no le habrá sucedido que, nada más ponerse a ello, haya alcanzado el éxito completo, es decir, que todos sus pensamientos se hayan vuelto puros y todos sus sentimientos y deseos santos, porque esto no le pasa a nadie. Los pensamientos se apaciguarán, los movimientos pasionales de los sentimientos y deseos serán cada vez más raros, pero de todos modos irrumpirán y, a veces, con mucha fuerza.

Si irrumpen, expúlselos. ¿Que vuelven a irrumpir?, expúlselos de nuevo. Pero dado esto por supuesto, lo que quiero ahora indicarle es cuál debe ser su actitud hacia estas irrupciones y cómo debe juzgarlas según su conciencia. ¿Hay que ser indiferentes o hay que lamentarse de que esto suceda y arrepentirse ante el Señor? No hay que tratar con indiferencia estos ataques, sino que, al rechazarlos cuando aparecen, es preciso sentirlo y arrepentirse ante el Señor de que haya sucedido así. Incluso cuando los pensamientos, sentimientos y deseos pasionales irrumpen de repente, sin que nuestra voluntad tenga parte alguna en ello, eso significa que el corazón no es puro; no en vano, de él «salen los malos pensamientos» (Mt 15, 19). Pero usted tiene la obligación de tener un corazón puro. Por eso lamente que no lo sea y arrepiéntase ante el Señor de esa impureza, prometiendo trabajar en su purificación y pidiéndole su ayuda.

Porque, de hecho, no es raro que la voluntad se entrometa en alguna medida en todo esto. Usted misma, por falta de atención, dio lugar al pensamiento pasional, que se apresuró a generar el sentimiento correspondiente, sin que se diera cuenta de su culpa. Por esa misma falta de atención, y además por la complacencia en ese sentimiento, no alcanzó a armarse contra él y a expulsarlo, por lo que tuvo tiempo de generar el deseo pasional; y en esto usted es de nuevo culpable de no haberse armado enseguida y haber permitido la complacencia pecaminosa en esa pasión.

No es que yo esté admitiendo que usted haya permitido que el deseo genere esa inclinación, pero sí que puede permitir de formas diversas que el deseo permanezca un cierto tiempo, sin armarse enseguida contra él. Y esto es lo que la hace aún más culpable.

Así que, en cuanto se da lugar a un mal pensamiento, ya hay culpa; y si de ese pensamiento que se ha admitido se genera un mal sentimiento, entonces se añade una culpa más; y si del mal sentimiento se permite que nazca un mal deseo, he aquí la tercera culpa; y si se permite que el mal deseo permanezca, la cuarta. ¡Mire cuántas culpas!

Por consiguiente, no trate de engañarse, cubriéndose con hojas de higuera y escondiéndose del Señor entre los matorrales cuando viene a visitarla en su conciencia y la denuncia (cf. Gn 3, 7-9). Dese prisa en acusarse de todo ello y pida perdón, sin echar la culpa a ningún otro.

Por ejemplo, si se enfada con la sirvienta, y más aún si se dirige a ella con palabas duras, no le atribuya la culpa a ella. Admitamos que la sirvienta cometió un error, pero no se trata de eso, sino de por qué se ha enfadado usted. ¿Es que no se podía corregir la falta sin enfadarse? Incluso aunque ya no fuera posible corregirla, todo hay que arreglarlo sin enfados. Aquí se ha inmiscuido la irritación, allí el juicio, más allá la envidia, en otro lugar la vanidad. Para todo esto había, desde luego, motivos externos. Pero no son esos motivos los culpables, sino usted, que permitió esos malos sentimientos. Y procure, sin esconderse, acusarse a sí misma ante el Señor y pedir perdón. Haga esto cada vez que, al darse cuenta del mal, lo haya expulsado. Por este arrepentimiento y este dolor del corazón se reconciliará con el Señor y con su conciencia, y de nuevo podrá

elevar a Él en paz su pensamiento. Pero si no se arrepiente, no podrá elevarlo, y esto será para usted molesto y peligroso.

No deje que la caída del sol le sorprenda sin haber purificado con el arrepentimiento estas irrupciones pasionales; purifíquelas enseguida, en el momento mismo de expulsarlas en el nombre del Señor. El día entero se le irá en este arrepentimiento, porque estos ataques serán frecuentes al principio. Y al caer de la tarde, antes de orar, repase por orden estos ataques de las pasiones y de nuevo sienta el dolor del corazón, y arrepiéntase. En esto consiste el arrepentimiento cotidiano. A este propósito le vuelvo a proponer una enseñanza del venerable Hesiquio: «Debemos ponderar con atención y frecuentemente nuestras acciones cotidianas, y por la tarde aligerar a toda costa y lo más posible su peso por medio del arrepentimiento si queremos superar las pasiones con ayuda de Jesús. También hay que mirar si realizamos todos nuestros actos visibles según la voluntad de Dios, ante Él y sólo por Él, para que los sentimientos (pasionales) no nos rapten como a seres irracionales» (punto 124).

Si obra según lo prescrito, con decisión y sin compadecerse, verá enseguida los frutos: su corazón se pacificará y brillará en él la alegría del Señor. ¿Por qué el corazón no está pacificado? Porque lo corroen las pasiones. Golpéelas y conseguirá la paz. Uno de los padres compara el corazón con una guarida llena de serpientes. Estas serpientes son las pasiones. Cuando se muestra una pasión del corazón, es como si una de las serpientes sacara la cabeza de la guarida. Si la golpeas en la cabeza en el nombre del Señor, la serpiente se esconde. Aparece otra, golpéela también. Golpee a todas las que aparezcan. Decenas de veces es preciso golpear a esa serpiente (a esa pasión) hasta que deje de asomarse y acabe muriendo del todo. O, dicho de otro modo, si se llena de agua la guarida o no se da a las serpientes nada de comer, estas acaban muriendo. También mueren las pasiones cuando no se les proporciona alimento; y antes que compadecerse de sus insinuaciones, es preciso rechazarlas con ira en cuando aparecen.

Aquí tiene usted el camino más breve para purificar el corazón de las pasiones. Si ama usted esta pureza, esfuércese en ir por este camino, porque no hay otro. Si no se decide a actuar de este modo,

las pasiones permanecerán en su corazón. Si no hace así, puede usted corregir su conducta y hacer que sea impecable, pero el corazón seguirá en poder de las pasiones; y no podrá ver al Señor. ¡No se olvide de las vírgenes necias!

¡Que el Señor la ayude! ¡Recuerde su salvación!

61

VIGILANCIA DEL OÍDO Y DE LA VISTA. CÓMO DESTRUIR LAS MALAS IMPRESIONES DE LA VISTA Y EL OÍDO

En la última carta le recordé los motivos por los que se excitan los pensamientos, los sentimientos y los deseos pasionales, y le dije que no hay que echarles la culpa a ellos. Ahora le voy a exponer algunas cosas sobre ellos.

Los pensamientos pasionales, y tras ellos los sentimientos y los deseos, aparecen a veces en el alma por sí mismos, sin que se sepa cómo. Pero en su mayor parte suelen generarse por la acción de impresiones externas. Las cosas, las personas y los acontecimientos excitan a su manera determinados pensamientos. De las cosas buenas nacen buenos pensamientos; de las malas, malos. Pero puede suceder también al revés: que de cosas buenas nazcan malos pensamientos y de cosas malas, buenos. Todo depende del estado de ánimo permanente o puntual que se tiene. Por tanto, la respuesta depende completamente de esto último. ¿Qué hay que hacer entonces?

En primer lugar, no entregar la voluntad a los propios sentidos, especialmente a los ojos y los oídos. No se consienta verlo y oírlo todo, y dejarse influir por todo, sin discernimiento. Nuestros sentidos se parecen a ventanas o puertas, y mejor todavía a un recipiente. Quien abre la ventana y deja entrar un aire contaminado, hace mal. Quien abre la puerta y deja entrar en su casa a cualquier animal, no puede estar libre de reproches. Pero ¿qué diría usted de quien, tomando un recipiente, un vaso o una taza, se metiera en charcos sucios y sacara de ellos agua para beber? ¿Se puede pensar algo más absurdo? ¡¿Y acaso no es esto lo que hace precisamente quien repara con curiosidad en cosas malas y escucha malas conversaciones?! De esta forma se da cabida a malos pensamientos, de los que se pasa a los malos sentimientos y deseos, y se camina per-

didamente, como por en medio de la niebla. Así pues, la prudencia y el deber del cuidado de sí (de la paz interior) exigen no mirarlo todo, no escucharlo todo y no dejarse influir por todo aquello que nos sale al paso sin nuestro consentimiento. Poco a poco se descubre que hay que apartar los ojos de aquello que puede agitar las pasiones, taparse ante ello los oídos, para que viendo no se vea y oyendo no se escuche.

En segundo lugar, cuando ya ha sucedido que se ha recibido una mala impresión y de ella se ha generado un mal pensamiento, es preciso borrar de inmediato esa impresión y detener el pensamiento del modo indicado anteriormente. Y siempre, por supuesto, cortando el flujo de impresiones. No es razonable permanecer bajo la influencia de una impresión negativa o postergar su eliminación y el restablecimiento del mundo espiritual para otro momento. Porque si permanecemos bajo esa impresión, favoreceremos voluntariamente la multiplicación de malos pensamientos y sentimientos, y si dejamos que este mal permanezca largo tiempo en nosotros, le estamos dando la posibilidad de enraizarse más profundamente, y después hará falta luchar mucho más tiempo para expulsarlos y para lograr la propia purificación, si es que no dominan por completo el alma.

En tercer lugar, una vez que hemos experimentado el mal de alguna impresión, no debe permitir uno volver a encontrarse voluntariamente con los objetos que la produjeron. Esto significará que quien así actúa ama complacerse en el mal y, por tanto, es impuro en el fondo de su corazón. Si por alguna necesidad es preciso encontrarse con ese objeto, conviene armarse previamente y preparar el corazón para oponerse a la mala impresión, y no dejarlo entrar en nosotros. La atención, la oposición esforzada y la oración dan la oportunidad de actuar así.

En cuarto lugar, ya le escribí que interpretara en sentido espiritual todo lo que le sale y puede salirle al encuentro. Y eso mismo debe hacerse respecto a los objetos dotados de significado negativo. Al hacerlo así, después de encontrarlos, percibirá no malos, sino buenos pensamientos, de modo similar a como san Efrén el Sirio, habiendo encontrado a una mujer que se había pintado más de la cuenta, les dijo a sus discípulos: «¿Veis cómo se preocupa de

embellecer su cuerpo, que pronto será polvo? ¿Y no vamos nosotros a preocuparnos de embellecer el alma inmortal?»[1].

Estas normas son suficientes. Haría falta indicar los casos que se oponen a su vida interior en sus quehaceres cotidianos. Pero pienso que no se dan ni en su familia cercana ni en la más amplia. Puede encontrarlos solo fuera de casa, por ejemplo, en la vida social, como le sucedió no hace mucho, según escribía usted. En lo referente a tales casos le recomiendo que se atenga a lo que se indica en el tercer punto. Y de acuerdo con él, trate todos los casos similares que pueda encontrar en adelante. Y en general adopte la norma de medir lo que se puede permitir según la influencia que produzca en su interior. Lo que edifica es lo que puede permitirse; lo que perturba, no se lo permita bajo ningún concepto. ¿Quién, en su sano juicio, alargaría la mano para coger el vaso con una bebida en la que sabe que se ha echado veneno?

No pienso que tenga que renunciar a tantas cosas, que haya de parecerse a una monja de clausura. Tan solo quiero motivarla a tomar la resolución de no aceptar lo que es perjudicial para su espíritu, una vez que se ha asegurado de que únicamente la vida en el espíritu es la vida auténtica. Y no solo porque se ha cerciorado, sino porque la ha experimentado.

¡Que la bendiga el Señor!

1. San Efrén el Sirio (ca. 306-373), diácono, escritor, Padre y Doctor de la Iglesia. Es reconocido como santo por la Iglesia católica y la ortodoxa [N. del T.].

62

DESPUÉS DE LAS DIRECTRICES SOBRE LA LUCHA MENTAL CONTRA LAS PASIONES, SE PROPONE LA INSTRUCCIÓN SOBRE LA LUCHA ACTIVA FRENTE A ELLAS. LA FORMA EXTERNA DE VIDA MÁS ADECUADA PARA LUCHAR CONTRA LAS PASIONES. CONCLUSIÓN DE LA CONVERSACIÓN SOBRE LA LUCHA CONTRA LAS PASIONES

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Lo dicho sobre las directrices para la purificación de las pasiones, cuando ellas están presentes en pequeña medida, es más que suficiente. No obstante, ya que hemos empezado a hablar de este asunto, voy a añadir algo que puede resultarle útil no en el futuro, sino ahora.

La lucha contra las pasiones que hemos descrito es mental. Y es una lucha eficaz, porque al no permitir a las pasiones alimentarse de ninguna manera, se las mata de hambre. Pero existe también una lucha activa contra ellas, que consiste en emprender y realizar conscientemente acciones que las contradicen directamente. Por ejemplo, para debilitar la avaricia hay que realizar actos de generosidad; contra el orgullo hay que elegir actividades humillantes; contra la pasión de la diversión, la vida doméstica, etcétera. Es verdad que solo este modo de actuar no conduce directamente a la meta, porque, al ser limitada desde fuera, la pasión puede esconderse hacia adentro o dejar lugar a otra. Pero cuando a esta lucha activa se une la lucha interior, mental, las dos juntas vencen rápidamente la pasión contra la que se dirigen.

Y este es el consejo que le doy. Esfuércese por encontrar su pasión principal y dirija contra ella no solo una lucha mental, sino también activa. Yo no estoy en condiciones de determinar exactamente cuál es en su caso la pasión principal. Puede ser que todavía no se haya definido, pero si se dedica a observar atenta y cuidadosamente los movimientos de su corazón, se le hará patente. Enton-

ces, si desea confiármela, juntos pensaremos la mejor manera de superar esta debilidad principal.

Le recuerdo que hay formas muy rigurosas en esta lucha activa contra las pasiones. La más habitual entre nosotros es la renuncia al mundo en la forma de una vida retirada, cuando dejando decididamente todo, y poniendo toda la confianza en el Señor, se ingresa en un monasterio para vivir en humilde obediencia, en ayuno riguroso, en asidua oración y en sobria vigilia. Aquí, al no poseer absolutamente nada, privados de la propia voluntad y de los propios deseos, rápidamente se desprenden del alma todas las pasiones. Después se instala una actitud pacífica en el corazón, así como la pureza del corazón, que es la finalidad última de la vida de renuncia al mundo. Pero a usted no la saco del mundo. Se salvará en él si se mantiene en él sin ser de él. Tan solo le recuerdo estas cosas para indicar el orden de vida adecuado con vistas a purificar el corazón de las pasiones.

Añado, además, que una de las leyes del plan de Dios sobre nosotros consiste en organizar la vida de cada uno y el curso de los acontecimientos en ella de tal forma que, utilizando las cosas de manera razonable, llegue a purificarse de las pasiones del modo más rápido y adecuado posible. Se lo recuerdo porque usted me preguntó en cierta ocasión por qué es tan diferente el destino de las gentes y por qué es tan variable, y me parece que no le contesté. Voy a contestarle ahora: porque Dios dispone así las cosas para que les sea más fácil purificarse de las pasiones, y porque Él quiere de ese modo reducir a polvo la dura cerviz de nuestro yo, nuestro egoísmo obstinado, al que se aferran las pasiones que llevan al ser humano a la perdición.

Añado tan solo una cosa más. Golpee las pasiones por dentro y por fuera, y eduque sus buenas cualidades, dándoles espacio y ejercitándolas. Aquí lo más importante es la oración. Sobre ella ya hemos hablado. Después le sigue en importancia el esfuerzo por las buenas obras. Sobre esto hablamos cuando usted reflexionaba sobre los diversos fines de la vida. Y a las buenas obras deben acompañarlas las lecturas y conversaciones –que conducen a la salvación del alma–, la celebración de los actos litúrgicos en la iglesia y los actos de mortificación –negarse a sí mismo cuando sea

necesario, un poco en el alimento, en el sueño, en la diversión y en todo tipo de placeres, y mantenerse en un estado de permanente control y exigencia–, de los que ya tratamos en su momento.

Y esto es todo sobre el curso de la purificación de las pasiones, que ya está en marcha en su caso.

¡Que Dios le conceda éxito!

63

Ajetreos domésticos. Canción y música

Me he dado prisa en ir hasta el final en el discurso sobre la lucha contra las pasiones, aunque en esto no se puede ir nunca hasta el final, y dejé casi sin respuesta muchos de los temas sobre los que me ha escrito en este tiempo. Para algunos encontrará respuesta en lo ya escrito, a otros intentaré responder ahora.

Escribe que anda con muchos ajetreos domésticos. Haga con diligencia todo aquello que le manden. Este es su deber. Pero no debe agobiarse. Los agobios (las preocupaciones) van acompañados de agitación interior, y esto es algo indebido. ¿Acaso no se pueden considerar tranquilamente todas las tareas encomendadas y, después, hacerlas sin agitación, con la mente recogida? Si en la vida cotidiana hay algo que estorba a la vida espiritual no son en modo alguno las ocupaciones y faenas, sino esa agitación de preocupaciones vacías que corroen el corazón y que, encima, no pueden hacer que las tareas avancen ni un milímetro; y también esas preocupaciones que, como un torbellino, arrastran la mente. De todo esto únicamente nacen las prisas, que en nada ayudan a que las tareas salgan bien. Así pues, trate de distinguir entre la debida diligencia y la preocupación indebida, que se halla dominada por las prisas, y se acostumbrará a hacerlo todo son sobriedad, sin apartar el pensamiento del Señor, manteniendo la convicción de que le agrada en todo lo que hace.

Pregunta: «¿Cómo considerar el canto y tocar el piano y el armonio? Antes tocaba y cantaba sin reparar en el contenido de las obras, pero ahora todo eso se me mete en la cabeza. Y, como se sabe, no todas las canciones son buenas por su contenido, aunque estén compuestas con mucha armonía». ¿Qué hacer? No es posible cambiarlo todo a su alrededor. Esto salta a la vista. Cante y toque lo que cantaba y tocaba antes, tratando de no reparar en el contenido.

Y, entre tanto, vaya seleccionando las obras musicales con buen contenido o con un contenido aceptable, y cante y toque más estas últimas, de modo que al final se olvidarán de pedirle que cante e interprete otras. El armonio es muy adecuado para acompañar la música litúrgica. Consiga las obras de Turchaninov[1] y aprenda de ellas las que más le gusten. Apréndase «Dios, salva al zar», «Qué glorioso es nuestro Señor en Sion» y otras parecidas. Si canta con todo su sentimiento piezas de este tipo, le aseguro que le gustarán más que ninguna otra. Y entonces le pedirán que cante e interprete no unas vacías cancioncillas cualesquiera, sino precisamente estas obras magníficas.

Hace ya tiempo que usted mencionaba que todos alaban su voz y su manera de cantar. Ellos hacen lo que deben, y usted lo que debe hacer. ¿Cómo no se va a alabar cuándo es buena una cosa y otra? Pero usted no debe enorgullecerse, sino conformarse con humildad. ¿De dónde le vienen la voz, el gusto y la música? Dios se las ha dado. ¿Para qué se las ha dado? ¿Para halagar el oído de otros o para alguna otra cosa? Nada menos que para que los encamine a la gloria de Dios. ¿Y es esto lo que ha hecho? No. Lo único que hacía era distraerse a sí misma y a los demás, pero sin que mencionara para nada a Dios. Por tanto, estaba abusando del don recibido de Dios al usarlo de manera vana. Ahora que sus pensamientos se han orientado a agradar a Dios, oriente hacia ello también el uso de los dones recibidos de Dios. Si hay que comer y beber para la gloria de Dios, tanto más hay que cantar y tocar. Si toca y canta algo que entra en el alma de los oyentes y les hace aspirar al Señor o elevarse a Él con alabanza y acción de gracias, entonces hace usted lo mismo que un buen predicador en la iglesia. ¡Mire qué fruto salvífico del don que ha recibido! Trate de orientarlo en este sentido. Elija piezas seculares y espirituales edificantes, y cante y toque sólo estas. Si lo anterior se lo digo respecto a los demás, para sí misma he de recomendarle que no cante nunca nada mundano, sino solo cosas espirituales. Pero le repito: no cambie bruscamente, sino poco a poco.

1. Piotr Ivanovich Turchaninov (1779-1856), sacerdote diocesano casado, compositor de música religiosa utilizada hasta nuestros días. Realizó una gran labor de armonización de la música litúrgica ortodoxa antigua [N. del T.].

Y, en general, no haga ningún alarde que la distinga. Sea con todos tan amable, bondadosa y alegre como siempre. Únicamente absténgase de la risa, las bromas y todo tipo de conversaciones vanas. También sin esto se puede ser amable, alegre y agradable. Y evite a toda costa ser taciturna. Cuando el Salvador dijo a los que ayunan que se lavasen, se ungieran la cabeza y se peinaran, se refería precisamente a que no anduvieran taciturnos.

¡Que Dios le dé sabiduría!

64

La soledad. Cómo evitar el aburrimiento. La lectura y el aprendizaje de las ciencias

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Escribe: «Me he quedado sola y me aburro». Es un sentimiento natural. Pero me parece que usted no debe tenerlo después de sus resoluciones y de lo que se le ha propuesto hacer como consecuencia de ellas. A poco que haya asimilado esto último, no se sentirá nunca en soledad, incluso si se encuentra sola. No se sentirá en soledad, porque será consciente de que Dios está cerca, de que está cerca su Ángel de la guarda, y no solo como un pensamiento, sino realmente. Por tanto, el sentimiento de soledad está fuera de lugar y, en consecuencia, también lo está el aburrimiento. No obstante, pienso que este ataque de aburrimiento ha sido momentáneo y que se ha disipado rápidamente.

De todos modos, para el futuro, cada vez que tenga que estar sola, active enseguida la convicción de que el Señor está con usted y también su Ángel de la guarda, y apresúrese a aprovechar esos minutos de soledad para permanecer concentrada en el Señor, en dulce conversación con Él. La soledad vivida en este espíritu es algo dulce. Le deseo que guste alguna vez esta dulzura, para así desearla como un paraíso en la tierra.

El otro día, hojeando un libro, encontré los consejos de un padre (el conde Speranski[1]) a su hija. Ahí se habla, entre otras cosas, de

1. Se refiere casi con toda seguridad al conocido conde Mijail Mijailovich Speranski (1772-1839), político reformador ruso durante los reinados de Alejandro I y Nicolás I, fundador de la ciencia jurídica rusa y de la jurisprudencia teórica. Influyó en la educación del futuro zar Alejandro II, que introdujo importantes reformas liberalizadoras en Rusia, entre otras, la supresión de la servidumbre de la gleba en 1861. La obra a la que se refiere Teófanes son las cartas a su única hija, Elisabeta, publicadas en Moscú, después de la muerte del autor, en 1869 (*Cartas del Conde M. M. Speranski a su hija*) [N. del T.].

cómo evitar el aburrimiento. Y le aconseja lo siguiente: «Cada persona –dice– tiene sus propias ocupaciones cotidianas, que cumple como un cierto tributo. Pero hay muchas personas para las que estas ocupaciones debidas son simples y breves, de modo que les queda mucho tiempo libre. Este tiempo, si no se llena de alguna forma, da lugar inevitablemente al aburrimiento. Y para evitarlo, he aquí el medio más seguro: organízate para que no tengas ni un solo minuto sin algo que hacer y todo tu tiempo esté lleno de ocupaciones responsables, de modo que, cuando acabes una cosa y te quedes libre, ya tengas preparado otro asunto al que ponerte.

Y ¿qué asuntos son estos? En primer lugar, las ocupaciones estéticas: música, canto, pintura. En segundo lugar, alguna actividad manual, como tejer, bordar y cosas parecidas. En tercer lugar, y sin duda alguna, el mejor remedio contra el aburrimiento es cultivar el gusto por las lecturas serias y por aprender cosas que no se saben todavía. Porque lo que evita el aburrimiento no es tanto la lectura cuanto el aprendizaje».

Leyendo lo anterior, me pareció interesante comunicarle esta receta. Y, mira por dónde, resulta que había necesidad de ella. Esfuércese, pues, en tomar nota de ella y en organizarse de acuerdo con ella. Y ciertamente no volverá a sentir aburrimiento. Conozco una persona que siempre está sola, nunca sale ni recibe visitas. Le pregunto: «¿Cómo es que no te aburres?». Me responde: «No tengo tiempo, tengo tanto que hacer, que cuando abro los ojos después del sueño, me pongo a hacer cosas, y no alcanzo a terminarlas hasta que los cierro».

Le hago la observación de que, al hablar de aprendizaje –que el padre le recomienda a la hija–, en el caso de usted se entiende el aprendizaje de ciencias enteras o de parte de ellas, que haya aprendido ya de manera incompleta. De esta manera, evidentemente, se evita la vana lectura de libros vacuos.

Parece que usted no anda a la caza de estas lecturas. Y eso es bueno. No abandone esta costumbre. Lea sobre todo libros espirituales. Este es el terreno de los temas más serios, y lo que es más importante, de los más necesarios para uno mismo. En este terreno todo es nuevo y nunca envejece. Cuanto más sepa, más caerá en la cuenta de las cosas que todavía no sabe. Y el deseo de conocer esas

cosas, y disponerse a su conocimiento, solo se da cuando alguien ha puesto manos a la obra en el camino de la vida espiritual. A partir del momento en que usted decidió complacer al Señor, no la considero ajena a este camino. Esfuércese en leer libros sobre esto y de adquirir sabiduría.

¡Que el Señor la bendiga!

65

Selección de textos del venerable Pimen sobre la vida agradable a Dios, la victoria sobre las pasiones y la implantación de las virtudes

Y a usted, ¿quién la ha puesto en la pista del santo Pimen[1], hasta el punto de querer saber más sobre él? Sea quien sea esa persona, me alegro.

Para conocer más de san Pimen y de su manera de vivir puede bucear en las *Lecturas mensuales* del 27 de agosto, así como en el libro titulado *Relatos dignos de recuerdo de las hazañas de los santos y beatos padres*[2]. En uno y otro lugar encontrará muchas de sus enseñanzas.

San Pimen fue uno de los padres simples, sin formación; ahora bien, las experiencias espirituales y la gracia de Dios iluminaron hasta tal punto su mente que, por su fino y exacto conocimiento de las leyes que permiten ascender a la perfección, se ha ganado el derecho de figurar entre los principales padres que son maestros en la sabiduría de Dios.

Antes de que lea usted sobre él, reseño aquí las claves de su doctrina y de sus enseñanzas sobre lo que durante tanto tiempo le he estado explicando.

El punto de partida del camino hacia Dios es el arrepentimiento y el llanto por los pecados. A propósito de esto, se cuenta de san Pimen que al ver a una mujer llorando amargamente sobre una tumba, le dijo: «Si se aparecieran aquí todos los placeres del mun-

1. También llamado en castellano *abba* Poemen o Poemen el Grande (c. 340-450), monje egipcio y uno de los padres del desierto, considerado santo por las iglesias católica y ortodoxa [N. del T.].

2. Es el título en ruso de la obra *Apophthegmata Patrum*, o *Apotegmas de los Padres del desierto*, sobre la vida de los monjes cristianos en Egipto de los siglos IV y V [N. del T.].

do, no liberarían tu alma del dolor. Así tenemos que llorar nosotros siempre» (punto 26)[3]. A renglón seguido se narra con mayor detalle esta misma circunstancia, siendo las palabras del santo Pimen: «Te aseguro que si el hombre no mortifica todos las concupiscencias de la carne y no llora de este modo, no puede unirse a Dios. El alma y la vida de esta mujer se han hundido por completo en la aflicción» (punto 27).

El que se ha arrepentido y llora sus pecados se aleja de manera natural del mal y hace el bien. Ciertamente, no se hace el mal con los hechos mientras no se llevan a cabo; sin embargo, no es posible estar libre de los malos pensamientos. Por tanto, alejarse del mal para quien llora sus pecados consiste casi únicamente en luchar contra ellos. A esto se refiere el santo Pimen.

Un hermano se presentó ante el *abba* Pimen, y le dijo: «¡*Abba*! Tengo muchos malos pensamientos y estoy en peligro por su causa». El *staretz*, después de acompañarlo afuera, le dijo: «¡Desabróchate el hábito y no dejes pasar el viento!». «No puedo hacerlo», respondió el hermano. «Si no puedes hacer esto –añadió el *staretz*– tampoco puedes detener el curso de los pensamientos. Lo que te toca a ti es oponerte a ellos» (punto 28).

Oponerse, pero ¿cómo? En primer lugar, obsérvate a ti mismo y mantente sobrio. A este respecto, un hermano comentaba que al encontrarse con los demás se distraía, de modo que cuando intentaba volver dentro de sí ya no estaba en la misma situación de antes. ¿Qué podía hacer? El *staretz* le dijo: «Si deseas volver dentro de ti y en encontrarte igual que cuando saliste, mantén la vigilancia sobre ti mismo no solo en casa, sino también mantén fuera de ella» (punto 137). Y, en general, recordaba que lo que más necesitamos es que la mente se mantenga sobria (punto 135).

Si cuando estás dentro de ti notas la presencia de una pasión, ora de inmediato y se alejará. Un hermano que preguntaba al *abba* Pimen sobre la lucha con los malos pensamientos, recibió del *staretz* la siguiente respuesta: «Esto es como si en el hombre hubiera por un lado fuego y por otro un cubo de agua. Cuando empieza a

3. Puntos del libro *Relatos dignos de recuerdo de las hazañas de los santos y beatos padres*.

arder el fuego, debe tomar agua del cubo y apagarlo. El fuego son las incitaciones del enemigo, las pasiones, y el agua la oración asidua a Dios» (punto 146).

Si se desea sufrir menos por causa de los pensamientos que proceden de las pasiones, hay que alejarse de las ocasiones que las excitan. *Abba* Pimen aseguraba que es preciso alejarse de todo lo que tiene que ver con las pasiones. «El hombre que merodea cerca de lo que puede engendrar la pasión se parece a uno que deambula al borde de un precipicio, pues el enemigo del hombre puede empujarlo al vacío con facilidad. Por el contrario, el que se encuentra lejos de lo que puede engendrar la pasión se parece a uno que se mantiene lejos del abismo. Aunque el enemigo lo empuje para precipitarlo al abismo, mientras lo está empujando a la fuerza, ese hombre podrá invocar a Dios, y Dios lo ayudará» (punto 59).

Lo decisivo es arreglárselas por todos los medios para no ceder a los pensamientos. Como el fin de estimular la práctica de lo que recomiendan las narraciones acerca del santo Pimen, está escrito: «Un hermano preguntó al santo *staretz*: '¿Puede un hombre refrenar sus pensamientos siempre, sin ceder en ninguno de ellos al enemigo?'. Y recibió esta respuesta: 'Hay quien los mantiene a raya diez veces, y en uno cede'. El mismo hermano le preguntó lo mismo al *abba* Sisoes[4], y este dijo: 'Ciertamente hay quien no cede ante el enemigo en ningún caso'» (punto 88).

«*Abba* Anuvi[5] preguntó al *abba* Pimen sobre los pensamientos impuros que nacen en el corazón humano y sobre los vanos deseos. El *abba* Pimen le respondió: '¿Acaso el hacha se cree más que el leñador?' (Is 10, 15). No les entregues las manos y no harán nada» (punto 89).

¿Qué fruto produce esta resistencia? Hacer que las pasiones se extingan. Esta fue la respuesta que recibió el *abba* Isaías cuando le preguntó al *abba* Pimen sobre los pensamientos impuros: «Si se deja abandonado un cofre con un vestido dentro, este se pudre

4. San Sisoes el Grande (†429), padre del desierto, eremita, discípulo de san Antonio el Grande [N. del T.].

5. *Abba* Anuvi era el mayor de los seis hermanos de Pimen. Ya se había retirado al desierto de Skite como eremita cuando Pimen decidió abrazar dicha vida [N. del T.].

con el tiempo; así sucede con los pensamientos, si no se ponen por obra, con el tiempo desaparecen, y es como si se pudrieran» (punto 20).

El *abba* José le preguntó al *abba* Pimen por lo mismo, y este respondió: «Si alguien mete en un recipiente una serpiente y un escorpión y lo cierra, estas sabandijas terminan muriendo con el tiempo de manera natural; lo mismo sucede con los malos pensamientos procedentes de los demonios, que mueren si nos oponemos a ellos con paciencia y no los alimentamos» (punto 21).

Con todo, a la vez que nos alejamos del mal con esta oposición inmisericorde a los pensamientos y deseos procedentes de las pasiones, hemos de practicar el bien, sembrando en nosotros todo género de virtud. Con una cosa y otra, el corazón se purifica rápidamente. Sobre la siembra de las virtudes también se conocen muchas lecciones de san Pimen. Voy a exponer las más importantes. Pimen cita las sentencias del *abba* Juan Kolova, que decía: «Deseo tener todas las virtudes, al menos en cierto grado» (punto 46). Y más adelante, en el mismo sentido, enseña: «Cuando alguien se propone construir una casa, reúne muchos materiales y distintas clases de cosas, para poder levantarla. Así nosotros debemos adquirir en cierta medida todas las virtudes» (punto 130).

Ahora bien, existen virtudes fontales y directoras a las que debe orientarse todo el esfuerzo. El santo Pimen las menciona con frecuencia. Según él, son: «El cuidado de sí, la atención a uno mismo y la prudencia. Estas tres virtudes dirigen el alma» (punto 35).

«Postrarse ante Dios, humillarse y renunciar a la propia voluntad, ¡he aquí los instrumentos con los que ha de trabajar el alma!» (punto 36).

Y en la Escritura se dice: «'Si en ese país están estos tres hombres: Noé, Daniel y Job, solo ellos lograrán salvarse por su recto proceder. Oráculo del Señor' (Ez 14, 14. 20). Noé representa el desprendimiento, Job, la paciencia y Daniel, la sensatez. Si el hombre posee estas tres virtudes, el Señor habita en él» (punto 60).

«El temor de Dios, la oración y la ayuda al prójimo son los tres fundamentos de la perfección» (punto 160).

El *abba* Pimen dice haber escuchado de una persona corriente, que carecía de una formación específica para interpretar la Escritu-

ra, esta parábola: «Un hombre le dijo a su amigo: 'Quiero ver al rey, ven conmigo'. El amigo le contestó: 'Iré contigo la mitad del camino'. A otro le dijo: 'Llévame al rey'. Este le respondió: 'Te llevaré hasta la corte'. Le dijo a un tercero: 'Ven conmigo a ver al rey'. 'Vamos –dijo su amigo–, te llevaré hasta la corte, te introduciré en ella, le hablaré al rey de ti y te presentaré a él'. Le preguntaron: '¿Cuál es el significado de esta parábola?'. Respondió: 'El primer amigo es la negación de sí, que pone en el verdadero camino; el segundo es la pureza, que alcanza el cielo; el tercero, la limosna, que conduce con resolución hasta el mismo rey, a Dios'» (punto 109).

Así, «cuando no se cede ante las pasiones y, al mismo tiempo, se plantan en él las virtudes, el corazón poco a poco se ablanda» (punto 182), sube su temperatura y es capaz de acoger en sí el fuego divino, que con solo conservarlo crea un hogar para ti. El *abba* Pimen dice a este respecto: «Cuando el puchero se calienta desde abajo, no hay mosca ni reptil que pueda tocarlo; cuando se enfría, entonces es cuando se meten en él. Así sucede con el alma: mientras que permanece en la actividad espiritual (el ardor del espíritu por Dios), el enemigo no puede vencerla» (punto 111).

Con estas notas ya tiene suficiente. Usted misma encontrará en el santo *abba* otras que le resultarán útiles y valiosas. Yo sólo he querido recordarle con ellas todo lo que ya dije antes. Aquí se contiene todo el camino que usted ya ha iniciado. En cualquier *abba* que lea encontrará en esencia lo mismo, aunque haya diferencias en el modo de presentarlo y explicarlo.

¡Que el Señor le dé sabiduría y la bendiga!

66

Peregrinación al Monasterio de San Sergio. Instrucción para los peregrinos

¡¿Y quién la ha conducido a san Pimen?! A buen seguro que alguien que se entusiasma al hablar de las cosas de Dios. Es de suponer. Me atrevería incluso a decir que se trata del mismo que vino con usted cuando me visitó. No puedo por menos de alegrarme cuando pienso que tiene cerca a alguien que es capaz de hablar así. Aprovéchelo cada vez que vaya a visitarla, anímele a que hable de tales cosas y asimile todo aquello que sea provechoso.

¡Está a punto peregrinar al monasterio de San Sergio[1]! Magnífico. Que Dios la bendiga. ¡Y además a pie! ¡En dos o tres etapas se puede hacer sin agobios! Pero para no dar que hablar, es mejor mantenerlo en secreto, si es posible. Y si no se puede, que digan lo que quieran. Ahora bien, no piense usted que va a emprender un paseo bucólico. Y aunque no tenga especiales dificultades durante los cincuenta y tres kilómetros[2] del trayecto, experimentará sensaciones a las que está poco habituada. Serán dos días. La primera noche sabrá lo que supone ir a pie, si es que no se entera de ello antes. No olvide portar consigo una cantimplora de agua con sal, de modo que por la noche pueda masajearse con ella los pies, pues al final de la jornada no los sentirá. Pero si se da el masaje, al día

1. La Laura de la Santa Trinidad es el monasterio más venerado de Rusia. Fundado por san Sergio de Radonets a mediados del siglo XIV, se convirtió en símbolo de unidad para el pueblo ruso. De hecho, al contemplar allí la Trinidad indivisa, cobraba ánimos frente a la horda tártaro-mongola que lo subyugaba y esperanza para resolver los conflictos internos que lo disgregaban. De sus muros saldrán las tropas que en 1380 derrotaron en Kulikovo a los tártaros, fecha que marca el declive de su dominio. En la iglesia consagrada a la Trinidad reposan los restos de san Sergio, y para su iconostasio pintó un monje del monasterio llamado Andréi Rubliov el famoso icono de la Santísima Trinidad [N. del T.].

2. El original habla de *verstas*, antigua unidad de longitud rusa que equivale exactamente a 1066,8 metros [N. del T.].

siguiente los tendrá un poco mejor, aunque ya no caminará como cuando salió de Moscú debido al agotamiento. El camino de vuelta puede hacerlo en ferrocarril, ya que apenas tendrá fuerzas para caminar otros dos días. Pero haga lo que le dicta el corazón. El Señor da fuerzas para todo aquello que hacemos por él. Y después de hacerlo siempre añade algo, tanto si lo notamos como si no. Asimismo, el venerable Sergio le concederá alguna gracia. Dios da a los santos la capacidad de ver lo que hacen por él los creyentes, y escucha sus ruegos. La única condición es que nazcan del corazón. Como el telégrafo transmite en un instante de Moscú a San Petersburgo y aun más lejos, así lo que brota del corazón se manifiesta en un instante a aquel a quien se dirige. El venerable Sergio, nada más tener usted la intención de peregrinar hasta él, posó en usted sus ojos; cuando inicie el camino, la mirará más si cabe, y más todavía cuando, tras soportar con buen ánimo y alegría las dificultades del camino, lo venere ante su tumba. ¡Que Dios la bendiga! Lo único que no debe esperar es que sea una camino de rosas, sino de fatigas, ampollas y dolor de huesos. Prepárese, pues, a hacer un sacrificio y no a disfrutar.

Mientras va de camino, repita continuamente la breve oración sobre la que le escribí, pues de otra forma los pensamientos la llevarán libremente no se sabe dónde. La arrastrarán a cosas inoportunas que no se deben pensar, y más si se va en peregrinación. Cuando se canse de repetir esta oración, tome algún salmo y recítelo de memoria meditativamente. Recite el salmo «Misericordia, Dios mío, por tu bondad» (Sal 50), o «Dios mío, dígnate librarme» (Sal 69), o alguno otro que conozca. Y no se preocupe de recitarlo entero, de principio a fin, sino de meditar y sentir su contenido. Trate de profundizar en cada palabra, preguntándose para qué se dice y a qué la conduce. Profundizando de este modo no se dará cuenta de cómo pasan los kilómetros uno tras otro. Recitar salmos meditándolos mientras se está en camino es una norma de los dos primeros y más grandes padres del desierto, Antonio y Pacomio. Tenían por regla que quien ingresaba con ellos como discípulo debía aprenderse algunos salmos de memoria. Y si era analfabeto, antes de ejercitarse en la lectura, aprendía los salmos de labios de otro. Y cuando había aprendido unos cuantos, debía recitarlos, tan-

to cuando estaba sentado trabajando, como, sobre todo, cuando iba a algún sitio. Haga, pues, la experiencia de imitar a los antiguos.

En el santuario, no olvide confesarse y comulgar del sacramento de Cristo. El esfuerzo de la peregrinación será también un esfuerzo de ayuno. Ahora ya no le resultará difícil confesarse, después de la última confesión que hizo con tanto detalle. No oculte nada de lo que no aprueba la conciencia, ni pequeño ni grande. Y si algo no debe omitir, por ser lo principal, son las lágrimas de arrepentimiento. Una sola lágrima es como si la hubieran rescatado o como si se hubiera acudido a una *banya*[3].

Quería haberle dicho algo sobre estas lágrimas, pero me olvidé. Se lo escribo ahora. Usted acostumbra a tomar en préstamo libros de la biblioteca para sus lecturas. Tome a Zhukovski[4] y lea su «Peri y el Ángel»[5]. Este opúsculo me parece que se encuentra en el tomo quinto. Es altamente aleccionador. Y extenso. Le cuento brevemente su contenido. Peri es un espíritu, uno de los que se dejaron seducir y se apartó de Dios, pero luego recapacitó y retornó al paraíso. Al llegar, encontró las puertas cerradas. El Ángel que las guardaba le dijo: «Hay esperanza de que puedas entrar, pero debes traer un don que te haga digno de ello». Peri vuela a la tierra. Y ve que hay una guerra. Un valiente soldado, poco antes de morir, reza a Dios por su patria en medio de las lágrimas de la agonía. Peri toma estas lágrimas y las lleva al paraíso. Sin embargo, no se abren las puertas. El Ángel le dice: «Es un buen don, pero no tiene fuerza suficiente para abrirte el paraíso». Esto indica que todas las virtudes patrias son buenas, pero por sí solas no llevan al cielo. De nuevo, Peri vuela a la tierra. Ve una epidemia de peste. Muere un hombre

3. Así se denominan los baños públicos con sauna. Allí acudía cada sábado tradicionalmente el pueblo para asearse concienzudamente y de ese modo participar con dignidad en la liturgia del domingo. Estos baños representan para los rusos la limpieza corporal más completa [N. del T.].

4. Vasili Zhukovski (1783-1852) es el principal poeta ruso del primer tercio del siglo XIX, además del introductor del Romanticismo en su país.

5. «Peri y el Ángel» es el título de la traducción que Zhukovski hizo en 1821 de una parte de la obra del poeta irlandés Thomas Moore (1779-1852). Se corresponde, en concreto, con la tercera parte de la obra «Lalla Rookh» (1817), titulada «Peri y el paraíso». Peri es una palabra de origen persa que designa a un ser mitológico sobrehumano, en principio malvado, pero que después adquirió un carácter positivo, en el sentido de un genio benéfico o un hada bienhechora [N. del T.].

muy hermoso. Su novia, que lo había cuidado sacrificadamente, se ha contagiado. Y apenas le cierra los ojos, cae muerta sobre su pecho. También aquí hay lágrimas. Peri toma una de ellas y la lleva. Pero cuando llega, tampoco se abren las puertas. El Ángel le dice: «Es un buen don, pero no tiene la fuerza para abrirte las puertas». Esto significa que las virtudes familiares por sí solas tampoco llevan al cielo. ¡Busca! Hay esperanza. Peri vuela de nuevo a la tierra. Encuentra a alguien arrepentido. Toma de él una lágrima y la lleva al cielo. Y antes siquiera de acercarse al paraíso, las puertas se han abierto de par en par para él. Esta es precisamente la lágrima que debe llevar al Señor. Hay alegría en el cielo cuando alguien llora y se arrepiente, sintiéndose pecador. Y este es el camino más seguro: «Conviértete y cree en el Evangelio» (Mc 1, 15).

¡Que Dios la bendiga!

67

El consuelo del peregrino. Instrucción sobre la confesión detallada. Breves oraciones y la atención constante a Dios

¡Ya ha realizado su peregrinación! ¡Bendito sea Dios! Como ve, se han cumplido mis predicciones de fatiga y dolor de huesos. Pero también lo que se le prometía a su alma. El Señor la ha consolado con la alegría de la santa comunión, y San Sergio ha disipado su turbación.

Escribe usted lo siguiente: «Mi alma se llenó de un desasosiego intenso y angustioso, acudí entonces a San Sergio, y la turbación se disipó de inmediato; su lugar fue ocupado por una paz serena y confortadora». Como ve, lo que se eleva desde el corazón es escuchado de inmediato en el cielo y desde allí obtiene sin demora respuesta. De todo esto aprenda dónde debe buscarse la serenidad y el consejo.

Pero que no haya dicho en confesión algún pecado, eso no procede. Sea grande o pequeño, de obra o de palabra, en cuanto la conciencia nos dice que algo es pecado, es preciso purificarlo por medio de la confesión y el arrepentimiento. La esencia del sacramento de la penitencia consiste en la absolución del pecado expresado en palabras. El pecado que no se dice no se absuelve, y permanece en el alma, y con ella se va al otro mundo. Es una mancha negra, tanto más visible sobre un vestido blanco. Aquí no sirve de ayuda el ingenio. Hay que hacer las cosas no como dice la gente, sino como dice el mismo Señor. Y el Señor dice: «Di primero tus pecados para justificarte» (Is 43, 26). Y para nuestro consuelo y el alivio de nuestras acciones, que algunas veces no son precisamente leves, estableció esta ley: «Lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mt 18, 18). Fije bien en su memoria y acoja en su corazón que todo lo que no quede perdonado en la tierra según lo establecido

por Dios queda sin perdonar también en el cielo. Apresúrese, pues, a remediar esa omisión. Ahora, además de arrepentirse del pecado omitido en confesión, tiene que arrepentirse de haberlo omitido a sabiendas.

Hizo bien en no dejar de rezar durante la mayor parte del camino esa breve oración. Aprenda a no separarse nunca de ella. Se trata de una oración que recogerá la atención, alejará los pensamientos vacuos y vanos, y la mantendrá a usted en disposición de recibir por medio de su Ángel de la guarda consejo en el momento necesario. Esta breve oración es un gran tesoro. Nada se le puede comparar en lo referente a la vida espiritual. Trate, al mismo tiempo, de que la atención se fije en el corazón y no solo en la repetición constante de las palabras, y de que la memoria, unida a un piadoso temor de Dios, se mantenga fija en el Señor. Dios está en todas partes. Tanto si pensamos en Él como si no, Él siempre está allí donde estamos nosotros, y todo lo ve. Juzgando humanamente, le ofende que no le prestemos atención, a pesar de que a todos sostiene, de que se preocupa por todos y a todos distribuye bienes sin cuento. Exclúyase del número de esos distraídos y no olvide dirigir el ojo de su mente al Señor, o al menos conserve el sentimiento de que Él está cerca, de modo similar a como sentimos que el sol está sobre nosotros y nos calienta, aunque no lo miremos. Dirigirse mentalmente y con piedad a Dios desde el corazón es ya una oración. Hágalo así en cuanto sea posible.

Por otra parte, no debe inquietarse demasiado si durante el día no le es posible estar ante los iconos y hacerles reverencias. En cambio, las horas de laudes y vísperas conságrelas siempre al Señor. En esos momentos es cuando hay que leer, pensar y orar más tiempo. Es como si está dormida y, de repente, al despertarse antes de tiempo, se levanta sin demora y se pone a conversar dulcemente con el Señor. Si se dispone bien por la mañana, todo el día discurre bien. Hacer memoria de Dios, leer el Evangelio y el Nuevo Testamento, así como otros libros espirituales de provecho, descubrirán y afirmarán en usted la comprensión de lo que es bueno y debido. La conciencia toma estos conceptos bajo su tutela y comienza a guiar la vida sin permitir que se desvíe de aquello que le indican. Y la vida discurre de forma luminosa. Tenga únicamente como ley

el no hacer nunca nada, ni pequeño ni grande, contra la conciencia, y si se infringe esa ley, hay que satisfacerla de inmediato con el arrepentimiento interior, y después confesándose ante el padre espiritual. La conciencia es algo grandioso. Es la voz en el alma del Dios omnipresente. Quien está en paz con ella, está también en paz con Dios.

¡Que el Señor la bendiga!

68

Rumorología y habladurías humanas. Necesidad de un buen consejero. El peligro constante de parte del enemigo

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

¡Qué dolorosamente ha resonado en mi corazón eso que dice: «corren rumores»! ¡Qué terrible y devorador es el fuego de las palabras y los ojos desconfiados de los hombres! Se entiende por qué en los salmos el santo profeta David se dirige a menudo a Dios con un corazón apesadumbrado pidiéndole que le libre de la lengua de los hombres.

¿Dónde encontrar consuelo y apoyo? En el testimonio de su conciencia. Mantenga en la mente y el corazón esta consciencia moral de la dignidad de sus actos ante Dios y ante las personas de sentido común. Y con esta consciencia afronte sin temor todo lo que se diga, no importa qué. Y, además, trate a todos como si no supiera nada.

En la vida cotidiana no se puede despreciar en absoluto todo lo que puedan decir y lo que de hecho dicen. Por lo demás, la prudencia en este asunto debe procurar únicamente esto: no dar pie a habladurías ni incitar las miradas de los demás. Y no debe irse más allá, o sea, hasta el punto de dejar de hacer cosas que se consideran obligatorias.

Porque, vamos a ver: ¡¿Qué ha dicho usted de extraordinario hasta ahora?! ¡¿Acaso que ha ido en peregrinación a San Sergio?! Pero esto lo ha hecho de manera privada y pasando desapercibida entre sus familiares. ¡¿Que acude todos los domingos y fiestas de guardar a la iglesia para participar en la oración vespertina[1] y en la

1. En ruso existen dos oraciones vespertinas: las Vísperas (вечерня, *Viechiernya*) y la Oración de toda la noche (Всеночная, *Vsienochnaya*), que es la más larga y solemne, y se realiza especialmente en las vísperas de los domingos y de las grandes fiestas. La *Viechiernya* se recita, en general, por la mañana, mientras que la *Vsienochnaya* se reza por la tarde. Aquí Teófanes habla de esta última [N. del T.].

eucaristía?! Por supuesto, ya que se trata de un deber, que cumplen fielmente todos los cristianos que se acuerdan de que son cristianos. Solo una extrema necesidad puede liberar de su cumplimiento, sin que se pueda reprochar pereza u olvido de su fe cristiana. No se fije en las malas costumbres de las damiselas de Moscú, ni preste oídos a sus vacuas habladurías. Hoy o mañana nos alcanzará la muerte. Y ella no repara en bellezas, y también a ellas las siega. Y tras la muerte, inmediatamente hay que rendir cuentas. Y ahí de nada les sirve a las damiselas el dárselas de listas.

Así que no se preocupe por las habladurías. Eso sí, haga todo lo posible para no dar motivo. Y si, pese a todo, se producen, allá ellas. Para consuelo y fortalecimiento de su valor es suficiente, como ya le he dicho, el testimonio de su conciencia ante Dios. Ya pueden todos condenar, que si Dios justifica en la propia conciencia, nada son esos juicios. Me decía un observador que las habladurías humanas, en la medida en que no se basan en algo realmente malo, pueden pasar un tiempo por encima de una persona, como nubes sin agua, y luego se alejan. Y su rastro se disipa, y nadie se acuerda de ellas. Lo mismo, pienso, sucederá en su caso. Esto es lo que le deseo con toda el alma. Compórtese como si no hubiera notado nada.

En vez del rigor ascético, que no puede aplicar en su forma de vida, adopte el temor de Dios y el recuerdo de la muerte, que le enseñarán todo.

Y sobre todo, escriba. El sigilo en la vida cotidiana no es cosa mala, pero en la vida espiritual es lo más peligroso. Resulta imprescindible tener a alguien con quien consultar sobre todo lo que sucede por fuera y más aún por dentro. Como ya hemos empezado a hablar sobre esto, escriba usted. Existe a nuestro alrededor y dentro de nosotros una cierta fuerza maligna que, con diferentes argumentos convincentes pero ilusorios, nos induce al engaño en nuestros asuntos y nos conduce a ocuparnos de cosas vanas, incluso malas. El enemigo está cerca y todo lo manipula. Contra él ayuda mucho la propia reflexión: no hacer enseguida todo lo que nos parece bueno, sino considerarlo antes en sus diferentes aspectos. Cuando se pone a considerarlo, la apariencia de bien con la que el enemigo reviste sus insinuaciones enseguida se desvanece. Pero la propia reflexión

no siempre consigue hacer esto, porque el enemigo la entumece a menudo con sus sugerencias (nuestros *starzi* lo denominaban «emboscadas»). Así que escriba y cuente. Y, sobre todo, si encuentra allí a alguien, hable con él con más frecuencia.

¡Que la salvación y la misericordia del Señor estén con usted! Hace falta aprender a vivir. Préstese atención a sí misma. Los errores enseñan cómo comportarse mejor en adelante.

69

TRISTEZA Y TEMORES. LOS ENTRETENIMIENTOS INOCENTES. SEPARACIÓN DE LAS MALAS PERSONAS. EL APÓSTOL INGLÉS DE LA SECTA DE LOS PORTADORES DEL ESPÍRITU («DUKHONOSTSI»). SU FALSEDAD

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Su tristeza acompañada de temores es incomprensible. ¿Qué le sucede? Todo está en orden en su vida: tanto en lo que se refiere a su casa, como en lo referente a su alma. Aguante. ¿Qué otra cosa puede hacer? Ore a Dios y confíele su suerte y la de todos los suyos. ¡Este es el camino más seguro hacia la paz! Su única preocupación ha de ser la de no hacer nada que enoje a Dios. Así tendrá una firme confianza y una paz sólida.

No pasa nada porque tenga algunas distracciones familiares agradables. Basta con que no se disperse. No se olvide de Dios, y dele las gracias por todo consuelo que reciba, aceptándolo como si lo recibiera directamente de su mano. De modo que cuando se retire en soledad, únase más diligentemente al Señor, pidiéndole que la instruya y le indique sobre los caminos de la vida. Pero suele pasar que incluso las distracciones, aunque sean agradables, provocan tristeza, pues no son, incluso sin ser pecaminosas, aquello que satisface el corazón. Por lo demás, el cambio de los sentimientos es algo propio de la naturaleza humana. Conviene sobrellevarlo y sufrirlo, preocupándose únicamente de una cosa: que no cambie y se mantenga firme nuestra decisión principal, el fin que hemos elegido para nuestra vida.

En último término, ¿qué es lo que puede suceder? De hecho, Dios nos pide que le demos del todo nuestro corazón, y el corazón quiere a Dios. Porque sin Dios nunca está satisfecho, siente nostalgia de todo. Mírese a sí misma desde este preciso punto de vista. Puede ser que por ahí encuentre la puerta que da acceso a la paz de Dios.

El hecho de que se haya apartado de una de sus amigas, que con sus formas brillantes y sofisticadas ejercía sobre usted una influencia negativa para la meta que se ha fijado en la vida, es algo muy bueno. Usted mencionó en algún momento esta influencia, pero yo no le dije que tuviera cuidado. ¡Gracias a Dios! Pues ahora la cosa por sí misma se ha orientado en la buena dirección. En todo caso, hay que evitar por todos los medios que se forme en el corazón un sentimiento de animadversión. Limítese a no confiar más en ella y quite importancia a sus melifluas conversaciones. Mantenga el equilibrio y no se disperse en asuntos mundanos.

Pregunta usted qué pensar sobre cierto apóstol inglés. Pero ya en sus mismas palabras se encuentra la respuesta. Dice ese apóstol que el Señor se le aparece y le manda lo que tiene que hacer y decir. ¿Acaso no ve usted, o no ven allí en su casa, que es un embustero? Si el Señor se le apareciera no nos lo enviaría a nosotros, sino, por ejemplo, a los turcos o a otros infieles. El mismo Señor ha confirmado muchas veces nuestra fe, y la confirma con milagros, con las reliquias de los santos, con sus apariciones y las de sus santos. Ese predicador no tiene nada que enseñarnos. Por el contrario, es él quien tiene que aprender de nosotros. Este no es un apóstol de la fe común de los ingleses, sino de otra especial que ha aparecido recientemente. Hace muy poco que ha surgido allí la secta de los *dukhonostsi*, o portadores del espíritu. A alguien se le ocurrió que en la Iglesia de Cristo debe repetirse lo mismo que les sucedió a los apóstoles, es decir, que el Espíritu Santo descendiera y actuara visiblemente en los creyentes. Unos cuantos le dieron crédito, sobre todo mujeres hermosas. Empezaron a pensar en cómo lograrlo. Y a base de cavilar y cavilar, se les ocurrió una idea. Sin saber cómo, se convencieron de que el Espíritu Santo actúa precisamente en ellos, y otros los creyeron. Se inventaron unos cuantos milagros poco claros y se pusieron a predicar por todas partes. Así se juntó a su alrededor un número no despreciable de gentes crédulas. ¡Y ya tenemos la secta!

Uno de estos es ese apóstol que ha aparecido entre ustedes. Todo lo interpreta en relación con el Espíritu Santo, de cuya gracia es del todo necesario que uno esté lleno para salvarse. Este pensamiento es absolutamente cierto. Ya se lo expliqué en las primeras

cartas. Pero al margen de esta verdad, el resto de lo que dice es falso. Cuando grita: «Cree, cree, y vendrá el Espíritu Santo», ¡no puede decir una mentira mayor! La fe es ciertamente una condición necesaria para recibir el don del Espíritu Santo, pero recibirlo no tiene lugar únicamente por la sola fe, sino por la fe mediante la participación en los sacramentos instituidos por Dios. Así fue desde los tiempos de los apóstoles. Baste un ejemplo. Cuando san Pablo llegó a Éfeso, encontró allí unos creyentes a los que les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo. Estos contestaron que ni siquiera habían escuchado que hubiese un Espíritu Santo. Resultó que habían sido bautizados en el bautismo de Juan. Entonces san Pablo los bautizó con el bautismo de Cristo, y después del bautismo les impuso las manos, y se llenaron del Espíritu Santo (Hch 19, 1-6). Por el bautismo fueron renovados, pero no recibieron el don del Espíritu Santo. Se les comunicó por medio de la imposición apostólica de las manos, mientras que el bautismo sólo los hizo capaces y dignos de recibir ese don. Y así como sucedió con estos creyentes, así ha sucedido con todos los demás, en tiempos de los apóstoles y después de ellos. Y así sucede hasta ahora en la Iglesia de Dios, precisamente por medio de la unción del crisma en el sacramento de la confirmación, que los apóstoles introdujeron en vez de la imposición de las manos.

Todos nosotros, los bautizados y confirmados, poseemos el don del Espíritu Santo. Él está en todos, pero no en todos actúa. Cómo conseguir que actúe lo he expuesto en mis primeras cartas. Haga el esfuerzo de releerlas de nuevo. Aquí añado sólo que en relación con esto no hay otro camino.

Fíjese ahora en el apóstol inglés, y pregúntese si tiene él mismo el don del Espíritu Santo. No lo tiene. Porque los anglicanos no tienen el sacramento de la confirmación, sin el que (igual que sin la imposición de las manos de los apóstoles) el Espíritu Santo nunca ha descendido y no desciende. Los anglicanos tienen sólo dos sacramentos: el bautismo y la comunión, pero no el sacramento de la confirmación. Por tanto, no tienen el don del Espíritu Santo. Tampoco lo tiene ese apóstol. En definitiva, habla de lo que no sabe y predica sobre un don que él mismo no posee. A buen seguro que en sus discursos no verá usted una sola indicación sobre cómo se

recibe el Espíritu Santo. Únicamente explica que es necesario tenerlo, y clama después: «¡Creed!». Es como si dijera: abre la boca y entrará volando el Espíritu Santo.

¡Qué bien le cuadra a ese apóstol la palabra del Señor: «Médico, cúrate a ti mismo!».

Acepte lo que le digo y haga el favor de transmitir a otros mis pensamientos, especialmente a aquellos que hablan en su entorno con entusiasmo sobre cuestiones de fe. Por medio de ellos puede propagarse con más difusión este punto de vista sobre el apóstol.

¡Que Dios la bendiga! ¡Medite en su salvación!

70

SOBRE LA LECTURA DE LIBROS ESPIRITUALES Y MUNDANOS

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Según su deseo, le envío a san Antonio con sus escritos[1]. Lea y profundice. Y admírese. No era un hombre instruido, ni leía libros eruditos, tan solo cantaba el salterio y releía sin descanso los evangelios y las cartas de los apóstoles. La gracia de Dios abrió el camino de la contemplación en su mente, y vea usted qué alta sabiduría hay en sus palabras. Contamos con el testimonio de testigos directos acerca de él, de cómo cuando empezaba a hablar su discurso discurría como un río que brotaba de su corazón y anegaba el corazón de los que le escuchaban. A veces permanecían noches enteras en esas conversaciones, y ni él ni sus oyentes sentían cansancio ni deseos de dormir. Fíjese, entre nosotros, en el P. Serafín de Sarov[2], que tampoco era un hombre de letras, pero las experiencias de la vida espiritual, la profundización en la palabra de Dios y en los escritos de los Santos Padres le hicieron sabio entre los sabios. En la vida espiritual los libros son solo directorios. El conocimiento mismo se adquiere a través de la práctica. Incluso aquello que mediante las lecturas parece claro y bien fundamentado, cuando se experimenta en la práctica aparece bajo una luz completamente distinta. La vida espiritual es un mundo especial, donde la sabiduría humana no penetra. Usted misma lo experimentará y ya lo experimenta. Trabaje sobre sí y preste atención a sí misma.

1. Expresión curiosa. La traducción es literal. Evidentemente, Teófanes envía a su dirigida las obras de san Antonio, el padre de los eremitas egipcios. A la luz de lo que luego señalará el monje recluso, la expresión pone de relieve la personalidad del santo que emerge de su obra, pero se alza por encima de ella, como algo digno de contemplación e imitación para quien se inicia en los caminos de la vida espiritual [N. del T.].

2. Como ya señalamos, Serafín de Sarov (1754-1833) es uno de los santos más venerados en la Iglesia ortodoxa rusa. Fue canonizado en 1903 [N. del T.].

Poquito a poco llegará a ese punto en el que comenzará a mantener sabias conversaciones, para sentarse y tomar nota de ellas. ¡Que Dios la bendiga!

Escribe usted: «Leo mucho; ¿no será malo?». Puede ser malo y bueno, según lo que lea y cómo lo lea. Lea con reflexión y revise lo que lee con la verdad infalible de nuestra fe. Lo que sea acorde con ella, acéptelo; lo que no sea acorde, rechácelo como pensamiento contrario a Dios y arroje el libro en el que se exponen tales ideas. Usted se ha puesto a aprender sobre la vida espiritual. Este es un objeto que abarca muchísimas cosas, un objeto elevado y dulce para el corazón, que no puede no ver en esa vida su bien último. Se ha puesto a ello, y aprende usted de los libros; pero aún más de la práctica. Ya sabe usted qué libros debe leer y cómo adecuarse a la vida correspondiente. Si de verdad desea entrar por esta senda, no tendrá tiempo de dedicarse al aprendizaje de otras cosas. Ha adquirido la formación general básica, y eso le basta.

Dirá usted: «Así no progresaré, sino que me retrasaré». Pero ¿qué problema es ese? Lo que por un lado es atraso, por el otro es adelanto, y en este último un adelanto muy superior. Si por quedarse atrás en los modos de pensar humanos no avanzara en la sabiduría divina, eso sí que sería un mal. Pero como no me cabe duda de que usted va a progresar en la sabiduría espiritual si se pone a ello como es debido, no sufrirá ningún mal, sino que adquirirá mayor ventaja. Porque esta sabiduría no puede compararse a la que proporcionan los conocimientos humanos.

Al hablar así no quiero decir que no haya que leer ninguna otra cosa, sino solo que sin ello se puede vivir sin daño, mientras que la inclinación a ello puede ser dañina para lo principal. Persigue las dos cosas y no progresa en ninguna de ellas.

Ahora bien, la pregunta aún no ha obtenido respuesta: ¿pueden leerse cosas distintas de las espirituales?, ¿cómo? Se lo digo en voz baja: solo un poco y no de manera indiscriminada. Tenga en cuenta este criterio: si cuando, teniendo un buen tono espiritual, se pone a leer un libro de sabiduría humana y ese buen tono empieza a decaer, deje dicho libro. Esto debe ser para usted una ley general.

Aunque también estos libros de conocimientos humanos pueden alimentar el espíritu. Son libros que nos muestran en la natura-

leza y en la historia las huellas de la sabiduría, la bondad, la verdad y los múltiples cuidados de los que nos rodea la providencia divina. Lea esos libros. Dios se revela en la naturaleza y en la historia igual que en su Palabra. También estos son libros divinos para los que son capaces de leer en ellos.

Resulta fácil decir: «Lea esos libros». Pero ¿dónde encontrarlos? No sabría cómo ayudarla. En nuestros días se publican sobre todo libros de ciencias naturales. Pero en su mayoría con una mala orientación, pues tratan de explicar el mundo sin Dios y todas las manifestaciones morales y religiosas, y otras de tipo espiritual que hay en nuestra vida, sin tener en cuenta el espíritu y el alma. Esos libros, mejor ni abrirlos. Pero sí que puede leer aquellos que no se basan en estas opiniones. Es bueno conocer la explicación sobre la estructura de las plantas, de los animales, del ser humano en especial, y las leyes de la vida que se manifiestan en ellos. ¡En todo esto se testimonia la gran sabiduría de Dios! ¡Es inescrutable! ¿Qué libros hay de este tipo? Eso pregúnteselo a quien habla de forma interesante sobre las cuestiones de fe.

¡¿Y las narraciones y novelas?! También entre ellas las hay buenas. Lo malo es que, para saber si lo son, hay que leerlas, y una vez leídas bullirán en su imaginación unas historias e imágenes que, ¡válgame Dios!, llenarán su cabeza de estiércol. Y entonces habrá que ponerse a limpiar. ¿Para qué arrostrar semejante trabajo? Por eso, pienso que es mejor no leer tales libros. Puede leer alguna novela solo si se la recomienda alguien muy instruido y de buenas intenciones.

Hay buenos libros de geografía y ciencias naturales. Estos se pueden leer. Pero de todo ello solo un poco y para que haya algo de variedad. Manténgase firme en su propósito y no lo descuide.

¡Que Dios la bendiga!

71

ENFRIAMIENTO EN LA ORACIÓN. LA ORACIÓN DISTRAÍDA Y LA APRESURADA. CÓMO EVITARLAS. LA RECITACIÓN DE ORACIONES DE MEMORIA

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Escribe: «Algo va mal en mi oración». Que la oración vaya mal no es algo de lo que la oración tenga la culpa, sino el que reza. Trate de orar como es debido, y la oración irá bien. A quien escribe mal, le gritan y le amenazan, y empieza a corregirse en su escritura. Grítese a sí misma y amenácese con el juicio de Dios, y comenzará a rezar como es debido. Los asuntos humanos los corregimos de manera minuciosa, porque la gente los ve y nos reprocha por ellos, mientras que los asuntos de Dios los hacemos de cualquier manera, porque Dios calla, no nos los reprocha enseguida, sino que tiene en cuenta el celo con el que sus hijos le sirven y en qué medida hacen el bien por Él de manera desinteresada. ¡Oh! ¡Qué amargo será cuando haya que reconocerse culpable de haber pecado contra todo eso delante del mismo Señor!

¡¿Adónde ha ido a parar su oración?! Porque iba bien, y usted ya sentía su acción benéfica en el corazón. Le voy a decir adónde ha ido a parar. Como usted más de una vez y más de dos había orado con celo y entusiasmo, y había sentido la ayuda de san Sergio como resultado de sus plegarias, pensó que su oración ya no se detendría, y que por tanto no hacía falta preocuparse mucho de ella, dando por supuesto que «irá bien por sí misma». Fiada de estas suposiciones, al ponerse a orar ha empezado a recitar sus oraciones de manera descuidada y apresurada, sin fijar la atención en el contenido. Por este motivo, la atención se ha relajado, los pensamientos se han dispersado en distintas direcciones y la oración ya no estaba en lo que hacía. Ha procedido de ese modo una o dos veces, y la oración ha desaparecido por completo. Empiece de nuevo otra vez a adquirir la oración, y a pedírsela al Señor.

Aprenderá de todo esto que nada en la vida espiritual se puede considerar como algo ya adquirido, y especialmente la oración. Más bien, siempre hay que verse a sí mismo como si empezara a hacerlo por primera vez. Lo que se hace por vez primera, se hace con un celo primerizo. Y si se dispone así, poniéndose a la oración como si nunca antes hubiera orado como se debe, y como si ahora y solo ahora fuera la primera vez, entonces hará siempre su oración con ese celo primerizo. Y discurrirá bien.

Me parece que usted ha empezado a cumplir su camino de oración con prisa, de cualquier manera, con la intención de terminar lo antes posible. Propóngase, a partir de ahora, no orar nunca de cualquier manera. Nada ofende tanto al Señor como esta actitud. Es mejor que no recite todas las oraciones que se ha propuesto, pero que lo haga con temor de Dios y sentimiento de piedad, que recitarlas todas de cualquier manera. Incluso es mejor recitar simplemente una oración o rezar con sus propias palabras, cayendo de rodillas, que rezar de esa otra manera. Si se ha puesto a orar así, es lógico que no recoja ningún fruto. Haga el favor, pues, de reprenderse por esta negligencia. Sepa que nadie que ore con atención y celo concluye la plegaria sin haber recibido los beneficios de la oración. ¡De cuántos bienes nos privamos, por permitirnos ser negligentes en la oración!

¿A qué se deben las prisas en la oración? Resulta incomprensible. En otros asuntos empleamos horas y no se nos hacen largos, pero en la oración, en cuanto nos ponemos a ella, empezamos a pensar que ya no sabemos cuánto tiempo llevamos de pie. Y entonces nos ponemos a correr para terminar cuanto antes. Y así la oración no es de ningún provecho. ¿Qué hacer entonces? Hay quienes, para no caer en este autoengaño, proceden de este modo: se asignan un cuarto de hora, o media hora, o una hora, según les resulte más cómodo, y permanecen de pie en oración[1],

1. En ruso «estar o permanecer en oración» se expresa con el verbo *stoiyat*, o el sustantivo *stoyane*, porque la costumbre ortodoxa más extendida es orar de pie, no tanto de rodillas o sentado, si bien la plegaria se acompaña, sea en la oración litúrgica como en la personal, con inclinaciones hasta el suelo o con genuflexiones y postraciones por tierra, especialmente durante la Cuaresma (la oración de Isaac el Sirio, «Señor y dueño de mi vida...», que se repite tres veces con tres postraciones profundas) [N. del T.].

de modo que la campana del reloj –que marca la media hora o la hora completa– sea la que les indique cuándo han terminado. Después, al comenzar la oración, ya no se preocupan de si han recitado tantas o cuantas oraciones, sino solo de elevarse como es debido al Señor en actitud orante todo el tiempo dispuesto. Otros siguen este método: una vez que se han asignado el tiempo de oración, comprueban cuántas veces en ese tiempo se pueden recitar las cuentas de oración repasándolas sin prisa. Después, al ponerse a orar, repasan las cuentas sin apresurarse un determinado número de veces, y están durante todo ese tiempo con la mente delante del Señor, o conversando con Él con sus palabras, o recitando algunas oraciones, o, sin hacer ni lo uno ni lo otro, inclinándose piadosamente ante su grandeza infinita. Tanto unos como otros adquieren tal hábito de oración que los minutos que pasan orando de pie les resultan dulces. Y hasta es raro que permanezcan en oración solo el tiempo asignado, sino que lo doblan y lo triplican. Elija alguno de estos métodos. Y aténgase a él lo antes posible. No podemos, ni usted ni yo, lograr esto sin reglas claras. Para los orantes celosos, sin embargo, no hacen falta reglas.

Ya le he escrito que aprenda algunas oraciones de memoria y que, al empezar la oración, las recite sin leerlas, teniendo a mano el Devocionario. ¡Qué buena cosa es esto! Al comenzar la oración, recite la oración aprendida o el salmo, y preste atención a cada palabra no solamente con el pensamiento, sino también con el sentimiento. Si estando en ello empiezan a surgir invocaciones espontáneas, no las interrumpa, déjelas que sigan. Pues no tendrá la preocupación de recitar tantas y cuantas, sino solo de permanecer en oración el tiempo asignado, que le viene indicado por las cuentas o por el reloj. Apresurarse en recitar las oraciones no tiene sentido. Recite incluso un único salmo o una sola oración durante todo ese tiempo. Alguien contaba que le sucedía con frecuencia que en todo el tiempo que tenía asignado para la oración recitaba tan solo un Padrenuestro. Porque cada palabra en él se convierte en una oración completa. Otro refería que cuando alguien le explicó que se puede orar así, estuvo toda la hora de laudes recitando piadosamente «Dios, ten misericordia de mí», y no le dio tiempo de terminar los salmos.

Acostúmbrese a orar así y pronto, Dios lo quiera, habrá inculcado en sí misma el espíritu de oración. Y ahí ya no habrá reglas de ningún tipo. Esfuércese, ya que de otro modo no conseguirá nada. Si no progresa en la oración, no espere resultados en ninguna otra cosa. Pues ella es la raíz de todo.

¡Que Dios la bendiga!

72

El voto de renuncia al mundo. Cómo comportarse de acuerdo con la profesión del voto antes de haberlo hecho

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Su última carta me ha producido una alegría inefable. Ha resuelto de manera definitiva consagrar su vida al servicio del Señor, desvinculándose de la vida mundana. ¡Quiera el Señor aceptar con misericordia este sacrificio y bendecir la buena decisión que ha tomado! Mantenga esta decisión, que ya ha profesado ante el Señor, y desde ahora hágase a la idea de que ya se ha separado del mundo. Ya había escuchado antes de usted que su alma no está inclinada a esta forma de vida, sea por la debilidad de su salud, sea por miedo al fracaso que ya ha podido observar en otras familias. Pero ahora el discurso es otro. El hecho es el mismo, pero el alma que lo anima es otra. Antes se trataba de una falta de predisposición para esa vida por motivos mundanos, ahora se aparta usted de esa forma de vida para pertenecer totalmente el Señor. Y aunque hay quien vive sin familia, de todas formas viven como si la tuvieran, en el sentido de que tienen las mismas preocupaciones y apariencias. La decisión que usted ha tomado tiene un espíritu completamente distinto. Brota de una fuente del todo diversa y pertenece a otro orden de vida para el que le dispone. Trate de enardecer ese espíritu en el que ha tomado su decisión.

La decisión está tomada. Pero cuándo y cómo llevarla a la práctica es algo que requiere una paciente espera. En su situación no hay que lanzarse de golpe, no sea que se tuerza todo aquello que espera. La primera condición es la bendición de sus padres. Es necesario esperarla con anhelo. Espere y ore. El Señor, que ha puesto en usted un propósito tan bueno, Él mismo lo llevará a término de un modo imperceptible, como el trineo se desliza por la montaña. Lo que es decirlo, no lo diga, sino que, manteniendo en el alma un

solo pensamiento, ore al Señor para que Él lleve a cumplimiento su propósito, como sabe hacerlo su sapientísima voluntad.

Mientras tanto, usted misma ajústese a ese género de vida, no cambiando el orden externo, sino por la disposición interior. No me refiero con esto a algo especial, sino a aquello sobre lo que escribimos tanto en ocasiones anteriores y que usted ya había empezado a practicar. Póngase a ello ahora con más decisión. El fundamento está asentado, sobre él construya el edificio.

Usted se ha puesto de espaldas al mundo; no vuelva a ponerse más de cara a él.

Es ahora cuando puede renunciar por completo a todas las distracciones placenteras y pasar más tiempo en su casa en soledad, centrada en lo suyo y en aquellas ocupaciones apropiadas según su estado de ánimo. Ahora puede actuar con mayor decisión en este sentido.

Le recuerdo lo principal. Al renunciar al mundo, es necesario entregarse más a Dios. Sepa que será bienaventurada si empieza a hacer estas cosas. Reflexione siempre más sobre Dios y las cosas divinas. El recuerdo de que Dios está en todas partes y de que está con usted y en usted, únalo a su mente y vaya con él sin abandonarlo: sea al trabajar o al estar sentada, al dormir o al permanecer en vela. Una a este recuerdo el recuerdo de la muerte, y de que después de ella está el juicio, que es el que decide nuestra parte en la vida eterna. Estos dos recuerdos son dos poderosos vigilantes en orden a cualquier tipo de bien. Ellos lo enseñan todo, avivando en usted el salvífico temor de Dios, que es la fuente de la sabiduría divina.

Todo esto ya lo sabe. Lo recuerdo como de pasada, para que se ponga a ello con mayor decisión. Ahora la palabra que necesita de manera especial es: ¡Que Dios la bendiga! Pero su cumplimiento debe esperarlo con paciencia.

73

CONTINUACIÓN. UNA VEZ QUE SE HA HECHO EL VOTO DE CASTIDAD, ES PRECISO MANTENERLO CON FIRMEZA. ALTURA DE LA VIRGINIDAD

Me apresuro a añadir algo más sobre el mismo tema.

El santo apóstol Pablo, que había sembrado en Corinto la fe en Cristo, temeroso de que los corintios se hubieran desviado por alguna senda errada, les escribió: «Celoso estoy de vosotros con celos de Dios. Pues os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo. Pero me temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes apartándose de la sinceridad con Cristo» (2 Cor 11, 2-3). También yo estoy celoso de usted con celos de Dios, como usted mismo lo ve desde el principio mismo de nuestras conversaciones. Y ¡he aquí que se encuentra usted ante Jesucristo, como una virgen pura, que se ha entregado a Él! Pero su desposorio con el Señor no se debe a mí, sino que se ha ido formando al margen de mis esfuerzos e incluso de mis propósitos. Con mis cartas, solo tenía en mente orientarla hacia la verdadera vida cristiana, un sistema firme en el que pudiera usted, como en un barco a prueba de naufragios, cruzar el proceloso mar de la vida terrena. Sin embargo, ha sucedido mucho más. ¡Alabado sea Dios! Usted tenía la predisposición a esto por naturaleza, Dios se la ha dado. La gracia de Dios ha soplado sobre ella. Y ¡he aquí la decisión!

¡Decisión! Porque su realización aún está lejos. ¡Cuántas circunstancias casuales pueden salir al encuentro y ponerlo todo patas arriba! Por eso no se puede dejar de temer que su razón se corrompa de simplicidad, de tal manera que la engañe el enemigo con su astucia, igual que hizo la serpiente con Eva. Que el Señor la libre de cosas así. En todo caso, si siempre es preciso que los siervos de Cristo sean sobrios, estén en vela, en alerta, en oración, tanto más lo es ahora para usted, una vez que ha adoptado este propósito. No

puedo decirle nada concreto, sino simplemente que sea vigilante. El enemigo puede atacar en cualquier instante. En tal caso, escriba de inmediato. Entre tanto, manténgase firme.

Arraigue cada vez más profundamente la convicción de que Dios bendice la forma de vida que usted ha elegido. El Salvador la aprobó con su palabra sobre los eunucos por el Reino de los cielos. Y le dio su preferencia cuando dijo de María, que se sentaba a sus pies y únicamente escuchaba su palabra, que había escogido la parte buena, lo único necesario. Puede ver ejemplos luminosos de ello en la persona de muchos profetas y apóstoles, del Precursor del Señor y, sobre todo, en la Purísima Virgen y Madre de Dios, fuente y depósito de pureza. Que su manto materno la cubra siempre. Las vírgenes son particular objeto de su protección.

Las vírgenes, igual que los célibes, se establecieron en la Iglesia de Cristo ya en los tiempos de los apóstoles; desde entonces han existido y existirán siempre, mientras dure la santa Iglesia, es decir, hasta el fin de los tiempos. Porque este género de vida no es extraño a nuestra naturaleza y es favorecido por el espíritu de la fe en Cristo. En Corintio muchas doncellas no querían casarse, porque amaban a Cristo, el Señor, con todo su amor, y con toda el alma al único Esposo. Los padres de estas jóvenes se dirigieron a Pablo con la pregunta de cómo debían actuar. San Pablo les aconsejó dar a sus hijas la libertad de trabajar para el Señor y no obligarlas a casarse. Los padres escucharon este consejo, y las doncellas permanecieron vírgenes. El ejemplo de los corintios lo siguieron otras Iglesias, y la virginidad floreció por todas partes. En otros lugares, las vírgenes se reunían para vivir en una casa, trabajaban y oraban a Dios, sin comunicarse con otros. Muchas de ellas fueron coronadas con el martirio, como de ello dan testimonio las verdaderas narraciones de sus vidas.

¡Vea en qué asamblea ingresa usted, qué huellas sigue, bajo el manto de quién se cobija y a la palabra de quién presta atención! Pero repare bien en que, al poner la mano en el arado, no vuelva la vista atrás. Apréndase de memoria las palabras del apóstol sobre los que renuncian al matrimonio y dele vueltas sin descanso en su mente: «La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradarle, de ser santa

en el cuerpo y en el espíritu» (1 Cor 7, 34). Sobre la santidad del cuerpo no hay nada que decir. Pero de la santidad del espíritu es preciso hablar y preocuparse mucho de ella. Se puede perder en un instante. «Vigilad, actuad con prudencia» (Ef 5, 15). ¿Qué hay que vigilar? El corazón, para que no se apegue a nada. Y no solo a alguna persona, de esto ni se habla, sino a ninguna cosa; porque cualquier apego de este tipo será una violación de su desposorio con el Señor, una infidelidad a Él. Y Él es celoso. Y castiga con rigor a los que no le son fieles.

No le escribo esto para intimidarla. ¡Y eso que es grande el poder del temor! Se lo recuerdo por si acaso usted tiene que autoinducirse este temor cuando otras razones no funcionen. No hemos de confiarnos de nuestro celo y de nuestra perseverancia. Hoy es así y mañana quién sabe lo que sucederá. Así que debe saber cuánto mal resultará si se aparta de su propósito.

¡Que el Señor la bendiga!

74

Instrucción para los aspirantes a la vida monástica. Distintas formas de vida en virginidad. La espera paciente y la preparación en casa para la vida monástica

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Me escribe: «¡Ojalá pudiera estar ya allí! Ahora mismo volaría a algún lugar del desierto, para no ver ni escuchar a nadie». No, no. No hay que apresurarse en modo alguno. Esas prisas y ese tipo de celo que quiere apresurarlo todo, no son cosa de Dios. Los deseos agitados, sean buenos o malos, no conducen al bien. Dios actúa en silencio, de manera imperceptible, pero segura.

Ore y espere con paciencia, mirando si no se abre ya la puerta de salida. El Señor lo organiza todo de tal forma que cuando menos lo piensa, todo se resuelve. Desposarse con el Señor lo hace ya ahora, usted sola ante Él, el Único. Pero determinar cuándo vaya a entrar en el coro de sus prometidas, esto déjeselo decidir a Él.

Usted elige el monasterio. Sin embargo, el monasterio no es el único lugar para quienes no quieren vincularse con los lazos de la familia. Al principio no existían monasterios. Los que se decidían a servir al Señor, desvinculándose de los asuntos mundanos, se preparaban en su misma casa una celda separada y allí vivían, alejados de todo, en ayunos, oraciones y estudiando la Escritura divina. Solamente después, bastante tiempo más tarde, cuando resultó incómodo vivir en las casas, algunos empezaron a salir de la ciudad o del pueblo: unos fueron a vivir en cuevas naturales, otros en cementerios, otros en celdas construidas a modo de cabañas. Y solo a partir de estos, se fundaron monasterios donde vivir en común y mantenerse con el propio trabajo, donde llevar a cabo la obra de la salvación por medio de sacrificios autoimpuestos. Con todo, también había algunos que se decidían a consagrar su vida al Señor en la virginidad sin ingresar en el monasterio, sino dedicándose al

servicio de los hermanos en hospitales, hospicios y casas para peregrinos. Todos estos géneros de vida, que se formaron en el principio mismo de la Iglesia de Cristo, no han cesado desde entonces, sino que se mantuvieron y existen todavía hoy. Y también ahora, de entre quienes abrazan la virginidad, unos se consagran en sus casas, otros en los monasterios y otros se dedican a visitar enfermos, como las hermanas de la misericordia.

Y usted puede elegir cualquiera de estos géneros de vida. Y para saber en concreto cuál de ellos elegir, es preciso esperar y ver cuál es el que le indica el Señor. Usted ha dicho justamente que en el monasterio es más fácil salvarse. Allí se puede alcanzar más deprisa la purificación del corazón y el estado que consiste en la alegría en el Espíritu Santo. Todo está allí dispuesto para ello. Me parece que, dado el estado de su salud, el monasterio es el lugar más adecuado para usted. Por eso, no abandone la idea de ingresar en él cuando llegue el momento. Pero que su habitación sea para usted como la celda del monasterio y lleve en ella una vida como si estuviera ya en él. Que sus padres sean para usted como los superiores monásticos, y todos sus familiares como sus hermanas monásticas, y usted, para todos ellos, como una fiel novicia.

Tiene prisa por ir al monasterio, como si fuera a la libertad y al paraíso. Eso es exacto, allí está la plena libertad de espíritu, pero no para el cuerpo y las cosas externas. En este sentido, ahí se da una total sujeción, una ley inflexible: carecer de la propia voluntad. También está allí el paraíso, pero no siempre se encuentra yendo por un camino de rosas. Está allí realmente, pero está rodeado de abrojos y espinas que hay que atravesar para llegar a él. Nadie lo alcanza sin haberse pinchado y arañado. Tenga esto en cuenta para corregir sus ilusiones sobre la libertad y el paraíso monástico.

Espere, pues, con paciencia. ¡Acuérdese de la institutriz![1] Estuvo esperando siete años, dando prueba de la firmeza de su propósito. Y después resultó ser una monja llena de celo.

¿Para qué apresurarse? Los monasterios no se van a ir a ningún lado. Alcanzará a entrar en alguno de ellos. Entre tanto, fortalezca

1. La ya difunta Madre Magdalena, del monasterio femenino de Eletski; cf. *supra* 122, nota 2.

su propósito y recobre la fuerza del cuerpo. Todas las costumbres de su casa son piadosas. Tanto sus padres como sus familiares son personas temerosas de Dios. No tiene que aguantar nada que sea contrario a su decisión de consagrarse al Señor. Madure en medio de esa atmósfera y en ese semillero.

Así está decidido: espere. Vaya acomodando poco a poco su vida y sus costumbres a las del monasterio.

¡Que Dios la bendiga!

75

Las trampas del enemigo para apartar de la vida de renuncia al mundo. Cómo rechazarlas

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Leo en su carta: «Estoy triste, no encuentro paz en nada. Hay algo agobiante y oscuro que me oprime el corazón. Me ha envuelto de repente».

¡Tenemos la fuerza de la cruz! Tenga valor y resista. Es el enemigo que ha adivinado que quiere usted abandonar el círculo en el que consigue cómodamente salirse con la suya, y de improviso le viene al encuentro con esa aflicción y angustia. No solo usted, sino todos experimentan tales ataques, aunque no de la misma forma. A usted la atormenta la aflicción; de otro se apoderan los temores; a otro se le amontonan tales obstáculos que le parecen montañas; a otro le ataca la idea de que su propósito es absurdo. A cada uno lo aborda del modo que más le cuadra, le induce una multitud de pensamientos que llena el corazón de angustia y lo turba interiormente. Y esto sucede de repente, como la explosión de una tormenta. Así son las trampas de nuestros enemigos. Son un pueblo caótico. Deambulan por todas partes. Ven que las puertas están abiertas y sin vigilancia, e irrumpen en nuestra casa poniéndolo todo patas arriba. Causan un completo desorden y se largan. Tú, después, arréglatelas como puedas. Pero no hay mal alguno en esto. No somos culpables de que los enemigos anden por ahí; tampoco del desbarajuste interior que causan en nosotros; no somos culpables de los pensamientos y sentimientos que suscitan así. Y Dios no nos va a acusar de nada de esto. Lo único que no debemos hacer es dar nuestro consentimiento, sino soportarlo todo con paciencia, que terminará pasando.

No ha concretado usted cuáles son los rasgos de su desazón, y ello es justo, porque, de hecho, es algo indeterminado; es sobre

todo esta inconcreción lo que revela que se trata de ataques del enemigo. ¡Manténgase firme! El Señor ha permitido esta prueba para que muestre usted que no se toma a broma la palabra voto. Mire, pues, a este sufrimiento como algo enviado por el Señor, y repita con Job: «¡Bendito sea el nombre del Señor!». ¡Estaba tranquila, y ahora triste! Gracias a Dios por la paz, y gracias por esta tristeza. Dígale al Señor: «Lo sufriré, ¡que se cumpla tu voluntad! Solo ayúdame, Señor, a soportarlo». Y entrégueselo todo al Señor. E invoque a la Madre de Dios.

Resista el ataque. Es una ocasión para mostrar su capacidad de mantenerse en el bien, como la guerra da ocasión para mostrar el valor cuando ataca el enemigo. Que golpee el enemigo. Usted manténgase en el bien sin apartarse de él. Diga incluso con palabras: «No cambio ni una coma de mi resolución y de mi propósito. No quiero nada de lo que sugiere el enemigo». Y enumere qué es lo que sugiere, rechazándolo y maldiciéndolo. E invoque la ayuda del Señor. Todo pasará.

Un buen laico fue atacado por el espíritu de la blasfemia y la incredulidad. Contaba así: «Oigo que en mis oídos susurran los enemigos: 'No hay Dios, no existe Cristo'. Y yo sólo afirmo: '¡Creo, Señor! ¡Creo, creo, creo!'. Y así expulsé al enemigo».

Así tiene que hacer usted. Grite: «No quiero ni esto, ni lo otro, ni lo de más allá, no quiero nada que venga del enemigo. Únicamente quiero una cosa: la que he pronunciado ante el Señor en mi corazón».

Diga: «Es verdad que soy una gran pecadora, y el Señor me castiga». Que se sienta pecadora es un buen sentimiento. Y si llega a sentirse una gran pecadora, no se pasará de la raya.

Todos somos grandes pecadores e incapaces de pagar la propia deuda. No habrá nada malo en que también en este caso pueda extraer algo de su carácter pecador. Solo que no cambie sus decisiones internas, y no caiga en la desesperación. Todo lo que permite el Señor, sea interno o externo, está dirigido a nuestra purificación y salvación. Él mismo está cerca y nos ayuda. También está cerca de usted. Resucite esta confianza y ore mientras aguanta.

Estas cosas y otras parecidas las permite el Señor para coronarnos. Quien resiste es vencedor y recibe la corona. Por todo lo que

nos rodea y todo lo que nos viene al encuentro podemos conseguir coronas de gloria. Lo único que hace falta es estar atento, tener valor y aceptar todo de Dios, y todo orientarlo a Dios.

Esté tranquila y no permita vacilación alguna.

¡Que Dios la bendiga!

76

Las tentaciones de parte de los incrédulos. Impugnación de sus aparentemente sabias reflexiones

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

¡Mira por dónde! Apenas se ha alejado la primera pena, cuando ya está preparada otra, de lo más sutil y peligrosa. ¡¿Quién le ha soltado esas peroratas?! ¡¿Cuánto le ha mentido y cuánta miserable basura le ha metido en la cabeza?! No solo pretende hacer vacilar la fe, sino alejarla de Cristo, el Señor, y hacer de usted una completa atea. Es el enemigo el que le ha enviado un sabiondo tan razonable.

Ha hecho bien en decidir evitar todo tipo de conversaciones con ateos y toda clase de encuentros con ellos. La malas conversaciones pervierten la buena disposición del alma. Anda, lucha y restablece después lo que se ha arruinado. No te salvarás en modo alguno. Estos seres malvados se meten por todas partes. Dónde quiera que mires, allí los encuentras. Así que, en adelante, actúe así: cuando por casualidad tenga que escuchar algo contrario a la fe, trate por todos los medios de que lo que ha escuchado no alcance su corazón, sino que por un oído le entre y por otro le salga. Al mismo tiempo, apartando la atención de las palabras del ateo, trate de que su corazón se centre en la convicción de que nuestra fe es una verdad inconmovible en todos sus puntos, y que si hay gentes contrarias a ella, es porque no la han entendido. Se pueden poner objeciones a todo, incluso a si de verdad existimos. Cuando nos hemos convencido de que los que así hablan son limitados de mente y tienen el corazón torcido, nuestra alma se convierte en una piedra en la que las malas conversaciones, al golpearla, rebotarán sin dejar huella. Si a pesar de todo algo malo entrase en el alma, acuda a la oración en ese mismo instante, como hizo ante san Sergio: invoque al Ángel de la guarda, a la Madre de Dios, sobre todo

al mismo Señor, nuestro Salvador. Y ellos disiparán la oscuridad surgida. Y después, o usted juzgue por sí misma lo que le ha dejado perpleja o busque en algún libro su impugnación, o hable con alguien sobre ello, pero haga algo a toda costa para que no quede huella alguna en su alma. El rastro que quede seguirá atormentando el alma y, como si fuese una piedra, reaparecerá furtivamente bajo el pie del caminante.

Escríbame también a mí. Hizo muy bien en anotar todo lo que escuchó. Aunque no le supuso vacilación alguna y la parte que se pudo meter en su mente de aquellas conversaciones ya ha pasado, quiero decirle de todos modos algo más contra ellas.

«La educación es la que induce a la fe». No la provoca, sino que únicamente la desarrolla y le da una determinada forma. El recién nacido entra a formar parte de una sociedad que tiene una determinada fe. La fe de la sociedad se convierte en la suya. Pero la capacidad de creer y su necesidad para el alma no proceden de la sociedad. Es lo mismo que sucede en relación con el conocimiento: la sociedad transmite al nuevo miembro por medio de la educación los conocimientos que ha alcanzado, pero no le da la facultad de conocer. Esta facultad es una propiedad inalienable del alma. Así también la fe en la existencia de Dios y su omnipotencia es una propiedad inalienable del espíritu, que se descubre necesariamente en todo ser humano en cuanto se desarrollan sus capacidades. La sociedad transmite tan solo la forma de su fe, pero no la fuerza misma de creer y su necesidad.

La sociedad, por medio de la educación, transmite la fe. Pero ¿de dónde ha llegado la fe a la sociedad? En la sociedad entra únicamente lo que sale del alma. La sociedad es un depósito, una especie de alberca en la que se derrama lo que sale del alma. De modo que en la sociedad hay fe porque ella está previamente en el alma. La fe salió del alma y se asentó en la sociedad. La fe es anterior a la sociedad y a la familia, y, en consecuencia, es anterior a la educación misma. La educación le da al recién nacido lo que antes desde el alma se ha introducido en la familia y la sociedad.

Así que trate de afirmar en su mente con más fuerza la convicción de que la educación solo desarrolla lo que es propio de la naturaleza humana, pero que no introduce en ella nada nuevo.

Si la educación desarrolla la fe es porque ella está ya presente en la naturaleza humana. Conocer a Dios y adorarlo no se lo podría enseñar nadie si esta ley inamovible no se encontrara en el espíritu del hombre. Vemos, así, que la fe se da en todo el género humano. Hasta los más salvajes la tienen, pues sin ella el hombre no es hombre. Entre los muy doctos hay algunos que no creen, pero esto no significa que hayan progresado mucho o que se hayan elevado muy alto, lo que significa, en cambio, es que se han puesto al margen de la naturaleza humana, se han echado a perder y se han desfigurado, como quien se ha sacado un ojo o se ha cortado la nariz. Si todos tienen fe, eso significa que la norma de la vida humana contiene la fe de manera necesaria. Por consiguiente, quien no tiene fe se aparta de esa norma y se convierte en un monstruo moral. A esa categoría pertenecen todos los ateos.

«El hombre que desde su infancia se ha visto rodeado de animales, se hace como uno de ellos». Esto se ha escrito en narraciones y novelas francesas de finales del siglo XVIII. Si se ha dado algo así de hecho, lo ignoro. El hombre es hombre por doquier. E incluso si crece entre animales, necesariamente adquirirá lo que le es propio. Pero supongamos que se dé el caso que dicen: tome a ese hombre crecido entre animales y tome además dos ejemplares de esos animales y hágalos entrar en el ambiente en que usted vive. Después de una semana, verá lo mucho que se distancia ese hombre de los animales. ¿Por qué motivo? Porque en él están los gérmenes de la vida superior. Y la fe se manifestará en él. Pues ella está ya en él, aunque oscurecida, olvidada. A las primeras indicaciones despertará y pronto se hará fuerte. Mientras que los animales seguirán siendo siempre animales.

Los ateos, que se salen de la norma de la naturaleza humana, recurren con frecuencia a cosas anormales para confirmar su increencia. Además del caso imaginado por ellos de los que se han educado entre animales, señalan a los han nacido con cretinismo. ¡¿Y qué no se atreven a decir a propósito de esto?! Que no hay Dios y que no existe el alma. Pero, por lo demás, de estos casos no se debe sacar conclusión alguna, pues son casos que desbordan toda explicación. Trate de reflexionar sobre ellos del siguiente modo. Estos seres tienen alma, como todo el mundo, pero no tienen la

posibilidad de manifestarla de manera plena: está como atada. Aplique esto a las acciones de la providencia de Dios. Se da el caso de que a alguien le amenaza un peligro por el conjunto de circunstancias que tiene por delante, siempre y cuando ellas intervengan. Dios le envía una enfermedad, y mientras está en la cama las circunstancias pasan sin que él participe en ellas. Así se libra de la desgracia. Si hubiera estado sano se habría enredado en ellas y habría caído en una desgracia. Piense así de los retrasados mentales por naturaleza. En ellos el alma está atada durante todo el periodo de su vida en la tierra, porque si se les desatara no se separaría de ellos la desgracia, para ellos mismos y para otros. Que esto es así se revelará en la otra vida. Sus almas irán allí, como las almas de los niños que han muerto. Si esta creencia está o no justificada, lo veremos en el otro mundo. Pero en el otro mundo también la objeción se resolverá en este sentido, si es que puede resolverse. En todo caso, respecto a esto, no se puede concluir nada.

No tomo en consideración las otras cosas absurdas que ha escuchado. Usted misma las ha entendido bien. «Vigilad, pues, atentamente vuestra conducta, comportándoos no como insensatos, sino como personas prudentes» (Ef 5, 15).

¡Que Dios la bendiga!

77

Tentaciones causadas por los disgustos caseros. Sumisión a los padres como preparación a la obediencia religiosa

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

¡Una vez más volvemos a las andadas! El enemigo quería hacerla increyente, y ahora la convierte en rebelde. ¿Y contra quién? Contra sus padres.

¡Dios mío! ¡Qué carta más quejumbrosa ha escrito usted! Pero ¡¿qué le ha pasado?! Seguro que le ha picado una pulga. Adivino que se trata de una bagatela, y que no hay nada que decir al respecto. Pero en su cabeza se ha convertido en algo tan grande que no puede apartar la vista de ello.

Todo procede del enemigo. Siempre el enemigo. Es él quien la empuja fuera del techo paterno, para ponerle la cabeza del revés. Y así hincha cada insignificancia convirtiéndola en una montaña que la oprime.

No puede usted describir de qué se trata. Le digo de antemano que no hay nada que describir. Se trata de una trampa habitual del enemigo: confundir nuestra mente con vaguedades. Y el enemigo sabe encubrir las penas que suscitan aquellas y los estúpidos consuelos que él mismo ofrece con espejismos, de manera que, no viendo en ellos nada de concreto, se piensa, sin embargo, que se trata de algo enorme. Y cuando uno se pone a examinarlos, entonces se disipa todo: lo que nos parecían montañas no eran ni penas ni consuelos. Todo era un engaño. También ahora le ha tendido un engaño. Limítese a persignarse y a escupir sobre estos consejos del enemigo.

¡Disgustos! ¡Disgustos! Estoy seguro de que no hay ningún disgusto. Y en el caso de que efectivamente los haya, ¿es que acaso hay que huir de ellos? Más bien hay que soportarlos con magnanimidad y acción de gracias al Señor. Porque el enemigo es el que la atiza.

Cuando el soldado se encuentra con el enemigo, ¿tiene acaso que salir corriendo? No, tiene que luchar. También usted tiene que hacerlo. ¿Qué se ha creído? El enemigo únicamente ha mostrado los cuernos, suscitando algunos disgustos, y usted ya ha salido corriendo disparada.

Y lo que se dice pensar, para nada piensa usted. Después de haber hecho el buen propósito de no unirse en matrimonio, únicamente tiene dos posibilidades para salir de la casa de sus padres: o al monasterio, o a las hermanas de la misericordia; y cualquiera de las dos con la previa bendición de sus padres. Y mientras no se haya resuelto ni una cosa ni la otra, estese tranquila en casa y aguántelo todo. Así que, por favor, póngase en la presencia del Señor, arrepiéntase sinceramente de su tonta turbación y dígase con firme resolución: «Voy a esperar, voy a soportarlo todo con magnanimidad. ¡Que se haga, Señor, en todo tu voluntad!».

No consigo entender cómo puede usted discrepar de sus padres en nada. Si esto se refiere al juicio sobre alguna cosa, ¿por qué no ceder con humildad? Ellos son mayores que usted y tienen más experiencia de la vida. Debe reconocer que, a la hora de juzgar las cosas, lo más probable es que sea usted la que se equivoca, antes que suponer que son ellos. Piense así: «Probablemente, yo no lo veo bien», y acepte la opinión de sus padres. Si esto se refiere a alguna disposición doméstica, de nuevo haga usted según lo que ellos dispongan, y punto final. Si no puede hacer esto, explique que no puede, y también punto final. Si a pesar de todo ellos insisten, entonces haga lo que buenamente pueda. No consigo imaginarme un desacuerdo tal que no pueda arreglarse. Es el enemigo el que hace de moscas elefantes.

¿O es que usted quiere que todo se haga según su gusto? ¡Mira, la orgullosita! Esto no solo no es correcto en relación con los asuntos domésticos, sino incluso en relación consigo misma. Mire de no apartarse de la perfecta sumisión a sus padres, y haga todo según su deseo, para tranquilizar su espíritu. Esto será la preparación previa a la futura obediencia religiosa, o el cumplimiento de las tareas mandadas en la comunidad de las hermanas de la misericordia. Mire cómo el Apóstol dio para todos la ley de someterse unos a otros en el temor del Señor (Ef 5, 21). ¿Y usted, en cambio, se pone

a hacer cosas en contra de sus padres y a discrepar de ellos sin temer a Dios? ¿A qué se parece esto? ¡¿En qué escuela ha aprendido usted esta sabiduría?!

Se lo repito una vez más: ¡repare en qué forma tan peligrosa está usted caminando!

¡Que Dios la bendiga!

78

Tentación provocada por las injusticias y las calumnias de terceras personas. Soportarlas. Advertencia a los que desean dejar la casa paterna en busca de libertad

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

¿Otra vez? ¡Injusticias y calumnias! Esto, seguramente, procede de alguien de fuera. Pero venga de donde venga, le digo una cosa: además de valor y fortaleza, alégrese. Esto significa que los asuntos de su alma van por buen camino. El Señor la conduce por la senda de la purificación, y el enemigo encuentra en usted un rival fuerte. Permanezca firme en su propósito. No hay por qué turbarse a causa de las injusticias y de las calumnias. A quien las provoca lo juzgará Dios, y aquel contra quien se dirigen debe soportarlas con magnanimidad y acción de gracias a Dios. No olvide que hay otra vida, en la que redundará todo lo hecho en este mundo, como alabanza o como reproche. ¿Soporta usted la injusticia? Tendrá alabanza. ¿No la soporta? Reproche. Allí no dirá: «Es que era injusto». No es asunto tuyo juzgar si es justo o no. Tú, ¡¿por qué no lo aguantaste?!

Ninguna injusticia procede de Dios, pero Él las permite para bien de los que las sufren. ¡Realmente para su bien! Esto no es una simple frase, sino algo verdadero de hecho. Le menciono el ejemplo de los mártires. ¡Cómo los oprimieron! ¿Y qué hacía Dios? Él estaba allí, se les aparecía de forma visible, los consolaba, aliviaba sus sufrimientos, pero, en todo caso, los dejaba ante sus tormentos, soportarlos hasta el fin, para coronarlos con una corona perfecta. Del mismo modo, toda injusticia y toda calumnia prepara una corona. Pero aquel sobre quien caen esos males, tiene que soportarlos. Así pues, esta necesidad es la que se ha encontrado usted ahora. Soporte con buen ánimo, sea lo que sea. Esto es lo que Dios quiere de usted para su propio bien.

Me dice usted: «Es terrible someterse a la injusticia toda una vida». Desde luego que es terrible. Por eso se exhorta al que sigue al Señor: «¡Ten ánimo, sé fuerte!» (Sal 27, 14). Delante de usted está la cruz. Resulta que lo único que se puede hacer es resignarse a las ofensas, los despojamientos y las calumnias. Le digo que en esta resignación se halla el principio del verdadero camino. ¿Se resigna usted a esto? En el mismo minuto en que lo haga, comenzará su seguimiento del Señor. Trate de considerar y decidir todo esto según Dios. Todos los éxitos dependen de que tome usted la decisión correcta en este punto.

Y usted quería marcharse a toda prisa de la casa de sus padres, y además sin saber a dónde, porque se sentía constreñida por ellos. El deber de sus padres es mirar por usted; y la cuidan, me parece a mí, como a la niña de sus ojos. Si esto sucede en contra de sus deseos, es necesario someterse. No es justo ver en ellos, a este respecto, el deseo de imponerse, sino que lo natural es ver aquí, más bien, su deseo de cuidarla y de alejarla de cualquier peligro. Y esto es fruto del amor. Con la seguridad de que así es, endulce la amargura de la sumisión, si es que la siente a causa de su propia insumisión.

Con esta sumisión debe usted pagar todo lo que recibe de su familia: alimento, vestido, techo... Todo esto, aunque no es poco, no es sin embargo lo principal. Lo más importante es la protección de las desgracias externas. La cubren alas de águila. El pico y las garras del águila están dispuestos a derrotar a todo aquel que trata de ofenderla o causarle desgracias. Y este bien no se puede sustituir con nada. En cuanto el águila que la protege desaparezca, empezarán a picotearla. Ahora nadie la ataca, pero entonces todos se la echarán encima.

No puede usted imaginarse lo grande que es el terror de la indefensión por no haberlo experimentado. Y que Dios la libre de sentirlo. ¿Tiene usted protección? Consérvela y no se aleje de ella. De esa protección deberá trasladarse de nuevo a otra protección, sea en los muros de una celda monástica, sea en la comunidad de las hermanas de la misericordia. Pero presentar batalla usted sola, absolutamente no. Empezarán a atacarla y no hallará lugar donde refugiarse.

¿Qué significa ese arrebato por la libertad que se ha manifestado con tanta fuerza? Este es, sin duda, el arrebato más estúpido de todos. ¿A dónde pretende salir corriendo? ¿Acaso ha definido qué es lo que quiere con esa ansia de libertad? La libertad interior no hay que buscarla en ningún sitio, porque ya se tiene, pues es una propiedad inalienable del espíritu. Nadie puede quitárnosla. Por lo que resulta que lo que usted desea es la libertad externa. Pero reflexione en qué medida es permisible y alcanzable esa libertad. Adonde quiera que se dirija, siempre se encontrará rodeada de libertades iguales a la suya, con los mismos derechos que la suya. Sea lo que sea lo que pensemos hacer, siempre tenemos que conformar nuestras acciones con las acciones de las otras personas, y por ellas limitarnos a nosotros mismos y, por tanto, constreñir la propia libertad. A cada paso te encuentras con que hay que reprimir la libertad, y además de manera legítima, y contra esa represión no hay nada que objetar de manera consciente. Y si esto es así, resulta que el impulso por la libertad significa correr en pos del arco iris o, lo que es peor, del deseo de atrapar un fantasma. Así es en general, y en su caso mil veces más absurdo.

Debe usted limitar sus arrebatos. Los niños escuchan a sus padres y con su consejo organizan sus asuntos y su vida, sometiéndose a ellos de buena gana. ¡Esta es la ley de la libertad! Y usted, ¿qué propone? Me marcho allí, me marcho allá, y no te atrevas a decirme ni una palabra. ¡Una verdadera emancipada! Mire usted si no es que está enferma de orgullo. Todas las emancipadas son orgullosas.

¿Qué hay de sabio en largarse adonde sea? Vemos a tantos que rompen impetuosamente, pero también comprobamos que ninguno de ellos es feliz. ¿Cuál es el sentido de esos arrebatos? Ninguno, solo la jactancia de gritar: «¡Apártate! ¡Así lo quiero yo! ¿Quién me puede mandar?». Y esos rebeldes se lanzan a lo loco, sin mirar dónde ponen sus pies, hasta que caen en un abismo del que no hay modo de salir. Tenga en cuenta, por favor, todo esto cuando sienta esos arrebatos de decir: «Yo haré esto. Lo he decidido».

Uno de sus propósitos es muy bueno. ¿Y no puede ser un índice de cómo debe organizar su vida? Me refiero al propósito de ingresar en las hermanas de la misericordia. Pero lo que se descu-

bre entre esos arrebatos, eso no es cosa buena. No se ven todavía indicios acerca de cuál es el camino que debe elegir. Espere, tal como ya le he escrito varias veces. El Señor lo dispone todo. Su nidito es cálido y cómodo. Permanezca en él mientras no llegue la hora de salir volando.

¡Que Dios la bendiga!

79

Últimas preocupaciones y desasosiegos. Entrega de sí mismo en las manos de Dios con la oración y el valor frente al enemigo, que nos conduce a la tentación

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

Todavía tiene inquietudes. Y se pregunta que de dónde le vienen. Por fuera todo está bien en su caso, y por dentro lo ha examinado todo, y está todo en orden y afianzado por su decisión. ¡¿De dónde proceden, pues, estas inquietudes?! Todo viene del enemigo. Otra vez del enemigo. No pueden proceder de otro sitio.

Quizá sea también lo siguiente. ¿No estará acaso pensando en organizar su propia vida por sí misma, con sus propias fuerzas, si bien según lo prescrito? Examine, y si esto es verdad, siquiera mínimamente, dese prisa en corregirse. Pues con esa actitud no se podrá defender de la inquietud. ¡He aquí la cuestión! Examine o repita mentalmente todo lo prescrito, y lo que le ha pasado, y cómo ha decidido finalmente orientar su vida, y oriente su examen de modo que el final del mismo resulte una firme resolución de entregar su destino irrevocablemente en manos de Dios. Después póngase en oración, y una vez que haya rezado fervorosamente pronuncie ante el Señor desde lo más profundo de su corazón: «En tus manos, Señor, pongo mi destino. Dispón de mi vida, con todas sus derivaciones y acontecimientos, como quieras. A partir de ahora renuncio a toda preocupación sobre mí misma, y tomo como única preocupación hacer siempre lo que sea grato en tu presencia». Pronuncie estas palabras y además póngase de hecho en las manos de Dios sin preocuparse de nada, y aceptando con tranquilidad todo lo que le suceda, como expresamente dispuesto por Dios para usted, sea agradable o desagradable. Su única preocupación debe ser actuar en toda ocasión según los mandamientos de Dios. Esto es para usted lo único necesario.

En cuanto se disponga de ese modo, desaparecerán todas las inquietudes. Ahora usted se preocupa de sí misma, y quiere disponer y orientar todos los acontecimientos según su voluntad. Como no todo resulta así, sufre porque esto no es así, y lo otro no es asá. Pero cuando le dé todo al Señor y lo acepte todo como procedente de Él y como un bien para usted necesario, no tendrá ya preocupación alguna, sino que solo mirará alrededor para ver qué le envía el Señor, para actuar según el sentido de lo que le ha enviado. Toda situación puede ponerse bajo un mandamiento. Proceda de esta forma y actúe según los mandamientos, tratando de agradar a Dios, sin buscar satisfacer sus deseos. Profundice bien en esto que le digo y propóngase alcanzar este estado de ánimo. Hay que aprenderlo. No se puede improvisar de repente. Por eso, pídalo en la oración.

Rezo al Señor para que la libre de esa situación que considera usted desagradable, aunque añado, no obstante, una cosa: si eso complace a la voluntad santa de Dios y es para usted causa de salvación. Y se librará de ello naturalmente, a su debido tiempo. Revístase de esta fe y tenga paciencia. Basta con mirar a las circunstancias actuales para ver que continuamente cambian. Nada permanece. También cambiará lo que la disturba. Llegarán días en los que respirará libremente, y no solo respirará, sino que levantará el vuelo como una mariposa entre las flores; lo único que hace falta es que aguante con paciencia hasta el término fijado. El ama coloca en el horno la empanada y no la retira de allí hasta que no está segura de que se ha horneado bien. El Dueño del mundo la ha puesto a usted en el horno y la mantiene en él, esperando que se haya horneado del todo. Tenga paciencia y espere. En cuanto esté a punto, no seguirá en el horno ni un minuto más. Enseguida la sacarán de ahí. Si se apresura a salir por sí misma, será igual que una empanada a medio hacer. Ármese, pues, de paciencia. Y le digo más: según nuestra fe, quienes soportan con magnanimidad las contrariedades que les salen al encuentro, aceptándolas como procedentes de las manos del Señor, son los que suelen participar del martirio. Trate, por favor, de imprimir esto en su mente y suscite con ello el consuelo en su corazón.

No se puede vivir sin sentimientos, pero no es legítimo entregarse a los sentimientos. Hay que renovarlos y moderarlos por

medio del entendimiento y darles la debida orientación. Usted es impresionable, y el corazón sofoca a la cabeza. Haga como ya le he escrito: primero piense de qué sentimiento puede depender su excitación y actúe en esa situación manteniéndose vigilante respecto de la agitación del corazón, y manteniendo el corazón con manos firmes. En esto hay que ejercitarse, y con el ejercicio se puede llegar al pleno control de sí.

Pero todo procede de Dios. Es a Él a quien hay que acudir. Y usted escribe que no ora. ¡Va lista! ¿Qué pasa? ¿Que se ha inscrito en la heterodoxia? ¿Cómo no orar? No recite todas las oraciones escritas, sino que también dígale a Dios con sus palabras lo que siente en el alma y pídale ayuda. «¿Ves, Señor, que es lo que me pasa? Esto y esto. No puedo dominarme. ¡Ayúdame, Señor lleno de misericordia!». Y comuníquele hasta sus más mínimas necesidades, y para todo pida la ayuda correspondiente. Y esta será la oración más auténtica. Siempre se puede orar con las propias oraciones, sin recitar las oraciones impresas, con tal de que no sea una concesión a la pereza.

Pero ¿para qué escucha usted lo que le sugieren: abandona la oración? ¿Es que no ve que esto es cosa del enemigo? Claramente es el enemigo. Es él el que susurra al oído: «Déjala»; y a veces es como si agarrando todo el cuerpo, lo arrastrara a toda prisa a la cama. Todo esto son trampas. Pero él se dedica a lo suyo, tratando de apartar del bien. Y nosotros, en cambio, debemos dedicarnos a lo nuestro, no apartándonos de la buena obra, hasta que no la hayamos terminado. Así que ármese de valor y no escuche al enemigo, y no preste atención alguna a sus insinuaciones. Y mejor todavía es encolerizarse. La ira contra el enemigo es como golpearle en el pecho. Enseguida se aleja volando.

Le deseo de todo corazón que se tranquilice por fin.

¡Que Dios la bendiga!

80

La calma tras la tormenta de tentaciones suscitada por el enemigo. Preparativos para ir a la patria. Último consejo

¡Que la misericordia de Dios esté con usted!

¡Y bien! ¡Alabado sea Dios! Ha conseguido oponerse a sus inquietudes con la oración; mejor aún, oponerse al enemigo, y ha llegado la paz. Que Dios la ayude a seguir así.

¡Ve qué tormenta ha sufrido! La palabra del Señor ha alcanzado su cumplimiento en usted: «Satanás ha pedido cribaros como trigo». ¡¿Adónde no la habrá lanzado?! El Señor lo permitió, y como al trigo la ha lanzado en una dirección y en otra. ¡Qué grande es la misericordia de Dios que por fin la ha liberado! Aprenda de esto. La ciencia de la vida se adquiere mediante la experiencia. Recuerde con detalle todo lo que le ha sucedido durante esta mala situación, y defínala con la mayor claridad. Todo este tiempo ha estado bajo los ataques del enemigo. Y ahora sabe usted qué ataques son estos, cómo aparecen y cómo se alejan. Por eso, en el futuro sabrá cuándo estará sometida al tiroteo del enemigo.

El enemigo siempre se oculta bajo apariencia de verdad. Pero usted no se quede en la superficie; al contrario, preocúpese de lo que sucede en el alma, o sea, de la inquietud constante y de la turbación imprecisa. Por estos signos enseguida adivinará que ha llegado el enemigo; expúlselo sin piedad con su rechazo y con la oración. Cuando Dios actúa lo hace de un forma diferente y siempre luminosa. Es el Ángel de la guarda el que le ha puesto en los oídos una palabra de consuelo. Acostúmbrese a escucharlo, pues él le enseñará todo.

Estoy muy contento de que haya emprendido su camino. Procure trabajar sobre sí misma, preparándose para el lugar en el que ha empezado a pensar. El enemigo urge a darse prisa. Siempre asusta para confundir. Mientras que Dios camina en paz y en silencio. La

espera es el único modo. Todo a su momento. Llegará la hora, igual que se desliza por la montaña en el trineo, como ya le he escrito.

Se prepara para ir al pueblo y sueña con las delicias de la vida aldeana. ¡Bien, bien! Esa vida posee la verdad. En las ciudades, y más en las capitales, no se da la verdad. Allí todos representan una comedia. Que Dios le conceda llegar cuanto antes a ese lugar en el que usted creció y se educó con tanto sosiego. ¡¿Qué tiene que recordar de su estancia en la antigua capital?! Le ha enseñado todo tipo de ciencias buenas y, al final, ha sido frita en su sartén en toda regla.

En el pueblo va a ser una anacoreta. Uno a sus sueños algo de mi cosecha. Busque una cueva natural o excávela si no con las manos. Si es posible, que a un costado tenga una pequeña fuente, al otro algún árbol frutal y enfrente un pequeño macizo de flores. Atraiga al árbol y a las flores unos cuantos pajarillos cantarines. Levántese temprano, y ahí, en retiro, ¡cante junto con las avecillas la gloria del Creador de todo!

¡Que el Señor bendiga su camino!

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. De cómo un monje de hace dos siglos, solitario y recluido, puede convertirse en maestro para tiempos como los nuestros, sin ir más lejos, por Mariano José Sedano Sierra 7

QUÉ ES LA VIDA ESPIRITUAL Y CÓMO PERSEVERAR EN ELLA

1. Advertencia introductoria acerca de la promesa dada de mantener correspondencia sobre la vida espiritual. Provecho que se espera de ello 17

2. Respuesta acerca de la causa del silencio. Necesaria sinceridad y sencillez en el intercambio epistolar. Vanidad de la vida mundana 19

3. Vacío y parcialidad de la vida mundana 21

4. La vida mundana nos priva de la libertad y los que se entretienen en ella quedan sometidos a una pesada esclavitud. La hipocresía y el egoísmo como características permanentes de la vida mundana 24

5. Las tres partes de la vida humana. Primera parte: la vida corporal, sus órganos y necesidades. El cuidado normal del cuerpo y el superfluo 30

6. La segunda parte de la vida humana: el alma y sus tres principales funciones. Primera función: la parte pensante y sus distintas formas. El conocimiento y la ciencia. La función normal del entendimiento y la divagación vana de los pensamientos 34

7. La parte desiderativa de la vida anímica. Sus funciones. El estado correcto y el desordenado de la facultad desiderativa 38

8. La parte del sentimiento: el corazón. La importancia del corazón en la vida humana. La influencia de las pasiones en el corazón 41

9. La tercera parte de la vida humana: la vida espiritual. Manifestaciones principales de la vida espiritual: el temor de Dios, la conciencia moral y el deseo de Dios. La dignidad humana 45

10. La fe universal en la existencia de Dios como manifestación de la vida espiritual 49

11. La acción del espíritu en el alma del hombre y los fenómenos que proceden de ella en el ámbito intelectivo, volitivo (voluntad) y sensitivo (corazón) 52

12. Conclusiones sobre las tres partes de la vida humana. Posibilidad de trasladarse de un estado a otro y predominio de una u otra parte de la vida. El predominio de lo anímico y lo carnal como situación de pecado. El dominio de la vida espiritual como norma de la verdadera vida humana 57

13. La verdadera felicidad del hombre está en la vida desde el espíritu. La sutilísima envoltura del alma, que sirve de mediadora entre el alma misma y el cuerpo, y como medio de comunicación entre las almas y con el mundo de los santos y los ángeles. El estado luminoso y oscuro de la envoltura del alma 62

14. La envoltura del alma es luminosa u oscura según su estado interno. Ejemplos. Los demonios ven el alma oscurecida 67

15. Cómo escuchan los santos nuestras oraciones. Apéndice sobre la oración 70

16. El verdadero fin de la vida. La forma de vida correspondiente a ese fin 73

17. Aportación al tesoro celestial. La vida agradable a Dios. Las ensoñaciones de las progresistas sobre el bienestar general de la humanidad y su falsedad 77

18. El significado de las necesidades espirituales junto a otras partes de la vida humana. Lo único necesario. El dominio del espíritu como armonía natural de todas las necesidades, capaz de dar paz y tranquilidad. La ausencia de esta paz en la humanidad. La vanidad general y el derrumbe del espíritu. El embrión de esta turbación es innato 80

19. El pecado original como fuente de la interna turbación y confusión. La posibilidad de curación del estado del hombre herido por el pecado 84

20. Continuación. Explicación del desorden que introdujo en la naturaleza humana el pecado de nuestros primeros padres. La comunicación con Dios servía de fuente del dominio del espíritu sobre el alma y el cuerpo. Al infringir el mandamiento, el hombre se alejó de Dios, y perdió el dominio sobre el alma y el cuerpo, y se sometió al dominio de las pasiones. Imagen del hombre tras la caída, atormentado por las pasiones 87

21. Necesidad de la unión con Dios para la salvación. El hombre por sí mismo no está en situación de hacerlo. El Espíritu de Dios lo realiza en nosotros gracias a la salvación que ha traído el Hijo de Dios 92

22. Continúa el tema de la restauración salvífica del hombre caído. Participación de toda la Trinidad en nuestra salvación. El orden en que se suscitan por parte del Espíritu de Dios los buenos sentimientos en el hombre salvado. Participación del hombre en todo esto. El celo por la salvación como primer requisito para conseguirla 96

23. Signos del verdadero celo espiritual, a diferencia del celo anímico 101

24. Deseos de Año Nuevo. Necesidad de renovación y de purificación. Esto enciende en nosotros el celo espiritual 105

25. Pensamientos a propósito de la fiesta del Bautismo del Señor. La acción secreta de la gracia que recibimos en el sacramento del bautismo 108

26. Continuación sobre la acción secreta de la gracia del bautismo en el hombre. Similitud ilustrativa de la gracia con la levadura en la masa y con el fuego en el hierro. Al crecer, la

persona debe reforzar la presencia en ella de la gracia por medio de su libre decisión. El peligro de quedarse a medio camino. La decisión plena y ardiente de servir a Dios 111

27. Continúa el tema del celo y la resolución de vivir en gracia. El recogimiento interior. La clarificación de la envoltura del alma. Distintos niveles de esta clarificación 115

28. Explicación, por medio de parábolas y ejemplos, de la resolución de vivir de acuerdo con la gracia 120

29. La resolución de vivir según la gracia no debe limitarse a los deseos, sino que ha de ir acompañada al mismo tiempo de la disposición al esfuerzo y la lucha, al imprescindible empeño por lograr lo deseado. Una vez tomada la resolución, debe empezarse la obra de inmediato y continuarla con paciencia y constancia 124

30. Compendio sobre el estado interior de iluminación por la gracia según Macario el Grande. Formas de suscitar y fortalecer la resolución por la vida buena 128

31. Cómo mantener la orientación ya iniciada a la vida buena. La lectura espiritual y la meditación. La anotación de los pensamientos buenos. Cómo evitar la distracción de los pensamientos en la lectura y la oración. El recuerdo constante de Dios y de la muerte. Reconocer las propias culpas 133

32. Quien se ha decidido a seguir el camino de la vida buena debe ayunar antes de recibir la comunión. Instrucción sobre el ayuno debido. La conducta en la iglesia de quien se prepara para la comunión 137

33. Más sobre la preparación a la comunión. La conducta en casa durante este tiempo 141

34. Continúa sobre el mismo asunto. Preparación a la confesión. Examen de la propia vida 145

35. Continuación. Examen de las disposiciones del corazón. Definición del carácter principal o espíritu de la propia vida 149

36. La perfecta preparación a los sacramentos de la penitencia y la comunión. Los sentimientos que ha de tener el penitente. Un recuerdo útil de santa Teodora y de los sufrimientos por los que pasó 153

37. Se debe definir con claridad la resolución de corregirse como propósito de actuar en todo de acuerdo con la voluntad de Dios. La paz y la alegría de los siervos de Dios. Advertencia sobre la falta de una resolución perfecta de vivir de acuerdo con Dios. El que no sea ni frío ni caliente será rechazado por Dios 159

38. La necesaria resolución del que se prepara para los sacramentos, de consagrar su vida a Dios, se considera como una renovación consciente de los votos que hicieron por nosotros en el bautismo 163

39. La corrección de la vida no consiste en cambiar las costumbres externas, sino el espíritu, con la disposición de luchar contra los obstáculos. Formas en las que el enemigo trata de desviar a los que se encaminan a la vida verdadera 165

40. El peligro de enfriarse en el futuro. Causas del enfriamiento en la vida espiritual. Cómo comportarse cuando aparecen los enfriamientos 168

41. Últimos consejos antes de la confesión y la comunión 171

42. Felicitación y buenos deseos al que se confiesa y comulga en los santos sacramentos de Cristo. Quien se inicia en el camino de la verdadera vida debe recordar sin cesar a Dios 175

43. Quien, tras confesarse y comulgar, ha iniciado el camino de la vida verdadera, debe poner paz dentro de sí. Regla para expulsar la turbación interna: el recuerdo constante de Dios, la resolución de actuar en todo, grande o pequeño, en conciencia y la espera paciente de buenos resultados 178

44. Precauciones para el que se ha hecho al verdadero camino. El alborozo de la vida en primavera. Por qué muchos de los que ayunan no se corrigen completamente 183

45. La ocupación principal de quien ha iniciado el camino verdadero es la oración. Instrucción sobre la oración incesante 187

46. Normas generales para quien se encuentra en el camino de la vida verdadera 190

47. Regla de oración para quien se encuentra en el camino de una vida agradable a Dios. Aprendizaje de los salmos. Sustitución de largas oraciones vocales por otras breves. Las cuentas para la oración 193

48. Cómo concentrarse como es debido en la oración. Disponerse a la oración como es debido 198

49. Los asuntos de la vida cotidiana. Cómo tratar dichos asuntos, de modo que no nos distraigan, sino que se acomoden al servicio a Dios 201

50. Continuación. Cómo suscitar en uno mismo el recuerdo constante y amoroso de Dios 204

51. Cómo sacar provecho espiritual de los asuntos y las cosas de la vida cotidiana 207

52. El recuerdo de Dios debe conducir al sentimiento de fervor o al amor ardiente a Dios 210

53. Las pasiones impiden que el espíritu se caldee en el amor de Dios. Necesidad de expulsarlas 212

54. Sobre la lucha contra las pasiones 215

55. Continuación sobre la lucha contra las pasiones 218

56. Es preciso expulsar el más mínimo movimiento de las pasiones... La ira permitida 222

57. Diferentes niveles de desarrollo de las pasiones: las pasiones del pensamiento, del sentimiento, del deseo y de la acción. La lucha contra ellas 226

58. Importancia de la oración en la lucha contra los pensamientos derivados de la pasión. Ejemplos 232

59. Citas del venerable Hesiquio sobre la lucha contra las pasiones 237

60. Cómo proceder si en la lucha contra las pasiones se cuelen en nosotros pensamientos y deseos pasionales. La purificación del corazón 241

61. Vigilancia del oído y de la vista. Cómo destruir las malas impresiones de la vista y el oído 245

62. Después de las directrices sobre la lucha mental contra las pasiones, se propone la instrucción sobre la lucha activa frente a ellas. La forma externa de vida más adecuada para luchar contra las pasiones. Conclusión de la conversación sobre la lucha contra las pasiones 248

63. Ajetreos domésticos. Canción y música 251

64. La soledad. Cómo evitar el aburrimiento. La lectura y el aprendizaje de las ciencias 254

65. Selección de textos del venerable Pimen sobre la vida agradable a Dios, la victoria sobre las pasiones y la implantación de las virtudes 257

66. Peregrinación al Monasterio de San Sergio. Instrucción para los peregrinos 262

67. El consuelo del peregrino. Instrucción sobre la confesión detallada. Breves oraciones y la atención constante a Dios 266

68. Rumorología y habladurías humanas. Necesidad de un buen consejero. El peligro constante de parte del enemigo 269

69. Tristeza y temores. Los entretenimientos inocentes. Separación de las malas personas. El apóstol inglés de la secta de los portadores del espíritu (*dukhonostsi*). Su falsedad ... 272

70. Sobre la lectura de libros espirituales y mundanos 276

71. Enfriamiento en la oración. Oración distraída y apresurada. Cómo evitarlas. La recitación de oraciones de memoria 279

72. El voto de renuncia al mundo. Cómo comportarse de acuerdo con la profesión del voto antes de haberlo hecho 283

73. Continuación. Una vez que se ha hecho el voto de castidad, es preciso mantenerlo con firmeza. Altura de la virginidad 285

74. Instrucción para los aspirantes a la vida monástica. Distintas formas de vida en virginidad. La espera paciente y la preparación en casa para la vida monástica 288

75. Las trampas del enemigo para apartar de la vida de renuncia al mundo. Cómo rechazarlas 291

76. Las tentaciones de parte de los incrédulos. Impugnación de sus aparentemente sabias reflexiones 294

77. Tentaciones causadas por los disgustos caseros. Sumisión a los padres como preparación a la obediencia religiosa 298

78. Tentación provocada por las injusticias y las calumnias de terceras personas. Soportarlas. Advertencia a los que desean dejar la casa paterna en busca de libertad 301

79. Últimas preocupaciones y desasosiegos. Entrega de sí mismo en las manos de Dios con la oración y el valor frente al enemigo, que nos conduce a la tentación 305

80. La calma tras la tormenta de tentaciones suscitada por el enemigo. Preparativos para ir a la patria. Último consejo ... 308